

S. J. Hooks

# Tú y Yo

nivel: *PRINCIPIANTE*



SUMA  
de letras

S. J. Hooks

Tú y yo  
Nivel: principiante

Traducción de  
María del Mar López Gil



SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

*A mi familia, por aguantar mi obsesión.  
A mis incondicionales fans, por alimentarla*

*Y un especial agradecimiento a Shelley Leveton,  
Alicia Etheridge, Rebekah Adams y Lindsay McCool por su apoyo*

# 1

Al mirar la hora, di un leve suspiro de alivio. Mi clase estaba a punto de comenzar y, por suerte, ella no había hecho acto de presencia. Por lo general, desaprobaba que mis alumnos faltaran a clase, pero por lo visto la cosa había cambiado mucho desde el inicio del semestre de primavera, cuando ella entraba con aire despreocupado en el aula, irritándome cada dos por tres. Volví a mirar mi reloj. Hora de empezar.

Entonces la puerta se abrió bruscamente y mi buen humor se desvaneció.

*Cómo iba a faltar a clase. Sería la primera vez.*

Entró a la sala con su habitual aire danzarín, con unos cascos absolutamente descomunales, meneando la cabeza al ritmo de la música. ¿Acaso era mínimamente consciente de las miradas que despertaba? ¿Le importaba? Probablemente no, dado el atuendo—por llamarlo de alguna manera— que elegía. Las botas militares que calzaba estaban gastadas y sin lustre, llevaba unos pantis negros llenos de agujeros, una falda diminuta y, por si fuera poco, le había recortado el escote a la blusa de manga larga, de modo que el hombro le quedaba al descubierto. Mis ojos se posaron ahí, notando la ausencia de un tirante de sujetador.

Los cachas del fondo también se fijaron, y la siguieron con la mirada en su recorrido, mientras sus movimientos hacían patente que definitivamente no llevaba nada debajo de la ceñida blusa. Al levantar la vista hacia ella, nos cruzamos la mirada fugazmente. Me dedicó una amplia sonrisa con un guiño. De repente, sentí que la pajarita me apretaba el cuello y tuve que reprimir el impulso de quitármela de un tirón.

Cuando pasó como si tal cosa por delante de mi mesa, fingí que miraba la hora. Imponía demasiado a tan corta distancia... Esos labios rojos y todo ese potingue negro que llevaba embadurnado en los ojos. Era como mirar a un mimo en versión distorsionada.

Yo no entendía por qué decidía presentarse con esa facha cuando, por lo

demás, era bastante mona. Tenía buen tipo, los ojos azules y grandes, y una larga y brillante melena castaño cobrizo. Pero nunca se dejaba el pelo suelto. Ese día parecía que se había enrollado espesos mechones con una batidora antes de sujetárselos en la coronilla con un prendedor.

Su aspecto no era lo único que me fastidiaba. La chica no parecía tener ninguna consideración por el hecho de que yo fuera su profesor, ni por el decoro con el que se suponía que debía comportarse en mi presencia. A menudo me llamaba «Stephen», a pesar de que la corregía cada vez que ocurría. Yo no era «Stephen» cuando daba clase y esperaba que mis alumnos se dirigieran a mí con el tratamiento de «profesor Worthington» o bien «señor». Ni que decir tiene que mis expectativas se veían truncadas en lo que se refería a esa irritante joven. Ese día había sido prácticamente la primera vez que me había guiñado el ojo y yo no había tenido la menor idea de cómo reaccionar en esa coyuntura. Ella era totalmente impredecible, lo cual me ponía nervioso. Nunca dudaba en interrumpirme en clase si discrepaba en algo.

*¿Y cuándo no discrepa en algo?*

Jamás en mi vida había conocido a una chica tan dogmática y testaruda hasta la exasperación. Tenía ganas de que acabase el semestre para poder perderla de vista de una vez por todas. Era lista —eso era innegable— y yo estaba convencido de que aprobaría la asignatura con nota alta.

Se sentó en primera fila, como siempre, y la observé mientras dejaba el bolso en el suelo. El movimiento hizo que el escote de su blusa, de por sí holgado, se deslizara por debajo del hombro, dejando aún más al descubierto su pálida piel. Eso me molestó más si cabe que sus continuas interrupciones y su reprobable conducta. ¿Por qué no vestía como Dios manda? Sería una jovencita encantadora si se pusiese una falda con un largo decente y, tal vez, una blusa de seda. Pero, por lo visto, se empeñaba en ir como una pordiosera, echando a perder sin remedio mi buen humor. A mí me gustaban el orden y la previsibilidad, y con ella en mi clase no podía disfrutar de ninguna de las dos cosas.

Se apellidaba, cómo no, «Wilde»[\[1\]](#).

La señorita Wilde se había convertido en un constante motivo de fastidio en mi horario docente de martes y viernes, por lo demás agradable, y no veía la hora de librarme de ella.

Carraspeé para avisar a mis alumnos de que la clase daba comienzo, y por una vez se serenaron rápidamente. Yo conocía de sobra el motivo de su inusitado comportamiento: ese día íbamos a tratar la novela *Lolita* de Vladimir Nabokov. La trama subida de tono de un hombre maduro que se enamora y mantiene

relaciones sexuales con una niña de doce años la convirtió en un clásico de todos los tiempos en las aulas. Aún estaba prohibida en muchos lugares, y nada hacía sentir a mis alumnos de literatura más adultos que leer libros «prohibidos». Cuando comenzó la clase, me sorprendió ver que, por una vez, la señorita Wilde no participaba; tomaba apuntes en silencio con un esbozo de sonrisa en el rostro.

En el transcurso del debate, un estudiante sentado al fondo comentó que el personaje principal, Humbert, era un enfermo mental que no controlaba sus actos, por lo que se merecía un poco de indulgencia.

—Pero no puedes defenderlo —replicó una chica cuyo nombre yo no recordaba—. ¡Es un perverso consumado y corrompe a la niña!

—En realidad, pienso que ocurre al contrario —terció la señorita Wilde, sin levantar la vista de sus apuntes.

—¿Cómo? —se sorprendió la chica—. ¿Lo dices en serio?

—Como que me apellido Wilde —respondió ella—. Estoy casi segura de que Lolita es la que corrompe a Humbert. Lo seduce y él cae rendido a sus pies. ¿Qué tío no lo haría?

—¡Pero si no es más que una cría! —insistió la otra chica.

—Efectivamente, pero sabe de sobra lo que se hace cuando lo seduce. No es su primera experiencia sexual; luego él prácticamente come de la palma de su mano. No digo que él actuara bien, pero tienes que recordar que la ve como una chica joven, y por su parte su madurez emocional no supera la de un niño de doce años.

La chica se quedó sin argumentos y bajó la vista.

—Esa es una buena observación —admití.

Aunque las intervenciones a destiempo de la señorita Wilde me fastidiaban, siempre realizaba excelentes aportaciones a los debates. Por lo general, me agradaba tener a alumnos tan participativos en mi clase para animar los debates. Solo que en su caso había algo que me crispaba. Por alguna razón, sacaba lo peor de mí.

—Bien, ¿por qué creen que el autor decidió escribir sobre un tema tan controvertido? —pregunté a la clase.

Algunos levantaron la mano, pero desistieron en cuanto la señorita Wilde intervino sin permiso. Otra vez. Apreté los dientes. No había duda de que la chica era inteligente, pero ¿por qué no respetaba las reglas como el resto?

*Por Dios, es de lo más exasperante.*

—¡Señorita Wilde!

Se calló y me miró. Por desgracia, no parecía intimidada en absoluto y se

limitó a lanzarme una mirada de extrañeza.

—¿Sí, Stephen? —preguntó amablemente.

—Profesor Worthington —corregí.

*Menos mal que el semestre acabará pronto.*

Ella se limitó a sonreírme.

—Si no espera su turno para hablar, puede abandonar el aula —dije, retándola para mis adentros a continuar su perorata.

Hizo una seña para que yo continuara y se reclinó en el asiento con gesto divertido. Pedí a los demás estudiantes que opinaran y recibí unas cuantas respuestas nada inspiradas sobre los tabúes. Una de las chicas llegó incluso a argumentar que el verdadero perverso era el autor. Suspiré y de mala gana di la palabra a la señorita Wilde, que sonrió maliciosamente y se inclinó hacia delante.

—Creo que Nabokov utiliza a los protagonistas a modo de símbolos.

Yo me hacía una idea bastante aproximada de adónde pretendía ir a parar con eso pues, como siempre, había dado en el clavo. Habría sido mucho más fácil si simplemente hubiese podido echarla de clase tanto por su ridícula pinta como por sus estupideces, pero no era el caso. Era lista y no tuve más remedio que seguir concediéndole la palabra.

—¿En qué sentido? —pregunté, y asentí.

—Humbert es un hombre mayor y de mundo, pero atrofiado a nivel emocional. Le gusta la literatura seria y la música clásica. Representa a Europa. Lolita es joven, marchosa e ingenua. Le gusta la Coca-Cola, la música rock y las revistas de moda. Está claro que encarna la interpretación del autor de Estados Unidos, la cual no es precisamente halagadora. —Titubeó y sonrió satisfecha—. Pero igual me equivoco. A lo mejor las motivaciones de Nabokov no iban tan allá. A lo mejor le vino la inspiración una noche en un sueño. —Alzó la vista hacia mí con su sonrisa torcida, y añadió—: Al fin y al cabo, ¿qué hombre maduro no sueña con acostarse con una chica más joven?

Volvió a guiñar el ojo. Puede que yo fuese inexperto en lo concerniente al sexo opuesto, pero no hacía falta ser un genio para entender que la señorita Wilde estaba burlándose de mí. La punta de la lengua asomó entre sus labios.

—Se acabó la clase —dije, y apreté la mandíbula.

Me senté a mi mesa y me puse a recoger los libros.

—Hasta el viernes, Stephen —oí decir a la señorita Wilde al pasar por delante de mí hacia la salida con los demás alumnos.

Alcé la vista y la observé caminando tan campante con su ridícula indumentaria. Mis ojos captaron fugazmente algo que asomaba por el borde

superior de su blusa justo por debajo de la nuca: un tatuaje. Mi mirada fue descendiendo hasta su trasero y sus estilizadas piernas, cubiertas por los espantosos pantis. Ella miró por encima del hombro y me dedicó una sonrisa antes de cruzar la puerta.

*Cómo no iba a llevar un tatuaje. Salta a la vista que le trae sin cuidado su aspecto o que la tomen en serio. Ojalá usara ropa más favorecedora. Estaría bastante guapa si le pusiera un poco de empeño.*

Eché las cosas a mi bolsa y me dirigí a toda prisa al coche. La clase me había dejado frustrado y contrariado, de modo que decidí ir al gimnasio de camino a casa. Al llegar al coche, vi que tenía una llamada perdida de Matt. Marqué su número y respondió después de sonar varias veces.

—¡Stevie! —dijo en tono cantarín—. ¿Qué pasa?

—No lo sé. Me has llamado tú.

—Ah, vale. ¿Por qué nunca lo coges?

—Tenía clase. Había dejado el teléfono en el coche.

—Sabes que puedes llevarlo encima, ¿verdad? No se trata de un teléfono para el coche, aunque entendería que pensases eso.

—¿De qué estás hablando?

—Necesitas un teléfono nuevo. El que tienes es un ladrillo. ¿Sirve para mandar mensajes?

—Lo sabes de sobra —respondí—. ¿Por qué me has llamado?

—Quiero que salgas conmigo esta noche.

—Es martes.

—¿Y?

—Pues eso, ¿no trabajas mañana?

—Sí, ¿y?

Suspiré.

—Déjalo. No, no puedo salir.

—¿Por qué no, tío? No tienes clase por la mañana.

—Tengo que corregir unos trabajos y terminar un artículo. Además, tenía ganas de pasar una noche tranquilamente en casa.

—Pasas *todas* las noches tranquilamente en casa —repuso Matt y prácticamente pude oír cómo ponía los ojos en blanco.

—Bueno, es lo que me gusta.

—Te juro por Dios que no me explico cómo es posible que estemos emparentados. Eres el tío de treinta y tres años más carca del mundo.

Opté por no puntualizar el hecho de que Matt y yo solamente estábamos

emparentados por el matrimonio de nuestros padres.

—Lo digo en serio —continuó—. Estás soltero y tienes a tiro pibones jóvenes, pero ¿cuánto hace que no echas un polvo?

*¿Quién se acuerda a estas alturas?*

—No las tengo «a tiro», como tú dices. Está prohibido salir con alumnas y lo sabes.

—No estoy hablando de salir —replicó Matt—. Estoy hablando de que alguien ponga en tu polla una mano que no sea la tuya. ¿No suena fantástico?

—Tengo que irme —dije—. Voy al gimnasio.

—Genial, nos vemos allí en diez minutos —contestó Matt y colgó sin darme tiempo a protestar.

*Fantástico. Justo lo que necesitaba después del día que llevo.*

## 2

**A**l llegar al gimnasio, Matt ya estaba en la puerta hablando por teléfono, riendo por algo.

No nos parecíamos en nada. Él era tremendamente extrovertido y popular. Era dueño de un bar de temática deportiva junto con un colega suyo y por lo visto el local tenía mucho éxito. A mí el deporte no me interesaba lo más mínimo, y solo había estado allí en la fiesta de inauguración hacía unos cuantos años porque mi madre prácticamente me había obligado a asistir. Pasé toda la noche con la sensación de estar fuera de lugar, demasiado arreglado con mi traje, y me sentí pletórico de alivio al marcharme disimuladamente cuando estalló una trifulca.

Matt era un tipo estupendo, pero nunca llegué a comprender por qué le gustaba estar conmigo cuando éramos niños, y supongo que seguía sin entenderlo. Él tenía un montón de amigos y una activa agenda femenina, pero por alguna razón siempre parecía tener tiempo para mí.

—¡Hey, hermanito! —exclamó Matt al acercarme.

*Hermanastro, para ser exactos.*

Varias personas nos saludaron a voces de camino a los vestuarios y, mientras Matt respondía con un comentario ingenioso a cada una, yo me tuve que obligar a no bajar la mirada al suelo y responder a los saludos con un rígido gesto con la cabeza. Siempre pasaba inadvertido cuando iba allí solo y lo prefería así.

—¿Qué te pasa? —preguntó Matt cuando dejé caer bruscamente al suelo mi bolsa de deporte—. Da la impresión de que esa vena que tienes en la frente va a reventar de un momento a otro.

—No lo sé. A lo mejor estoy pillando un virus.

—Sí, el de los «huevos morados» —apuntó con una risita—. ¿Es por esa chica insoportable que está jugando de nuevo contigo?

—¿Qué? —pregunté, porque le estaba escuchando solo a medias mientras me cambiaba.

—Ya sabes, la respondona que viste de pena. De la que según parece no

puedes dejar de hablar como un loro siempre que te veo.

Levanté la vista.

—¿La señorita Wilde?

—Mmm... La señorita Wilde, me gusta. ¿Y cómo se llama?

—No lo sé —respondí, irritado—. ¿Por qué narices estamos hablando de una de mis alumnas?

—¡Ooh, has estado a punto de soltar un taco! —dijo Matt en tono burlón—. Porque —continuó con total naturalidad— esa vena está extraordinariamente hinchada hoy, cosa que únicamente ocurre cuando ella va a clase.

Me pasé los dedos por la frente.

—Bueno, ¿qué ha hecho hoy? —preguntó.

—¡Nada! ¿Quieres dejar el tema de una vez?

—¡Guau! Debe de haber sido un mal rollo. O bueno, depende de cómo se mire.

Lo fulminé con la mirada (o esa fue mi intención) para que cerrara el pico. No me apetecía pensar en esa ridícula chica cuando no había necesidad.

—Ah, ya sé —dijo con una sonrisa—. ¿Hizo el juegucito del cruce y descruce de piernas? ¿Te enseñó un pelín el asunto?

—¡No! —repuse casi a voz en grito—. ¿De qué vas, Matt? Le llevo por lo menos diez años.

—¿Y? —preguntó—. Tampoco es tan raro. Casi todos los hombres sueñan con estar con una mujer más joven.

*Lo mismo que dijo la señorita Wilde.*

—¿Sí? —me oí decir.

—Claro. ¡No me vengas con que no te encantaría echar un buen polvo con esa traviesa alumna tuya y enseñarle quién manda aquí!

Me quedé paralizado delante de las taquillas. Hasta ese momento jamás se me había pasado por la cabeza, pero ahora que salía a colación, sonaba curiosamente... ¿intrigante? Y totalmente absurdo. Negando con la cabeza, metí mi bolsa y la ropa en la taquilla y la cerré de un portazo.

—No —contesté por fin—. Aunque no fuera contra las normas, ella no es mi tipo para nada.

—¿Cómo es? —preguntó Matt mientras nos dirigíamos a las cintas.

Me encogí de hombros.

—Es un poco menuda, de pelo oscuro y ojos azules. Debe de rondar los veintiuno. Es la persona con menos estilo que he visto en mi vida y lleva el maquillaje y el pelo de lo más..., bueno, como si se pasara el año entero

celebrando Halloween.

Matt asintió y pude percibir que la estaba visualizando en su cabeza.

—Ah, y lleva un tatuaje por debajo de la nuca —añadí.

—Mmm... Los tatuajes me ponen —dijo en tono soñador—. ¿Cómo tiene las tetas?

Apreté la mandíbula. Por desgracia, sabía perfectamente cómo tenía las «tetas», como tan delicadamente las había denominado Matt.

—Una pasada, ¿eh? —Sonrió con picardía.

—No lo sé —respondí, cansado de la conversación—. No sabría con qué criterio evaluarlas.

—No pueden ser demasiado pequeñas, pero tampoco demasiado grandes. Que quepan en la mano, y yo tengo las manos bastante grandes —dijo entre risas y, acto seguido, las levantó en el aire y simuló burdamente que acariciaba unos pechos.

Puse los ojos en blanco, subí a la cinta que tenía más a mano y empecé a correr. No quería pensar en los pechos de la señorita Wilde, y tenía ganas de que Matt cambiara de tema.

—Ah —añadió, tras su imaginario manoseo—. Tienen que ser bonitas y estar en su sitio. Pero eso prácticamente se da por hecho en el caso de una veinteañera, suertudo.

Las tenía en su sitio, eso era innegable. Aceleré el paso.

—Bueno, ¿vas a pasar a la acción? —insistió Matt, a pesar de mi ritmo de carrera a máxima velocidad y del hecho de que no había respondido a sus necias preguntas sobre los pechos. Se había colocado sobre la cinta contigua a la mía, pero apenas caminaba.

—Pues claro que no —respondí con un resuello.

—¿Por qué no? Por lo que comentas sobre lo que hace en tu clase, da la impresión de que la tienes en el bote.

*No la tengo en el bote. La tengo... No sé dónde la tengo.*

Seguí corriendo hasta que sentí como si mi corazón estuviese a punto de salirme despedido del pecho, mientras el sudor me brotaba a raudales. Paré la cinta y me bebí el agua de un trago mientras Matt continuaba observándome desde la cinta contigua a la mía con una sonrisa estúpida en el semblante.

—¿Qué? —gruñí.

—Tranqui, hermanito, que te vas a provocar un aneurisma —contestó, y detuvo su lento ritmo—. Lo único que digo es que si esta chica te raya tanto, igual hay tema.

—No hay nada —rezongué—. Es desesperante, inaguantable y, francamente, estoy deseando que acabe el semestre para no tener que verla dos veces a la semana. ¡Y sí, tiene los pechos muy en su sitio y probablemente del tamaño perfecto, pero eso no cambia el hecho de que parezca una figurante de una película de Tim Burton y que se empecine en buscarme las cosquillas!

Me fui echando chispas y le oí reír mientras me seguía a la sala de pesas. Me tumbé en el banco de pesas, con la esperanza de que Matt mantuviera la boca cerrada mientras vigilaba mis ejercicios. Por supuesto, no hubo suerte.

—Entooonces, si salieras con ella cuando acaben las clases no estarías cometiendo un delito, ¿a que no?

Gruñí al hacer un sumo esfuerzo.

—Es una observación irrelevante, dado que no tengo el menor interés en salir con ella. Además, soy demasiado mayor para ella y, como ya te he dicho, no es mi tipo.

—Te gustan las morenas —replicó.

—Sí, pero no me gustan el maquillaje macabro, los pantis rasgados y, mucho menos, los tatuajes. ¿Por qué seguimos hablando del tema?

—Porque la has sacado a relucir cada vez que nos hemos visto en los dos últimos meses —dijo.

*Tampoco he hablado tanto de ella, ¿no?*

—Ni siquiera te has dado cuenta de eso, ¿verdad?

—Ya será menos —refunfuñé mientras cambiábamos de lugar y Matt añadía más peso a su barra.

—¿Estás de coña? Sé la ropa que se ha puesto y cómo se ha peinado en todas y cada una de tus clases. Por no hablar de los guiños y las sonrisas que te ha dedicado.

—No exageres —objeté—. ¿Qué llevaba puesto el viernes?

—A ver...: una falda de cuadros blancos y negros y una camiseta con un logo. Por la manera en la que la describiste, me suena que era de los Ramones —respondió sin titubear.

*Ha dado en el clavo. Dios, en menudo lío me he metido.*

No dije nada. ¿Qué iba a decir?

—He acertado, ¿a que sí?

—Como no cierres la boca te suelto esto encima —mascullé, pasándole la barra.

Me quedé con una sensación de desconcierto mientras Matt realizaba su serie de levantamientos. No me había dado cuenta de todo lo que me había quejado

sobre la señorita Wilde. Cuando terminamos las series no tenía ganas de hacer nada más y nos fuimos a las duchas.

—Bromas aparte, Stephen, ¿por qué nunca has salido con nadie? —me preguntó mientras nos vestíamos.

—No lo sé —mentí—. No he conocido a nadie que despertara mi interés.

—Excepto a la chica de la que no has parado de hablar en los dos últimos meses —terció.

—Además, no se me da muy bien tratar con las mujeres —añadí, haciendo oídos sordos a su comentario.

—Eso es verdad.

Miré a mi hermanastro y él me sonrió.

—Solo estoy bromeando, Stevie. No eres tan sieso como piensas.

Sí que lo era. Aunque no me gustara reconocerlo, no podía negar los hechos. Mi vida sentimental era prácticamente nula, y siempre lo había sido. En la universidad me pasaba el tiempo estudiando y, dado que no participaba en fiestas y cosas así, no trataba mucho con mujeres. Veía a mis colegas relacionarse y, a pesar de que me habría gustado unirme a ellos, mi timidez me lo impedía. Albergaba la esperanza de que algún día la mujer adecuada apareciese de la nada. Alguien agradable con quien charlar sin sentirme intimidado. Alguien que me aceptase con todos mis defectos.

Ya tenía treinta y tres años y, hasta la fecha, no había ocurrido. Tal vez nunca ocurriría. De los pocos amigos que había hecho en el instituto y en la escuela de posgrado, todos mantenían relaciones duraderas y la mayoría estaban casados y con hijos. Yo era el único que seguía sin pareja y empezaba a preocuparme quedarme solo para siempre.

—¿Quieres que te busque un apaño? —preguntó Matt—. Conozco a muchas mujeres a quienes les encantaría tener una cita contigo.

—¿En serio? —pregunté, enarcando una ceja.

—Vale, puede que no a muchas. Pero casi seguro que podría hacerte un apaño con alguna. Con alguna agradable y sosa, igual que tú —dijo, como si se tratase de un cumplido.

—¿De veras crees que soy soso?

—Sí —respondió de inmediato.

—Vaya, gracias por no andarte con remilgos, Matt.

—Lo siento, Stevie, pero no tienes más que fijarte en la vida que llevas, tío. Te pasas todas las noches con la nariz metida en un libro, no has salido con nadie desde que J. T. lanzó «SexyBack», y vistes como un abuelo.

*¿Quién es J. T.? ¿Qué es «SexyBack»? ¿Un abuelo?*

Bajé la vista y comparé mi ropa con la de Matt. Yo vestía unos chinos con cinturón, una camisa azul, una chaqueta de pana marrón, zapatos de piel negros con cordones y, cómo no, mi pajarita y mis gafas. Mi hermanastro llevaba unas estrafalarias zapatillas de deporte, vaqueros oscuros, una camiseta blanca lisa y una cazadora de piel. Incluso yo mismo reconocía que había diferencias, pero no creía que mi ropa estuviese tan mal.

—¿En serio parezco un abuelo? —pregunté.

—Un poco —dijo Matt—. Tus pantalones, por ejemplo. ¿No ves?

—¿Eh? ¿Qué tienen de malo?

—No es que tengan nada de malo en sí —respondió—. Es que los llevas un pelín altos y el cinturón es..., vaya, como de vejstorio. ¿Por qué no usas vaqueros nunca?

—No sé si me resultaría cómodo llevar algo tan ajustado —confesé.

Matt negó con la cabeza con patente desaprobación.

—¿De qué sirve entrenar tres veces a la semana si no te luces? —preguntó, flexionando el bíceps.

—Para mantenerse en forma. Practicar ejercicio con regularidad es la mejor manera de mantener sano el sistema cardiovascular. Ya conoces mi historial familiar.

Matt me puso la mano sobre el hombro y me zarandéo un poco.

—Perdona, tío, ya lo sé. Pero has ido al médico hace poco, ¿no? Todo va bien. Me masajé el pecho y asentí.

—Estás como un roble —continuó—. Ya te preocuparás cuando seas mayor. Ahora, tu principal objetivo debería ser echar...

—¡Por favor, no lo digas! —interrumpí, con la mano en alto.

—... te una novia como Dios manda —terminó con una carcajada.

*Oh, venga. Sé lo que iba a decir.*

—Me pondré con ello ya.

—No te olvides de los vaqueros, ¿vale?

—Seguro que me lo recordarás si lo olvido —mascullé.

Me dio unas palmaditas de ánimo en el hombro.

—La próxima vez que mamá te lleve a comprar ropa, niégate y punto.

—Vale.

—Oye, ¿por qué no te vienes conmigo al bar a tomar una cerveza? De camino podemos comprar algo para picar —propuso.

Vacilé.

—Es el primer partido de la temporada para los Giants, cosa que seguro atraerá a mujeres al local. Por cierto, es nuestro equipo de béisbol.

—Ya lo sé —dije, con gesto de suficiencia, aunque de no haber nacido y haberme criado en San Francisco probablemente no estaría al tanto.

Barajé la posibilidad de declinar el ofrecimiento. No es que no disfrutara en compañía de Matt, porque sí que lo hacía. Era su bar —o cualquier otro, ya puestos— lo que me hacía dudar. No se me daban bien los encuentros sociales. Sin embargo, entendía lo mucho que significaba para él que le acompañase.

—De acuerdo —accedí—. Pero solo una cerveza, ¿vale?

A Matt se le iluminó la cara.

—¿En serio? ¡Genial! ¿Quieres pasar por tu casa a cambiarte de ropa?

—No.

—Vale, entonces..., esto..., desabotónate la chaqueta, al menos, y sácate la camisa por fuera del pantalón.

Suspiré y obedecí.

—¿Y la pajarita?

—No. ¿Algo más? —pregunté con sarcasmo.

—Pues sí, deshazte esa raya lateral en el pelo. Da la impresión de que llevas un tupé —comentó, alborotándome mi indómita cabellera.

Lamenté mi decisión en cuanto paramos el coche junto al bar de Matt aquella noche y vi la cantidad de coches que había aparcados en la puerta. El local estaba de bote en bote y noté que me estaba poniendo nervioso. Entramos y a Matt lo saludaron con entusiasmo desde todos los rincones. Por lo visto todos los presentes lo conocían. A mí no me gustaba ser objeto de atención, salvo en un entorno que pudiese controlar, como mi clase.

—Vamos, hermanito. Tengo mesa propia —señaló Matt, conduciéndome a la que parecía la mejor mesa del local. Tenía una vista estupenda de todo el bar y visión directa a la gran pantalla de televisión colgada en la pared—. Voy a pedirte una cerveza —añadió—. ¿Alguna preferencia?

Negué con la cabeza. Era nulo a la hora de distinguir una cerveza de otra. Al echar un vistazo a mi alrededor, me sorprendió ver la cantidad de mujeres que había allí, tal y como había prometido Matt. Sabía que había salido con chicas de todo tipo, pero con ninguna en especial, y al parecer así lo prefería. Le vi abrazar a varias mujeres cuando volvía a la mesa, y he de confesar que me sentí un pelín celoso. Mi hermanastro caía bien a todo el mundo y tenía buena mano con el

sexo opuesto, cosa que nunca había sido mi caso.

—Toma —dijo, dándome un botellín—. ¿Has visto el mercado?

Hizo un gesto hacia el gentío del bar. Yo me encogí de hombros y me puse a pellizcar la etiqueta mientras me preguntaba cuánto rato debía quedarme para cumplir con Matt.

—¿Qué tal aquella? —preguntó, haciendo un ademán con la cabeza en dirección a una mujer muy pechugona con una falda muy corta.

*Uf, no.*

—Es broma —comentó con una sonrisa maliciosa—. La conozco, y de aburrida no tiene ni un pelo..., si sabes a lo que me refiero.

—Espero que usaras protección —mascullé—. Toda precaución es poca.

Matt me lanzó una mirada incisiva.

—Sí, Stephen, a veces toda precaución es poca para algunos.

No le pedí que se explicara. Pusieron una canción de rock y oí vítores estentóreos al fondo del local. Matt y yo nos dimos la vuelta para ver lo que estaba pasando y casi me caigo del asiento al contemplar la escena. La señorita Wilde estaba bailando encima de una mesa con otras dos chicas, rodeadas por un grupo numeroso de hombres que las jaleaban con la mirada levantada hacia ellas.

Esa noche llevaba puesto un vestido que nunca le había visto: un trapo rojo sin tirantes (yo no tenía la menor idea de cómo se sujetaba en su sitio) y botas de piel a la altura de la rodilla. Llevaba el pelo recogido en una cola alta, carmín rojo en los labios y el mismo potingue negro emborronado sobre los ojos que usaba para ir a clase.

—¡Hostia, esa pelirroja está buenísima! —exclamó Matt, y dejó escapar un ligero silbido. Se refería a la amiga de la señorita Wilde, una chica alta y voluptuosa con una larga melena pelirroja. La otra chica era bajita, con piel oscura y pelo negro azabache. Las tres tenían embelesados a todos los hombres del local con su numerito de baile sobre la mesa. Sentí el súbito impulso de irme del bar antes de que reparara en mi presencia. No tenía ganas de verla, aunque, todo sea dicho, esa noche lucía mucho mejor aspecto que el que normalmente tenía en clase.

Se me desencajó la mandíbula cuando las tres chicas se pusieron a compartir chupitos de tequila en un juego sensual, lo cual desató a la multitud de hombres.

—Hum..., ¿permitís que hagan eso? —pregunté a Matt.

—¿Estás de coña? —preguntó sin quitarle ojo a la pelirroja—. Esos hombres van a volver todas las noches durante un mes con tal de ver una repetición del

espectáculo. Debería meter a esas chicas en nómina. Nunca las había visto por aquí. Me pregunto quiénes serán.

—Esa es la señorita Wilde —respondí, y al instante me arrepentí.

—¿La del vestido rojo? —preguntó con incredulidad—. ¿En serio?

Asentí.

—¿Esa es la tía irritante que no es tu tipo? ¡Menudo rollo tienes, hermanito! Tienes que pillártela y luego presentarme a su amiga.

No sentía la necesidad de «pillar» nada y me puse de pie para irme.

—¿Dónde vas? El juego no ha hecho más que empezar —rezongó, sentándome de un tirón—. Una cerveza, Stephen, lo has prometido.

—Vale —accedí, agachando la cabeza—. Cuando apure esta me voy a casa. Tengo cosas que hacer.

—Ya te harás la paja luego. —Se echó a reír—. Tu querida señorita Wilde te está ofreciendo una imagen estupenda —añadió, señalando en dirección a ella.

Volví la vista hacia la señorita Wilde y la vi ocupada lamiendo la sal del cuello de la pelirroja; seguidamente se bebió un chupito de un trago y chupó la rodaja de limón que la otra chica sujetaba entre sus labios. Noté una agitación en mis partes y aparté la vista, asqueado conmigo mismo.

*Es diez años menor que tú y, para colmo, tu alumna. Además, te revuelve las tripas, ¿recuerdas?*

Centré mi atención en la pantalla y, por suerte, el ruido del fondo se atenuó con el inicio del partido. Tras apurar mi cerveza, le dije a Matt que me marchaba, pero quedamos para comer juntos al día siguiente. Busqué con la mirada a la señorita Wilde, pero al parecer sus amigas y ella seguramente se habrían marchado al comenzar el partido. Al salir a la calle respiré hondo, agradecido por que la noche hubiera acabado.

—¡Joder!

¿Qué c...?

Miré en dirección de donde procedía el grito y ¿a quién iba a encontrar sino a la señorita Wilde, hurgando en su bolso y maldiciendo a grito pelado? Sacó un cigarrillo, lo encendió e inhaló profundamente.

—Hostia —rezongó, y acto seguido cerró los ojos y exhaló el humo al aire de la noche.

*Es una grosera y fuma. Qué maravilla. La lista de «cosas que no me gustan de la señorita Wilde» se hace cada vez más larga. Antes de que acabe el semestre, será igual de larga que el rollo de En el camino de Kerouac.*

Por un instante pensé que tal vez podría pasar inadvertido, pero ella volvió a

abrir los ojos y esbozó una sonrisa al verme.

—Stephen —dijo, dedicándome su pícara sonrisa torcida—. ¿Qué haces aquí?

—Profesor Worthington —corregí automáticamente.

—Ahora no estamos en clase —objetó, y le dio una calada al cigarrillo.

No pude evitar clavar los ojos en sus disparatados labios rojos ciñéndose alrededor del cigarrillo. Decidí no decir nada más sobre mi apellido.

—El bar es de mi hermano. O sea, de mi hermanastro.

—Total, ¿en qué quedamos? —preguntó con tono divertido—. ¿Tu hermano o tu hermanastro?

—No lo sé. —Nuestros padres llevaban casados casi veinte años y apenas recordaba la época anterior a Matt. ¿Cuándo era oportuno prescindir del sufijo «nastro»?

—¿Eh?

Esa conversación no llevaría a ninguna parte.

—Nunca te habría tomado por un tío aficionado al deporte —señaló, mirándome de arriba abajo, y dio otra calada.

—No lo soy, y ya me marchó. Buenas noches, señorita Wilde —dije bruscamente, y eché a andar hacia mi coche.

—Espera. No tengo dinero suficiente para coger un taxi y mis amigas se han marchado en la dirección contraria. ¿Me puedes llevar? —No quería que subiera a mi coche. Sería de lo más inapropiado—. Oye, no pasa nada —añadió sin darme ocasión a responder—. Nos vemos en clase el viernes.

Al darme la vuelta, ya se estaba alejando.

*¿Se va a su casa caminando? ¿Sola? ¿Con ese vestido?*

—¡Señorita Wilde! —grité. Ella se volvió y me miró extrañada—. Vamos —dije, señalando hacia mi coche. Esbozó una radiante sonrisa y regresó caminando hacia mí. No pude evitar fijarme en el vaivén de sus caderas y en su estrecha cintura. Su cola de caballo se bamboleaba de un lado a otro a cada paso que daba, y concluí que prefería ese peinado a los que solía llevar en clase. Subió al coche e inmediatamente me di cuenta de que seguía fumando.

—¿Le importaría no hacer eso en mi coche? —dije, apuntando hacia su cigarrillo.

Lo lanzó por la ventanilla y se puso el cinturón. Hurgó en su bolso, sacó un paquete de caramelos de menta y se echó uno a la boca.

—¿Dónde vive? —pregunté mientras salíamos del aparcamiento.

Me dio su dirección, un barrio donde había muchas viviendas para estudiantes del campus.

—Bueno, Stephen —dijo, volviéndose hacia mí—. ¿Sueles hacer esto a menudo?

—¿A qué se refiere? —pregunté, sin apartar los ojos de la carretera.

—A rescatar a damiselas en apuros —bromeó—. No, a pasar el rato de bares en vísperas de días lectivos.

—Técnicamente no es víspera de día lectivo para mí y no, no suelo hacerlo mucho. La verdad es que ese no era del todo mi ambiente.

—Entonces, ¿cuál es tu ambiente?

Me encogí de hombros. Pasaba la mayoría de las noches en casa con una taza de té y un libro. A veces iba a ver una película si había algo interesante en cartel, o a cenar a casa de mis padres. A eso en resumidas cuentas se reducía mi vida social, a excepción de las pocas ocasiones en las que Matt me sacaba a regañadientes. Naturalmente, no le comenté nada de eso a la señorita Wilde y seguí conduciendo. Estaba ansioso por llegar a su casa cuanto antes y librarme de ella. No quería que estuviera al tanto de mi vida privada. En clase, yo sabía qué hacer y qué decir. Siempre tenía una respuesta adecuada a las preguntas que me formulaban. Era el profesor: respetado e incluso, en ocasiones, temido. Aquí, en mi coche, fuera del aula, me sentía como el típico ratón de biblioteca al que engatusan para llevar a casa a la chica más guapa de la escuela aunque esta jamás le daría ni la hora.

La miré de reojo. Esa noche estaba guapísima. La piel pálida de sus brazos desnudos parecía de lo más suave y tersa, y el vestido se le ceñía, realzando su figura.

—¿Por qué no lleva chaqueta? —pregunté con gesto ceñudo, y volví a centrar mi atención en la calzada.

—Se me olvidó —respondió—. Qué divertida ha sido la clase de hoy, ¿eh?

«Divertida» no es exactamente como yo la calificaría. ¿Frustrante? Sí. ¿Crispante? Desde luego. ¿Divertida? No.

Gruñí a modo de reconocimiento, pero no dije nada más.

—Bueno, yo me divertí mucho —comentó, y soltó una risita—. No puedo creer que hubiese gente que tuviese algo en contra del autor.

—No es la primera vez que ocurre —señalé—. Ellis recibió varias amenazas de muerte después de escribir *American Psycho*.

—Y tanto. Estaba pensando que igual hago mi tesis sobre escritores neoyorquinos —comentó alegremente.

Me limité a asentir y suspiré aliviado al doblar la esquina de su calle.

—Bueno, buenas noches —dijo, con la mirada fija al frente.

*Sal del coche, sal del coche, sal del coche.*

—Oye, Stephen, aún no es muy tarde. ¿Te apetece subir a tomar un café o una copa?

Me dio un vuelco el corazón. ¿Para qué iba a querer ella tomar un café conmigo?

*No. No, no, no. Ni pensarlo.*

—Sí —respondí con un nudo en la garganta.

*¿Qué demonios estoy haciendo?*

### 3

La señorita Wilde salió sonriente del coche y yo me vi siguiéndola escaleras arriba hacia su apartamento, como si de repente mis piernas hubieran adquirido vida propia.

*¿Qué estoy haciendo? No debería hacer esto.*

—Pasa —dijo al abrir la puerta.

Me recibió un olor dulzón que parecía impregnar el ambiente. No desagradable, pero desde luego exótico.

*¿A qué huele? ¿A flores?*

Al entrar miré a mi alrededor y me quedé horrorizado en el acto. Su casa era una auténtica leonera. Era pequeña, con solo tres habitaciones, o al menos hasta donde la vista me alcanzaba: una cocina diminuta, un baño y una amplia sala que hacía las veces de dormitorio y cuarto de estar. Me quedé mirando su cama preguntándome en qué demonios estaría pensando al decorarla. El armatoste, ataviado con una colcha de color morado oscuro y enormes cojines en tonos dorados, rosas y morados, parecía sacado de una versión pornográfica de *Las mil y una noches*. Hasta tenía un dosel. A los pies de la cama había un arcón de madera con quinqués de aire exótico en la misma gama de tonalidades y un soporte para incienso.

*Ah, de ahí el olor.*

Me di la vuelta hacia ella, que claramente estaba a la espera de que me pronunciase sobre esa monstruosidad.

—Su cama es muy..., eh..., interesante —comenté, lo cual fue lo más amable que pude decir al respecto.

—Gracias. —Sonrió—. Sé que es un pelín extravagante, pero me gusta tener un sitio bonito donde dormir. —Encendió las velas de los quinqués y volvió a mirarme—. Y hacer otras cosas aparte de dormir —añadió.

Parpadeé varias veces, tratando de averiguar si era consciente de la insinuación de su comentario. Parecía estar totalmente a sus anchas, prendiendo

una vela tras otra, como si se tratase de una conversación de lo más normal.

—¿Te apetece tomar algo, Stephen? —preguntó, y apagó la cerilla de un soplo.

Me quedé perplejo, de nuevo. Jamás me había encontrado en una situación parecida.

—P-por eso estoy aquí —titubeé—. Me ha invitado a tomar algo.

—Efectivamente. ¿Vino? ¿Cerveza? ¿Café? ¿Té? —Me bombardeó con las opciones.

—¿Qué va a tomar usted? —pregunté finalmente.

—A ti —respondió con una sonrisa.

*¿Qué ha dicho? Las mujeres no dicen semejantes cosas en la vida real. Debo de haberla entendido mal.*

—Y vino, creo —añadió de camino a la cocina.

Eché un vistazo a mi alrededor en busca de las cámaras ocultas, con la sensación de estar en un episodio del programa de la NBC *A la caza del depredador* —con la salvedad de que yo no era un depredador—. No encontré ninguna, solo desorden. A diestro y siniestro.

*¿Cómo puede vivir así?*

El friki del orden que había en mí estaba al borde de un leve ataque de pánico. Estaba claro que la chica iba desperdigando todo tipo de cosas a su paso. Mirase donde mirase, reinaba el caos: libros apilados sin orden ni concierto en cualquier superficie, prendas sueltas dejadas de cualquier manera sobre las sillas, y un pequeño escritorio a rebosar de papeles y más libros. El apartamento no estaba lo que se dice sucio, solo desordenado, y no me gustaba nada. Todo parecía un tanto deteriorado salvo su ordenador portátil y otros aparatos electrónicos, que tenían un aspecto flamante. Salió de la cocina y me tendió una copa de vino tinto; reparé en que la suya no hacía juego con la mía.

Se sentó en el borde de la cama, dejó su copa encima de la mesilla de noche y se puso a quitarse las botas. Le di un sorbo al vino y, para mi gran sorpresa, me supo delicioso.

—Yo ayudé a hacerlo, ¿sabes? —comentó mientras se quitaba una bota.

—¿A hacer qué?

—El vino.

—Oh —dije, sin saber exactamente qué responder—. ¿En Napa?

—Al sur de Francia, hace cuatro años —explicó mientras se quitaba la otra bota—. Trabajé en una bodega un verano al terminar el instituto.

Su respuesta fue totalmente inesperada, como la mayoría de las cosas que le

atañían. Era desconcertante.

—¿Por qué? —quise saber.

—¿Por qué no?

Era, sin lugar a dudas, la conversación más rara de toda mi vida. Bebí otro sorbo de vino mientras en mi fuero interno rezaba para que la señorita Wilde no hubiese metido los pies entre las uvas tal y como a veces se mostraba en las películas. Tras echar un vistazo a sus pies, concluí que tampoco era para tanto. Eran pequeños, delicados y de aspecto cuidado.

*¿Se hace la pedicura y en cambio se maquilla con una espátula? No me cuadra.*

—¿Te gusta? —preguntó—. Me refiero al vino.

Asentí.

—Me alegro, se lo diré a Étienne la próxima vez que le escriba un e-mail.

Dejó las botas en el suelo junto a la cama y se acercó a una especie de minicadena.

—¿Qué te apetece escuchar? —preguntó, volviéndose hacia mí.

No supe qué responder. Teniendo en cuenta que yo no conocía a ninguno de los grupos que llevaba estampados en sus camisetas, casi con toda seguridad no tendría nada del tipo de música que yo escuchaba en casa.

—¿Qué escucha últimamente? —dije.

—The Smiths, pero no crean el ambiente adecuado precisamente, ¿sabes?

No tenía la menor idea de quiénes eran, pero asentí de todas formas.

Me caló al ver mi gesto.

—A veces resultan un poco deprimentes. Suicidio, bombas nucleares, atropellos por camiones de diez toneladas y cosas así —comentó, y me dio un minirreproductor—. Elige algo.

Cogí el reproductor y me sentí un poco torpe al pulsar los diminutos botones para tratar de ponerlo en marcha.

—Así —dijo, deslizando el dedo índice de arriba abajo por la pantalla.

La imité y fui viendo los títulos de los álbumes. Tenía un amplio repertorio y me sorprendió gratamente comprobar sus eclécticos gustos.

*De momento he encontrado dos cosas que no me disgustan: su gusto por el vino y por la música.*

Finalmente me decidí por unos grandes éxitos de Otis Redding; ella insertó el artilugio en el equipo y la música empezó a sonar.

—Buena elección —señaló con aprobación, y alzó la vista hacia mí.

Hasta ese momento no me había dado cuenta de lo mucho que le sacaba en

altura. Se movía con tal determinación y confianza en sí misma que resultaba fácil pasar por alto el hecho de que era una mujer —una chica— de tan poca estatura.

*Me pregunto qué edad tendrá.*

—Yo también habría escogido ese álbum —aseguró, y dio un paso para acercarse a mí. A continuación esbozó una sonrisita de suficiencia y sus ojos brillaron con una chispa de picardía—. Bueno, o eso o Prince. Tiene mucho talento para las letras. —Se puso de puntillas y me cantó unas palabras al oído.

Por primera vez en mi vida de adulto, tuve la fuerte tentación de soltar un impropio. Logré contenerme y, en lugar de hacerlo, tragué saliva y di un paso atrás. La escasísima distancia que nos separaba me incomodaba y de pronto me inquietó la idea de que le hubiese añadido algo al vino, porque me sentía más que achispado.

—¿Me ayudas a bajarme la cremallera del vestido? —dijo, dándome la espalda—. Me lo puso mi amiga Meg y no tengo ni idea de cómo quitármelo.

—¿Es la pelirroja o la morena? —me escuché preguntar, con la esperanza de distraerla para no tener que presenciar cómo se quitaba el vestido.

—La pelirroja. ¿Nos viste en el bar? —contestó, todavía de espaldas a mí.

Asentí aunque no pudiera verme.

—Stephen, el vestido —exclamó con tono impaciente—. No quiero dormir con esto encima. No es muy cómodo que digamos.

Me vi entre la espada y la pared y al final alargué la mano para bajar la cremallera; una vez que mis temblorosos dedos cooperaron, cerré los ojos.

—Gracias —dijo con delicadeza. La oí trajinar—. ¿Por qué cierras los ojos? —preguntó en tono divertido.

—No lo sé —respondí, a pesar de que sabía el motivo de sobra.

—Ya puedes abrirlos.

—¿Es... está visible?

—Bueno, yo no diría tanto —dijo, riendo entre dientes—. Mírame.

*No, mejor sigo con los ojos cerrados. Debería irme ya, antes de meterme en líos.*

En el instante en que ese pensamiento se me pasó por la cabeza me di cuenta de que ya estaba en un lío, porque noté las manos de la señorita Wilde a ambos lados de mi cara mientras pegaba su cuerpo al mío. Y noté que estaba desnuda.

*Esto no está pasando. ¿Qué hago?*

Era un verdadero despropósito. ¿A qué venía eso? La señorita Wilde no había hecho más que incordiar me durante todo el semestre, cosa que no podía haber

sido inintencionada por su parte. ¿O sí? ¿Estaba haciendo aquello para burlarse de mí, como hacía en clase siempre que me sonreía o guiñaba el ojo?

—Stephen, mírame.

Fui consciente de que no tendría más remedio que abrir los ojos si tenía intención de salir de su apartamento de una pieza. De lo contrario, daría un traspié con uno de los libros desparramados por el suelo y me partiría el cuello. A regañadientes, abrí los ojos y, como era de esperar, la cara de la señorita Wilde estaba a escasos milímetros de la mía.

—Gracias por traerme a casa —dijo con una sonrisa.

—De nada —respondí automáticamente.

Sentí el tacto abrasador de sus manos sobre mis mejillas mientras su aliento abanicaba mi cara. A pesar del cigarrillo que se había fumado un rato antes, su aliento olía dulce como el caramelo de menta que había tomado en el coche, y noté que yo inhalaba profundamente cuando ella exhaló. La miré a los ojos intentando entender qué demonios estaba pasando y cómo habíamos llegado a ese punto.

No me dio tiempo a seguir reflexionando: la señorita Wilde apretó sus labios contra los míos y me besó. Noté que se me desencajaba la mandíbula ante el desconcierto y ella se lo tomó como una invitación a meter de lleno su lengua en mi boca. Yo estaba en el estado de *shock* más completo y absoluto. Me estaba besando, y me gustaba. Me gustaba mucho.

—Mmm... Qué bien sabes. —Deslizó las manos hacia mi nuca y tiró de las puntas de mi pajarita para aflojarla. Antes de que la dejara caer al suelo, se la quité de la mano y la puse a buen recaudo en mi bolsillo.

Empezó a desabotonarme la camisa. Yo me quedé paralizado, ya sin aliento.

—Guau —susurró al dejarme el torso al descubierto—. Veo que entrenas.

Asentí. Se me hizo un nudo en la garganta cuando adelantó la cabeza para besarme el cuello. Sus manos estaban suspendidas a escasos milímetros de mi piel, tan necesitada de roce. Yo no debía sentir ese deseo. No debía desear a esa chica rara e irritante, pero lo hacía. Dios, sí. Hacía tanto tiempo...

—Por favor —alcancé a decir con voz ronca.

Ella alzó la mirada hacia mí y me posó las palmas de las manos sobre el pecho. Me estremecí de alivio y temor al mismo tiempo. Cuando me quitó la camisa emitió un sonido que esperé que fuera de aprobación.

—Tienes un cuerpazo —comentó—. Jamás lo habría adivinado por tu forma de vestir.

*¿Que tú tienes algún problema con mi forma de vestir? Qué fuerte.*

No dije nada. Me tomé la licencia de echar un vistazo bajo su cuello. No estaba desnuda, pero poco le faltaba. Lo único que llevaba puesto era un sujetador rojo sin tirantes y unas braguitas minúsculas del mismo color. Su piel tenía un aspecto suave y delicado y, por suerte, no había rastro de más tatuajes.

De buenas a primeras se puso de rodillas y empezó a desabrocharme el cinturón.

—Espera, ¿qué..., qué haces?

Levantó la vista hacia mí, extrañada.

—Te estoy quitando los pantalones, Stephen. ¿O prefieres que lo haga en la cama?

*¿Hacer qué? ¿Qué estás haciendo? ¿Qué estoy haciendo yo? ¿Por qué sigo aquí?*

—¿Ha-hacer qué? —balbucí.

Se incorporó y me besó suavemente en los labios.

—Hacerlo —respondió lentamente, como si yo padeciese algún grado de discapacidad, cosa que, francamente, tampoco andaba tan lejos de la realidad en ese momento—. Me encantaría hacerlo contigo.

Me quedé mudo ante su descarada proposición. Me tiró de la mano y la seguí hasta la cama como en trance, con el cinturón desabrochado, los pantalones desabotonados y completamente desatado por dentro. Ni en un millón de años me habría imaginado en esa situación, a punto de mantener relaciones sexuales con una chica que únicamente había despertado en mí sentimientos negativos y, para colmo, una alumna. Sin darme ocasión a que el pánico se apoderara de mí, me tumbó sobre la cama de un empujón y se encaramó encima de mí, a horcajadas sobre mi cintura. Al ver mi expresión perpleja, sonrió con gesto altivo y acto seguido se quitó el sujetador.

*Guau. Vaya... Guau.*

Me quedé mirando sus pechos y noté que se me secaba la boca. Mis brazos descansaban inertes a los lados; los dedos me daban punzadas ante la perspectiva de tocarla. Si mi pasividad la molestaba, no dio muestras de ello. Se limitó a sonreír y me levantó las manos hasta que la suave textura de sus pechos se amoldó a mis palmas. Matt había dado en el clavo: se adaptaban perfectamente al hueco de mis manos, e indudablemente las tenía en su sitio, como él decía. Fue descendiendo hasta mi regazo y se puso a balancearse de atrás adelante.

—Mmm... —El gemido que emití con su vaivén sonó vergonzosamente fuerte para mis oídos.

—Cómo te gusta esto. ¿A que sí, profesor? —dijo para provocarme.

Sus palabras me despejaron en el acto.

*Es mi alumna. ¡Me despedirán por esto!*

—¡Basta! —grité, incorporándome de sopetón mientras ella seguía sentada a horcajadas encima de mí.

—¿Qué pasa?

—No podemos... No puedo hacer esto. Está mal. —Pugné por encontrar las palabras adecuadas. Caí en la cuenta de que seguía sujetando sus pechos entre mis manos y las despegué inmediatamente como si me abrasaran—. No debería haber subido —añadí rápidamente—. Has bebido y yo estoy muy...

*Desesperado.*

—No podemos hacer esto —repetí, apartando la mirada de su torso desnudo.

Ella seguía sentada encima de mí; su olor era divino, y la sensación de su cuerpo, aún mejor.

—No se lo contaré a nadie, si eso es lo que te preocupa —repuso con aparente serenidad.

Levanté la vista hacia ella.

—¿No?

—No, claro que no. ¿Por qué iba a hacerlo?

Fui incapaz de darle una buena respuesta.

—Si esto se nos va de las manos, podría perder mi trabajo —aduje, principalmente para mí mismo.

—Eso no ocurrirá. Lo que pase aquí esta noche queda entre nosotros. —La miré a los ojos, pero no percibí un atisbo de falsedad en su mirada—. ¿Me deseas? —preguntó, y volvió a cogerme las manos. Esta vez las puso sobre sus muslos desnudos.

Asentí. Sí que la deseaba. Hacía mucho tiempo que no estaba con una mujer y empezaba a preocuparme que no se me volviese a presentar esa oportunidad jamás. Tener una cita o incluso el mero hecho de conocer a una mujer me daba pavor. La señorita Wilde, sin embargo, no me asustaba. Me ponía nervioso, sí, pero de una manera que no me desagradaba del todo.

—Me alegro —dijo, como zanjando el asunto—. Porque yo también te deseo de veras.

—¿Por qué? —me oí a mí mismo preguntar.

—¿Cómo que por qué? —exclamó entre risas—. Porque estás bueno y yo cachonda.

Me quedé boquiabierto. Nunca había estado con una mujer con una actitud tan abierta respecto a su sexualidad. Era excitante y perturbador al mismo tiempo.

—¿Te apetece? —me preguntó, enredando sus dedos en mi pelo.

Recliné la cabeza, siguiendo el movimiento de sus manos. Asentí.

—Vale, pues tiéndete y disfruta. Deja de pensar tanto —dijo sonriente.

Me recosté sobre los codos y volví a mirarla. De pronto me envalentoné.

—Suéltate el pelo.

Se soltó la coleta y, al sacudir la cabeza, la melena le cayó sobre los hombros desnudos. Era la primera vez que la veía con el pelo suelto. Era una preciosidad. Entrelacé mis dedos entre su pelo y me maravilló su tacto sedoso.

—Deberías llevarlo así todos los días —dije.

—Tú deberías llevar el tuyo así todos los días —replicó en tono engreído, y tiró de un mechón de mi alborotado pelo. Alargó la mano hacia mis gafas—. ¿Puedes ver sin ellas?

Asentí; ella me las quitó y las dejó sobre la mesilla de noche. Sus ojos vagaron por mi cuerpo y sonrió con malicia.

—Quiero ver el resto de ti —dijo, y se deslizó ligeramente hacia abajo para quitarme los pantalones. Me los sacó de un tirón con un hábil movimiento, arrastrando con ellos mi ropa interior. Luego les tocó el turno a mis zapatos y calcetines. Me quedé desnudo delante de ella, totalmente expuesto, y el ritmo cardíaco se me puso a cien por hora.

—Hostia, Stephen. No esperaba esto.

—¿Eh? ¿Co-cómo? —tartamudeé, y me atreví a levantar la vista.

Ella tenía los ojos clavados en mi entrepierna.

—Joder, eres perfecto —señaló sin tapujos.

*Oh... ¿Qué significa eso?*

Se inclinó hacia delante para darme suaves besos en el pecho, y después se movió hacia abajo. Al levantar la cabeza me sonrió y se lamió los labios de manera insinuante.

*Espera. ¿No irá a...?*

—Hey, no... Esto... No tienes por qué hacer eso —dijo apresuradamente.

Soltó una risita y meneó la cabeza.

—No lo haría si no me apeteciera. ¿No quieres que lo haga?

Me costaba creer que, por mucho que yo quisiera, ella realmente deseara hacer algo semejante, y me quedé sin palabras.

—No lo sé —respondí con impotencia.

—Un momento. ¿Nadie te ha hecho esto hasta ahora? —preguntó, y se incorporó.

Negué con la cabeza y respiré hondo para tranquilizarme.

—¿Nunca? —preguntó con incredulidad.

Negué con la cabeza de nuevo. Empezaba a sentirme francamente avergonzado por mi falta de experiencia. ¿Qué pasaría a continuación? ¿Se echaría a reír? Se me revolvieron las tripas ante la idea.

—Stephen, ¿eres virgen?

—¡No, claro que no!

Era la verdad. Había estado con unas cuantas mujeres, pero nunca en esas circunstancias. Siempre había ocurrido bajo las sábanas, con la habitación a oscuras. Siempre había tenido una sensación incómoda, y nunca había estado con la misma mujer dos veces. Ellas no habían querido repetir la faena, por lo que seguramente fuera nulo en la cama. En mi vida había tenido a una mujer sentada a horcajadas encima de mí como en el caso de la señorita Wilde, al mando de la situación.

—Es que..., hum... No tengo mucha experiencia —farfullé.

Barajé la idea de poner pies en polvorosa y fingir que eso jamás había pasado.

—Oh —dijo, y me dedicó otra sonrisa—. Entonces, vas a flipar.

*Ah, ¿sí?*

—Recuéstate y relájate, anda —susurró—. Lo haré con dulzura, te lo juro.

No tenía claro si se estaba burlando de mí. No me dio tiempo a aclararme, ya que la señorita Wilde me envolvió con su mano y volvió a agacharse. El mero roce de su mano me sentó de maravilla, pero cuando sus labios avanzaron sigilosamente por mi miembro, gemí. Y a continuación me envolvió con su boca.

*Oh, por el amor de Dios, qué gustazo.*

Observé extasiado cómo su lengua avanzaba por mi parte más sensible y me eché hacia atrás, agarrando con fuerza las sábanas, mientras ella parecía tragarme entero.

—Oh —gemí, incapaz de contenerme—. ¡Señorita Wilde!

Ella lamió la parte inferior hacia arriba hasta soltarme de su boca, lo cual hizo que yo levantara la cabeza para mirarla.

*¡Por lo que más quieras, no pares ahora!*

—Stephen —dijo con su sonrisa ladeada—, acabo de tener tu polla en mi boca. Creo que puedes llamarme por mi nombre.

*Habla como en una película para adultos. ¿Su nombre? Ay, mierda.*

Seguía observándome y el pánico empezó a apoderarse de mí. En algún momento había leído su nombre en la lista de clase, pero no tenía la menor idea de cuál era. Me sentí despreciable.

—Uf, lo siento muchísimo, pero... no lo recuerdo —le expliqué, con la

esperanza de que no se enfadase y me pusiese de patitas en la calle.

—Julia —dijo—. O Jules.

—Me gusta Julia.

—Tú también me gustas —replicó con un guiño.

—Oh, yo..., esto...

*... normalmente opino que eres irritante, pero me gustaría muchísimo que siguieras con lo que tenías entre manos.*

—Relájate, Stephen. Solo estoy de broma. ¿Te gusta?

—¿La broma?

Se rio, meneó la cabeza y acto seguido bajó la vista adonde aún me sujetaba con la mano.

—Ah. —Me ruboricé—. Sí, mucho.

—Mmm... Me alegro —dijo, y se agachó para reanudar su maravillosa exploración.

Al cabo de escasos segundos, por lo visto perdí cualquier resquicio de pudor. Mis manos, hasta entonces inertes, se enredaron en su pelo mientras se movía de arriba abajo, proporcionándome la experiencia más placentera de mi vida. Los movimientos de su lengua hacían que me pusiera bizco y que se me encogieran los dedos de los pies.

—Julia —gemí, cerrando los ojos con fuerza y procurando distraerme. Corría el peligro de acabar demasiado pronto y no deseaba que eso ocurriera. Por mi experiencia en la masturbación, era consciente de que a esas alturas necesitaba más tiempo para recuperarme que cuando era adolescente o veinteañero. Quería estar a la altura para no decepcionarla y sabía que debía aminorar el ritmo, aunque no tenía ninguna gana.

—Espera —gemí, y alargué la mano hacia su mejilla.

Ella me soltó y me miró extrañada.

—No quiero que termine así —dije en voz baja.

—¿Por qué no?

—No hay gran cosa para ti, si... si eso ocurre —expliqué, con la esperanza de que lo entendiese.

—¿Tienes prisa por irte? —preguntó. No daba la impresión de estar molesta, sino de preguntar por mera curiosidad.

—No. No, supongo que no —respondí.

En casa no tenía nada interesante aparte de mis libros y la televisión, y nada de eso me seducía lo más mínimo comparado con estar desnudo con una chica guapa.

—Estupendo, porque tengo previsto tomarme mi tiempo contigo —dijo, y volvió a tomarme en su boca.

*¿Qué espera de mí? No tengo ni idea de cómo actuar.*

Poco después me puse a jadear y gemir como un loco. La sensación de su boca era increíble y no me explicaba cómo me había privado de eso durante toda mi vida.

—Julia, voy a... Mmm, voy a... —traté de advertirle.

Pensé que se apartaría, pero por lo visto mi comentario no hizo sino avivar su deseo, pues se aplicó en la tarea con avidez, gimiendo alrededor de mi miembro.

—¡Jul...! —gemí a voz en grito, y acto seguido los ojos se me pusieron en blanco y perdí la capacidad del habla.

El frenesí me golpeó como un yunque, sin posibilidad de dar marcha atrás. La sensación cálida, húmeda, y la succión aumentaron la intensidad de mi orgasmo hasta el punto de temer que me diera un vahído. Mi cuerpo parecía no tener huesos y nunca había experimentado semejante sensación de relax como la que me sobrevino cuando ella me soltó lentamente. Apenas pude levantar la cabeza para mirarla cuando se acurrucó junto a mí. El roce de su cálido cuerpo desnudo contra el mío era una delicia y conseguí ladear la cabeza hacia ella antes de que se me nublara la vista. En contra de mi voluntad, pero incapaz de evitarlo, me quedé dormido con el roce de sus caricias en mi pecho y el olor de su pelo.

Me desperté confundido y desorientado. Por un instante perdí la noción del tiempo y casi del espacio. Todo me vino de golpe, y me incorporé despacio al darme cuenta de que estaba solo en la cama.

El ambiente de la habitación era cálido y aún resplandecía con todas las velas. La señorita Wilde estaba sentada delante de su portátil, tecleando, con los cascos puestos. Estaba de espaldas a mí y fruncí el entrecejo al ver que se había recogido el pelo y se había puesto un salto de cama. Miré la hora en mi reloj y vi que era medianoche. Había dormido unas cuantas horas. Me avergonzaba haber perdido el conocimiento de esa manera. Seguramente los hombres que normalmente se llevaba a casa no hacían eso. Qué decepción debí de haberle causado.

Salí de la cama despacio y me puse los bóxers sin estar seguro de qué hacer a continuación. Necesitaba ir al baño y seguramente debía avisarla de que estaba despierto. Mi carraspeo no captó su atención, de modo que hice acopio de valor para acercarme a ella y posar la mano en su hombro. Dio un respingo al notar mi

roce y se quitó los cascos. Alcanzaba a oír la música que sonaba, pero no logré descifrar qué era.

Se dio la vuelta y levantó la vista sonriéndome.

—Perdona si te he despertado. A veces canto a coro sin darme cuenta.

—No, no me has despertado. ¿Puedo..., esto..., puedo ir al baño? —pregunté, sintiéndome muy violento y expuesto delante de ella.

—Claro —dijo sin más, y salí disparado.

Tras usar el retrete, me miré al espejo y traté de tranquilizarme. No tenía ni idea de lo que se esperaba de mí a continuación. No nos habíamos acostado juntos, pero habíamos practicado un acto sexual.

*El acto sexual más gratificante de mi vida.*

¿Sería de mala educación irme en ese momento? Ella no había obtenido ningún placer, pero yo sabía que no podría devolverle el favor de manera satisfactoria puesto que el sexo oral era un territorio completamente desconocido para mí. Ni siquiera había tenido un rollo de una noche hasta la fecha. Mis escasas relaciones, cortas, no habían pasado del primer torpe intento y nunca me habían pedido que me quedase a dormir al término. Estar en el apartamento de una mujer después de mantener un encuentro íntimo representaba una experiencia totalmente novedosa para mí, y me encontraba completamente perdido. Tras unos instantes de pánico ciego, respiré hondo y salí del baño.

—¿Te apetece un café? —preguntó ella desde la cocina.

—Claro —respondí, aunque llegados a ese punto estaba hecho un mar de dudas.

—¿Bombón?

*¿Me está llamando «bombón»? ¿Acaso tiene la impresión de que estamos intimando?*

—Stephen, ¿quieres un café bombón?

*Ay, soy un idiota.*

—Vale —respondí, mientras sopesaba dónde debía sentarme: en la cama, en la silla de despacho que había frente a su escritorio o en el destartado sillón. Opté por este último, me acomodé e intenté sentirme a gusto en ese extraño lugar. Al echar un vistazo a la habitación, me fijé en la gran cantidad de fotografías y cuadros que había en las paredes. Todos eran de diferentes tamaños, colores y estilos, cosa que no me sorprendió. El apartamento en su conjunto era la peor pesadilla de un decorador de interiores. La señorita Wilde salió de la cocina y me tendió una taza. Me fijé en ella y vi que ponía «The London Dungeon» en letras de color rojo vivo.

—¿Qué es esto? —pregunté.

—Es un recorrido histórico por el pasado de Londres. En él se recrean la plaga, el Gran Incendio de 1666 y *Jack el Destripador*. Ya sabes, cosas por el estilo. Da un miedo que te cagas, pero te lo pasas de muerte.

—Ah, vale —dije.

*Pandemias y asesinos en serie. ¿Qué tiene eso de gracioso?*

Bebí un sorbo con prudencia. Sabía distinto al café al que yo estaba acostumbrado. La taza era oscura, de modo que no pude distinguir bien el color del líquido que contenía.

—¿Lleva leche condensada? —pregunté, y volví a probarlo.

—Sí, en vez de azúcar. ¿Te gusta?

Asentí. No había probado ninguna de las nuevas variedades que habían proliferado en el mercado en los últimos años. Me mantenía fiel al café de toda la vida, pero tenía que reconocer que estaba delicioso y mucho menos amargo del que yo preparaba.

Su teléfono vibró sobre el escritorio y fue a cogerlo.

*¿Es más de medianoche y la gente la llama?*

—Sophia —dijo al responder—. ¿Qué pasa? No, no puedo salir de marcha. —Hubo una pausa—. Porque tengo compañía —explicó—. No, no es nadie que conozcas. No me da la gana decírtelo, cotilla. —Se echó a reír—. ¡Adiós! —Otra pausa, y me fijé en su sonrisa picarona—. Sí, anda y echa un buen polvo tú también. Nos vemos mañana. Vale, saluda a Megan. Sí, hasta luego.

La miré fijamente tratando de dar sentido a la conversación que acababa de escuchar.

*¿Echa un buen polvo tú también? ¿De veras es así como hablan entre ellas? ¿Y qué ha querido decir con «también»? ¿Sigue teniendo ganas de hacerlo conmigo, aunque me haya quedado dormido? Me cuesta creerlo.*

—Perdona —dijo, y dejó el teléfono sobre la mesa—. Por lo visto mis amigas se fueron a otro bar cuando nos despedimos y quieren que me apunte.

—No pasa nada —contesté enseguida, poniéndome de pie—. Vete con ellas, que yo me marchó.

Puse la taza sobre el escritorio y eché un vistazo buscando mi ropa.

—Stephen, no seas tonto —replicó, acercándose a mí—. Te he invitado a subir porque quiero pasar la noche contigo.

—Pero tus amigas... —empecé a objetar.

—... seguramente ya se estarán enrollando con alguno mientras hablamos. ¿Para qué voy a ir hasta el centro si ya tengo a un hombre guapo y medio

desnudo en mi dormitorio? —preguntó, levantando la vista hacia mí.

*¿Cómo respondes a semejante pregunta?*

—No sé.

Se puso de puntillas y me pasó los brazos alrededor del cuello.

—Cógeme en brazos —dijo con una sonrisa—. Con lo alto que eres, casi no alcanzo.

—Oh, vale. Perdona —dijo el tonto de remate en el que me había convertido. Bajé las manos y la aupé con delicadeza para que pudiese enganchar sus piernas alrededor de mi cintura. Me sorprendió lo poco que pesaba.

—¿Cuánto pesas? —pregunté sin querer. Me di cuenta de mi metedura de pata y la cara me ardió por el tremendo bochorno.

Ella echó la cabeza hacia atrás riendo a carcajadas.

—Ay, Stephen —comentó riendo entre dientes—. ¿Es que no sabes nada sobre las mujeres?

—No —reconocí, porque era la verdad. Hice amago de dejarla en el suelo, ya que intuía que había estropeado el buen rollo con mi estúpida pregunta.

Ella se aferró aún más a mí.

—No voy a ponerte de patitas en la calle porque me hayas preguntado cuánto peso —dijo.

—Ah, me alegro, supongo.

Se inclinó hacia delante y pegó suavemente sus labios a los míos. Primero me besó el labio inferior, después el superior, y seguidamente me los lamió, con lo cual me hizo abrir la boca para recibirla. Esta vez me sentí más relajado y correspondí al beso con cierta vacilación cuando nuestras lenguas se rozaron.

—Mmm... Qué bueno —comentó con voz cantarina pegada a mis labios—. Pues va a ser que sí sabes algunas cosas sobre las mujeres.

—No muchas —repuse en voz baja, para que no se hiciera demasiadas ilusiones.

—Llévame a la cama —musitó, y me besó suavemente.

El corazón se me salía del pecho. Ella tenía ganas de acostarse conmigo y yo seguía sin tener la menor idea de cómo comportarme ante esa mujer segura de sí misma y con experiencia. No obstante, también tenía la absoluta certeza de que la señorita Wi... Julia estaba a punto de ilustrarme en la materia.

Fui dando traspiés hasta dejarla encima de la monstruosa cama. Se estiró y me observó con gesto expectante. Permanecí inmóvil sopesando mi siguiente movimiento, mientras mi mente divagaba en dos direcciones completamente opuestas. Mi faceta lógica y racional me decía que me vistiera, que pusiera pies en polvorosa y que rezase para que ella no volviese a mencionar el episodio en la vida. Mi otra faceta —a la que casi nunca hacía caso— me recordaba que era un hombre con necesidades físicas que llevaba años privado de compañía femenina, y en ese momento me vociferaba que saltara encima de ella y rematase lo que había empezado antes de que me venciera el sueño.

Me vinieron a la cabeza las palabras de mi hermano: «¡No me vengas con que no te encantaría echar un buen polvo con esa traviesa alumna tuya y enseñarle quién manda aquí!».

Bueno, pues eso no iba a pasar bajo ningún concepto. Tenía la sensación de que la señorita Wilde era quien mandaba allí y por mucho que yo... hiciera *eso*, las cosas no iban a cambiar de ninguna de las maneras. Además, ni siquiera sabía cómo desenvolverme con soltura en esa faena. Me encontré deseando contar con más experiencia para poder demostrarle realmente que era yo, no exactamente quien mandaba, pero al menos que estábamos en igualdad de condiciones.

La miré ahí tendida, expectante, con su bonita melena extendida sobre la hortera colcha morada. El roce de sus labios rojos sobre mi cuerpo había sido una sensación de lo más placentera. ¿Experimentaría con el resto de su cuerpo una sensación aún mejor? Por mucho que me desagradara su comportamiento en clase y la indumentaria que acostumbraba a usar, tenía claro que deseaba estar dentro de ella por encima de cualquier cosa. ¿Cabía alguna posibilidad de que ella me deseara hasta ese punto? Al fin y al cabo, había bebido hacía un rato y, aunque daba la impresión de tener mucha experiencia, yo no quería aprovecharme de su estado ebrio.

—¿Estás borracha? —pregunté a bocajarro.

—No. —Sonrió con picardía—. ¿Por qué?

—No quiero aprovecharme de ti.

—Es un detalle por tu parte, Stephen, pero ya soy mayorcita y sé lo que me hago —replicó, y se recostó sobre los codos.

—¿Qué haces? —pregunté, sin poder contenerme.

—Bueno, a juzgar por las apariencias, yo diría que el buenorro de mi profesor está a punto de follarme —respondió con una pícaro sonrisa—. ¿Y tú qué haces? —añadió, enarcando una ceja.

*No tengo la más remota idea. Debería irme y sin embargo soy incapaz de dar un paso hacia la puerta.*

—No lo sé —le dije, atusándome el pelo—. No sé lo que estoy haciendo.

—Quieres acostarte conmigo, ¿no?

—Sí —contesté.

—Y yo quiero acostarme contigo —declaró—. ¿Alguna pega?

*Uf, no sé... Mi carrera como docente, tu reputación, el hecho de que el viernes volverás a estar en mi clase tocándome las narices...*

—Mira, Stephen, es evidente que estás nervioso —señaló, y se sentó en la cama—. Pero de verdad que no deberías darle más vueltas a esto. Solo es sexo. Se supone que es para pasarlo bien, ¿recuerdas?

El sexo no había sido precisamente una diversión para mí. En teoría era lo más natural del mundo, pero jamás encontré que fuera así en mi caso. Yo no tenía ninguna tara física y todo funcionaba como Dios manda, pero nunca había logrado desentrañar los entresijos más allá de la estricta mecánica del acto. Las pocas mujeres con las que había salido hasta la fecha nunca habían quedado satisfechas. Jamás. Estaba claro que esa chica estaba acostumbrada a disfrutar de la sexualidad, lo cual no hacía sino acrecentar mi inquietud. ¿Y si se burlaba de mí al descubrir mi torpeza al tocarla? Ni mis conocimientos ni mis logros académicos me valían de nada en su dormitorio, donde era un novato. Ella seguía observándome, obviamente esperando que yo tomara la iniciativa. Alargó la mano a modo de invitación y me dedicó una sonrisa.

*¿Me quedo o me voy? ¿Me quedo o me voy?*

Yo lo deseaba. Lo necesitaba. Resuelta la tesitura, le cogí la mano. Se movió hacia atrás para colocarse en medio de la cama y a continuación me tumbó sobre ella de un tirón y me rodeó con las piernas. Al parecer, no iba a irme a ninguna parte. Qué sensación tan agradable tenerla debajo de mí. Mi mirada rebotaba de sus ojos a sus labios.

—Puedes besarme, ¿sabes? —sugirió—. Me apetece que lo hagas.

Superando mis nervios, busqué sus labios con los míos y la besé con ternura. Después de varias tentativas, me envalentoné y le puse más ahínco al beso; ella respondió con avidez. Sabía dulce, como la leche condensada del café, y cuando gimió sentí que me excitaba aún más. Me aparté de ella y la miré.

—No se lo contarás a nadie, ¿verdad? —susurré.

Ella negó con la cabeza.

—No follo para contarlo por ahí —aseguró con su característica sonrisa ladeada—. Lo juro.

Yo ignoraba hasta qué punto haría honor a su promesa y si traicionaría la confianza que estaba a punto de depositar en ella. Pero no vi ningún resquicio de engaño en sus ojos y necesitaba desesperadamente continuar con aquello. Lo que habíamos hecho antes era más que suficiente para incriminarme, y ya no tenía remedio. Tampoco era capaz de arrepentirme; jamás en mi vida había experimentado un placer semejante.

—Olvida que soy tu alumna y punto —dijo—. Soy Julia y tú Stephen. Nos deseamos y no hay más que hablar.

Sí había más que hablar y yo era consciente de ello. Pero imaginaba que podría intentar pasar por alto que ella siempre tenía una réplica ingeniosa ante cualquier cosa y que ni por asomo parecía intimidada por mí. Seguramente también podría pasar por alto el hecho de que su ropa parecía sacada de los espantosos vídeos musicales que ponían en televisión y que su maquillaje era un desaguizado. Escudriñé sus ojos y me di cuenta de que no iba maquillada. Debió de desmaquillarse mientras yo dormía. Estaba mucho mejor así. Llevaba el pelo suelto, la cara limpia, y el salto de cama de satén rojo le realzaba los labios.

—Eres preciosa —dije inesperadamente.

Puso cara de sorpresa y acto seguido sonrió.

—Gracias. Es la primera vez que me lo dicen.

—¿En serio? —pregunté, me costaba creerlo. Estaba seguro de que montones de chicos la encontraban fuera de lo común.

—Pibón, sexi, maciza..., nunca preciosa. Tú estás cañón con el pelo alborotado y tienes un cuerpazo —comentó con descaro, deslizando sus manos de arriba abajo por mi espalda desnuda—. Deberías lucirlo un pelín más.

—Tú deberías tapan el tuyo un pelín más —repuse, jugueteando con un mechón de su pelo.

—¿Por qué iba a hacerlo? —bufó.

—No lo sé. Puedes hacer lo que quieras —repliqué, con la sensación de que comenzaríamos una discusión si no cerraba el pico inmediatamente.

—Me juego el cuello a que puedo —dijo, agarrándome del trasero—. Y ahora mismito quiero que me folles, Stephen.

*Madre mía, desde luego no tiene pelos en la lengua a la hora de dar su opinión.*

Me apretó con más fuerza y exhalé al sentir el calor de su entrepierna contra mi erección. Levantó la cabeza para besarme y acto seguido todas mis inseguridades y mi nerviosismo se disiparon. Agaché la cabeza para responder a su beso y ella dejó reposar la suya sobre la cama. Apoyándome en un codo, acaricié con la mano libre su larga melena y el costado de su cuerpo. Lo repetí varias veces mientras trataba de armarme de valor para tocar su pecho, pero al parecer mi actitud vacilante agotó la paciencia de Julia, pues me empujó por los hombros para invertir la postura, se sentó a horcajadas encima de mí como antes y se abrió el salto de cama sin ceremonias. Se desprendió de él rápidamente y de nuevo me quedé con la vista clavada en su torso desnudo.

—Tienes unas tetas estupendas —solté.

*¿Qué acabo de decir?*

Me tapé la boca como si con ese gesto pudiera de alguna manera retractarme de mi comentario. Me sentí fatal por haber dicho algo tan vulgar. Era una observación propia de Matt; yo no era consciente de la influencia que mi hermanastro había ejercido sobre mí con sus burdos modales. La miré, convencido de que el pánico en mis ojos era patente.

—Stephen, cálmate —dijo con una risita—. No eres la primera persona que ha piropeado mi bonita delantera.

Me apartó la mano de la boca y la posó sobre su pecho.

—Tócame —ordenó, y me tiró de los hombros para ayudarme a sentarme.

Se puso a besarme con suavidad el cuello mientras yo levantaba la otra mano para ahuecarlas bajo sus increíbles senos y acariciarlos con delicadeza. Seguidamente inclinó la cabeza para besarle el cuello tal y como ella había hecho conmigo.

—Oh, qué gusto —suspiró.

—¿Te gusta? —pregunté, dándole un ligero chupetón en su suave piel.

—Mmmmm... —musitó complacida.

El hecho de oír que le gustaba lo que le estaba haciendo me alentó. Rocé con los pulgares sus pezones y noté que se endurecían al tacto. Ella emitió un tenue gemido y se restregó contra mi erección.

*Oh, qué gusto.*

Le acerqué la boca al lóbulo de la oreja para mordisquearlo, y le froté los

pezones un poco más fuerte.

—Joder, eso me gusta —me susurró con sensualidad al oído—. Pellízcamelos.

No se me habría ocurrido negarme a sus deseos cuando ella tanto estaba disfrutando mientras la tocaba, de modo que accedí. Dejó escapar un suspiro quejumbroso y volvió a girar las caderas. De pronto, me agarró de la nuca para tendernos de manera que yo volviera a quedar encima de ella, besándola.

—Mmm..., más abajo —musitó.

Bajé hacia su pecho y recorrí sigilosamente con los labios su suave piel. No estaba muy seguro de cómo actuar, pero daba la impresión de que de momento le gustaba. Besé el contorno de uno de sus pezones y observé, fascinado, que se endurecía como un guijarro.

—Ay, no me calientes —gimoteó.

No era consciente de que tenía la habilidad de calentar a una mujer a nivel sexual, y su comentario me enorgulleció. Ella gozaba realmente con lo que yo le hacía y, por lo visto, deseaba más. Volví a pegar la boca a su pecho y esta vez lo acaricié con la lengua. Al cabo de unos instantes pasé al otro pezón. Noté que Julia movía las caderas debajo de mí y levanté la vista para mirarla.

—Me estás poniendo a cien —dijo con una sonrisa maliciosa—. Me muero de ganas de sentirte dentro de mí.

Me quedé mirándola, asombrado. Ella estaba disfrutando de lo lindo con esto.

—Mira lo cachonda que me has puesto —susurró.

*Ay, Dios, las palabras que salen por su linda boquita.*

Me senté entre sus piernas entreabiertas, bajé la vista hacia sus minúsculas braguitas rojas y acto seguido la volví a mirar a la cara.

—Quítamelas —ordenó.

Deslicé mis trémulos dedos bajo el tejido de encaje y ella elevó las caderas para ayudarme a bajárselas. La miré y ahogué un grito. Se encontraba completamente desnuda delante de mí, con las piernas entreabiertas, con todo a la vista. Se me secó la boca mientras la observaba boquiabierto; ella permaneció tan campante, dejando que la contemplase a mi antojo. Yo no tenía la menor idea de cómo reaccionar. En fin, sí que se me ocurrieron algunas ideas, pero tenía mis dudas sobre cómo abordar la faena. ¿Debía tenderme a su lado y besarla primero, o simplemente tocarla en ese momento, mientras estaba sentado?

—Tócame —dijo en voz baja.

—¿Co... cómo lo hago? —pregunté, tragando saliva.

*Por favor, no te burles de mí.*

Me cogió de la mano derecha para guiarme.

—Aquí.

Las yemas de mis dedos rozaron su cálida piel húmeda con delicadeza. Ella los deslizó hacia arriba y los centró en un único punto.

—Eso es, cariño —dijo, y me soltó la mano.

*¿Me acaba de llamar «cariño»?*

Decidí no obsesionarme con eso y aumenté un poco la presión para ver cómo reaccionaba. Arqueó la espalda y dejó escapar un leve gemido, al tiempo que cerraba los ojos. Me lo tomé como una reacción positiva.

—Méteme los dedos, Stephen.

Tragué saliva.

—¡Por favor!

Eso bastó. Ella me había complacido antes y yo anhelaba corresponderle. No sin cierto nerviosismo, hice lo que me pedía y se me cortó la respiración al palpar el calor, la tensión de su excitación. Por mi mente pasaron pensamientos sobre la placentera sensación que experimentaría al fundirme en ella, mientras hacía lo posible por darle placer con mis dedos. Gimió de nuevo y se llevó las manos a los pechos para acariciarlos, totalmente desinhibida. La miré fijamente, boquiabierto. Era, sin lugar a dudas, la escena más erótica que jamás había visto, y noté que mi erección tensaba mis bóxers. Tocarla de esa manera y presenciar lo mucho que disfrutaba era, con diferencia, más excitante que todas mis experiencias sexuales juntas.

—Mmm, te deseo dentro de mí —dijo con el aliento entrecortado.

Sin darme tiempo a pensar o a hacer nada, se incorporó y aparté las manos. Me empujó contra los ridículos cojines que decoraban el cabecero de la cama y me quitó los bóxers antes de abrir un cajón de la mesilla de noche para sacar un condón. Menos mal que tenía, porque yo no, y mi miedo a las enfermedades de transmisión sexual era tan atroz que ni se me pasaba por la cabeza mantener relaciones sin protección. Me lo puso deprisa y se colocó a horcajadas una vez más.

—¿Quieres que te folle yo? —me susurró al oído, enredando sus manos en mi pelo.

—Dios, sí —me oí decir.

Nos fundimos en un ardiente beso y noté cómo sus dedos rodeaban mi miembro antes de dejarse caer sobre mí despacio. Interrumpí el beso para tomar una bocanada de aire cuando sentí que me envolvía por completo.

—¡Dios! —gemí.

Volvió a besarme y empezó a moverse sin ningún esfuerzo. Ahuequé las

manos sobre sus pechos para tocarla como me había enseñado antes y, a juzgar por su ardoroso gimoteo, iba por buen camino.

No daba crédito del todo a lo que estaba pasando. Era una sensación tan buena, tan natural... Deslicé las manos por su espalda, hundí la cara en su cuello y la apreté contra mi pecho.

—Dios, qué gusto... Eres tan... Es... —Era incapaz de describirlo con exactitud.

—Lo sé —gimió, y aceleró aún más el ritmo.

Posó las manos en mis muslos para apoyarse. Me quedé embelesado ante su imagen cuando empezó a cabalgar de nuevo sobre mí. Estaba totalmente desnuda y la luz de las velas se reflejaba en su piel mientras se movía. Jamás había estado con una mujer de esa manera. No había nada de embarazoso en ello porque el placer me hacía olvidar mi nerviosismo. No había torpezas porque ella había asumido por completo el control de la situación.

—Tócame, Stephen.

Recorrí su torso con mis manos e hice una pausa para acariciar sus pezones ante de ponerle la mano izquierda en la cadera. Con la mano derecha fui serpenteando hacia abajo por su tonificado abdomen, pero me detuve.

—Es que... no sé cómo hacerlo —resollé, buscando su mirada.

—No pasa nada —me aseguró, y ralentizó el ritmo considerablemente—. Mira.

Obedecí, sobrecogido, cuando se puso a tocarse con la mano derecha, sin dejar de moverse encima de mí ni un instante. Se acopló en mí, y resultaba increíble contemplarla: los ojos cerrados, los labios ligeramente entreabiertos, la larga melena cayendo en cascada sobre los hombros, los preciosos pechos rebotando al compás de sus movimientos.

Alargué las manos para volver a acariciarlos, tarea en la que me encontraba cómodo ahora que sabía cómo hacerlo para acertar. En cuanto le tiré de los pezones dejó caer hacia atrás la cabeza y gimió a voz en cuello. El sonido hizo que me hinchara dentro de ella y procuré por todos los medios aguantar un poco más.

—¡Stephen, oh, joder! —gritó mientras su cuerpo empezaba a estremecerse. Sentí que se tensaba por dentro alrededor de mí, y seguidamente profirió un fuerte grito.

—Oh, Dios. ¿Te has...? ¿De veras te has...? —jadeé.

Me parecía increíble haber pensado siempre que mis experiencias previas me habían resultado satisfactorias. Julia estaba a punto de tener un orgasmo delante

de mí y saber que por fin había dado en la tecla me llenó de orgullo. No obstante, no me dio tiempo a saborear las mieles de mi novedosa sensación de éxito. Julia se quedó inmóvil, con la cabeza hacia atrás y la boca abierta, emitiendo un grito mudo. Movido por un impulso, la agarré de las caderas con firmeza y asumí el relevo.

—¡Aaaah! —prácticamente gimoteó al empotrarla contra mí.

Elevé las caderas una y otra vez mientras la asía con fuerza, remontando hasta rozar el clímax que casi podía saborear. La embestí más fuerte y se me puso dura como nunca en la vida. Los dedos de los pies se me encogieron, el cuerpo se me puso rígido y grité una versión incoherente de su nombre al sentir una oleada de éxtasis puro.

—Oh, joder, ha sido alucinante —la oí decir con un resuello.

Abrí los ojos lentamente. Julia estaba desplomada boca abajo, con la respiración aún entrecortada, la tez sonrojada y los ojos cerrados. Tiré de ella hacia mí y la pegué contra mi pecho mientras recuperaba el aliento. Descansó la cabeza sobre mi hombro mientras yo le apartaba el pelo de la cara, besándola suavemente en el cuello, y de pronto me quedé paralizado.

*¿Qué estoy haciendo?*

Estaba convencido de que los arrumacos poscoitales eran lo habitual en este tipo de situaciones. Con cuidado, la empujé para que volviera a sentarse. Sonrió antes de incorporarse y estirarse en la cama.

—Necesito ir al baño —dije, y a punto estuve de tropezar al intentar huir despavorido.

Tras retirar el condón y tirarlo, me apoyé en el lavabo y me quedé mirando al espejo. ¿Qué estaba haciendo? Yo no era de la clase de personas que hacían estas cosas. Todo por lo que siempre había trabajado se iría al garete en un tris si Jul... —si la señorita Wilde— se fuera de la lengua con sus amigas. La experiencia había sido la mejor de mi vida, pero no merecía la pena poner en juego toda mi carrera.

Tenía que salir de allí ya.

Respiré hondo y me dirigí al dormitorio. Ella seguía tumbada de lado, completamente desnuda, y yo era incapaz de dejar de comérmela con los ojos. Realmente estaba muy, muy guapa sin el estafalario estilo de maquillaje y ropa por el que se decantaba, y tenía un cuerpo divino, con unas piernas largas y curvilíneas; un trasero prieto y torneado; un vientre tonificado; los brazos, estilizados; y, por supuesto, esos preciosos pechos.

Con la cabeza apoyada en el brazo despedía serenidad, mientras que yo había

recobrado la personalidad del pardillo asustadizo que había entrado con ella al apartamento. Recordé que todavía estaba en cueros y sentí la apremiante necesidad de taparme. Fui hacia la cama y me puse rápidamente los bóxers, cosa que me hizo sentir menos expuesto. Ella se rebulló detrás de mí en la cama y miré hacia atrás. Se incorporó y me besó suavemente. Tenía una sonrisa radiante en el semblante.

—Puedes quedarte a dormir si te apetece —dijo al apartarse, y saltó de la cama con gracia de un brinco.

*Oh, no. Con eso únicamente se llevará una impresión equivocada.*

—Esto... Gracias, pero creo que debería irme a casa.

—Vale —contestó con desenfado, encogiéndose de hombros.

La observé mientras se ponía el salto de cama de satén rojo y se dirigía con paso suave a la cocina. Tras vestirme y ponerme las gafas, volví a sentarme en la cama, sin saber del todo qué hacer. Al cabo de un par de minutos, apareció sujetando en las manos un plato con un sándwich y unas uvas, y un refresco. Me levanté rápidamente.

—Ah, sigues aquí —dijo, con manifiesta sorpresa al verme—. ¿Has cambiado de opinión?

*¿Pensaba que me marcharía por las buenas sin despedirme? Un momento, ¿es eso lo que se hace en estas situaciones? Pero eso me parece una grosería.*

—Yo, esto...

*Dios, no tengo ni idea de lo que decir. ¿Qué es lo que tiene esta chica que me hace comportarme como un pedazo de imbécil?*

—¿Te apetece un sándwich? —preguntó, y puso el suyo sobre la mesilla de noche—. Iba a ver un poco la tele antes de quedarme frita. Si quieres, puedes acompañarme.

—Vale, gracias.

*¿Cómo? ¿Me quedo?*

Sonrió y volvió a la cocina. Me quedé mirándola tratando de dilucidar en qué momento mi boca había adquirido personalidad propia y empezado a soltar palabras a discreción. Que yo supiera, era algo insólito, pero al parecer el incidente se había repetido en las últimas horas. Me senté de nuevo en la cama, atónito y nervioso ante la expectativa de pasar un rato con Jul...

*¡Con la señorita Wilde, maldita sea! ¡Se llama señorita Wilde, y es tu alumna!*

Nada más decidir que iba a decirle que me marchaba, volvió a la habitación y me tendió un refresco y un plato con un enorme sándwich de pavo. Como no me parecía adecuado irme sin comérmelo después de que se hubiera tomado la

molestia de prepararlo, me puse el plato en el regazo, lo cual fue bastante incómodo.

—¿No tienes mesa de comedor? —pregunté, y automáticamente me di cuenta de la pregunta tan estúpida que había hecho dado que estaba claro que no era el caso.

—No —respondió, mientras se colocaba los cojines detrás de la espalda para apoyarse cómodamente contra el cabecero—. ¿Puedes pasarme el plato y el mando?

—¿Dónde cenas? —pregunté tras acomodarme de alguna manera en la cama. No sé por qué le pregunté eso, puesto que me traía sin cuidado lo que hiciera fuera de clase.

—No como mucho en casa —explicó, y encendió la televisión—. Normalmente estoy en casa de alguna de mis amigas o por ahí. Soy una cocinera bastante penosa, así que seguramente es lo mejor.

Eché una ojeada con escepticismo a mi sándwich, pero concluí que parecía comestible. Ella ya estaba devorando el suyo como si no hubiese probado bocado en varios días, cosa que fue bastante interesante de observar. Me pilló mirándola fijamente.

—Lo siento —dijo con una sonrisa—. Follar me da un hambre voraz.

*Encantador.*

—¿Tienes que llamarlo así?

—¿A qué? ¿A follar? ¿Cómo lo vas a llamar si no? —preguntó, y dio otro bocado.

Me quedé en blanco. «Hacer el amor» quedaba totalmente descartado y «mantener relaciones» simplemente sonaba tan..., en fin, no sonaba bien. Impersonal, en cierto sentido. «Coito» era demasiado frío y tras eso prácticamente se me habían agotado las alternativas.

—Olvídalo —farfullé, y le di otro bocado al sándwich, que, casualmente, estaba delicioso.

Ella volvió su atención a la televisión y no parecía interesada en seguir charlando conmigo, cosa que me molestó soberanamente. Puede que yo no fuera un conversador excepcional, pero tampoco era un caso perdido. Confiaba en que ella no me considerase un tonto rematado en lo referente a la charla trivial.

*¿Y qué más da? Me comeré el sándwich y me iré a casa, donde las cosas tienen sentido.*

—Está muy bueno —señalé, intentando llamar su atención por motivos que desconozco.

—Gracias —dijo con una rápida sonrisa—. Los sándwiches y las sopas son prácticamente lo único que consigo hacer.

Al cabo de unos minutos, bostezó y estiró los brazos por encima de la cabeza antes de salir de la cama. La seguí con la mirada mientras llevaba el plato a la cocina y seguidamente enfilaba al baño. Cuando terminé el sándwich, decidí que ya era hora de ponerme en marcha, pues estaba claro que ella se iba a dormir. Dejé el plato en el fregadero de la cocina y me sorprendió ver que, comparado con el resto del apartamento, estaba más o menos en orden.

Cuando volví a la habitación, ella estaba apartando los cojines de la colcha de cualquier manera y había apagado casi todas las luces. Solo titilaban sobre las paredes unas cuantas velas; la observé en silencio mientras preparaba la cama retirando la colcha y el edredón. Se me desencajó la mandíbula cuando se desató el salto de cama y lo dejó caer al suelo. Debí de emitir algún sonido, porque se dio la vuelta y se acercó a mí. Una vez más, no pude evitar clavar los ojos en cada centímetro de su cuerpo desnudo. Parecía la personificación de la tentación.

—¿Te quedas a dormir? —preguntó al detenerse delante de mí, sin el menor pudor por el hecho de estar desnuda.

—No —respondí con un gallo, antes de carraspear—. No, tengo..., tengo que irme a casa.

—De acuerdo —contestó sonriendo—. Lo he pasado bien. Nos vemos en clase el viernes.

Me dio un rápido beso en la mejilla, se dio la vuelta y fue hacia la cama. Me quedé mirándola mientras se metía bajo el edredón.

—Buenas noches —dije.

—Buenas noches —repitió ella, y volvió a bostezar con aire adormilado—. Conduce con cuidado, Stephen.

—Gracias. Tú también —respondí, y acto seguido caí en la cuenta de lo que había dicho.

*¡Lárgate de aquí, gilipollas!*

Soltó una risita y se rebulló en la cama; el movimiento del edredón dejó al descubierto sus pechos de nuevo. Por un fugaz instante me pregunté cómo sería pasar la noche en su cama. Su cuerpo era cálido, suave y olía bien. No tuve más remedio que reconocer que tampoco estaría tan mal.

*No, ni se te ocurra acercarte.*

—Hum... Sí. Bueno, hasta luego —dije sin gracia de camino a la puerta.

Me volví para mirarla de nuevo y ella me dijo adiós con la mano desde la cama. Yo levanté la mía con torpeza para corresponderle al gesto hasta que por

fin crucé el umbral y tiré de la puerta. Se cerró con un ligero chasquido, dejándome fuera de su apartamento sin remisión, y llegué a la conclusión de que seguramente era lo mejor.

Conduje a casa a gran velocidad, ansioso por regresar a un lugar normal donde las cosas recuperasen el orden y la sensatez habituales, tras haber pasado la noche en un sitio donde reinaban el caos y el desorden. Al entrar en mi apartamento me vino de nuevo a la cabeza la señorita Wilde. Me pregunté qué opinaría de él: superficies limpias, muebles a juego y un olorcillo a limpiador desinfectante. Seguramente lo detestaría tanto como yo su casa. Después de ponerme el pijama, me metí en la cama bajo las frías sábanas blancas recién planchadas. Tumbado en mi dormitorio, con sus paredes blancas y su austera cama, mis últimos pensamientos antes de quedarme dormido fueron sobre una chica salvaje en una habitación cálida y resplandeciente, tendida en una monstruosidad de cama, con la piel suave y desnuda bajo el edredón. Y aquella noche, en mis sueños, no estaba sola.

A la mañana siguiente hice algo insólito: me quedé dormido. Llegaba tarde, así que salí de la cama y gruñí al sentir que mis músculos protestaban. No había estirado después de mi tabla de entrenamiento el día anterior y ahora sufría las consecuencias. Fui trastabillando hasta el baño para llevar a cabo mi rutina diaria. Sin embargo, esa mañana me sentía un tanto descentrado. Tenía la cabeza abotargada, pero no estaba cansado. De hecho, había dormido fenomenal, después de...

*Oh, Dios, me acosté con la señorita Wilde.*

Ella me había llevado a su casa y prácticamente me había seducido. Y me había gustado. Incluso se las había ingeniado para colarse en mi subconsciente y en ese preciso momento recordé nítidamente lo que estaba soñando justo antes de despertar, una escena de la noche anterior: la señorita Wilde de rodillas, complaciéndome con sexo oral. Pero, a diferencia de la víspera, yo era quien llevaba las riendas. Con los dedos alrededor de su cola de caballo, yo embestía su boca mientras ella levantaba la mirada hacia mí, con una expresión recatada y lujuriosa a la vez, prácticamente suplicándome que la dominara.

*Por el amor de Dios, ¿qué me está pasando?*

Abrí el grifo de la ducha y sacudí la cabeza al colocarme bajo el chorro. Nunca antes había sentido el deseo de dominar a una mujer; en ese momento recordé el sueño con todo lujo de detalles: cómo, después del sexo oral, la había penetrado bruscamente por detrás mientras ella gritaba de placer. Evidentemente, era consecuencia del sándwich que había tomado en su casa. No era conveniente comer antes de irse a dormir y había oído que podía provocar pesadillas. Mis inclinaciones no aparecían reflejadas en el sueño, y seguro que las de la señorita Wilde tampoco. Era obvio que le gustaba llevar la voz cantante en la cama y la versión que aparecía en mi sueño era la antítesis de la mujer con la que había pasado la noche.

*¡Me he acostado con mi alumna! ¡Con esa alumna irritante, estrafalaria y*

*malhablada a más no poder!*

Me golpeé la frente con la mampara de la ducha, dos veces.

Ay.

Me froté la frente, sintiéndome como un verdadero patán.

Al terminar me sequé apresuradamente, con la esperanza de zafarme del recuerdo de la noche anterior retomando mi rutina habitual, que incluía una incursión en el centro de la ciudad. Por lo general quedaba a comer con Matt dos veces a la semana, pues yo solamente pasaba en el campus tres de cada cinco días laborables y él solía salir casi todas las noches. El bar lo regentaba principalmente su amigo Shawn, por lo que Matt disponía de mucho tiempo libre para sus conquistas y para pasar lo que él consideraba «un buen rato».

No me explicaba por qué a Matt le agradaba pasar tanto tiempo conmigo teniendo en cuenta que me consideraba aburrido, aunque probablemente se debiera en parte a que pensaba que me encontraba solo. Yo disfrutaba a solas con mis libros y mi televisión, pero no podía negar lo agradable que sería contar con alguien del sexo opuesto con quien pasar el rato, y aspiraba a formar una familia algún día. La posibilidad de que eso ocurriera parecía cada vez más lejana a medida que pasaban los años y asistía a las bodas de mis amigos de la universidad y a los bautizos de sus hijos eternamente solo.

No obstante, no era de los que se quejan. La soledad se había convertido en una circunstancia intrínseca a mi condición. Incluso en el instituto, pasaba la mayoría de las noches y fines de semana solo. No encajaba en ninguna parte. Me tildaban de ratón de biblioteca por mis gafas y mi desgarrado porte y, cuando fui acogido en sus filas, lo único que descubrí fue mi falta de interés en los juegos de rol en general, el género de ciencia ficción, o los ordenadores. Me gustaba leer a los clásicos, escuchar los viejos discos de mi padre y jugar al ajedrez, lo cual me convirtió en un marginado incluso entre los marginados. En la universidad y en la escuela de posgrado la cosa resultó más fácil, y me reconfortó el puñado de buenos amigos que hice por aquel entonces, a pesar de que no los veía muy a menudo.

Volviendo al tema en cuestión, me puse uno de mis consabidos atuendos, me afeité y me fijé en mi pelo. Matt había comentado que daba la impresión de que llevaba un tupé por la manera en que solía peinarme, pero es que me encontraba raro con las puntas disparadas en cualquier dirección. Resoplé y decidí dejarlo tal cual estaba. Seguro que mi hermano me echaba un rapapolvo si intentaba arreglármelo de la manera que fuese.

Al cabo de media hora, al llegar al café, le vi sentado fuera y me apresuré.

—Eh, hermanito, he estado a punto de pasar de ti —dijo, mirándome extrañado—. Llegas tarde, y tú nunca llegas tarde.

—Ya —contesté, y me senté al otro lado de la mesa—. Perdona el retraso, se me han pegado las sábanas.

—¡Anda ya! —exclamó—. Se habrá helado el infierno.

No le di explicaciones. Por lo que Matt sabía, la noche anterior me había ido a casa antes de las nueve y no tenía ninguna excusa convincente para engañarle.

—¿Empollando hasta tarde? —preguntó con expresión preocupada—. No deberías trabajar tanto, Stephen. No es bueno.

Me limité a asentir y eché un vistazo a la carta.

—Aunque —añadió— tienes mucho mejor aspecto que ayer. O no veo ni torta, o la vena se ha desvanecido por arte de magia.

En un acto reflejo, me llevé la mano a la frente y vi que mi hermano sonreía con malicia.

—¿Conque anoche te diste una agradable sesioncita para levantar la autoestima después de ver a tu señorita Wilde encima de la mesa? —preguntó, haciendo un burdo movimiento con la mano.

—¡Matt! —¿Qué? —Se encogió de hombros—. Tampoco vas a quedarte ciego por eso. ¡No hay nada malo en darse un buen tute a lo Kerou para aliviar un poco la tensión!

*¿Un tute a lo Kerou?*

—Me lo acabo de inventar expresamente para ti —explicó con una sonrisita.

Puse los ojos en blanco, aunque tuve que reconocer que la pulla había sido bastaste ingeniosa.

—¿Qué? ¿Sí o no? —inquirió.

—¿Me lo estás preguntando en serio? A estas alturas ya deberías conocerme lo suficiente como para saber que bajo ningún concepto respondería a esa pregunta —dije con acritud, y escondí la cara detrás de la carta.

—Ya. Es que me gusta picarte. Siempre estás muy serio, Stephen. Necesitas un poco de diversión en tu vida.

—Ya tengo diversión —repliqué a la defensiva, apartando la cara de la carta.

—Ah, ¿sí? ¿Cómo qué?

Por suerte, la camarera salió a atendernos. Observé a Matt coqueteando descaradamente con ella. Ella le correspondió con una sonrisa y le dio un empujoncito con aire juguetón en el hombro como si se conociesen de toda la vida.

—¿La conoces? —le pregunté cuando se marchó.

—No, pero creo que estoy a punto —dijo, siguiéndola con la mirada hasta que se metió dentro—. Bonito culo.

*¿Cómo les puede gustar a las mujeres un hombre que dice cosas así? De verdad que no me lo explico.*

Yo había tratado a la camarera con modales exquisitos y prácticamente ni me había mirado. Matt, en cambio, había hecho un insinuante comentario sobre que le apetecía algo dulce, y a ella le había hecho gracia. Yo no entendía en absoluto ese tipo de comportamientos.

—¿Cómo se te ocurre tratar así a las mujeres? —pregunté—. ¿Es que nunca se ofenden?

—No, ¿por qué iban a hacerlo? Siempre compruebo de antemano que no lleven alianza y, si están solteras, sé por experiencia que a casi todas las chicas les gusta un poco de coqueteo inocente que les alegre el día.

Supuse que era lógico.

—¿Por qué crees que tu señorita Wilde siempre coquetea contigo? —preguntó—. Seguramente intenta levantarte un poco el ánimo. Bastante digno por su parte, por cierto.

Me vino a la cabeza un pensamiento aterrador.

*¿Se ha acostado conmigo porque me compadece? ¿Por lástima?*

Cabía esa posibilidad. Ella era joven, estrambótica y guapa, y yo daba por hecho que gustaba mucho a los chicos de su edad. Con la de admiradores que tenía, seguramente podría haber elegido entre los hombres que estaban en el bar de Matt la noche anterior. Me hizo sentir fatal el pensar que tal vez quiso estar conmigo por pura lástima porque yo era un auténtico inadaptado social.

—Además, por lo que cuentas, da la impresión de que hay tema —apostilló, ajeno a mi desazón interna.

Albergaba la esperanza de que estuviera en lo cierto. Al fin y al cabo, ella me había calificado de «guapo» y... *¿Cómo dijo? ¿Que «le ponía a cien»? Pues no suena a lástima. Es más, tuvo un orgasmo.*

Eso era importante para mí. Me entusiasmó comprobar que había disfrutado, puesto que para mí había sido la mejor experiencia sexual de mi vida, y no me gustaba ser egoísta en la cama. Nunca antes había estado con una mujer tan dispuesta a mostrarme cómo complacerla. Jamás lo habría averiguado por mí mismo y, desde luego, jamás habría tenido agallas para preguntarle.

—Cuerpo a tierra, hermanito —dijo por lo bajini Matt desde el otro lado de la mesa, sacándome bruscamente de mi ensimismamiento.

—¿Qué? —pregunté.

Matt tenía los ojos clavados en algún punto detrás de mí y, haciendo gala de mi estupidez, volví la cabeza y vi a la señorita Wilde con las dos amigas de la noche anterior caminando tranquilamente en nuestra dirección, charlando y riendo.

*¿En dos meses nunca he coincidido con ella fuera de clase y ahora me la encuentro justo al día siguiente de acostarnos juntos? El universo conspira contra mí.*

Tuve la vaga sensación de haber dicho algo y volví rápidamente la cabeza hacia Matt.

—¿Acabas de decir «mierda»? —exclamó riendo.

*¿Sí? Ya apenas me reconozco.*

Agaché la cabeza y pensé que ojalá tuviese aún la carta a mano para esconderme. Oí reír a la señorita Wilde a escasos pasos detrás de mí, lo cual hizo que un hormigueo me recorriera la espalda.

*Que no se fije en mí, que no se fije en mí.*

—¡Stephen!

*Cómo no. ¿Para qué me habré molestado en tratar de pasar inadvertido?*

Alcé la vista y me dedicó una radiante sonrisa que me dejó anonadado. ¿De veras se alegraba de verme? Mis ojos recorrieron su cuerpo, fijándose en la blusa de manga larga que llevaba ceñida al cuerpo y que permitía distinguir el contorno de sus pezones bajo el tejido. Llevaba una esterilla enrollada bajo el brazo y en la mano una especie de batido frío. Cuando volví a mirarla a la cara fui consciente con absoluto bochorno de que me había pillado comiéndomela con los ojos como si fuera un depravado y me puse colorado. Ella se limitó a sonreír todavía más y me dedicó uno de sus guiños.

—Profesor Worthington —me oí a mí mismo decir entre dientes.

—Bueno, Stephen. ¿No me presentas a tu amiga? —preguntó Matt, haciéndose el loco.

—Señorita Wilde, este es mi hermano Matt. Matt, esta es la señorita Wilde —dije en tono monótono, evitando mirarles mientras se estrechaban la mano.

—Encantado de conocer por fin a la famosa señorita Wilde —le oí decir—. He oído hablar mucho de ti.

*Me pregunto cuál será la condena por cometer fratricidio. Seguramente el juez mostraría compasión si le enseñase vídeos del necio comportamiento de Matt.*

—¿Soy famosa? —preguntó ella en tono jocos—. Bueno, entonces supongo que debería endosarme un acosador y un problema con la bebida.

A Matt le hizo gracia.

—¿Y quiénes son estas encantadoras damas? —preguntó, señalando hacia sus amigas.

—Estas son Sophia Pérez y Megan Wilson —respondió ella—. Chicas, este es mi profe de literatura, Stephen Worthington, y su hermano, Matt.

Escudriñé los semblantes de sus dos amigas para ver si mi nombre provocaba alguna reacción en ellas. Eso a todas luces revelaría si la señorita Wilde les había contado algo sobre nuestro encuentro amoroso de la noche anterior. Suspiré de alivio al ver que esbozaban sonrisas neutras. Al parecer no les había contado nada de mí.

—Encantado de conocerlas —dije, en un esfuerzo por mostrarme educado.

—Sí, encantadísimo —canturreó Matt, dirigiéndose a la chica alta pelirroja—. Megan, ¿no?

—Sí —respondió ella, con cierta desgana.

—¿Qué os traéis entre manos? —le preguntó, en el mismo tono que había utilizado minutos antes con la camarera.

—A ver si lo adivinas —dijo ella, y levantó su esterilla de yoga mirándole como si fuera lerdo.

Aproveché la oportunidad para mirar disimuladamente a la señorita Wilde, que seguía sonriendo con dulzura y dando sorbos a su bebida. La imagen de sus labios rodeando la pajita reavivó mis recuerdos de la noche anterior y miré a otro lado rápidamente.

—Deberíamos irnos ya —terció Sophia—. A este paso llegaremos tarde a la clase.

—Sí, tienes razón. Ha sido estupendo volver a verte, Stephen —dijo la señorita Wilde.

—Sí, esto..., estás es... estupenda —tartamudeé, reprimiendo el impulso de darme cabezazos contra la mesa.

*Imbécil, imbécil, más que imbécil.*

Se rio entre dientes y me pasó la mano por el hombro durante un segundo. Su roce me provocó un temblor como si me hubiese electrocutado. Miré fugazmente a mi hermano para ver si se había dado cuenta del ridículo tan espantoso que había hecho. Menos mal que estaba ocupado mirando fijamente a la amiga de la señorita Wilde.

—Hasta el viernes —dijo la señorita Wilde al darse la vuelta para marcharse.

—Hasta el viernes —repetí.

—Me alegro de haberte conocido —dijo a Matt.

—Igualmente —contestó él, sin dejar de tratar de llamar la atención de su amiga—. Que tengas un buen día, Megan.

Ella se sacudió la larga melena del hombro y echó a andar tan campante sin hacerle ni caso. Mientras las tres se alejaban calle abajo fui incapaz de apartar los ojos del culo de la señorita Wilde. De repente me di cuenta de que para hacerlo me había inclinado fuera de la silla, y me senté derecho. Matt me observaba con una exagerada sonrisa de oreja a oreja.

—Conque no es tu tipo para nada, ¿eh? —dijo.

—No —mascullé.

—A mí no me ha parecido irritante —señaló—. De hecho, parece simpatiquísima.

—Supongo que sí.

Justo entonces la camarera salió con la comida y las bebidas, y esta vez Matt no coqueteó con ella. Tuve la firme sospecha de por qué quería librarse de ella con tanta prisa.

—Oye, necesitas lanzarte a por ella —dijo.

*El único sobre el que necesito lanzarme eres tú, querido hermanastro.*

—Es alumna mía, Matt. Y ni siquiera me gusta.

—Menudo rollo tienes. Casi se te cae la baba delante de ella. Si eso no ha sido un polvo visual, dime tú qué ha sido.

—Pues no —negué rotundamente, aunque no tenía ni remota idea de lo que era un «polvo visual».

—Ella ha hecho lo mismo contigo, ¿sabes? La tienes en el bote.

—¡Que no! —insistí—. Soy demasiado mayor para ella y, según tú, soy un auténtico muermo. ¿Podemos cambiar de tema, por favor?

—Es un decir. Esa polvorilla podría ser justo lo que el médico te recetaría para resucitarte. Si es que en algún momento has estado vivo —apostillé por lo bajini.

Suspiré y me puse a comerme el sándwich, que tampoco estaba muy allá.

*El de la señorita Wilde estaba más rico.*

—Ah, y me ha gustado mucho su amiga Megan. ¿Crees que podrás conseguirme su número? —preguntó Matt con entusiasmo.

—Creo que eso sería pasarme de la raya.

*Como si no lo hubiera hecho ya.*

—Además, solo te gusta porque no ha caído rendida a tus pies como la mayoría de las mujeres —añadí.

—Sí, ¿a qué ha venido eso? —preguntó Matt, dando la impresión de estar verdaderamente sorprendido—. Creo que será divertido ligármela. Un poco de

persecución tiene su gracia para variar.

—Bueno, yo no voy a pedirle a la señorita Wilde el número de su amiga, así que supongo que no tendrás más remedio que buscar otra estrategia para conquistarla —le aseguré, y di un sorbo a mi bebida.

—¿«Conquistarla»? —repitió—. Colega, ¿en qué siglo vives?

—Mira quién fue a hablar. Pareces sacado de una película de los años ochenta al llamarme «colega».

—Uf, menuda pulla —replicó con sorna—. Creo que la señorita Wilde ejercerá una buena influencia sobre ti.

*Lo dudo enormemente.*

—A lo mejor debería localizar a la tal Megan en Facebook y enviarle un mensaje —dijo con aire pensativo.

—¿Crees que tendrá una cuenta?

Matt se quedó mirándome.

—Todo el mundo tiene.

—Yo no.

—Me refiero a todo el mundo que dejó de escribir con pluma estilográfica.

—¡Yo tengo ordenador!

—Uno viejo. Ni siquiera es portátil. —Negó con la cabeza—. El caso es que debería ponerme en contacto con ella sin falta. ¿Cuál era su apellido?

—No pienso decírtelo si tienes intención de escribir alguna obscenidad —dije.

—No lo haré.

—¿Por qué no te creo?

—Por favor, te juro que no voy a escribir nada ofensivo. Me gusta esa chica.

—Solo has coincidido con ella dos minutos —señalé.

Tenía un aspecto tan patético intentando poner ojos de cordero degollado que imaginé que debía de significar mucho para él. Además, dudaba que tuviera alguna posibilidad después de ver la actitud de ella, de modo que concluí que seguramente no habría nada de malo en ello.

—Wilson —dije—. Megan Wilson.

—¡Gracias, eres el mejor!

Terminamos de comer y agradecí que Matt no volviese a sacar a relucir a la señorita Wilde. Luego comentó que igual iba a trabajar. Yo meneé la cabeza y me pregunté por qué el negocio de mi hermano funcionaba tan bien cuando apenas hacía acto de presencia.

De vuelta a casa, preparé té y encendí mi supuestamente desfasado ordenador con la intención de trabajar en un artículo que estaba escribiendo para una revista literaria. Primero consulté los e-mails y vi que tenía uno de Matt que me había enviado cinco minutos antes. Lo abrí y lo leí:

*¿Cómo has dicho que se apellidaba?*

Me reí entre dientes y respondí: «Bilson». Debería aprender a prestar más atención cuando le presentaran a una chica. A lo mejor fui un poco mezquino, pero mi intención era decirle el verdadero apellido más tarde... tal vez.

*¿Tendrá Facebook la señorita Wilde?*

No, seguro que era mejor no comprobarlo. Me extrañaba que se me hubiese pasado por la cabeza, y, sin embargo, de buenas a primeras me puse a crear una cuenta para registrarme. Me dije para mis adentros que lo más conveniente sería consultar su perfil para ver qué tipo de persona era. Esto me ayudaría a dilucidar si podía confiar en que guardaría en secreto que nos habíamos acostado juntos. Todo en aras de protegerme, por supuesto.

Su foto de perfil no me cuadró nada con lo que esperaba. Iba disfrazada de Halloween —o al menos confiaba en que fuese un disfraz y no uno de sus raros atuendos—. Con un vestido rojo de lunares blancos y un delantal, era una réplica de un ama de casa de los años cincuenta. Llevaba el pelo rizado y los labios pintados de carmín rojo. Posaba delante de la cámara con una sonrisa recatada a la par que coqueta y distinguí vagamente a otras personas al fondo. Daba la impresión de que la foto se había hecho en una fiesta. Seguramente iría a muchas.

Mientras leía detenidamente su perfil, que, afortunadamente, era público, comprobé que tenía un montón de fotos. Los álbumes etiquetados con nombres de ciudades y países de todo el mundo eran, con diferencia, los más interesantes, y los repasé todos: la señorita Wilde en un puente de Londres, contemplando el río como si se tratase de una foto robada. La señorita Wilde en Brasil, con un loro en la mano, junto a un anciano con un gran mostacho, ambos sonrientes. La señorita Wilde delante de un castillo en ruinas en Escocia.

*¿Siempre viaja sola? No, porque entonces ¿quién haría las fotos? ¿Cómo se lo puede permitir?*

Al leer su información personal descubrí que era tan joven como yo calculaba; concretamente tenía veintidós años e iba camino de los veintitrés. A juzgar por las fechas de sus fotos, llegué a la conclusión de que había hecho la mayoría de

sus viajes después del instituto y deduje que ese era el motivo por el que era algo mayor que sus compañeros. Pero no es que hubiera tanta diferencia.

Casi se me salen los ojos de las órbitas al ver el apartado sobre relaciones sentimentales: «Es complicado».

*¿Es complicado? ¿Qué es complicado? ¿Sale con un montón de gente esporádicamente? ¿Por qué me estoy planteando todas estas preguntas?*

Miré sus actualizaciones de estado más recientes. Había escrito «Yoga con las chicas y después a clase» unas horas antes. Bajando por la pantalla, se me aceleró el corazón cuando leí su actualización de estado de la noche anterior:

A veces una aburrida noche de martes resulta divertida inesperadamente.

*¿Se refiere a mí? ¿Soy yo la diversión a la que alude? ¿Tanto se divierte en mi compañía?*

Seguramente se refería al rato que pasó en el bar de Matt. Muchas de sus amigas habían hecho comentarios a su actualización, con ganas de saber a qué se refería. Contuve la respiración mientras descendía por la pantalla hasta abajo y vi que les había respondido con un emoticono sonriente. Eso había sido todo, un simple emoticono sonriente. Exhalé y salí de Facebook. Por lo visto la señorita Wilde no le había contado a nadie que había pasado la noche conmigo, al menos no a las íntimas ni a las de la red.

*Menudo peso me he quitado de encima. Ahora podré olvidarme del tema para siempre y las cosas podrán volver a la normalidad.*

## 6

Pero no fue el caso. El viernes a primera hora de la tarde estaba hecho un auténtico manojo de nervios ante la perspectiva de ver a la señorita Wilde en clase. Estaba sentado en mi despacho procurando hacer de tripas corazón cuando mi compañero y amigo Brian entró. Tomó asiento al otro lado de la mesa y me miró con extrañeza.

—¿Estás bien? —preguntó.

—¿A qué te refieres?

—Pareces... distinto.

—Oh —dije.

—¿Te has cortado el pelo?

—No, es que se me queda así cuando no me lo peino después de secármelo con la toalla —expliqué, mientras me preguntaba por qué la conversación giraba en torno a mi pelo. Hasta la fecha nunca habíamos comentado mi aspecto.

—Está chulo —señaló, sonriendo—. ¿Tienes planes este fin de semana? ¿Alguna cita?

—No. Esta noche ceno en casa de mis padres y creo que el domingo Matt y yo iremos al gimnasio y luego a comer.

*Lo mismo de siempre.*

—¿Y tú? —pregunté.

—Jodie y las crías quieren ir al zoo, así que vamos a ir al zoo —respondió, sonriendo con impotencia—. A veces echo de menos estar soltero, tener todo el tiempo del mundo para mí.

Me encogí de hombros. Me constaba lo mucho que Brian quería a su mujer y a sus hijas gemelas y casi con toda seguridad no lo decía de corazón.

—Está sobrevalorado —le dije—. Lo de estar solo.

Él asintió.

—Pronto haremos algo. Solos tú y yo, ¿vale?

—Claro. —Sonreí a sabiendas de que probablemente no ocurriría.

Brian tenía familia y pasaba las noches en casa. Tal y como debía ser. Yo no envidiaba a mi amigo, pero sí deseaba mi propia versión de su vida. Deseaba tener a una mujer con la que pasar las noches y los fines de semana, alguien a quien le importase y que me llamase por teléfono. Alguien de quien poder ocuparme y con quien compartir mi vida.

Ya no deseaba estar solo.

Tal vez debía probar suerte y dejar que Matt por fin me concertara una cita a ciegas. La facultad parecía contar con una oferta insuficiente en cuanto a mujeres disponibles de más o menos mi edad, y no tenía ni la más remota idea de en qué otro lugar podía encontrar a una posible candidata dado que no me atraían mucho ni los bares ni los pubs. Además, dudaba que la mujer adecuada para mí frecuentase ese tipo de lugares. Yo necesitaba a alguien agradable y —quizá según el criterio de Matt— aburrida, aunque a mí no me lo parecería, ya que por lo visto yo mismo era aburrido.

Absorto en mis pensamientos, casi olvidé mi nerviosismo, pero volvió multiplicado por diez cuando Brian se levantó y anunció que había llegado la hora de su clase de la tarde. Por mi parte, de camino al aula, noté las manos pegajosas de sudor y el corazón me latía con tanta fuerza que me preocupaba que alguien a mi alrededor reparara en ello. Necesitaba recuperar el control. Aquí era el profesor Worthington, no el novato inepto que había sido en el dormitorio de la señorita Wilde. Me encontraba en mi territorio, donde se me respetaba y no necesitaba directriz alguna. Teniendo eso en mente, la clase seguiría su curso habitual. A fin y al cabo, era fundamental que ninguno de los alumnos tuviera el menor indicio de que habíamos mantenido un encuentro íntimo.

Cuando llegué al aula, había unos cuantos alumnos al fondo y ni rastro de la señorita Wilde. Me puse a sacar mis notas y el libro que íbamos a tratar ese día: *En el camino*, de Jack Kerouac.

*Ji, ji, un buen tute a lo Kerou.*

Entraron más estudiantes y prácticamente no despegué los ojos de la puerta, expectante. Justo cuando empezaba a sospechar que no haría acto de presencia, la puerta se abrió y entró al aula como si tal cosa, con un aspecto completamente distinto a la última vez que la había visto, con la cara resplandeciente y en ropa de deporte. Ese día llevaba una camiseta roja de manga corta con una calavera estampada, unos vaqueros negros deshilachados que parecían haber sido pintados sobre sus largas y estilizadas piernas, y unas zapatillas de deporte francamente horripilantes. Se había recogido el pelo de las sienes en la coronilla, donde se lo había sujetado con pasadores al estilo mohicano, y el resto lo llevaba

suelto por la espalda.

*Es imposible que eso no resulte incómodo. Y..., oh, Dios, otra vez ese maquillaje emborronado.*

Hasta se había pintado las uñas con esmalte negro y se había puesto unos pendientes de abalorios de estilo chabacano. Francamente, iba hecha una piltrafa. Me preguntaba por qué elegiría ese estilo para arreglarse, sobre todo una vez visto lo guapa que estaba sin toda esa parafernalia. Un chico silbó desde el fondo mientras ella se dirigía a su asiento.

*¿Acaso le gusta su aspecto?*

Contuve la risa cuando ella le hizo un gesto con el dedo corazón sin contemplaciones. Al parecer él no se ofendió lo más mínimo. Se limitó a hacer una mueca a modo de sonrisa y volvió su atención hacia la persona que tenía al lado, como si se tratase de una conducta social totalmente aceptable. Yo no entendía en absoluto a la gente joven. Me atreví a mirar a la señorita Wilde, que me dedicó una sonrisa cuando nos cruzamos la mirada y seguidamente se puso a sacar las cosas de su bolso como si entre nosotros jamás hubiese pasado nada fuera de lo común.

Por suerte, mantuvo su actitud habitual cuando la clase comenzó. Por desgracia, eso significaba que la señorita Wilde se mostró tan beligerante como de costumbre y se comportó con el descaro de siempre.

—La novela es degradante para las mujeres de cabo a rabo —afirmó la señorita Wilde, interrumpiendo a un compañero de clase.

—Creo que eso es un tanto exagerado —repuse.

Los ojos le echaron chispas.

—¡Para nada! —insistió—. Uno de los personajes describe a la mujer perfecta como recatada y callada. ¿Es ese tu prototipo de mujer, Stephen?

*No. Un momento, ¿qué?*

—Mi prototipo de mujer es totalmente irrelevante para el debate, señorita Wilde. Pienso que es preciso tener amplitud de miras en este asunto —dije—. Puede que esa fuera la opinión de los hombres en aquella época, pero...

—La «amplitud de miras», como lo denominas —replicó—, es que esta novela se sigue vendiendo extraordinariamente bien a pesar de que se publicó por primera vez hace más de cuarenta años. Todos los años, paletos ignorantes se embarcan en su «gran aventura» de recorrer el país con la mochila a cuestas y leen esta novela. Todos veneran a Kerouac y sus incesantes andanzas, incluido el retrato que hace de las mujeres.

—Pero hoy ha cambiado el criterio en los círculos literarios académicos a la

hora de tratar la novela —aduje—. Se identifica la perspectiva machista.

—Sí, tal vez sea el caso en los círculos académicos —convino—. Pero el grueso de los lectores no forma parte de esos círculos. Andan ahí fuera, por el mundo, viajando, pensando que cualquier mujer soltera que encuentren en la carretera seguramente será una tía fácil. Porque así es precisamente como lo describe tu idolatrado Kerouac.

—Pero el mero hecho de que usted tenga discrepancias personales con el contenido no significa que pueda ignorar el impacto que la novela ha tenido sobre generaciones de jóvenes, y eso incluye hombres y mujeres. Les hizo buscar modos de vida alternativos y lanzarse a experiencias atrevidas y fuera de lo común en vez de asentarse en el conformismo. Por eso es una gran novela norteamericana y una de mis favoritas.

*A ver si ahora rebates mi argumento.*

—No me digas —contestó, entrecerrando los ojos—. ¿Y qué experiencias atrevidas y fuera de lo común te ha inspirado a vivir la novela?

Por un momento me quedé mudo.

*Si esto fuera una película, justo ahora se oiría el cricrí de los grillos.*

No tenía ni idea de qué responder a su pregunta. La verdad era que, salvo mis vacaciones de una semana, jamás había viajado a ninguna parte porque siempre había estado demasiado ocupado con los estudios. No había hecho nada atrevido ni fuera de lo común en mi vida y, para colmo de males, casi tenía la certeza de que la señorita Wilde estaba al tanto.

—Esto no va conmigo —respondí de manera poco convincente, sintiéndome de pronto tremendamente cansado—. ¿Algún otro comentario sobre la novela? —pregunté a los demás alumnos.

Evité mirar a la señorita Wilde durante el resto de la clase y, tras lo que me pareció una eternidad, la di por concluida. Todos salieron a la carrera, con ganas de empezar sus planes para salir de fiesta y pasarlo bien el fin de semana. Observé a la señorita Wilde, la última en salir, guardando despacio sus cosas.

—Buen fin de semana —dijo al pasar.

—¿Estás enfadada conmigo? —pregunté en voz alta para llamar su atención, incapaz de reprimirme.

Se dio la vuelta y me miró extrañada.

—No, ¿a qué viene eso? —quiso saber, acercándose a mí.

—Esto... Por lo de antes —respondí, señalando con un gesto hacia su asiento.

—Ah, no, qué va. —Sonrió—. Suelo dejarme llevar por el entusiasmo en ese tema en concreto porque he conocido a un montón de idiotas que han leído el

libro y se toman al pie de la letra lo que Kerouac escribió. Mi problema es él, no tú. Perdona.

—No pasa nada —contesté, bajando la vista.

*Por el amor de Dios, ¿ha decorado esas horripilantes zapatillas ella misma? Da la impresión de que las ha pintado con rotulador fosforescente.*

—Bueno, será mejor que me vaya. Hasta el martes —dijo, mientras yo observaba cómo las zapatillas de deporte más feas de la faz de la tierra salían de mi campo de visión.

—¿Tienes algún plan interesante para este fin de semana? —pregunté al recordar la pregunta de Brian.

*Es una pregunta de lo más normal para un viernes por la tarde, ¿o no?*

—Sí, de hecho voy a un concierto esta noche. Salimos en unos minutos porque tenemos un buen trecho por delante —dijo.

*Ah, eso explica su demencial aspecto... Espero.*

—¿«Tenemos»? —repetí.

—Las chicas y yo —aclaró—. Seguramente acabaremos durmiendo en el coche y volveremos mañana con un resacón del quince —añadió entre risas.

—Ah, vale —balbucí, sin saber exactamente cómo responder a eso—. Pues... prometo ser un fin de semana ajetreado.

—Pero estoy libre mañana por la noche después de cenar —señaló—. Puedes pasarte si te apetece.

*¿Eh? ¿Qué?*

Cavilé sobre sus intenciones. ¿Me estaba proponiendo una cita?

*No, ha dicho «después de cenar», de modo que no es una cita ni mucho menos.*

—Eh..., ¿quieres que pase por tu casa? —pregunté, bastante desconcertado por su invitación.

—Claro, si te apetece y no estás ocupado... —respondió, encogiéndose de hombros.

*Cómo voy a estar ocupado.*

—No lo sé, es que... igual tengo planes —mentí.

—Vale. Bueno, si te apetece pasar, estaré en casa —dijo—. Tengo que irme, he quedado con las chicas.

—Vale, pues... adiós —repuse, sin una pizca de gracia.

—Hasta luego, Stephen.

Se esfumó sin darme tiempo a discernir qué demonios acababa de ocurrir. ¿La señorita Wilde me acababa de proponer un rato de sexo al día siguiente por la

noche?

¿Pensaría que me había interesado por sus planes porque tenía ganas de verla? No había sido esa mi intención. Esto no tenía ningún sentido. La señorita Wilde acababa de argumentar acaloradamente en clase que no deseaba que la definieran como una «tía fácil» —según lo denominaba ella— y, sin embargo, acababa de pedirme que pasase por su apartamento bien entrada la noche. ¿Era eso un...? ¿Cómo lo llamaba siempre Matt? ¿Un polvo seguro? Me atusé el pelo y meneé la cabeza. ¿Qué pasaría si me plantaba allí? ¿Acaso le apetecería besarme, tocarme y hacerlo conmigo de nuevo? Sentí espasmos muy reveladores en los calzoncillos ante la expectativa de repetir la maravillosa experiencia que me había ofrecido en la cama, y tenía ganas de ir. Sin embargo, también tuve que admitir que el hecho de desearlo estaba mal en muchos sentidos: le sacaba diez años, no era mi tipo y, encima, era alumna mía, por lo cual me quedaba vetada.

Mientras cruzaba el aparcamiento de la facultad, sentí que la tesitura me reconcomía por dentro. La deseaba de nuevo. Estar con ella había sido algo natural y muy placentero. Sin embargo...

Suspiré y lancé mi maletín al asiento del copiloto antes de subir al coche. Por una vez, no supe qué hacer. ¿Cómo había permitido que mi vida se complicara hasta ese extremo?

Conduje a casa desde el campus presa de un extraño aturdimiento. Apenas recuerdo el momento de entrar a mi apartamento, pero no tardé en conectarme a Facebook, una vez más, para fisgar en la página de la señorita Wilde. Había actualizado su estado hacía escasos minutos.

¡¡¡Concierto en L. A.!!!

*¿L. A.? ¿En Los Ángeles? ¡Qué locura!*

No daba crédito. La señorita Wilde había comentado que tenían «un buen trecho» por delante, lo cual era un tremendo eufemismo. Los Ángeles se encontraba a seis horas en coche, por poco tráfico que hubiese. La idea de que la señorita Wilde realizara semejante trayecto en coche únicamente en compañía de las otras dos chicas me disgustaba terriblemente. ¿Acaso no la preocupaba su propia seguridad? Tendrían que hacer paradas en áreas de servicio durante el trayecto, y seguro que esos sitios estaban plagados de escoria.

*¿Es que no le basta con ir a un concierto aquí en San Francisco?*

En mi opinión, nadie en sus cabales conduciría seis horas de un tirón con tal de asistir a un espectáculo de dos horas. Bueno, yo daba por sentado que duraría aproximadamente dos horas, pero en realidad lo ignoraba, ya que hasta la fecha no había ido a ningún concierto de rock. Hasta había comentado que iban a dormir en el coche. ¿Tenía por costumbre hacer ese tipo de cosas? ¿Por qué en vez de eso no reservaba una habitación en un hotel? Si yo tuviera previsto salir de la ciudad, bajo ningún concepto me plantearía pasar la noche en el coche. Encima, también había mencionado que volverían al día siguiente con resaca, de modo que era conveniente que ninguna condujese después del concierto en vista de que iban a beber.

Reflexioné sobre su ofrecimiento de que pasase por su casa al día siguiente por la noche. Casi con toda seguridad ella no contaría nada a sus amigas de la

universidad si me presentaba allí de nuevo, pero ¿qué sentido tendría, en realidad? No me caía bien. La manera en la que se había encarado conmigo por mi falta de espíritu aventurero en la vida me había cabreado y deseaba que se me ocurriese algo como contraargumento.

*¿Tienes un gusto pésimo para la ropa?* No, porque seguramente se habría burlado de la mía como Matt.

*¿Qué pelo más horroroso?* No, demasiado infantil.

*¿Eres más terca que una mula?* No, casi seguro que se enorgullecería de eso.

*¿Eres mala en la cama?* Un «no» rotundo. Jamás sería capaz de mentir de manera tan convincente.

Suspiré, apagué el ordenador y seguidamente puse música clásica y me tendí en el sofá con el propósito de echar una cabezadita. Tenía que ir a casa de mis padres en unas cuantas horas y no había dormido muy bien la noche anterior. Aunque me había abstenido de comer antes de acostarme, había revivido los sueños de la noche previa con toda nitidez. Me había despertado dolorido por la excitación, con imágenes revoloteando en mi cabeza en las que la señorita Wilde y yo aparecíamos en diversas posturas comprometedoras.

Cansado y de mal humor, pasé las dos horas siguientes en el sofá, dormitando con el sonido de violines.

Al llegar a casa de mis padres seguía de un humor de perros. Ver el coche de mi hermanastro aparcado en el camino de entrada no hizo más que empeorar las cosas, dado que sabía que casi con toda seguridad no cejaría en su incesante pitorreo sobre la señorita Wilde. Albergaba la esperanza de que al menos guardase el secreto en presencia de nuestros padres. No tenía ninguna gana de arrancarle la cabeza en medio de la cena. Por otro lado, con eso daría la impresión de que su mofa tenía ciertas dosis de verdad. La decapitación quedaba totalmente descartada.

—Hola, cielo —dijo mi madre, risueña, al abrir la puerta—. ¿Cuántas veces tengo que decirte que entres directamente y que no llames al timbre como si fueras un desconocido?

—Perdona, mamá —farfullé, y le di un abrazo.

Me quité el abrigo y me acompañó al salón, donde Matt y mi padrastro, Richard, ya estaban sentados. Richard y mi madre se habían conocido en un grupo de apoyo para viudos cuando yo tenía trece años. Tras varios meses de relación, Richard y Matt se mudaron a nuestra casa, y poco después Matt y yo

pasamos a ser hermanastros.

A decir verdad, tardé un tiempo en aceptar a mi nueva familia. Todavía echaba de menos a mi verdadero padre, un hombre al que no pude conocer a fondo, pues murió de un fulminante paro cardíaco a los treinta y ocho años. Por muy feliz que hicieran a mi madre, yo estaba totalmente decidido a odiar a los dos intrusos. Pero me resultó imposible sentir antipatía hacia Richard, que nunca me presionó para que fuera más activo o me interesase en el deporte. Al parecer entendía mi necesidad de un espacio de soledad cuando me encerraba a cal y canto con los libros y discos de mi padre, escudriñando sus recuerdos. Matt había perdido a su madre en un accidente de tráfico cuando era poco más que un bebé y no tenía recuerdos de ella, así que enseguida recibió con los brazos abiertos a su nueva familia, hermano mayor incluido. No debió de tardar mucho en darse cuenta de que yo no estaba a la altura de sus expectativas, en vista de que no practicaba deportes ni mostraba interés en ir de acampada, a pescar, o cosas así. No obstante, siempre estuvo ahí, incluso protegiendo mi enclenque persona en la época del instituto, cuando me sacaba un buen palmo pese a ser dos años menor que yo.

A esas alturas apenas recordaba un momento sin la presencia de ambos, y entendía que era afortunado por tenerlos en mi vida. Eso, por supuesto, no significaba que Matt no me sacara de mis casillas durante la mayor parte del tiempo. En ese sentido la verdad es que éramos exactamente igual que los hermanos de sangre. De hecho, siempre lo habíamos sido. Era absurdo seguir refiriéndome a él como mi hermanastro cuando éramos mucho más que eso.

—Stephen, me alegro mucho de verte, hijo —dijo Richard, y se incorporó cuando entré a la sala.

Como de costumbre, ignoró por completo mi mano extendida y me dio un abrazo.

—Hola, Rich —balbucí, dándole palmaditas en la espalda.

Mientras que Matt llamaba a mi madre «mamá» desde que yo tenía uso de razón, yo nunca había logrado ir más allá de dirigirme a Richard por su nombre de pila —o al menos una versión abreviada del mismo—.

—Siéntate —me dijo. Me ladeé para esquivar a Matt cuando hizo amago de darme un puñetazo en el hombro al sentarme a su lado en el sofá.

—Bueno, ¿qué tal la clase de hoy? —La pregunta de mi hermano era de lo más inocente, pero sus motivos no pudieron ser más evidentes para mí.

Le lancé una mirada asesina antes de encogerme de hombros a modo de respuesta evasiva.

—¿Ha pasado algo... interesante? —preguntó con una sonrisa perversa.

*Bueno, la irritante alumna con la que, por cierto, me he acostado, ha comentado que mi vida es predecible y aburrida. ¿Calificarías eso de interesante, inminente difunto hermano?*

—No —respondí.

—¿Qué pasa? —preguntó Richard.

—Nada —le aseguré con una sonrisa forzada.

—De acuerdo —dijo, observándonos con gesto receloso—. Será mejor que vaya a ayudar a vuestra madre en la cocina.

En cuanto se alejó lo bastante como para no oírnos, me volví hacia Matt.

—¿Qué demonios te pasa? —cuchicheé—. Una cosa es que hagas ese tipo de comentarios cuando estamos a solas, pero que me preguntes abiertamente por la señorita Wilde en presencia de Rich es pasarse de la raya.

—¿Qué te hace pensar que me refería a tu querida señorita Wilde?

La sonrisa del Gato de Cheshire no era nada comparada con la que esbozó Matt.

—Yo... Tú... ¡¡Calla la boca, Matt!! —repliqué furioso—. Y deja de decir «mi» señorita Wilde de una vez por todas. Es totalmente inapropiado; es más, ella es totalmente inapropiada para mí, así que haz el favor de dejar el tema.

—No me explico por qué te resistes a eso —dijo, con las manos en alto a la defensiva—. Tíratela una vez, no te quedes pillado, y borrón y cuenta nueva.

*¡Eso no ha funcionado!*

—Luego podrás centrarte en tus mujeres «apropiadas» —añadió, haciendo un gesto con los dedos a modo de entrecomillado—. Sea lo que sea a lo que te refieres con eso.

—¿Podemos cambiar de tema, por favor? —pregunté en tono cansino.

—¡Ay, venga ya! ¿Ni siquiera vas a criticar su pinta? Ya me he acostumbrado a eso.

—Vale —cedí—. Llevaba unos vaqueros negros deshilachados ceñidísimos, unas zapatillas de deporte espantosas y una camiseta roja con una calavera. ¡Una calavera!

—¿Y el pelo? —preguntó con un dejo de esperanza en la voz.

Puse los ojos en blanco y resoplé.

—Una especie de peinado raro e incómodo tipo mohicano, pero seguramente se lo arregló así porque va a un concierto de rock esta noche.

Matt abrió los ojos con asombro y se le iluminó la cara.

*Oh, no.*

—Hablaste con ella, ¿no? —dijo con una sonrisita—. ¡Le preguntaste por sus planes de fin de semana y todo!

—No, yo, eh... —tartamudeé mientras trataba de urdir una mentira convincente.

—¡Estaba completamente seguro de que te gustaba! —exclamó con patente júbilo.

—¡Que no! —repuse con impotencia—. Yo, eh..., oí por casualidad que se lo contaba a otros estudiantes antes de clase.

—Ja —dijo—. Claaaro.

—Procura mantener la boca cerrada delante de mamá y Rich. Dudo que les haga gracia que pienses que me gusta una de mis alumnas en el sentido romántico.

—¿Romántico? —repitió, haciendo una mueca—. Solo quiero que pilles cacho.

—Y seguro que oírte hablar así les haría menos gracia todavía —añadí.

—¡Vale, vale! Tu secreto está a salvo conmigo —dijo con mirada cómplice.

—No hay ningún secreto —siseé entre dientes, aunque sí que lo había. Lo único es que Matt lo ignoraba.

Nos sentamos a cenar y me agradó que no hiciera ningún otro comentario que me obligase a clavarle el tenedor en el brazo.

—Stephen, ahora no estás saliendo con nadie, ¿verdad? —me preguntó mi madre durante el postre.

Era una pregunta retórica. Mi madre sabía que llevaba sin pareja toda mi vida. Matt se rebulló en el asiento al otro lado de la mesa, como si quisiera meter baza en la conversación. Le lancé una mirada de advertencia (al menos esa era mi intención) antes de volverme hacia nuestra madre.

—No —respondí—. ¿Por qué?

—La hija de una de mis amigas acaba de mudarse a la ciudad y no conoce a mucha gente. ¿Te gustaría llevarla a dar una vuelta una noche?

*Mi madre me está organizando una cita a ciegas. Qué penosa es mi vida.*

—No sé —contesté con vacilación.

—¡Yo lo haré! —terció Matt.

—No —dijo mi madre con bastante firmeza.

—¿Por qué no? Le enseñaría lo que es pasárselo en grande.

—Eso es lo que temo —masculló ella, mirándolo con gesto severo.

Nuestros padres estaban al corriente de las tácticas de picaflor de Matt; yo había escuchado por casualidad varias conversaciones entre ellos en las que

expresaban su preocupación por sus dos hijos. Uno era un mujeriego empedernido y el otro prácticamente un monje. Ignoraba qué les parecía peor.

—Stephen, esta mujer es perfecta para ti —explicó mi madre para persuadirme—. Tiene treinta y un años, es profesora de instituto y muy sensata.

—«Aburrida» —articuló Matt con los labios sin emitir sonido.

—¿Cómo se llama? —pregunté.

—Lily. ¿Quieres que le dé tu número para que te llame?

—Claro, supongo que no pierdo nada —respondí, encogiéndome de hombros.

—Un momento, ¿ni siquiera vas a preguntar cómo es? —exclamó Matt.

Hice un gesto de hastío. Me daba igual, siempre y cuando vistiese como es debido y supiera maquillarse sin echar mano de un rodillo. En mi opinión, los valores e intereses comunes estaban muy por encima del físico a la hora de salir con una chica. Yo no me consideraba demasiado atractivo, de modo que nunca había esperado acabar con un bombón, por decir así, ni tampoco había intentado en ningún momento tirar los tejos a una mujer de ese tipo.

Al menos no desde que era adulto. A esas alturas ya era consciente de que la belleza física no equivalía a ser buena persona, pero esa lección había tenido que aprenderla a base de golpes.

—Fenomenal —repuso mi madre—. Entonces, le diré que te llame.

Asentí y, aunque había perdido el apetito, le hincó el diente a mi tarta de queso. Odiaba conocer gente nueva y la gran ansiedad y nerviosismo que conllevaba. No concebía cómo lo hacía mi hermano, que quedaba con una mujer distinta cada semana y se encontraba a sus anchas con todas ellas.

En cuanto salimos de la casa, Matt soltó:

—No pensarás salir con esa sosa teniendo a un pibón como la señorita Wilde, ¿verdad?

—En primer lugar, parece ser que Lily es un encanto y, segundo, no «tengo» a la señorita Wilde. Solo es alumna mía.

—Si tú lo dices... —masculló—. Lo único que quiero es que lo pases bien, Stevie. Que no te centres tanto en tu trabajo.

—Ya lo paso bien —repliqué—. Sigue en pie lo de ir al gimnasio y comer después el domingo, ¿no?

—Sí. Tengo una cita mañana por la noche, pero tengo previsto irme a la cama temprano.

—¿En serio? —pregunté, enarcando las cejas.

—Pues sí, ¡calculo que la tendré en mi cama antes de las diez! —dijo con una carcajada.

—Pensaba que tenías en mente conocer mejor a la amiga de la señorita Wilde. Comentaste que te gustaba.

—Y me gusta. Pero dado que no vas a conseguirme su número y que no la localizo en la red, tampoco puedo hacer mucho más.

—Oh —dije con una risita—. En realidad su apellido es Wilson, no Bilson. Supongo que se me olvidaría decírtelo.

—¿Cómo? ¡Me pasé como una hora buscando a Megan Bilson!

Me limité a esbozar una medio sonrisa y me encogí de hombros.

—Buena jugada, hermanito —comentó, por lo visto bastante impresionado—. Estás empezando a pasártelo bien, aunque sea a mi costa.

—Perdona, no pude evitarlo.

—Tranquilo, solo recuerda que mi venganza será terrible —contestó con una sonrisa maliciosa—. ¿Te apetece venir un rato al bar a tomar una cerveza?

—La verdad es que no me apetece salir —empecé a decir, notando la decepción de Matt—. Pero podemos ir a mi casa a ver una película o algo, ¿vale?

—Vale, pero nada de rollos de culto subtítulos de esos —respondió sonriendo, y se metió de un brinco en su llamativo coche deportivo.

## 8

Me desperté con dolor de cabeza, todavía con la duda de si aceptar o no la invitación de la señorita Wilde a ir a su casa más tarde. Intenté trabajar un poco, pero al final me puse a ver películas con tal de distraerme. Más o menos a la hora de cenar consulté Facebook y vi que ella había actualizado su estado.

¡¡Pedazo de concierto!!

Una de sus amigas había colgado un comentario preguntándole si se apuntaba a una fiesta; se me secó la boca.

*¿Se habrá olvidado de la invitación que me hizo?*

Deslicé el cursor hacia abajo para leer qué había respondido a la pregunta de su amiga.

Gracias, pero tengo ganas de pasar una noche en casa.

Había añadido otro de sus emoticonos sonrientes.

*¿Se referirá con eso a que me espera? ¿Qué hago?*

Me puse a caminar de un lado a otro de la habitación y, con el estómago cerrado por los nervios, me salté la cena sin más. Seguía hecho un mar de dudas. Por mucho que odiara admitirlo, tenía ganas de acostarme con ella de nuevo. Tenía ganas de sentir sus labios contra los míos, su lengua en mi boca, sus suaves pechos en mis manos. Los sueños que me habían atormentado desde nuestro encuentro no hacían sino acrecentar mi ardiente deseo por volver a estar dentro de ella. El mero hecho de pensar en ello dolía.

Sin embargo, era consciente de que estaba mal. En la universidad existía un estricto reglamento que prohibía intimar con los estudiantes. Si me pillaban, sería el fin de mi trabajo y de mi credibilidad. Mi reputación se iría al garete en los círculos académicos, lo cual resultaría perjudicial para alguien en mi

situación, pues aún aspiraba a hacerme un nombre en ese mundo. ¿Acaso podía poner en riesgo todas mis aspiraciones profesionales con tal de pasar un par de horas con una chica que ni siquiera me caía bien?

Tenía la respuesta delante de mis narices. No, no podía hacerlo.

Prácticamente me desplomé sobre el sofá y suspiré aliviado. Ahora que había tomado la decisión por fin podía relajarme. Declinaría su extraña proposición y mi vida recuperaría la normalidad, al igual que la suya al darse cuenta de que no iba a pisar su casa.

No obstante, me pregunté si se disgustaría. Le estaba dando plantón, ¿o no? A mí me había ocurrido en la universidad, cuando una cita a ciegas me dejó tirado, cosa que no me hizo ni pizca de gracia. Hacer lo mismo a la señorita Wilde me hacía sentir culpable. Ella no había hecho nada para merecer semejante desplante. Tal vez debía simplemente pasarme por allí a explicarle que no podíamos volver a vernos fuera de clase.

Me pareció una idea razonable. Después ella podría asistir a la fiesta a la que había sido invitada y yo marcharme a casa con la conciencia tranquila. Por un momento consideré si sería mejor simplemente mandarle un mensaje a través de Facebook, pero descarté la idea. De hacerlo, ella se daría cuenta de que yo había estado fisgando en su perfil como uno de esos acosadores de la red, y la verdad es que no quería que tuviese ese concepto de mí. Era mucho mejor un encuentro cara a cara; además, lo más prudente era no hacer ninguna mención de nuestro encuentro ilícito por escrito. Tras tomar una firme determinación, me dirigí al coche deseando resolver y zanjar ese episodio de enajenación mental transitoria.

Al cabo de media hora ya había aparcado en la puerta del apartamento de la señorita Wilde, donde llevaba cinco minutos sin mover un músculo.

*¡Esto es absurdo! Haz el favor de subir y decirle: «Gracias, pero no».*

Inspiré hondo y exhalé profundamente con la esperanza de calmar mis descontroladas pulsaciones. Sabía que técnicamente no iba a romper con la señorita Wilde, pero aun así me inquietaba su reacción al oír que no quería volver a acostarme con ella. También me preocupaba que no se tragase el cuento. Sí que quería volver a acostarme con ella y estaba convencido de que, si me tocaba, no sería capaz de controlarme. No podía permitir que eso ocurriese.

*Me quedaré en la puerta y punto, le agradeceré amablemente la invitación y seguidamente la rechazaré. Sin necesidad de tocarnos.*

Por fin salí del coche y subí las escaleras hasta su piso. La mera constancia de

que se encontraba al otro lado de la puerta, esperándome, me hizo temblar como un flan y marearme.

*Todo saldrá bien. Eres un hombre maduro y, por estupendo que fuera el sexo, eres perfectamente capaz de resistirte a sus encantos. Basta con que te quedes en la puerta y se lo digas directamente.*

Respiré hondo de nuevo y llamé. Instantes después se abrió de par en par y apareció la señorita Wilde.

—¡Stephen, joder, menos mal que has venido! —exclamó.

Al abrir la boca para pronunciar mi discurso ensayado, me cogió de las solapas de la chaqueta, me hizo entrar de un tirón y cerró de un portazo.

*Se supone que la cosa no iba a ser así.*

—¡No sabes cuánto me alegro de que estés aquí! —dijo, conduciéndome al baño mientras yo me preguntaba qué estaba pasando.

—¡Hay una enorme, mejor dicho, una puta araña descomunal ahí dentro y necesito que la mates!

—Eh... Vale —respondí, rascándome la nuca.

—¡Lo digo en serio, Stephen! —dijo con un gesto sumamente solemne—. Ve a por ella en plan *Kill Bill*, ¿vale?

—¿*Bill* quién?

—Joder —exclamó, lanzándome una de sus sonrisas ladeadas—. Pero bueno, ¿cuántos años tienes?

Sin darme ocasión a contestar, me interrumpió.

—Vale, ve a muerte como Rambo. Rambo sí sabrás quién es, ¿o no? —dijo con burla.

Hice un gesto de suficiencia.

—Sí, claro. He leído la novela —contesté—. Voy a hacerla picadillo, lo juro.

En el interior del pequeño baño vi el arácnido de la discordia, que en realidad no era tan grande como me había hecho pensar, y lo espachurré con un trozo de papel higiénico antes de tirar de la cisterna. No me daban miedo los bichos. Estar a solas con esa extraña chica a puerta cerrada, en cambio, me resultaba aterrador.

—Listo —dije, saliendo del baño.

—¿Seguro que está muerta? —preguntó, e inspeccionó el retrete—. ¿No me saltará al culo en cuanto me siente?

—Segurísimo. La he aplastado. Te prometo que ha sido una carnicería —aseguré, sonriendo.

Me miró fijamente.

—¿Qué? —pregunté.

—Creo que es la primera vez que te veo sonreír —dijo—. Deberías hacerlo más a menudo.

—Vale —respondí como un bobo.

Me recorrió con la mirada y esbozó una lenta sonrisa en los labios. De repente reparé en lo ligera que iba de ropa: otro salto de cama de seda, en esta ocasión blanco. Daba la impresión de que tenía el pelo ligeramente húmedo y no había rastro de maquillaje en su rostro. Tenía un aspecto dulce y natural, y sin embargo sus ojos brillaban con malicia. Estaba tan atractiva de esa manera, sin ese horror de ropa, pelo y maquillaje. Tenía que irme sin falta.

Sin previo aviso, dio un paso al frente, se puso de puntillas y me echó los brazos al cuello, apretando su suave cuerpecillo contra el mío.

*Oh, no. ¡Está terminantemente prohibido tocar!*

Pero es que la sensación era tan agradable... Posé las manos en sus caderas y, literalmente, fui incapaz de zafarme de ella. En vez de eso, tiré de ella hacia mí.

—Mi héroe. —Sonrió con picardía—. ¿Cómo puedo recompensarte por tu valentía?

*Se suponía que la cosa no iba a ir así.*

Tragué saliva cuando levantó la cabeza para mirarme cara a cara.

—¿Qué tal con un beso? —musitó contra mis labios.

Mi cabeza se movió arriba y abajo como si yo fuese un títere y ella la titiritera que tiraba de mis hilos. Al cerrar los ojos, expectante ante el inminente roce de su boca contra la mía, de pronto noté que, en vez de eso, me estaba quitando el cinturón. Al abrir los ojos de par en par la encontré arrodillada delante de mí, desabrochándome el pantalón con manos ávidas y expertas.

—Es-espera —balbucí—. ¿Qué haces?

—No he especificado dónde deseaba besarte —respondió, y sonrió con gesto insinuante.

*Dile que pare, dile que pare.*

—¡Oh! Oh, Dios mío —gemí, y cerré los ojos con fuerza cuando sus cálidos labios se deslizaron sobre mí.

Tiró hacia abajo de mis pantalones y me acarició los muslos de arriba abajo. Mis manos se movían por su cuenta; las enterré en su pelo y tiré de él con suavidad. El sonido y el efecto de su gemido me hizo abrir los ojos para mirarla. Se me cortó la respiración al ser consciente de que me había estado observando todo el rato. Nos cruzamos la mirada un instante antes de que yo la desviase hacia su bonita boca; la visión de sus labios envolviendo mi miembro me provocó un fuerte gemido y noté que me endurecía. Era maravillosamente

erótico. Incluso con mi falta de experiencia, sabía que tener a una mujer como ella era la fantasía de cualquier hombre, y yo no era diferente al resto de mis congéneres. Por mucho que intentase convencerme a mí mismo de lo contrario, sí que compartía ese tipo de deseos. Lo ansiaba. Era demasiado bueno como para negarle ese gusto a mi cuerpo, hambriento de contacto sexual, y me lancé de lleno a las sensaciones, cautivado por su imagen arrodillada delante de mí, prácticamente venerándome. Sus manos recorrieron mis piernas y masajearon con suavidad mis nalgas. Gimió de nuevo y acto seguido noté que me empujaba de las caderas hacia delante, lo cual me hizo hundirme más profundamente en su boca.

*¿Querrá que me mueva? ¡Es idéntico a mi sueño!*

Empujé suavemente y la miré a los ojos. Ella emitió un murmullo y me acarició con su juguetona y diestra lengua. Mis manos agarraron su pelo con más fuerza cuando empecé a entrar y salir de su boca, cada vez más deprisa. No iba a tardar mucho.

—Oh, voy a... correrme —resollé al cabo de unos instantes—. ¿Va...? Oh, joder, ¿vale?

Murmuró sin despegar los labios, y con eso bastó. Cuando empecé a gemir, jadear y estremecerme al vaciarme fui incapaz de recordar, aunque me fuera la vida en ello, cómo se me había pasado por la cabeza rechazarla. Jamás había experimentado una sensación tan gratificante. Le acaricé el pelo, abrí los ojos y la miré. Ella sonrió de oreja a oreja y se incorporó tirando de mis antebrazos para tomar impulso.

—¿Por qué has hecho eso? —pregunté, e inspiré hondo.

Sonrió con gesto cómplice y me besó suavemente los labios.

—Gracias por matar al monstruo de ocho patas.

—No lo he hecho a cambio de que me hicieras..., hum..., eso —le aseguré, señalando hacia abajo.

—Lo sé —dijo escuetamente.

El estómago me rugió y caí en la cuenta de que tenía un hambre canina.

—Vaya, imagino que no soy la única a la que se le abre el apetito follando —comentó, riendo por lo bajini—. Voy a pedir una pizza, ¿vale?

Asentí y empecé a subirme los pantalones sin dejar de cavilar sobre cuál sería el protocolo de actuación en esos casos. Me había plantado en su puerta con la intención de decirle que no deseaba mantener una relación íntima y, menos de diez minutos después, ella estaba practicando sexo oral conmigo como si fuera la cosa más natural del mundo. La observé mientras cogía el teléfono y empezaba a

dar golpecitos con el dedo a la pantalla.

—¿Qué te apetece en tu mitad? —preguntó.

—¿Estás mandando un mensaje a la pizzería?

Se echó a reír.

—No, estoy usando su aplicación. ¿Cómo pides tú las pizzas?

—Hum... Con el menú delante y llamando por teléfono —respondí, sintiéndome como un vejstorio.

Volvió a reírse y me dedicó una sonrisa.

—Qué gracioso eres. ¿Qué quieres en tu mitad?

*¿Que soy gracioso? La primera vez que me lo dicen.*

—Lo que tomes tú; no soy tiquismiquis —dije, sentándome en su destartalado sillón.

Eché un vistazo a su pequeño apartamento y sentí un escalofrío de horror. Me había olvidado del caos reinante y traté de concentrarme en algo que reprimiera mi impulso de ponerme a ordenar sus libros y papeles, cosa que sin duda la ofendería.

—Hala —dijo al dar un último toquecito a la pantalla—. Seguramente no tardará mucho. ¿Qué te apetece beber?

—Lo que tomes tú —repetí.

Se internó en la cocina y me quedé sentado preguntándome si sería una grosería marcharme. Ella quería que me quedase a picar algo, pero ¿tendría ganas de que me quedase más rato? Puesto que me había dado placer de nuevo sin obtener nada a cambio, ¿significaba eso que ahora tendría ganas de hacerlo, como la última vez? Estaba totalmente apabullado.

*Por lo menos esta vez no me he quedado traspuesto.*

—Toma —dijo, tendiéndome una curiosa botella.

—Hum..., ¿qué es? —pregunté.

—Una variedad artesanal. Te va a gustar —dijo con más confianza de la que yo sentí al examinarla—. De cerveza.

Di un sorbo y, efectivamente, me gustó mucho. Le dediqué una sonrisa.

—Lo sabía —dijo en tono pedante—. Creo que sé lo que te gusta.

—Evidentemente —contesté, y noté que se me sonrojaban las mejillas cuando miré fugazmente hacia el lugar donde había estado de rodillas escasos minutos antes—. Debes de ser adivina.

Resopló y se desplomó en la cama.

—No hay que ser adivina para descubrir que te gustan la cerveza y las mamadas, Stephen. Casi seguro que eso lo único que demuestra es que tienes un

cromosoma «Y».

—Ah —dije, de nuevo avergonzado. Hablaba con total naturalidad sobre sexo y yo nunca había visto semejante descaro en una mujer. Las únicas personas con las que había tratado de estos asuntos eran Richard, cuando me pronunció el consabido discurso a los catorce años, y mi hermano, cuando me regalaba los oídos con anécdotas de sus numerosas conquistas por mucho que yo insistiera una y otra vez en que no me interesaba escucharlas.

—¿Te gusta hacerlo? —pregunté de improviso.

—¿Hacerte mamadas? —Sonrió con picardía—. Claro, ¿cómo no va a gustarme?

—Por favor, no utilices esa palabra —gruñí, cerrando los ojos. Hacía que todo el asunto sonara de lo más sórdido y carnal, cosa que obviamente era, pero a mí me desagradaba pensar en ello en esos términos. Abrí los ojos de nuevo.

Tenía el aire de una chica dulce e ingenua con su impoluto salto de cama blanco y la melena ondulada suelta, pero utilizaba la jerga de una actriz de cine porno. Se mostraba totalmente desinhibida en lo tocante al sexo, a diferencia de mí, que siempre lo había mantenido bajo el edredón, donde siempre pensé que debía estar.

—No hay nada de malo en llamar a las cosas por su nombre, ¿sabes? —dijo.

—Ya —mascullé, y le di otro trago a la cerveza.

—Di «mamada» —ordenó, y alzó ligeramente la barbilla.

—¿Qué? ¡No!

—Porfaaa —dijo con un mohín.

—No. —A pesar de todo, no tuve más remedio que sonreír.

—Vamos, no es más que una insignificante palabra. Haremos como si fuera tu clase de vocabulario de hoy —insistió para persuadirme.

—No, *no* pienso decirlo —contesté entre risas—. De hecho no me parece nada insignificante.

—¿Pues cómo lo llamas entonces? —preguntó, y se colocó boca abajo, con las piernas cruzadas en el aire.

—No lo llamo de ninguna manera.

—A ver, imagina que te encuentras a un amigo y le dices que has echado un polvo. Termina esta frase. —Bajó la voz—. «Eh, tío, anoche me tiré a una tía y me hizo un pedazo de...».

Me miró con gesto expectante, y yo me eché a reír de nuevo porque me recordó al mismísimo Matt.

—¿Qué? —preguntó.

—Hablas como mi hermanas..., mi hermano —respondí—. Pero yo nunca diría algo así.

—¿Y eso?

—Porque sería totalmente impropio de un caballero como yo y, como hasta la fecha nadie me ha hecho eso aparte de ti... ¿Entiendes adónde quiero ir a parar?

—No has tenido muchas experiencias sexuales —concluyó.

*Eso es un eufemismo.*

—No —reconocí, avergonzado.

—No lo pillo —dijo—. ¿Tan alto tienes el listón para encontrar pareja? — Parecía verdaderamente perpleja ante mi falta de experiencia.

—La verdad es que no. Yo..., supongo que muchas mujeres sencillamente no se han decantado por mí.

—Hummm... —dijo, ladeando la cabeza.

*Ahora pensará que soy un fracasado nato.*

—¡Pues que se vayan a la mierda! Ellas se lo pierden y yo me llevo el premio.

—Menudo premio —comenté.

—Por favor —dijo en tono burlón—. Eres guapo, divertido y la caña en la cama.

Yo no sabía cuál de sus cumplidos me chocaba más: guapo, divertido o estupendo en la cama. Ninguno encajaba con el concepto que tenía de mí mismo, pero los piropos me entusiasmaron y confiaba en que lo dijese de corazón.

Llamaron a la puerta y se levantó de un brinco. Caí en la cuenta de que llevábamos un rato charlando y, para mi sorpresa, me encontraba de lo más relajado. La conversación había fluido de manera muy natural entre nosotros y probablemente eso fuera lo más chocante —además de acostarme con ella— que podía añadir a mi lista de «Cosas que me gustan de la señorita Wilde».

*Me gusta charlar con ella.*

—¡Menos mal, me muero de hambre! —exclamó de camino a la puerta.

—Deja que pague yo —me ofrecí.

—Ya lo he hecho online —dijo con una sonrisa—. Pero, si te apetece, me lo puedes pagar luego.

Me hizo su característico guiño y caí en la cuenta de que seguramente insinuara que mantuviésemos más prácticas sexuales. Se me secó la boca y me quedé embobado mirándole el trasero mientras se dirigía a la puerta. Cabían muchas posibilidades de que estuviese desnuda bajo el fino salto de cama de satén.

Desnuda. Cálida. Suave.

*Tic. Tic. Tic.*

La señorita Wilde abrió la puerta, pero no era el repartidor de pizzas. Oí el inconfundible sonido de voces femeninas.

—¡Hola! Pasábamos con el coche y...

—¡Aparta, Sophia! ¡Tengo que ir al baño!

Instantes después, empujaron a la señorita Wilde a un lado y sus dos amigas irrumpieron en el apartamento sin que nadie las invitara.

—Mierda —mascullé.

*Un momento, ¿acabo de decir «mierda»?*

*Eso no es en lo que deberías centrarte justo ahora, imbécil.*

Miré fugazmente a la señorita Wilde, que seguía sujetando la puerta abierta con expresión contrariada. Por suerte, el objeto de su irritación parecían ser sus dos amigas, que en ese momento estaban estupefactas observándome fijamente como si fuera un fascinante ejemplar de museo.

—¡Joder! —exclamó la chica llamada Sophia, volviéndose hacia la señorita Wilde—. ¿No es este tu profe de literatura?

*No cuando esto salga a la luz. Entonces seré el exprofe de literatura que pide limosna en la calle con un cartel que dice: «Doy clases de literatura contemporánea a cambio de comida». Ay, Dios, voy a morir de hambre.*

La señorita Wilde resopló y cerró la puerta.

—Sí, es Stephen. —Se acercó al sillón donde yo estaba sentado y me miró de frente—. Stephen, recuerdas a Sophia y Megan, ¿verdad? —Yo asentí—. Lo siento —dijo en un hilo de voz tan imperceptible que solo yo pude oírlo.

Se giró hacia sus amigas de nuevo y se sentó en el brazo del sillón, pegada a mí. Experimenté el irrefrenable impulso de rodearla por la cintura mientras nos enfrentábamos al juicio de sus dos amigas, pero me contuve, pues eso no haría sino delatarnos aún más.

—Tengo que hacer pis sin falta —anunció Megan, y salió disparada hacia el baño—. ¡No se os ocurra decir ni mu hasta que vuelva!

Nos quedamos en silencio mientras Sophia no dejaba de sonreírnos.

—Oh, esto es absurdo —dijo finalmente la señorita Wilde, enfurruñada—. ¿Qué hacéis aquí, chicas? Os dije que esta noche me apetecía quedarme tranquila en casa.

—Lo siento —repuso Sophia—. Se nos ocurrió que podíamos ver una peli contigo o algo. No sabíamos que tenías compañía.

Megan salió del baño y no perdió ni un segundo en preguntar a la señorita Wilde qué hacía yo allí.

—Estamos pasando el rato —respondió parcamente.

—Ja —dijo Megan, calibrándome—. La verdad es no te pega mucho. Está bueno, claro, pero no es lo que esperaba.

*¡Hola, estoy sentado justo aquí!*

—Perdona la intromisión —añadió.

—No pasa nada —dijo la señorita Wilde, y ladeó la cabeza para estirar los músculos del cuello.

*¿Está estresada?*

Sin poder contenerme, levanté la mano y le atusé la melena. Sophia reparó en ello y sonrió. Aparté la mirada y bajé la mano, pero intuí que seguía con los ojos clavados en mí.

*¿Por qué habré hecho eso?*

—Mirad, chicas, esto no puede salir de aquí, ¿vale? —dijo la señorita Wilde en tono severo—. Sería una putada para los dos si la gente se enterara de que nos estamos viendo fuera de clase.

Ambas asintieron.

—¿Desde cuándo? —preguntó Megan.

—Solo desde hace una semana —me oí responder a mí mismo.

—Entonces..., ¿de qué va esto? —preguntó Sophia—. ¿Estáis saliendo juntos?

—No, solo follamos —respondió la señorita Wilde con total naturalidad.

—Ah, vale —dijo Megan, como si se tratase de una explicación de lo más razonable.

Sophia me observaba de una manera que no pude descifrar.

*¿Qué mira? ¿Tengo algo en la cara?*

Me pasé la mano por la boca y ella miró a otro lado.

—Supongo que deberíamos dejaros tranquilos —dijo Sophia—. Lo siento muchísimo, Jules. Es que no creía que hubiese secretos entre nosotras.

—No pasa nada —dijo ella—. Y yo también lo siento. No es cuestión de que

no confiara en vosotras.

—Le pedí que no se lo contase a nadie —tercié—. No deberías culpar a Julia. Ambas me miraron con curiosidad antes de asentir.

—Imagino que nos veremos mañana, entonces —dijo Megan a la señorita..., a Julia. Parecía fuera de lugar que continuase llamándola señorita Wilde en mi cabeza, llegados a ese punto no podía considerarla mi alumna. En todo caso, era ella la que me enseñaba a mí.

—Hasta mañana, chicas. ¿Podéis hacer como si esto no hubiese pasado? —preguntó, abriéndoles la puerta.

Ambas se echaron a reír.

—Sí, claro —dijo Sophia, y se dio la vuelta para sonreírme con malicia—. ¡Mañana, antes de nada, quiero que me cuentes todo sobre el polvo con el buenorro de tu profesor!

*Oh, por el amor de Dios.*

—Largaos de aquí antes de que me lance sobre vosotras como Rambo —gruñó Julia, prácticamente empujándolas por la puerta.

—¿Rambo? —cacareó Megan—. ¡Menudo regreso al pasado!

*Dios, qué mayor soy.*

—¡Que te diviertas, Stephen! —exclamó Sophia, y me dijo adiós con la mano fugazmente antes de que Julia cerrara de un portazo.

Oí el eco de sus risas mientras bajaban por las escaleras. Julia se pasó las manos por el pelo y echó la cabeza ligeramente hacia atrás.

—Joder —susurró hacia el techo.

Me quedé mirándola mientras abría uno de los cajones del escritorio y sacaba un paquete de cigarrillos arrugado. Fue hacia la ventana, se asomó y encendió uno. Se echó hacia delante para exhalar el humo al aire de la noche y apoyó los codos en el alféizar.

—¿Estás... bien? —pregunté.

Asintió y le dio otra calada.

—Perdona, normalmente no fumo en casa —dijo—. Es que no me hace ni puñetera gracia que se hayan enterado de lo nuestro.

*Recibido. Apenas soy un don nadie de quien alardear.*

Como si me hubiese leído el pensamiento, se dio la vuelta de sopetón, sujetando el cigarrillo por fuera de la ventana, cosa que agradecí enormemente.

—Menudo marrón —dijo—. No es que me dé vergüenza ni nada de eso. Es solo que... a partir de ahora no van a dejar de darme la brasa.

—¿Y no te apetece hablar de ello? —pregunté, sorprendido. Me daba la

impresión de que Julia disfrutaba comentando sus conquistas sexuales.

—No es eso —repuso rápidamente—. Me acosarán para sonsacarme detalles íntimos de ti: qué aspecto tienes desnudo, y si se te da bien comérmelo como es debido.

*¡Por el amor de Dios, no! No quiero que sepan el aspecto que tengo desnudo y mi destreza en lo que respecta al asunto de «comerlo» nunca se ha puesto a prueba. Seguramente soy nulo en ese sentido.*

—Por lo general no me asusta airearlo, pero contigo es diferente. Puede que el próximo semestre estén en alguna de tus clases y no quiero que pasen el tiempo ahí sentadas pensando en tu cuerpazo —explicó, y se giró para dar otra calada.

—Vaya, gracias, supongo —dije, apurando casi la cerveza para quitarme la sensación de sequedad de la boca.

Julia arrojó el cigarrillo y se giró, lanzándome una sonrisa ladeada.

—No, soy yo la que tengo que darte las gracias —contestó—. Eres espectacular en la cama.

—Oh, vaya, tú también eres..., hum..., espectacular —tartamudeé, notando que me ruborizaba.

Ella se limitó a sonreír y se excusó para ir al baño. Volvió al cabo de unos minutos y anunció que tenía el aliento mentolado. Me pregunté si se habría cepillado los dientes después de fumar con la intención de besarme en algún momento. Ojalá fuera el caso.

—Siento muchísimo que nos hayan pillado así —dijo, y se dejó caer pesadamente en la cama—. Pero te juro que puedes confiar en que Meg y Sophia tendrán la boca cerrada. No se lo contarán a nadie. Somos como hermanas.

Asentí con la esperanza de que estuviese en lo cierto. Al parecer a sus amigas no les había chocado encontrarme allí, lo cual era muy de extrañar. Me tranquilizó que no me juzgaran. A simple vista habían sentido curiosidad en vez de escandalizarse.

—¿Se lo has contado a alguien? —preguntó—. A tu hermano o...

—¡No! —exclamé con demasiado énfasis, y añadí—: O sea, no es que me sienta avergonzado ni mucho menos, es solo que, ya sabes, va contra el reglamento y de todas formas jamás hablo de..., hum..., sexo con nadie, así que no. Pero, en fin, me figuro que de contárselo a alguien sería a él, pero no lo haré porque, bueno, ya sabes. —Me quité las gafas y me froté la cara.

*Cállate ya, cállate ya, cállate ya.*

Alcé la vista justo cuando soltó una risita.

—Qué gracioso eres —comentó, y saltó de la cama—. ¿Quieres otra cerveza?

—No sé. Igual debería irme.

—Oh, ¿no te apetece quedarte?

—Claro que sí —respondí de inmediato—. Es que pensaba que no te apetecería después de..., ya sabes. —Señalé en dirección a la puerta, por donde acababan de salir sus amigas.

—Esta noche ya no volverán, y podríamos pasar un buen rato si todavía tienes ganas. —Se acercó al sillón donde seguía sentado—. ¿Aún tienes ganas? —preguntó risueña.

—Ajá.

Se sentó en mi regazo y me pasó los brazos alrededor del cuello.

—Yo me lo pasé genial la última vez, ¿tú no?

Asentí y tragué saliva, nervioso. Ella se inclinó y rozó sus labios con los míos antes de apartarse.

—El aliento no me huele a tabaco, ¿verdad? —preguntó—. Sé que no te gusta.

—Qué va. —No estaba seguro de si en caso contrario habría descartado besarla.

Apretó sus labios contra los míos de nuevo y gemí al sentir que su lengua se abría paso. Mis manos se aferraron con más fuerza a su cintura mientras mis pulgares dibujaban círculos justo por debajo de su pecho. Ella emitió un leve suspiro antes de agarrarme la mano derecha para deslizarla por el escote de su salto de cama y posarla en su pecho desnudo. Lo palpé con delicadeza y me maravilló el contraste entre la suavidad del montículo y la dureza del pezón, contraído. Ladeó ligeramente la cabeza para besarme con más ahínco, mientras me acariciaba la cara con las manos y las subía hasta mi pelo.

Todo me producía sensaciones muy placenteras, especialmente cuando gimió al besarme con más intensidad cuando empecé a sobarle el pecho con un poco más de firmeza.

Llamaron a la puerta y gruñí, frustrado, cuando se apartó de mí.

—No te preocupes —dijo con una sonrisa—. Continuaremos con esto luego. —Saltó de un brinco de mi regazo—. ¿Vas a por la pizza mientras traigo más bebidas?

*Eso sería de lo más bochornoso para mí.*

—Hum..., no es que no quiera ayudarte, pero, eh..., necesito un minuto para... recomponerme —expliqué. Miró automáticamente hacia mi regazo. El aprieto en el que me encontraba a causa del apasionado beso que nos habíamos dado era más que patente.

—Oh. —Sonrió con malicia—. Lo siento, no había caído en eso. Entonces,

quédate ahí.

Se dirigió a la puerta y agradecí que esta vez hubiera un repartidor de pizzas al otro lado. Es decir, hasta que este escrutó de arriba abajo su cuerpo semidesnudo y noté una opresión en el pecho. Percibí el deseo en él, lo cual me enfureció.

*Deja de mirarla así.*

Salté del sillón y, en un acto instintivo, me acerqué y rodeé a Julia con los brazos por la espalda. El tipo me lanzó una mirada agria y, por algún motivo, me encantó.

—Buenas noches —dijo, obviamente dirigiéndose solo a Julia.

—Gracias —contesté, y agaché la cabeza para besarla en el cuello. El tipo volvió a fulminarme con la mirada y se dio la vuelta para bajar por las escaleras. Julia giró la cabeza y me miró extrañada.

—Lo siento —dije, soltándola—. No sé por qué lo he hecho.

—Yo sí —replicó ella, y fue hacia la cocina. La seguí y oí que murmuraba—: Hombres.

—Lo siento —repetí—. No era mi intención hacerte sentir incómoda.

Dio unos pasos hacia mí y me rodeó la cintura con sus brazos.

—No me has hecho sentir incómoda, Stephen, pero seguramente no deberías repetir algo así. —Se puso de puntillas y me besó suavemente—. Lo que has hecho no ha sido precisamente discreto. Tenemos que mantener esto en secreto por el bien de los dos, ¿de acuerdo?

Asentí.

—No puedo permitir que te muestres posesivo conmigo.

*¿Posesivo? ¿Acaso se lo ha tomado como un gesto posesivo? Eso está totalmente fuera de lugar..., ¿o no?*

—No considero que me haya mostrado posesivo —dije.

—Vaya que sí —rebatí—. Has visto al tío de la pizza comiéndose con los ojos a la chica que te estás tirando y has querido advertirle de que yo ya estaba pillada. El típico comportamiento masculino. —Me quedé boquiabierto mientras ella sonreía—. No pasa nada, Stephen. Sencillamente no puedes mostrar esa actitud en el campus si un tío coquetea conmigo o me pide salir. Tengo que ser tu alumna y nada más cuando estemos en la universidad.

Sabía que tenía razón.

—Además, no me acuesto con nadie más, de modo que no tienes por qué preocuparte —apostilló.

—¿Con nadie?

—No, liarse con dos personas a la vez complica las cosas y yo paso de

complicaciones. Mientras me folles tú, nadie más lo hará —dijo.

—Oh, me alegro, supongo —contesté—. Hum..., ¿y qué me dices de salir con alguien? —pregunté, recordando mi posible cita a ciegas con Lily.

—Yo no salgo con nadie. Salir con alguien conlleva una relación de pareja, y paso de relaciones de pareja. Me gustan las cosas sencillas, ¿entiendes?

—Supongo que sí —respondí, aunque no era cierto. Nunca me había planteado mantener relaciones sexuales con alguien con quien no saliera.

—¿Stephen?

—¿Sí?

—Me gusta follar y pasar el rato contigo —dijo—. Pero si ese no es tu rollo, no hay ningún problema.

*¿Qué quiere decir exactamente? ¿Que quiere seguir haciendo esto?*

—¿Quieres..., quieres que repitamos? —le pregunté.

—Claro —contestó con una sonrisa—. Puedes pasarte unas cuantas noches por semana, cuando ninguno esté ocupado.

Reflexioné sobre lo que me estaba proponiendo: placer físico sin ataduras. ¿Acaso era posible algo semejante? Y más importante aún, ¿quería yo algo así? Tenía ganas de volver a acostarme con ella. Y también me encantaba charlar con ella. Bueno, al menos cuando no se mostraba beligerante ni terca. Allí, en su apartamento, parecía tener una actitud muy distinta a la que mostraba en clase, pero eso no cambiaba el hecho de que era mi alumna y que no me estaba permitido verla en la intimidad. Había acatado las normas a lo largo de toda mi vida y en ningún momento me había planteado que pudiera encontrarme en esa situación, haciendo algo que pusiera en juego mi carrera. Julia seguía agarrada a mi cintura, observándome expectante mientras yo me debatía en la duda por tomar la decisión correcta.

—Mira, no es necesario que respondas ahora mismo —dijo—. Piénsatelo, ¿vale?

Asentí y volvió a acercarse para darme un beso rápido.

—Vamos a comer antes de que se enfríe.

Observé en silencio cómo cogía la pizza y dos cervezas de la nevera. Puso la caja y unas servilletas encima de la cama y dejó las bebidas sobre la mesilla de noche. Mientras tanto, seguí cavilando sobre cómo saldría la cosa si volviese allí otra noche. ¿Acaso podía presentarme en su casa como si tal cosa y mantener relaciones esporádicas siempre que nos diera la gana? Me constaba que así no era como uno debía tratar a las mujeres. Pero daba la impresión de que a Julia le importaba un bledo ese tipo de miramientos. Había sido ella quien había

sugerido continuar con nuestro placentero —si bien extraño— acuerdo y, a pesar de que me gustaba que asumiera con tanta libertad su sexualidad, seguía yendo en contra de mi sentido del decoro.

—Eh. —Me sacó de mi ensimismamiento—. Estás dándole demasiadas vueltas a la cabeza. Ven a comer algo y haz el favor de relajarte un rato.

Me senté en la cama, me apoyé contra el cabecero y me dio un trozo de pizza. En mi fuero interno me quedé con ganas de un plato, pero concluí que seguramente sería mejor no decir nada.

—¿Te apetece ver una peli? —preguntó.

—¿Qué tenías en mente?

—Podemos ver *Kill Bill* —dijo con una sonrisita—. Para ponerte al día en referencias culturales.

—¿De qué trata? —pregunté, y acto seguido le di un bocado con cuidado a la pizza, que estaba muy sabrosa.

No se me pasó por alto que cualquier cosa que Julia me ofreciera, fuera comida, bebida o sexo, lo disfrutaba enormemente.

—Es una peli de acción: luchas con espadas, kung-fu y cosas así. No puedo creer que nunca la hayas visto.

—Me figuro que me he perdido unas cuantas cosas debido a los estudios y al trabajo. Ponla.

—¡Genial! —Saltó de la cama—. Oye, no serás remilgado con la sangre, ¿verdad?

—No, ¿por?

—Porque hay un montón, y no quisiera que te asustaras.

—Me figuro que entonces la próxima vez no debería traer un vídeo de *Aracnofobia*, ¿eh? —dije para chincharla.

¿Acabo de decir «la próxima vez»?

—Ni de coña; no pegaría ojo en una semana —dijo, echándose a temblar.

Encontró el DVD y yo agradecí que no hubiera reparado en mi comentario sobre que habría una segunda vez, o bien que se hubiese hecho la sueca sin más. Pusimos la película y, pese a que no era la que yo hubiese elegido, me agradó verla disfrutar.

Julia devoró la mitad de la pizza antes de que acabase la primera escena, cosa que fue impresionante teniendo en cuenta lo menuda que era.

—Guau, qué manera de comer —solté.

—Ya —contestó—. Menos mal que tengo un metabolismo asesino. Dudo que alguna vez pudiera vivir a base de ensaladas.

—¿No haces ejercicio?

Se encogió de hombros.

—Practico yoga un par de veces a la semana y he dado alguna que otra clase de baile, pero está claro que no me tomo lo del deporte como tú.

Observó mi cuerpo y me rebullí nervioso bajo su escrutinio.

—¿Por qué ocultas ese cuerpazo imponente que tienes con ropa holgada? —preguntó—. Jamás habría adivinado que estás tan cachas.

—Hum..., no sé, la verdad —respondí, y le di un trago a la cerveza—. No estoy muy puesto en..., hum..., moda, y supongo que visto como los demás hombres de la universidad.

—Sí, pero con lo que te sacan de edad la mayoría de ellos podrían ser tus padres, Stephen. O sea, ¿esa pajarita?

—Era de mi padre —dije en voz baja.

—¿Era?

—Murió. Hace mucho tiempo.

—Lo siento —dijo en un hilo de voz—. No debería haber bromeado con eso —añadió con pesar.

—No pasa nada —le aseguré. No me sentía muy a gusto dando clase sin la pajarita, y no entendía del todo el porqué. Seguro que un psicólogo tendría mucho que decir al respecto. No estaba ciego, y veía que en muchos aspectos había heredado gustos afines a los de mi padre, que abarcaban desde la música a la ropa. Él había dado clases de inglés en un instituto, y yo había seguido sus pasos incluso en la profesión. También había heredado algo de su personalidad. Mi madre a veces me decía que era igualito que mi padre, pero yo sospechaba que no siempre lo comentaba en el buen sentido. Por lo que yo recordaba, mi padre fue un hombre solitario, y en la mayor parte de mis recuerdos lo veía leyendo o trabajando en cualquier proyecto en su estudio. Sin hacerlo aposta, yo también me había convertido en un solitario.

—¿Stephen? —La voz de Julia me sacó de mis cavilaciones—. ¿Estás bien?

Asentí y me volví hacia ella. Agradecía su compañía. En ese momento no me sentía solo. Estaba con esa preciosa chica, tomando una pizza y de cháchara. La película de la pantalla quedó olvidada por un instante y me prestó toda su atención.

—Lo siento de veras —dijo—. Es comprensible que te pongas algo de tu padre. Aun así, no deberías temer lucir tus encantos un poco más. Eres joven y estás cañón.

Si bien sus cumplidos me parecieron un pelín descarados, no pude evitar que

me hicieran gracia.

—Oh, yo... Gracias —contesté, y bajé la vista.

—Lo digo en serio —insistió—. Puedo llevarte a algún sitio fuera de la ciudad para darte un cambio de imagen. Aunque entonces seguramente dejaría de tenerte para mí sola.

—Es muy amable por tu parte.

*Desde luego, es un paso comparado con tener a mi madre de acompañante en mis compras.*

—Piénsatelo —dijo, y volvió a centrar su atención en la pantalla.

Por lo visto a partir de esa noche tendría que sopesar un montón de ofertas. Miré fugazmente a Julia. Estaba guapísima así, con ese aire fresco y natural.

Seguramente se dio cuenta de que la estaba observando, porque paró la película y se volvió hacia mí.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—¿Por qué escondes tú tu belleza cuando vas a clase?

—¿Mi... belleza? —preguntó despacio, enarcando una ceja.

Asentí.

—Así estás preciosa —dije, y estiré el brazo para enredar mis dedos en su pelo. En vez de responderme, Julia dejó la caja de pizza en el suelo y avanzó a gatas hasta mi regazo para besarme apasionadamente.

—Desnúdate —musitó contra mis labios antes de apartarse de mí.

*Dios, sí.*

Empecé a quitarme la ropa; entretanto, ella apagó la televisión y puso música. Encendió unas cuantas velas y apagó las luces, dejando la habitación con un tenue resplandor como la última vez que había estado allí. Y, al igual que la última vez, me puse nervioso. Empecé a lidiar con los botones de mi camisa hasta que maldije mi inseguridad e inexperiencia. Por suerte, Julia se acercó y puso sus manos sobre las mías, temblorosas, para serenarme.

—Deja que te ayude —susurró.

Asentí y respiré hondo mientras ella me quitaba la camisa y me desabrochaba los pantalones, dejándolos caer al suelo hechos un ovillo. Liberé los pies de ellos y Julia se puso de rodillas y me quitó los calcetines, dejándome solo los bóxers. Conforme se incorporaba, fue recorriendo mi cuerpo con sus manos, y yo me estremecí de nerviosismo y excitación al mismo tiempo.

—A la cama —musitó. A punto estuve de caerme por el ímpetu de obedecerla.

Me tumbé encima de la colcha y me oí contener el aliento cuando se quitó el salto de cama, dejando patente que estaba, efectivamente, completamente

desnuda debajo. Yo anhelaba su cuerpo. Sentí una picazón en las manos por la anticipación de tocarla de nuevo. De que ella deseara que lo hiciera. Se me acercó a gatas, con gesto resuelto, preciosa. Al llegar hasta mí no se colocó a horcajadas como yo esperaba, porque era lo que había hecho la última vez. En vez de eso, se tendió a mi lado, con las manos descansando por encima de su cabeza, poniendo su cuerpo a mi entera disposición. Me incorporé lentamente, y me puse de rodillas.

—¿Te...? —Se me quebró la voz en la garganta.

—¿Qué?

—¿Te importa si te m-miro un rato?

Se dulcificó su expresión y sonrió.

—Claro.

Suspiré aliviado cuando accedió a mi —extraña, todo sea dicho— petición con tanta dulzura sin formular pregunta alguna. Probablemente la mayoría de los hombres en mis circunstancias no malgastarían el tiempo únicamente mirando, pero era la primera vez que se me presentaba una oportunidad así, y no quería desperdiciarla. Me la comí con los ojos pensando que ojalá tuviese una excelente memoria para poder recordar ese momento con total nitidez en el futuro. No deseaba olvidar esa escena: la piel de aspecto suave de Julia, la prominencia de sus caderas, sus pechos curvilíneos, sus estilizados brazos y sus delicados dedos. Su hermoso rostro.

Permaneció inmóvil, observando cómo la escudriñaba, con la sonrisa perenne en los labios. No parecía importarle en absoluto. Al fijarme en que sus pezones se contraían y su respiración se aceleraba bajo mi intenso escrutinio caí en la cuenta de que no es que no le importara, sino que estaba disfrutando.

—Date la vuelta. —Apenas reconocí el dejo grave de mi voz.

Mantuvo la sonrisa en los labios antes de obedecerme. Aparté a un lado su larga melena, admirando la delicada curvatura de su espalda, la firme redondez de su culo, el contorno de sus piernas. Era despampanante. No era cuestión únicamente de que la deseara a nivel sexual. Finalmente, entendí la poesía que había leído, donde se ensalzaba la figura femenina. Contemplarla así fue una experiencia reveladora. Jamás imaginé que la tendría con esa chica, tan distinta a las mujeres que me atraían. Pero había algo natural y genuino en su falta de pudor a la hora de exhibirse de aquella manera, y yo la admiraba por ello. Por ser tan valiente. Por ser tan diferente a mí.

—Qué belleza —musité mientras recorría su columna con la yema del dedo índice hasta llegar a las nalgas.

—Nunca pensé que fueras un hombre de culos, profesor —dijo con una risita—. Pero no te cortes y agarra bien.

Roto el hechizo, me eché a reír. Se puso boca arriba, alargó los brazos y tiró de mí.

—¿Puedes hacer el favor de follarme ya? —preguntó a bocajarro.

—De-debería tocarte primero —insistí—. Prepararte. —Yo no tenía mucha experiencia, pero entendía lo importante que era asegurarme de que estuviese lista para mi... intrusión.

—Créeme, estoy lista —dijo tirando de mi mano hacia abajo hasta llegar a su entrepierna.

—Oh... —Había acertado en mis suposiciones: no cabía duda de que había disfrutado al sentirse observada por mí. Aun estando lista para el sexo, me apetecía conocer su cuerpo, lo que le gustaba y, con suerte, darle placer—. ¿Me enseñas? —susurré, al tiempo que tanteaba con mis dedos—. ¿A tocarte? —Reprimí mis nervios y continué—: Es-estoy un poco perdido —admití.

Alcé la vista hacia ella y no percibí un resquicio de juicio en sus ojos. Su mirada se dulcificó una vez más.

—Te lo mostraré.

Exhalé, sintiéndome tremendamente aliviado cuando se puso a guiar mis dedos.

—¿Notas esto? —preguntó, mientras movía mi dedo corazón sobre una pequeña protuberancia.

—S-sí —dije en un hilo de voz—. ¿Es tu..., hum, ya..., ya sabes?

*Dilo de una vez. ¡Por el amor de Dios, es el término anatómico correcto!*

—¿T-tu... clítoris? —por fin logré preguntar, notando que me sonrojaba.

Sonrió de oreja a oreja y asintió.

—Me gusta muchísimo cuando lo tocas.

—Vale.

Mis dedos tantearon a ciegas al principio, pero los suspiros y leves gemidos de Julia me alentaron más que cualquier palabra. Me cogió de la cara y tiró hacia abajo para besarme con ansia y seguidamente me empujó suavemente hacia abajo, hasta sus senos, donde acaricié sus pezones erectos con la lengua.

—Sí —suspiró—. Ahora méteme los dedos.

Mis dedos se deslizaron más abajo, palpando la evidencia de su excitación. Era increíble comprobar hasta qué punto ejercía efecto sobre esa preciosa chica, y hundí dos dedos en ella despacio. Julia pronunció mi nombre con un gemido. Mi nombre. Deseaba que lo volviera a hacer.

—Más —exigió, y yo accedí a su deseo de buen grado ahora que ya iba encaminado.

Alterné los besos en los labios y los pechos sin dejar de mover los dedos para complacerla, lo cual acrecentó cada vez más la intensidad de sus gemidos. Julia se retorció bajo los efectos de mi roce, prácticamente cegándome de deseo. La deseaba.

—¡Stephen, por favor! ¡Fóllame!

Ascendí por su cuerpo y la besé antes de apartar la mano. Julia cogió un condón rápidamente mientras yo trataba a duras penas de quitarme los calzoncillos arrodillado como estaba. Me lo puso y se tendió en la cama con las piernas extendidas a modo de invitación. Había llegado el momento, por lo visto. Mi turno para colocarme encima. La idea me sacó de mi lujurioso azoramiento y me espabilé.

—¿Qué pasa? —preguntó Julia, y se incorporó.

—¿Puedes colocarte encima otra vez?

Ladeó la cabeza y me escrutó.

—Claro. Pero ¿por qué?

—Porque quiero que disfrutes, también, y..., y no estoy seguro de cómo hacerlo... así. —Mi mano permaneció aleteando lánguidamente en el espacio que nos separaba.

—Ven aquí —me animó, extendiendo los brazos a modo de invitación—. ¿Confías en mí?

Concluí que sí. Sí que confiaba en ella. Confiaba en que guardase el secreto, y confiaba en que no se burlara de mi torpeza. Me hizo sentir a gusto, incluso estando desnudo y vulnerable, como en ese momento. Es más, hizo que me sintiera deseado. Tras acoplarme entre sus piernas entreabiertas, me moví hacia abajo, cubriendo su cuerpo, mucho más pequeño que el mío.

—Quiero que me metas la polla en el coño —susurró Julia, y acto seguido jugueteó con la punta de su lengua sobre el lóbulo de mi oreja.

—Oh, Dios —rezongué, notando cómo mi cuerpo respondía a su obsceno comentario; no escandalizado, como cabía esperar, sino con un arrebató de lujuria.

—Tú también lo deseas, ¿a que sí, Stephen? —continuó, y me rodeó la cintura con sus delgadas piernas—. ¿Quieres follarme?

—Sí —reconocí, e inhalé bruscamente cuando metió la mano entre los dos y me condujo hacia su entrada. Sin darme tiempo a ponerme nervioso, Julia posó la boca en la mía y me perdí en su beso. Sus manos recorrieron errantes todo mi

cuerpo. Luego, de improvise, me agarró de las nalgas y me empujó hacia adentro.

—Ooooh —gemí a voz en grito, interrumpiendo el beso. Sentirla rodeándome, debajo de mí, era perfecto.

—Agárrate a mis caderas y luego siéntate de rodillas.

—¿Q-qué?

—Venga. Te va a encantar.

—Vale —dije, y obedecí.

Una vez colocado en posición, Julia se agarró al cabecero de la cama y empezó a mecerse hacia delante y hacia atrás, controlando los movimientos de sus piernas mientras yo permanecía encima. Fue maravilloso.

—Qué..., qué gusto —conseguí decir, aferrándome a sus caderas.

—Mmm... —murmuró—. Ahora tú. Fóllame, cariño.

Intenté apartar de mis pensamientos a las otras mujeres con las que había estado en esas circunstancias. Julia no se parecía a ellas ni por asomo. Si no disfrutara, me lo diría. Estaba convencido de ello. No mantendría una actitud pasiva ni se callaría.

*Bueno, ahí va don nadie.*

Empecé despacio, con envites poco profundos, acompasándome a su ritmo. No tardó, sin embargo, en quedarse corto. Yo necesitaba ir más rápido y adentro, simplemente... más. Reculé, llevé mis manos a sus hermosos pechos y a continuación empujé hasta hundirme por completo en ella.

—Oh, Dios mí... Joder —gimió Julia—. ¡Otra vez!

La acaricié mientras aumentaba la velocidad y el ímpetu, recreándome en sus sonidos. Al bajar la vista hacia donde se unían nuestros cuerpos, noté que su humedad me cubría, señal de que gozaba con lo que yo le hacía.

—Tócame —suplicó, guiando mi mano derecha por su vientre.

Apreté los dedos contra ella y despegué la mano izquierda de su pecho para agarrarme al cabecero. Con ese soporte adicional para hacer palanca, me puse a moverme de nuevo, más adentro y rápido. Tenía un objetivo.

*¡Que se corra, que se corra, que se corra!*

—Sí..., sí —canturreó, cerrando los ojos—. ¡Qué gusto!

Tracé un movimiento circular con los dedos, tal y como me había enseñado ella, y observé que su cuerpo se congelaba por fuera. Pero por dentro...

—Puedo sentirte —dije jadeando—. ¡Te estás corriendo! —Empecé a dar frenéticas embestidas para alcanzar el orgasmo antes de que ella terminase el suyo.

—¡Julia! Oh, Julia, voy a..., voy a...

Me sobrevino una oleada tras otra de placer hasta que me desplomé encima de ella, sin resuello. Tras unos momentos de gozo sereno, el roce de sus manos acariciándome el pelo me devolvió a la realidad. Me incorporé y tomé su cara entre mis manos para darle un beso. Y seguidamente otro.

—¡Ha sido increíble! —exclamé, prácticamente incapaz de contener mi euforia—. Ha sido lo más... Y he conseguido que tú..., o sea, la vez anterior también lo hiciste, pero en esta ocasión ha sido todo gracias a mí, y ha sido lo más... Gracias, gracias —farfullé, y la besé de nuevo.

Se rio con suavidad.

—No deberías darme las gracias, Stephen. ¿Es que hasta ahora no habías hecho que una mujer tuviera un orgasmo?

Negué con la cabeza, sin ganas de entrar en detalles sobre mis fracasos previos. En vez de eso, tomé impulso para despegarme de ella y me quité el condón, le hice un nudo y estuve a punto de dejarlo caer al suelo junto a la cama. Sin embargo, el friki de la pulcritud que había en mí protestó ante la idea, de modo que salí de la cama y lo tiré al cubo de la basura. Volví a tumbarme junto a ella y cerré los ojos.

—Mmm... —dijo—. Ha sido una pasada. ¿Seguro que nunca habías hecho esto?

—Segurísimo —mascullé.

—Guau, debes de haberte enrollado con tías penosas.

Abrí los ojos y ladeé la cabeza para mirarla.

—¿Qué quieres decir?

—Si nunca has conseguido que las mujeres con las que has estado lleguen al orgasmo, debían de ser muy inseguras.

—Pero fui yo quien no pudo..., hum, conseguir que lo tuvieran —objeté.

—Sí, pero si no estaban dispuestas a darte las pautas, es culpa de ellas que fuera un fracaso. ¿Cómo demonios se supone que vas a atinar si en ningún momento te indican cómo? En el asunto del orgasmo somos un pelín más complicadas que los hombres, ¿sabes? —explicó sonriendo.

*Nunca me lo había planteado así. Después de todo, ¡tal vez no sea malo en la cama!*

—¿Ha sido, hum, placentero para ti? —le pregunté.

Ladeó la cabeza y me miró a los ojos.

—¿Estás de coña? He visto las estrellas. —Sonrió con picardía—. Ah, y me han saludado.

Noté que sonreía como un loco.

—¿De veras?

—¿Quieres que te aplauda la faena, profesor? —dijo para chincharme.

*Quizá.*

—Oh, no pretendía... Hum..., o sea, no —balbucí.

—Has estado genial. Te pondría, definitivamente, un notable alto. Habrías llegado al sobresaliente si hubieras dicho «polla» —añadió, encandilándome con su sonrisa ladeada.

—Dame un poco de tregua. Al menos he dicho, hum, «clítoris» —repuse, preguntándome si la conversación pasaría a la historia por su surrealismo.

—Vaya, y ha sido muy de manual de anatomía por tu parte, Stephen —bromeó sin clemencia—. Di «coño» y te subo la nota a sobresaliente.

*Siempre he procurado rendir al máximo.*

—Coño —dije en un hilo de voz, y me puse colorado. Me miró y apretó los labios conteniendo la risa.

—Otra vez, con ganas —me instó, enarcando una ceja.

—¡Coño! —grité.

Puso los ojos como platos y acto seguido se echó a reír. Automáticamente se me contagió la risa y no tardamos en atragantarnos a carcajadas.

—Sabía que eras la caña —dijo, riendo entre dientes.

—De eso nada —contesté, y tiré de ella para abrazarla. Por un momento pareció ponerse tensa, pero, antes de dilucidar si había sido un desatino por mi parte, exhaló y apoyó la cabeza en mi pecho. Me puse a jugar con su larga melena, cosa a la que aparentemente no puso reparos.

—Al final no has respondido a la pregunta que te he hecho antes —le recordé.

—¿Qué pregunta? —farfulló.

—Por qué nunca vas así a la universidad —dije, enredando mis dedos entre su pelo—. Tan guapa.

—Eh. —Levantó la cabeza y me miró con severidad—. Da la casualidad de que me gusta como voy a la universidad.

*Debe de ser miope.*

—De acuerdo —contesté, con la intención de cambiar de tema enseguida.

—Pero gracias por el piropo —comentó en un tono más amable—. Eres el único, aparte de Megan y Sophia, que me ve así.

—Y yo me atrevería a decir que tú eres la única que me ve así —comenté.

—¿Te refieres a estar desnudo? —bromeó.

—También, pero quería decir como una persona capaz de soltar un taco a

voces.

—«Coño» no es un taco, tonto. Ni siquiera he empezado a ponerme con tu vocabulario aún. Ya verás. —Sonrió con gesto malicioso antes de acercar la boca a mi pezón para darle un mordisquito. Gemí y basculé las caderas ligeramente.

—¿Ves? Ahora es cuando deberías haber soltado un «joder».

—Imagino que tendré que planteármelo para la próxima vez.

—¿La próxima vez? —preguntó.

—Sí —respondí automáticamente.

—¡Genial! —dijo, risueña—. Entonces podremos terminar de ver *Kill Bill* y a lo mejor hasta la secuela.

—¿Hay más?

Esbozó una sonrisa burlona.

—Cariño, no tienes ni idea.

Tenía la firme convicción de que Julia no se refería a las películas ni mucho menos, y mis sospechas no hicieron más que acrecentarse cuando se puso a besarme el pecho con la boca abierta, en dirección descendente.

—¿Listo para subir nota, profesor? —preguntó, y levantó la vista fugazmente hacia mí.

Respiré hondo y asentí. Era absurdo que intentase reprimir mi deseo y, al sentir sus labios alrededor de mi cabeza pensante en ese momento, me olvidé de todo salvo de ser el hombre más aplicado de la faz de la tierra.

## 10

Salí dando traspiés del apartamento de Julia a las tres de la mañana, con una sensación de agotamiento y euforia a la vez. Tenía el cuerpo exhausto y plenamente satisfecho, y la cabeza me daba vueltas por todo lo que había sucedido en las dos últimas horas. Yo me había presentado allí para decirle que no podíamos seguir viéndonos, y se habían vuelto las tornas.

Al final de la noche, Julia había vuelto a invitarme a que me quedase a dormir, pero yo había declinado amablemente su ofrecimiento. De no establecer algunos límites, me temía que resultaría demasiado difícil marcar la diferencia entre Julia, la chica con la que me acostaba, y la señorita Wilde, la estudiante a la que le daba clase. Se había tomado muy bien el hecho de que me marchase y hasta me había dado un beso de despedida en la puerta. Ya habíamos acordado que habría una próxima vez y por nada del mundo sería capaz de echarme atrás. Acostarme con Julia había sido, sin lugar a dudas, la experiencia física más maravillosa de mi vida, y sabía que deseaba volver a hacerlo, y pronto.

A la mañana siguiente me desperté bruscamente cuando me llamaron por teléfono; salí trastabillando de la cama en busca del desagradable objeto que había interrumpido como un intruso mi sueño, en el que Julia me estrechaba entre sus brazos. Deseé sumergirme de nuevo en el sueño en vez de afrontar la realidad que se cernía sobre mí gracias a los sonidos del fastidioso tono de llamada de mi teléfono. Refunfuñé cuando volvió a sonar desde algún rincón de la sala de estar.

—¿Qué? —solté furioso, tras localizar el teléfono y responder.

—¿Conque todavía no has averiguado cómo desactivar ese alucinante tono de llamada que activé, eh? —dijo Matt riendo—. *Sex-ualll heal-ing!*

Me constaba que había elegido esa canción para chincharme por mi supuesto celibato. Si él supiera... Matt siguió cantándome al oído el estribillo en un tono grave de barítono.

—Te voy a matar —bramé, y me dejé caer pesadamente sobre el sofá.

—Tranqui, solo te llamo para avisarte de que voy a llegar un poco tarde al gimnasio.

—¿Qué hora es? —pregunté, y busqué con la mirada mi reloj.

—Son casi las once. Un momento, ¿todavía no has llegado?

—No, por lo visto se me han pegado las sábanas —farfullé mientras volvía al dormitorio a coger mi bolsa de deporte.

—¿Otra vez? —preguntó extrañado—. No estarás enfermo, ¿verdad?

—Estoy estupendamente. Oye, saldré en unos minutos. ¿Nos vemos allí?

—Vale.

Preparé la bolsa enseguida, me vestí a toda prisa y cogí una botella de agua de la nevera. Como luego iríamos a comer, no me molesté en desayunar. Cuando llegué al gimnasio Matt ya estaba esperándome en la puerta.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó, mirándome de arriba abajo.

—¿A qué te refieres?

Sonrió maliciosamente.

—Bueno, para no andarme con rodeos, hermanito, tienes pinta de estar recién follado.

*¿Recién...? Un momento, ¿cómo? ¿Acaso con un simple vistazo sabe que ha habido sexo? No, qué tonto soy. Solo está bromeando..., espero.*

—No digas sandeces —repuse, con la esperanza de que mi tono reflejase sorpresa.

—En mi vida había visto un pelo tan enmarañado después de un polvo —señaló, con los ojos clavados en mi revuelto pelo.

—Es que, hum, ya va necesitando un corte —aduje, y me apresuré a atusármelo.

—No, está bien así, es solo que no te pega nada. Y ni siquiera te has puesto las gafas.

*Ah, ¿no?*

Me llevé la mano a la cara y, efectivamente, no llevaba las gafas por primera vez en un siglo.

—De todas formas, no sé por qué las llevas siempre —continuó Matt mientras entrábamos—. O sea, únicamente las necesitas para leer y escribir.

—Supongo que es a lo que prácticamente me dedico. Simplemente es más cómodo llevarlas puestas siempre.

—Y bien, ¿qué hiciste anoche? —me preguntó.

—Nada, estuve en casa —mentí, y me eché la bolsa al hombro—. Hum, ¿qué tal tu cita?

La verdad es que me traía sin cuidado su última conquista, pero estaba deseando desviar el tema de mi persona y de mis actividades de la noche anterior.

—Lo previsible —respondió con gesto aburrido—. Quedamos, comimos, follamos.

—Oh, suena... Esto... —Me quedé sin palabras, pues no estaba muy seguro de qué se respondía ante tal comentario.

—¡Pero me puso a cien en el coche!

*Suena como si hablara Julia.*

Se me escapó una risotada por dicha similitud y Matt me observó extrañado.

—¿Te hace gracia que me la mamara mientras conducía?

—Supongo que sí. —Me encogí de hombros y empecé a desnudarme.

—¡Venga ya! ¿No me das lecciones sobre seguridad vial? ¿Quién eres, y qué has hecho con mi hermano?

Decidí que seguramente lo mejor sería hacer caso omiso y confiar en que dejase el tema. Sin embargo, pasados unos instantes, me seguía observando con los ojos entrecerrados como tratando de resolver un problema de matemáticas.

—¿Qué? —pregunté, manteniendo un tono desenfadado.

—A ti te pasa algo —afirmó.

—No.

—No sé lo que es, pero ten por seguro que lo averiguaré, Stephen —dijo con una sonrisa burlona.

*No, de eso nada. ¡Nadie puede enterarse!*

Aunque me sabía mal ocultar ese enorme secreto a mi hermano, no estaba dispuesto a que me bombardease a preguntas. Me constaba que Matt sería una tumba, pero aun así prefería mantenerlo en secreto. Me gustaba guardármelo para mí, pues era algo que nos pertenecía exclusivamente a ella y a mí.

*Bueno, eso es faltar a la verdad. Sus amigas están al tanto, pero confío en el buen juicio de Julia. Le interesa tan poco que se airee como a mí.*

—Ah, y cambiando a un tema que no viene al caso, le mandé un mensaje a la amiga de la señorita Wilde —comentó Matt mientras caminábamos por el gimnasio.

*¿Que no viene al caso? Vaya que no.*

—¿Sí? —pregunté cuando entrábamos a los vestuarios—. ¿Por el Facebook?

Soltó una risotada echando la cabeza hacia atrás.

*¿Y ahora qué pasa?*

—¿El Facebook? —repitió—. Tío, es Facebook a secas. ¡Cuando dices

chorradas así pareces bobo!

Me encogí de hombros y seguí cambiándome.

—¿Te contestó?

—Todavía no. ¿Y tú qué?

Lo miré.

—¿Yo?

—Sí, tú, ¿quedaste con esa profesora de la que hablaba mamá?

—Todavía no —respondí, repitiendo sus palabras—. No estoy seguro de si saldré con ella.

—¿Y eso?

*Porque salir con dos mujeres al mismo tiempo me resulta muy incómodo.*

—No lo sé. No se me dan bien las citas. Ya lo sabes.

—Si no pruebas, nunca vas a encontrar a nadie —replicó Matt—. Deberías pedirle que salga contigo. No te duermas en los laureles.

—Gracias, supongo que tienes razón —mascullé.

—Me preocupo por ti porque te quiero y deseo que seas feliz.

*Guau, normalmente Matt no es tan sentimentaloides.*

—Yo, hum, yo también te quiero —repuse, un tanto violento—. Y me consta que lo único que pretendes es que sea feliz.

—Exacto —dijo, sonriendo con malicia—. Y por experiencia propia, nada hace más feliz a un hombre que un buen revolcón..., o al menos una buena comida de nabo.

*¿Una comida de nabo? ¿Qué receta es esa?*

Opté por no preguntar, puesto que muy posiblemente se burlaría de mi ignorancia. Aun así, estaba prácticamente convencido de que Matt no se refería a un plato.

De camino a las cintas, se volvió para mirarme.

—¿Seguro que no tienes nada que contarme?

Negué con la cabeza y mantuve la vista al frente.

—En fin, sea lo que sea lo que te traes entre manos, yo no lo dejaría. Ahora sonríes más —comentó, y reanudó la marcha—. Ah —añadió, volviendo la cabeza hacia mí—. Y la vena continúa *missing*, por cierto.

Me toqué la frente y no pude reprimir la sonrisa.

En las dos semanas siguientes, vi a Julia tres veces fuera de clase. Nos habíamos dado nuestros números de teléfono, y me había mandado mensajes en las tres

ocasiones. Habíamos acordado que esa vía era mejor que hablar antes o después de clase, a fin de evitar llamar la atención en el campus. Estaba convencido de que, si nos observaban en clase, nadie sospecharía que éramos algo más que un estudiante y un profesor. Julia continuaba mostrando una actitud tan beligerante como de costumbre y yo me esmeraba en tratarla como siempre había hecho. Pero resultaba difícil, dado que sus interrupciones no me alteraban como al principio del semestre ni por asomo. Sus observaciones eran siempre acertadas, me gustaba escuchar sus planteamientos y teorías, y llegué a desear que el resto de mis alumnos fuesen tan perspicaces como ella, con lo cual no era nada fácil reprenderla cuando intervenía sin pedir la palabra. Era de agradecer, no obstante, que no adoptase un comportamiento ejemplar de buenas a primeras y que actuara como si nada hubiera cambiado.

Pero claro, eso no era del todo cierto. Al menos en lo concerniente a mí.

Empezaba a sentirme muy cómodo en compañía de Julia. Me encontraba a gusto con ella cuando estábamos a solas en su pequeño y desordenado dormitorio, y ni siquiera hablábamos mucho de las clases. Nos habíamos acostado juntos las tres veces que había ido a verla y todo parecía ir a mejor. Me asombraba y emocionaba en la misma medida lograr que alcanzara el clímax cuando estábamos juntos, y mis propios orgasmos eran descomunales en comparación con mis experiencias previas. Luego veíamos una película o simplemente nos quedábamos tendidos en la cama charlando hasta que yo me iba a casa y ella a dormir. Era una relación sencilla, sin complicaciones y gratificante. Sumamente gratificante.

Me resultaba un tanto desconcertante, no obstante, la cantidad de tiempo que pasaba pensando en ella. Seguía echando una ojeada a su estado a diario, conjeturando si me mandarían o no un mensaje la noche en cuestión. Yo no me había armado de valor para tomar la iniciativa en ese sentido porque no quería parecer atrevido. Me daba cuenta de que era absurdo por mi parte planteármelo así, pero aún me preocupaba un poco que pudiera rechazarme si era yo quien proponía un encuentro.

Pero había pasado casi una semana desde la última vez que había estado en su casa y empezaba a impacientarme. El viernes, al salir de clase, se había limitado a desearme un buen fin de semana y no había dado señales de vida desde entonces. Ya era martes y sabía que no tardaría en verla. No pude evitar preguntarme si se habría cansado de mí y había tomado la decisión de dejar de verme. Confiaba realmente en que no fuera el caso, porque jamás me había sentido tan bien como la semana anterior, después de pasar tres maravillosas

noches en su compañía. Había dormido mejor y me había sentido con más energía que nunca, y mi estado de tensión se había disipado por completo.

Ahora se había vuelto a apoderar de mí con rabia y estaba con los nervios de punta por la incertidumbre. El no dar rienda suelta a mi tensión sexual acumulada no hacía sino añadir leña al fuego. Era consciente de que no tenía más remedio que preguntarle si había decidido poner fin a nuestros encuentros, porque el dilema me estaba desquiciando. Esperé inquieto junto a mi mesa en clase, con la esperanza de que me diese alguna pista al llegar: una mirada, una sonrisa, cualquier cosa que me hiciera adivinar lo que tenía en mente, si había llegado el final de lo nuestro. Se me revolvieron las tripas ante la idea.

Instantes después, la puerta se abrió de par en par y entró tan campante; se me cortó la respiración nada más verla. Había sustituido su molesta indumentaria por otra... bastante más favorecedora. Llevaba una falda de cuadros escoceses que le caía justo por encima de la rodilla y una blusa blanca abotonada hasta el cuello, y sus torneadas pantorrillas iban enfundadas en calcetines blancos hasta la rodilla. El conjunto era de lo más recatado, pues dejaba escasa piel al descubierto, y sin embargo me sentí más atraído hacia ella que nunca. Por una vez, no se había maquillado con ese potingue emborronado, lo cual realzaba su atractivo si cabe, y se había peinado el pelo con dos trenzas. Parecía una colegiala y, sin saber por qué, la encontré tremendamente sexi. De alguna manera hice acopio de fuerzas para no comérmela con los ojos, y en lugar de eso volví mi atención al resto de la clase. Lo único que vi fueron gestos lujuriosos, pues los estudiantes del sexo opuesto se quedaron boquiabiertos.

*¿Cómo le ha dado por vestirse así? ¿Cómo se supone que voy a aguantar una clase entera cuando no me queda ni una gota de sangre en el cerebro?*

Eché otro vistazo disimuladamente cuando pasó por delante de mí para sentarse en el sitio habitual en primera fila. Su conjunto efectivamente había conseguido que a los varones presentes en la sala se les cayera la baba como lelos, incluido un servidor. Nos cruzamos la mirada y me dedicó una sonrisa y su típico guiño hasta que la aparté.

*Por lo menos no da la impresión de estar enfadada conmigo.*

La clase comenzó e hice lo imposible por impedir que se me fueran los ojos hacia ella mientras el resto de los chicos presentes —y hasta algunas chicas— fracasaron miserablemente en esa empresa. Apenas recordaba ni la mitad de lo que habíamos comentado sobre la novela de Barry Hannah, *Ray*, hasta que llegamos al retrato que este hacía de la mujer.

—Encuentro poco realista que el personaje principal tenga relaciones sexuales

con tantas mujeres —señaló una chica al fondo.

—¿Puede profundizar su argumento? —pregunté.

—Bueno, es como si las mujeres se le pusieran a tiro y no tuviera que esforzarse para nada.

—Seguramente porque no están a tiro ni mucho menos —terció Julia sin tener la palabra. Suspiré. A pesar de que yo no debía aprobar ese tipo de conducta, había hecho una observación excelente.

—¿Qué quiere decir? —pregunté.

Sonrió y se echó hacia delante para apoyar la barbilla sobre las manos entrelazadas.

—Está claro que Ray sufre un trastorno mental a raíz de sus experiencias en la guerra. En la novela hay un montón de párrafos que hacen referencia a él al mando de aviones, y obviamente no es el caso puesto que es médico rural y no piloto.

—¿Y?

—¿Y quién dice que todos esos encuentros que describe no son más que fantasías fruto de su imaginación, como el hecho de pilotar un avión?

—¿Cómo argumentaría esa afirmación? —pregunté, contento de que fuera capaz de analizar la novela tan bien.

—Ray es un bebedor empedernido. Además, la novela está muy fragmentada de principio a fin, de modo que perdemos la noción del tiempo y del espacio. De pronto, se encuentra en un despacho donde una maleducada empleada de Hacienda le ignora, y ¿qué ocurre? Se harta de que le ignore, se aproxima a ella por detrás y acaba haciéndoselo con ella allí mismito. Si eso no es una típica fantasía, a ver qué es si no —dijo, sonriendo.

Inspiré para serenarme. Escuchar sus comentarios sobre fantasías sexuales no me estaba ayudando precisamente a ser consecuente con mi determinación de ceñirnos a nuestra relación profesional en el aula. Me di cuenta de que ninguno de los chicos le quitaba los ojos de encima mientras jugueteaba con sus trenzas y me sonreía.

—A ver, ¿no es la típica fantasía masculina? —preguntó—. ¿Dominar a una mujer y asumir el control?

*Me está poniendo malo.*

—Supongo que sí —conseguí decir con voz serena—. ¿Considera entonces que esto refleja el concepto que tiene el autor sobre los hombres? ¿Que les gusta dominar a las mujeres?

—Tal vez. Pero también podría aludir a su concepto sobre las mujeres —

señaló—. Al fin y al cabo, hay dos personas en la fantasía. —Sonrió de nuevo y se reclinó en el asiento—. No es que piense que la mayoría de los hombres y de las mujeres sean estrictamente así, pero tiene su gracia jugar alguna que otra vez. ¿No estás de acuerdo, Stephen?

—¡O se dirige a mí llamándome profesor Worthington o sale de mi clase inmediatamente! ¡No pienso tolerar esa actitud insolente, señorita Wilde! ¿Entendido?

*¡Ostras! ¿A qué viene eso?*

Al observar su expresión de perplejidad me dio un arrebato de pánico y súbitamente se me revolvió el estómago ante el temor de que se enfadase. No podía creer que la hubiese reprendido tan duramente.

*He echado todo a perder. Después de esto no dejaré que la vuelva a tocar en la vida.*

Para mi gran sorpresa, los labios de Julia esbozaron una tenue sonrisa que disimuló rápidamente. Bajó la vista.

—Sí, entendido. Lo siento mucho, profesor —contestó en voz baja.

*¿¿Está disculpándose??*

—Que no vuelva a ocurrir —dije, inspirando para serenarme—. Ha hecho unas observaciones excelentes, señorita Wilde.

—Gracias, profesor.

Al mirar a los demás alumnos, vi expresiones de asombro en varios rostros. Yo jamás alzaba la voz en clase. Incluso los cachas sentados al fondo soltaron sus teléfonos. En ese momento había acaparado la atención de todos, y hube de reconocer que era una grata sensación.

—¿Algún comentario al análisis de la señorita Wilde sobre el hecho de que en realidad Ray fantasea sobre muchas de las cosas que suceden en la novela? —pregunté, satisfecho para mis adentros de que se levantaran varias manos.

Durante el resto de la clase, Julia tomó apuntes con diligencia, pero no volvió a pronunciarse. Cuando tocó a su fin, la observé mientras recogía sus cosas. Se hizo la entretenida mientras los demás estudiantes salían. La sala se quedó en un silencio sepulcral; se acercó a mi mesa y se detuvo con la vista gacha.

*Va a poner fin a lo nuestro. No me explico cómo he podido perder los papeles.*

—¿En mi casa en media hora? —preguntó en un tono de voz prácticamente inaudible.

*¡¿Qué?!*

—¿Q-qué? —me hice eco de mi pensamiento.

—Pido perdón por ser una chica tan mala —dijo en un hilo de voz

entrecortado, con un atisbo de sonrisa en su boca—. Permítame demostrarle lo arrepentida que estoy, profesor.

*¡¿Chica mala?!*

—Vale —contesté, confundido.

—Hasta pronto, profesor —dijo, y salió dejándome aturullado e increíblemente excitado a la vez.

*¿Qué demonios acaba de pasar? ¿No ha puesto fin a lo nuestro... y encima quiere verme?*

Perplejo, recogí mis cosas y salí en dirección al coche. ¿Qué esperaba exactamente de mí cuando me presentara allí? Esto era muy poco ortodoxo. Nunca quedábamos por la tarde ni fijábamos nuestros encuentros estando en el recinto del campus. Yo por fin me sentía a gusto visitándola por la noche. Habíamos establecido unas pautas fijas y sabía a qué atenerme.

Ahora me lanzaba nuevamente a lo desconocido.

## 11

Con los mismos nervios que media hora antes al coger el coche en la facultad, me encontré llamando a la puerta de Julia, una situación que por lo visto a esas alturas me resultaba familiar.

—Adelante, profesor —dijo con gesto recatado al abrir la puerta y hacerse a un lado, con los ojos clavados en el suelo.

Pasé y eché un vistazo a mi alrededor inquieto cuando cerró la puerta detrás de mí. No tenía ni idea de lo que se suponía que debía hacer.

—Julia. —Me di cuenta de que no sabía lo que iba a decir a continuación.

—Llámeme señorita Wilde —ordenó en voz baja, y levantó la vista hacia mí mientras jugueteaba con una de sus largas trenzas.

A todas luces, Julia estaba retándome a una especie de juego y deseaba que yo participase. Y —Dios mío— yo deseaba participar, pero ignoraba las reglas.

—Siento muchísimo mi insolencia en clase, profesor. ¿Qué puedo hacer para conseguir que me perdone? —preguntó.

—Pues, hum, no lo sé —respondí con impotencia.

Julia me acarició el pecho en sentido descendente y se puso a toquetear mi cinturón con la vista levantada hacia mí.

—Por favor, déjeme demostrarle lo arrepentida que estoy. Haré cualquier cosa que me pida.

*¿Cualquier cosa que pida? Oh, Dios, pretende que le diga qué hacer.*

Las pulsaciones me retumbaron en los oídos cuando levantó la mirada hacia mí y sus perfectos labios de color rosa esbozaron una coqueta sonrisa. ¿Acaso era consciente de la magnitud de lo que pedía? Hasta ese momento yo nunca había llevado las riendas de la situación con ella, ni con ninguna mujer, todo sea dicho. Ella siempre tomaba la iniciativa, pero ahora me tocaba a mí. Me había quedado anonadado y paralizado de terror.

*Se me da fatal este juego. ¿Por qué le atrae alguien tan apocado e inseguro como yo? Oh, Dios, soy patético. Me he quedado pasmado mirándola fijamente,*

*como un imbécil de tomo y lomo. Seguramente pensará que he sufrido un aneurisma. Di algo de una vez. Ya. ¡Di algo ya, idiota, antes de que cambie de opinión!*

—Be-béseme —tartamudeé.

Su recatada sonrisa se acentuó, lo cual hizo que se le iluminara la cara. Noté un extraño hormigueo en la boca del estómago; a lo mejor no había sido buena idea tomar marisco en el almuerzo.

—Sí, profesor. —Se puso de puntillas y me dio un casto beso en la mejilla—. ¿Vale con eso? ¿Le he demostrado lo arrepentida que estoy?

—Puede, hum, puede que sea preciso ser un pelín más convincente —dije con vacilación.

*Por favor, bésame otra vez.*

—Vale —convino, y en esta ocasión pegó sus labios a los míos.

Me besó el labio inferior, luego el superior, y coló la lengua en mi boca cuando la entreabrí. Me echó los brazos alrededor del cuello y yo agarré su estrecha cintura mientras el beso cobraba más intensidad. Al despegarse de mí, a punto estuve de retenerla. No había quedado satisfecho, pero como buen caballero dejé que se apartara.

—¿Hay algo más que desee? —preguntó, pasando las yemas de los dedos por los botones del cuello de su blusa.

—¿Y si se abre la blusa?

Accedió sin titubeos y me relajé aún más. Retiró la blusa de sus hombros, dejando a la vista un sujetador de encaje blanco. Caí en la cuenta de que era la primera vez que se desnudaba a petición mía y, por alguna razón, fue increíblemente excitante. Me constaba que era el único hombre a quien enseñaba su cuerpo de esa manera y, mientras siguiera viéndola, nadie más lo haría. Creí a Julia cuando me lo dijo. No tenía motivos para mentir sobre eso dado que no teníamos una relación, y me hacía feliz ser el único con el que compartía cama.

—Quítese eso también —dije, deslizando el dedo índice por el tirante del sujetador. Se lo desabrochó y lo dejó caer al suelo sobre la blusa.

*Quiero tocarla.*

—¿Puedo tocarla? —pregunté a media voz.

Ella asintió.

—Puede hacer cualquier cosa que desee, profesor —respondió con gesto risueño—. Cualquier cosa.

*¿Cualquier cosa? ¿Me dejará hacer cualquier cosa que desee?*

—Solo la deseo a usted —musité, acariciando sus brazos desnudos de arriba

abajo.

—Entonces, poséame —susurró—. Tómeme. Deseo que lo haga.

Tiré de ella, estampé mis labios contra los suyos y la apreté contra mí mientras mis manos vagaban por su cuerpo semidesnudo. Acerqué la boca a su cuello para lamer y saborear su piel tibia.

—Quíteme la camisa —susurré, y acto seguido noté cómo sus diestros dedos me la desabotonaban con apremio y la dejaban caer.

Mis manos descendieron errantes por su espalda y, al remangarle la falda, únicamente palpé piel suave y tersa.

—¡Oh, Dios, no llevas nada debajo! —exclamé con un grito ahogado, agarrando su trasero—. ¿Has ido así a clase hoy?

—Sí, lo hice por ti —musitó pegada a mis labios—. Me vestí así para ir a clase por ti.

—¿Por qué? —pregunté, y apreté la parte inferior de su cuerpo contra mi erección.

—Verte dando clase me pone muy cachonda —confesó—. Me gustó cómo me mirabas hoy. Intuí que te gustaría el modelito.

*Te equivocas, bonita. No me gusta: me encanta.*

Moví la mano derecha hacia delante y la toqué por debajo de la falda. Al hundir el dedo índice entre sus pliegues, noté que estaba caliente y resbaladiza.

—Dios, estás tan... —gemí.

*Excitada.*

—Húmeda por culpa tuya —gimió, y se meneó contra mi mano—. ¡Tómame!

Empujé el dedo hasta el fondo y volvió a gemir. Me agarró el cinturón a toda prisa y cinco segundos después mis pantalones y mis bóxers yacían hechos un ovillo alrededor de mis tobillos. Acarició mi miembro con firmeza y jadeé antes de besarla de nuevo.

De pronto, se dio la vuelta entre mis brazos y dio un paso al frente para apoyarse en el escritorio. Observé con asombro que arqueaba la espalda y abría las piernas a modo de invitación. Instantes después me tenía detrás de ella, levantándole la falda para dejar al descubierto sus nalgas. Me incliné sobre ella, la besé en un lado del cuello y cubrí sus pechos con mis manos. Jamás me había sentido tan desinhibido y la deseaba con una urgencia inaudita.

—Te necesito —dije con voz ronca, mientras acoplaba mi erección entre sus labios húmedos.

—Fóllame, Stephen —suplicó—. ¡Por favor!

—¿Y..., y la protección? —dije sin resuello.

—Estoy tomando la píldora. Estoy sana, lo juro. Hasta ahora nunca lo he hecho sin condón.

—Yo tampoco —dije mecánicamente, bajando la vista hacia el exiguo punto donde iban a fundirse nuestros cuerpos.

—Por favor, te deseo. —Reculó contra mí.

Mantuve la vista fija en ese punto mientras la penetraba lentamente.

—Oh, Dios.

—¡Más!

La agarré de las caderas y di una embestida.

*¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios! ¡Qué pasada!*

Cegado por el deseo, alcancé a oír el grito de Julia y automáticamente me quedé paralizado.

—¡Lo siento! ¿Te he hecho daño?

—¡No! —dijo—. No, para nada.

—¿Estás segura?

—Te lo juro —dijo—. ¡Fóllame, Stephen! ¡Hazlo otra vez!

Me incliné sobre ella y le besé el hombro antes de despegarme de manera que a punto estuve de salir de ella. Cogí con fuerza sus caderas y empujé de nuevo.

—¡Oh, qué gusto! —gemí a voz en grito.

Deslicé las manos por su espalda y la cogí de los hombros. Me eché hacia atrás y empecé a dar fuertes embestidas, deleitándome con los quejumbrosos gemidos que emitía. No pude evitar decirle atropelladamente la maravillosa sensación que estaba experimentando.

—¡Oh, Julia! Dios, qué bien —dije jadeando—. ¡Es increíble! —Me fijé en que ella tenía las manos aferradas con fuerza al escritorio—. ¿Así? ¿Te gusta? —pregunté con el aliento entrecortado.

—¡Es una puta pasada! —gimió, y se llevó la mano derecha a la entrepierna.

—Oh, Dios, ¿te estás masturbando?

Asintió con ahínco y me excitó aún más. Rebosaba de confianza y seguridad en sí misma. Con ella no tenía que preocuparme por mi faena; Julia me daba instrucciones sobre lo que necesitaba para obtener placer. Se inclinó para cambiar ligeramente de ángulo apoyando los antebrazos sobre la mesa. Empujé de nuevo y ahogué un gemido gutural al sentir la profundidad que alcanzaba. Mis envites se hicieron más acelerados y desenfrenados mientras la penetraba con un sentimiento feroz que ignoraba que poseyera.

—Estoy..., estoy a punto —dije sin resuello—. No puedo... Qué gusto estar dentro de ti. ¡Por favor, córrete!

Segundos después, lo hizo, gritando mi nombre.

—¡Oh, Dios! ¡Oh, *joder!* ¡Julia! —exclamé sin resuello.

Con los ojos cerrados con fuerza, arremetí contra ella desafortadamente y me corrí con tal frenesí que se me cortó la respiración por completo. Reculé y empujé nuevamente despacio, dejando escapar un tenue gemido cuando mi cuerpo comenzó a relajarse y mi orgasmo tocó a su fin. Me dejé caer hacia delante y la estreché entre mis brazos; cubrí de suaves besos sus hombros y su cuello mientras ambos recuperábamos el aliento.

—Julia —dije en un murmullo, apoyando la cabeza en su hombro—. ¿Estás bien?

Dejó escapar una risa entrecortada.

—¡Joder, sí! ¡Ha sido fantástico!

Sonreí con orgullo. Al levantar la cabeza, por fin pude ver con toda nitidez el tatuaje que llevaba por debajo de la nuca. Era un pequeño círculo con un trébol de cuatro hojas en el centro; me sorprendió que me gustara tanto. Le di un beso y me despegué de ella despacio. Acto seguido se levantó e hizo amago de ir derecha al baño, pero la agarré de la muñeca y tiré de ella para darnos un apasionado beso. No tenía ganas de soltarla tan pronto en vista de que no íbamos a tocarnos demasiado ahora que lo habíamos hecho. Por lo general no nos hacíamos arrumacos, pero en ese preciso instante deseaba sentirla cerca de mí.

—Eres increíble —susurré contra sus labios.

—Mmm...Tú tampoco estás mal.

La estreché entre mis brazos un minuto más hasta que se zafó de mí.

—Necesito asearme un poco. Supongo que ese es el inconveniente de no usar condón.

—Ah, claro —dije, y la solté.

Sonrió.

—Pero ha sido muchísimo mejor.

—Hum, sí —convine, pasándome las manos por el pelo. Estaba un poco asombrado por la gran diferencia que había supuesto en cuanto a sensibilidad. La sensación de estar dentro de ella sin nada de por medio había sido estupenda.

—Oye, no lo estarás lamentando, ¿verdad? —preguntó, alzando la vista hacia mí—. Estoy tomando la píldora y me he hecho las pruebas por si acaso.

—No, en absoluto. Hum, pero ¿por qué has querido hacerlo sin condón esta vez?

—No podía esperar ni un segundo más a sentir tu polla dentro de mí —dijo entre risas—. A ver, ha pasado una semana.

—Sí, hum, eso es mucho tiempo —contesté. Me guardé para mis adentros que, cuando me acosté con ella por primera vez, habían pasado años desde mi última aventura sexual. Una semana no era nada en comparación con eso, pero entendía a lo que se refería. Yo había anhelado estar dentro de ella de nuevo, y por lo visto ella había experimentado el mismo deseo.

—Y eres un tío responsable —añadió antes de ir al baño—. Sé que no mentirías sobre el hecho de estar sano.

—No, no lo haría —dije en un murmullo, y me agaché para subirme los calzoncillos y los pantalones, que aún yacían hechos un ovillo alrededor de mis tobillos. Había tenido suerte de no dar un tropiezo o de que me pasara algo igual de bochornoso.

Julia volvió a aparecer y se puso a vestirse, lo cual fue una pena. Me gustaba contemplar su cuerpo semidesnudo.

—Dios, me muero de hambre —dijo sin venir a cuento.

—Puedo preparar algo —sugerí.

—Oh, es un detalle por tu parte, pero no tengo nada de comida en casa.

—Podríamos, hum, podríamos ir a la mía —propuse con cautela—. Tengo de todo para preparar una cena.

Dejó de abotonarse la blusa y me miró.

—Podrías pasarte dentro de una hora y la tendría lista para entonces —añadí. Por primera vez, noté su vacilación. Sus ojos revelaban inquietud, algo insólito.

—¿Una hora? —preguntó—. No sé, me va más el placer inmediato.

—Haré que la espera merezca la pena —dije para engatusarla. No tenía ganas de que nuestro tiempo juntos acabase todavía y albergaba la esperanza de que accediese. Me gustaba pasar tiempo con ella. Resultaba fácil charlar con ella y empezaba a aburrirme estando solo en casa. Eso era toda una novedad para mí, cosa que no me gustaba ni un pelo.

*Por favor, ven a mi casa.*

—¿Eres buen cocinero? —preguntó.

—Nunca he recibido ninguna queja.

*Bueno, para ser sincero, he cocinado principalmente para Matt, que se comería un animal arrollado en la carretera con tal de que estuviese gratinado con queso.*

Vi que le estaba dando vueltas a la cabeza, y me preguntaba por qué una simple invitación a cenar en mi casa la había dejado tan pensativa.

—Igual podíamos hacer eso —dijo finalmente, y volvió a desabotonarse la blusa—. Así me dará tiempo a darme una ducha antes.

*¡Bien, ha dicho que sí!*

—Pues me voy a casa a ponerme manos a la obra —dije con entusiasmo de camino a la puerta—. Nos vemos dentro de una hora.

Casi había llegado cuando me llamó.

—¿No se te olvida nada? —preguntó con una sonrisita.

*¿Qué? Ah.*

Me acerqué a ella y tomé su cara entre mis manos para darle un tierno beso. Ella dejó escapar una risita.

—¿Qué pasa?

—Me ha gustado, pero en realidad me refería a que no me has dado tu dirección —comentó en tono burlón.

*¡Uf! ¿Cómo me las ingeníé para sacarme el doctorado con este cerebro atrofiado?*

Le di las señas y la besé otra vez antes de marcharme; me sentía la mar de bien por nuestros planes para cenar. En el trayecto a casa me dio por planificar la velada.

*Ella prefiere el vino tinto, y tengo esa magnífica botella que he estado reservando. No estaría de más pasar por la tienda a comprar unas velas. Le encantan. Tengo que ducharme y cambiarme de ropa. ¿Y si cambio las sábanas? Las citas para cenar normalmente no implican sexo, claro que con Julia...*

Inspiré hondo al caer en la cuenta y paré el coche en el arcén.

*¡Tengo una cita con Julia en mi casa!*

*No es una cita. ¡No es una cita!*

Recorrí como una flecha el supermercado, lanzando cosas al carro, mientras en mi fuero interno me decía que no tenía una cita inminente con Julia. Íbamos a cenar y punto. Ella ya había dejado más claro que el agua que no le iban las citas y que lo nuestro no era una relación. Las citas quedaban completamente descartadas en nuestro acuerdo.

*Además, ni siquiera me gusta.*

En el preciso instante en el que se me pasó ese pensamiento por la cabeza supe que era mentira. Sí que me gustaba. No desde el punto de vista romántico; eso era una auténtica sandez. Éramos totalmente incompatibles como para embarcarnos en una relación seria. No obstante, yo disfrutaba mucho pasando tiempo con ella y no solo en la cama, aunque era ahí donde normalmente nos instalábamos a falta de una mesa de comedor o un sofá. Me encantaba acostarme con ella, pero también lo pasaba bien simplemente charlando o viendo películas juntos. Esa novedad era de agradecer en vez de pasar casi todas las noches solo.

Resultaba fácil estar con Julia. Conversábamos sobre literatura, que era el único interés que compartíamos —bueno, aparte del sexo, como es obvio—. A ambos nos interesaba. Me pregunté si tendría previsto nuestro encuentro de hoy antes de ir a clase. Me había dicho que se había puesto ese conjunto por mí pensando que me gustaría. En eso había dado en el clavo. Me había puesto como una moto verla vestida como una recatada colegiala a sabiendas de que, en el mejor de los casos, era una imagen engañosa. Julia no mostraba el menor pudor en lo tocante a su cuerpo y a su sexualidad, cosa que me gustaba realmente de ella. En un primer momento eso me intimidaba, pero ahora lo prefería así. Ya no me ponía tan nervioso acostarme con ella como al principio. La constancia de que ella me guiaría sin juzgarme por mi inexperiencia resultaba muy liberadora, y me permitía relajarme y disfrutar cuando estábamos juntos.

*No tiene nada que ver con las demás mujeres.*

Con el ceño fruncido, recordé mis experiencias previas en la cama: movimientos torpes y nerviosos bajo el edredón con mujeres inexpresivas que tampoco me alentaban. La humillante constancia de que no disfrutaban y de que yo fracasaba en mi intento por que alcanzaran el clímax. Las posteriores conversaciones incómodas, rupturas, decepciones e inseguridades que se acumulaban para cuestionarme mis dotes como amante. Eso resumía mi trayectoria sexual y odiaba pensar en eso. Llegados a un punto, me vi abocado al celibato. El hecho de tener un hermano que fanfarroneaba abiertamente sobre sus numerosas conquistas —la retahíla de mujeres satisfechas en todo el área de la bahía de San Francisco que, en palabras suyas, suspiraban por sus huesos—, sumado a las lamentables experiencias de mi propia cosecha me habían dejado abatido y hastiado.

Pero entonces Julia entró en escena. Julia, con su actitud abierta y directa en lo tocante al sexo, que me había enseñado la magnífica sensación de dejarse llevar por el placer físico sin estar constantemente centrado en cuestiones intelectuales. Ella era un soplo de aire fresco y sería un tonto de no gustarme por esa única razón.

*Aunque no sea una cita, quiero que pase una noche estupenda en mi casa.*

Yo podía corresponder a su amabilidad con una apetitosa cena casera, cosa que me daba la impresión de que era algo fuera de lo común para Julia dado que no cocinaba en absoluto. Contento con mi decisión, ultimé la compra de provisiones y, sabiendo que tenía muchas cosas que hacer antes de su llegada, puse rumbo a casa a toda velocidad. Por suerte, no tuve que preocuparme de limpiar, ya que lo había hecho el día antes.

*Tampoco es que a ella le importe en vista de la leonera en la que está acostumbrada a vivir.*

Me puse a cocinar enseguida porque sabía que Julia ya tenía hambre y no quería que tuviese que esperar demasiado a su llegada. Había decidido preparar pollo *alla cacciatora*, lo cual tardaría una hora, y ya iba tarde. Podía haber cocinado algo más sencillo con lo que ya tenía en casa, pero deseaba que disfrutase de la velada. Puede que eso la animara a volver otra noche.

Preparé los trozos de pollo, los doré y me puse con las verduras mientras hacía conjeturas sobre lo que pasaría a su llegada. La mayoría de las veces me resultaba imposible prever el comportamiento de Julia, pero aun así lo intentaba. Mientras repasaba las distintas posibilidades, me asaltó una idea alarmante.

*¿Y si cancela la cita?*

Se había mostrado un pelín reticente al invitarla y de pronto me inquietó que

hubiera cambiado de parecer. Comprobé el teléfono, pero por suerte no me había mandado ningún mensaje desde que me había marchado de su apartamento. Volví a la cocina, donde tapé el pollo y las verduras con los tomates cortados en dados y un chorrito de vino blanco para que se guisara a fuego lento mientras hervía el agua para la pasta fresca que había comprado. Decidí cortar unas rebanadas de chapata también. Sabía que Julia comía mucho comparado con la mayoría de las mujeres con las que yo había salido, lo cual resultaba bastante refrescante.

Puse la mesa y me pregunté si tal vez Julia se animaría a comprar una mesa de comedor al darse cuenta de lo agradable que era comer como es debido. Podía hacerse con una pequeña con dos sillas para cuando fuera a visitarla.

*No, es probable que no. Apuesto a que le gusta comer en la cama. No me da la impresión de que sea de esa clase de chicas a las que les importa lo que hagan los demás.*

Eché un vistazo a mi apartamento tratando de verlo desde un punto de vista neutral: suelos de maderas nobles; paredes blancas con unos cuantos cuadros en tonos suaves, todos con marcos metálicos; un sofá gris oscuro, una mesa de centro, una mesa de comedor y estanterías de madera de color claro. No daba muchas pistas de la persona que vivía allí, salvo que a todas luces era un maniático del orden. Mis libros, discos y películas estaban ordenados por orden alfabético y clasificados por géneros, las superficies estaban despejadas, y los cachivaches no eran santo de mi devoción. Mi apartamento se me antojaba la antítesis del de Julia y estaba prácticamente convencido de que le parecería un horror.

*Seguramente no volverá si no le gusta.*

Saqué las velas que había comprado en la tienda y hurgué en varios cajones hasta dar con unos portavelas sin estrenar que me había regalado mi madre. Tras adornar la mesa y encender las velas, me puse a pensar en la música para la cena, una tarea de mucha más envergadura. Al parecer Julia adoraba la música y me inquietaba un poco que le desagradaran mis gustos. Decidí que fuera ella quien eligiese la música para la velada.

Después de darme una ducha rápida, me puse un jersey fino y unos chinos oscuros que me quedaban demasiado bajos, a la altura de las caderas. Al ir a coger un cinturón de manera automática, recordé el comentario de desaprobación de mi hermano: «Abuelo».

*Y por lo visto llevo los pantalones demasiado altos.*

Con la esperanza de que Matt no se equivocara, opté por prescindir del

cinturón y reprimí las ganas de tirar hacia arriba de los pantalones. Me dejé el pelo tal cual estaba ya que solo había recibido cumplidos desde que lo llevaba despeinado. Aun así, me resultaba un poco raro, pero todo el mundo opinaba que me favorecía.

Sonó el timbre. Volví a sentir un aleteo en el estómago y el corazón se me aceleró.

*Debo de estar más nervioso de lo que pensaba.*

Fui hacia la puerta a toda prisa, con un ansia absurda por volver a ver a Julia, y prácticamente la arranqué de cuajo. Me sostuvo la mirada y acto seguido me empujó contra la pared, me apretujó pegando sus labios a los míos y me besó con ansia. No tardé ni un instante en recuperarme del asalto para cogerla en volandas y girarnos en redondo para ser yo quien la inmovilizase contra la pared. Enganchó las piernas alrededor de mi cintura y me agarró del pelo con sus pequeñas manos. El beso se hizo más intenso y, cuando me puse a magrearle las nalgas y me acoplé en ella, gimió en mi boca.

—¡Joder! —resolló, interrumpiendo el beso—. Te deseo, pero también me muero de hambre.

Dejé escapar una risita y la dejé en el suelo.

—Vamos a cenar —dije antes de tomar su cara entre mis manos y darle un beso rápido.

—Sí, buena idea —susurró. La mire y me alegró comprobar que no llevaba nada de maquillaje y que aún llevaba las trenzas. Sin embargo, se había cambiado de ropa. Llevaba puesta una minifalda negra y una ceñida camiseta roja con una inscripción.

—¿Es que nunca tienes frío? —pregunté.

—No. No cuando estoy en compañía de alguien que me pone tan caliente como tú —respondió con una pícaro sonrisa—. Estás guapísimo esta noche, Stephen. Por eso me he abalanzado sobre ti.

—¿Sí?

—Sí, nunca te había visto tan informal.

—Oh, ¿y eso es, hum, bueno?

—Creo que sí. Normalmente eres muy tiquismiquis, pero esta noche... estás que te sales —comentó, examinándome de arriba abajo.

Rio al ver que me ruborizaba bajo su escrutinio.

—A veces eres jodidamente irresistible —señaló y, sin darme cuenta, la tenía nuevamente entre mis brazos empujándome contra la pared mientras nos besábamos apasionadamente.

Volví a cogerla en volandas y, sin dejar de besarnos, me las ingenié para cerrar la puerta y llevarla en brazos a la sala de estar, donde acabamos en el sofá. Su puso a manosearme todo el cuerpo y, cuando me disponía a olvidarme por completo de cenar, le sonaron las tripas. Se echó a reír.

—¿Cenamos? —musité contra su cuello, donde había estado ocupado besando su suave y cálida piel.

—Va a ser que sí —confirmó.

La ayudé a incorporarse y me estiré la ropa; ella hizo lo mismo. Me sentí algo incómodo, pero daba la impresión de que ella, sonriéndome, se encontraba a sus anchas en esa coyuntura. Me quedé sin palabras y noté que mi habitual nerviosismo volvía a hacer mella en mí.

—Hum, ¿te apetece un vino?

—Claro, tinto, si tienes —dijo, mientras echaba un vistazo a su alrededor.

Me escabullí a la cocina e hice un par de inhalaciones profundas mientras servía el vino y echaba la pasta a la olla. Ella estaba curioseando mis libros cuando volví a la sala y le tendí la copa, con la desagradable constancia de que me temblaba ligeramente la mano.

—¿No me enseñas tu casa? —preguntó, y bebió un sorbo de vino.

—Esto... Claro.

Le enseñé la cocina, mi despacho, el baño y el dormitorio.

—Bueno, hum, ¿qué opinas?

—Está genial —respondió—. Justo lo que imaginaba y sin embargo totalmente distinto.

—¿Y eso qué significa?

—Bueno, está claro que eres un pelín rancio —dijo para chincharme, dándome con el codo.

*La verdad es que no te lo niego.*

—Y así es como eres en clase, por lo general, de modo que todo encaja. —Titubeó y me di cuenta de que tenía ganas de añadir algo.

—¿Pero?

—Es que me choca un poco que sea tan... frío —añadió finalmente.

—Puedo encender el termostato.

Le hizo gracia.

—No, no me refería a la temperatura. Es que parece un poco austero.

—¿Austero? —repetí—. ¿Por no tener comodidades ni lujos?

—Exacto —dijo—. La verdad es que no te pega nada. Tu apartamento es un pelín frío y tú eres un volcán, como ha quedado patente.

—Hum, nadie más tiene esa impresión de mí; lo dudo. Y me gusta que las cosas estén en su sitio.

Asintió y echó un segundo vistazo.

—Seguro que odias mi apartamento —comentó, riendo por lo bajini, y se dirigió a la sala de estar.

*Y que lo digas. Pero puedo vivir con ello porque tú estás allí.*

Me lo callé y la seguí.

—Voy a echar un vistazo a la comida —dije—. Puedes poner música, si te apetece.

Asintió y fue hacia el equipo de música mientras yo enfilaba a la cocina.

*Vale, de momento la cosa promete.*

Llevé la comida a la mesa. Julia seguía buscando algo que poner.

—¿Encuentras algo que te guste? —pregunté.

*Probablemente no.*

Se dio la vuelta y sonrió.

—¡No puedo creer que tengas discos de vinilo! La mayoría de la gente que conozco ya ni siquiera tiene CD. Toda la música se guarda aquí —dijo, y sacó un diminuto reproductor del bolsillo de su falda.

—Ah. —Una vez más, me sentí completamente desfasado.

—Pero mola —añadió para tranquilizarme—. *Vintage*, ¿verdad?

—Imagino. —Me encogí de hombros—. ¿Has encontrado algo que te apetezca escuchar?

—La verdad es que no conozco a muchos de estos —reconoció, y volvió a centrar su atención en los álbumes—. Hay mucha música clásica y ópera. No es a lo que estoy acostumbrada.

—Vaya, lo siento —contesté sin mucha convicción, aunque no entendía por qué me estaba disculpando por mis gustos musicales.

—Ah, mira —dijo satisfecha, y cogió uno—. Conozco a este tío.

Puse el álbum de Leonard Cohen que había elegido y sonreí ante la fascinación que le despertó mi tocadiscos. Comenzó a sonar el primer tema, «Suzanne», y la música hizo que a Julia se le iluminara la cara.

*Es preciosa.*

Tenía muchas ganas de volver a besarla. Para tantear el terreno, posé la palma de la mano en su mejilla derecha antes de inclinar la cabeza para rozar mis labios contra los suyos. La música flotaba en el ambiente mientras me correspondía al beso, lenta y dulcemente, y volví a sentir ese aleteo familiar en el estómago.

No me dio tiempo a recrearme en ello porque Julia interrumpió el beso de

sopetón y se separó un poco.

—Guau... Qué intenso —comentó en voz baja—. Su voz es hipnótica.

—Sí —convine, pensando que ojalá no se hubiese apartado—. Hum, ¿tienes hambre?

Asintió con ademán exagerado y respiró hondo.

—Canina.

Nos acercamos a la mesa y fui a sacarle la silla justo cuando hizo amago de sentarse.

—Uy, perdona —dijo—. ¿Sueles sentarte aquí?

—Hum, no —contesté. Por lo visto «hum» se había convertido en una coletilla en mi vocabulario desde que había empezado a ver a Julia en la intimidad.

—¿Entonces por qué me birlas la silla? —preguntó con gesto divertido.

—Yo, hum, la estaba sacando para que te sentaras... —expliqué, aunque más bien sonó a pregunta.

—Va... le. ¿Por?

—Por cortesía —dije, rascándome el cuello.

—¿En serio? Vaya, primera noticia —comentó, y se sentó.

—¿Nunca habías tenido una cita antes?

*¡Mierda! ¿Por qué he dicho «cita»? Esto no es una cita.*

—Hum, no es que esto sea una cita ni nada por el estilo —añadí, y tomé asiento frente a ella.

Me miró con recelo.

—Mira, Stephen. Aprecio que cocines para mí, pero de verdad que conmigo no es necesario que montes todo este numerito del anfitrión perfecto. De todas formas vas a echar un polvo, ¿vale?

*¿Cree que me mueven segundas intenciones?*

—Ese no es el motivo por el que... —Hice un gesto hacia la comida—. No lo he hecho por... eso.

—¿Entonces a santo de qué? —preguntó, a simple vista con verdadera curiosidad.

—Solo porque... me gusta, hum, «pasar el rato» contigo —respondí, haciendo un ademán con los dedos a modo de entrecomillado—. O como lo llaméis la gente joven últimamente.

Le hizo cierta gracia y la tensión se disipó.

—A mí también me gusta pasar el rato contigo —dijo—. Y esto tiene una pinta deliciosa.

Hice amago de alargar la mano para coger su plato, pero reulé. Estuve a punto de ofrecerme a servirle la comida, pero cambié de parecer porque eso seguramente se englobaría en la categoría de las «Cosas que haría en una cita». Suspiré. Me estaba resultando difícil.

—¿Qué pasa?

—Yo, hum, no estoy acostumbrado a relacionarme con mujeres en estas situaciones. O sea, sin citas de por medio. Estoy acostumbrado a hacer ciertas cosas y me resulta difícil romper las pautas.

—¿Qué tipo de cosas? —preguntó.

—Ayudarte con la silla, servirte la cena y llenarte la copa de vino. Ese tipo de cosas —expliqué, y le indiqué con un gesto que se sirviera.

—Ah, todo ese rollo de la actitud caballerosa que ponen en la tele —comentó, mientras se servía una generosa ración.

Tenía ganas de decirle que los caballeros no eran meras criaturas míticas exclusivas de los cuentos de hadas y programas de televisión y que, si le parecía bien, yo podía salir bastante bien parado en ese papel. Siempre había sido importante para mí respetar a las mujeres y tratarlas con caballerosidad. Era consciente de que había quienes opinaban que era una actitud anticuada, pero a mí me parecía algo natural. A raíz de la muerte de mi padre, pasé a ser el hombre de la casa y me enorgulleció hacerme cargo de mi madre. Pasamos solos un tiempo hasta que Richard y Matt aparecieron en nuestras vidas, y ese periodo me había marcado mucho. Yo le hacía compañía a mi madre mientras esta veía películas clásicas de Hollywood y me contaba la anécdota de cómo conoció a mi padre en la universidad, y lo diferente que era mi padre al resto de los chicos que ella había conocido: un perfecto caballero y una persona noble y afectuosa que siempre la había tratado bien. Yo aspiraba a ser igual que él. Pero a Julia no le interesaban esas cualidades, de modo que no dije nada.

—Eh —dijo, encandilándose con su sonrisa ladeada—. Haz como si yo fuera tu hermano cuando pasamos el rato y punto.

—No si pretendes que vuelva a tocarte —repliqué horrorizado.

—Oh, desde luego que quiero que vuelvas a tocarme —comentó risueña.

—Eso es, hum, bueno —respondí, reprimiendo mis nervios.

—Va a ser bueno de verdad —dijo prácticamente en un arrullo, mientras enrollaba la pasta con el tenedor.

*¿Está coqueteando? ¿Y desde cuándo comer pasta es erótico?*

Al parecer, pasó a ser erótico justo cuando Julia entreabrió los labios y deslizó el tenedor en su boca. El hecho de que dejara escapar un leve gemido al

saborearla no me facilitó en absoluto las cosas y me rebullí un poco en el asiento.

—¡Esto está de muerte!

—Gracias —dije, completamente hipnotizado por sus labios.

—No estás comiendo —señaló, y se llevó a la boca otro bocado.

—Ya —repuse, sin mover un dedo.

—Oye, me extrañó bastante que no dieras señales de vida la semana pasada —comentó, cambiando de tema.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Esperaba que al menos me mandases un mensaje. ¿Por qué no me escribiste?

*Porque temí que me dijeras que no.*

—Hum, tú tampoco diste señales de vida —repuse, sintiéndome como un adolescente.

Se encogió de hombros.

—Tenía la regla. Pero, si te hubiera apetecido una noche, te habría echado una mano.

No consideré conveniente decirle que desde que había empezado a acostarme con ella me apetecía todas y cada una de las noches.

—Vale —dije, y me puse a comer.

—Esto es recíproco, Stephen. Lo entiendes, ¿no?

Asentí.

—Bien, pues mándame un mensaje si una noche tienes ganas de pasarlo bien. Si me pillas en casa, no te diré que no.

Asentí otra vez.

—¿Has...?

—¿Que si he qué?

—¿Has planeado lo de hoy? O sea, ¿tenías previsto invitarme a tu casa después de clase?

—Ah, claro —contestó con una risita nerviosa—. Sabía de buena tinta que tendrías ganas de venir a mi casa después de verme con ese modelito.

—¿Cómo lo sabías?

—Stephen, por favor. Estaba metida en el papel de colegiala traviesa, y tú eres profesor. No hace falta ser un genio.

*Oh, Dios, soy un perverso sin remedio.*

—No hay nada malo en tener fantasías —dijo con dulzura.

—Lo sé.

—Me ha gustado muchísimo lo que hemos hecho hoy. ¿A ti no?

—Sí, me ha gustado —respondí, bajando la vista al plato.

—Vivir las fantasías mola un montón —continuó.

—¿Es eso lo que estás haciendo conmigo? —repliqué bruscamente, levantando la vista hacia ella.

—¿Qué quieres decir? —preguntó con el ceño fruncido.

—¿Soy el profesor de tu fantasía? —susurré.

El pensamiento había surgido de la nada, pero, ahora que se había adentrado en mi mente, era incapaz de ignorarlo.

*¿Se cansará pronto de mí y pasará al siguiente?*

La expresión de su rostro pasó rápidamente del desconcierto a la comprensión.

—¡No! Es decir, sí, eres mi profesor y he deseado follar contigo desde la primera clase, pero no es una fantasía en sí. Si te hubiera conocido en algún otro lugar lo habría deseado igualmente.

Me halagaba sentirme deseado, independientemente de mi puesto. Sin embargo, no estaba seguro de por qué me deseaba. Yo sabía que poseía muchas cualidades para aportar en una relación: era fiel y honesto, me gustaba cuidar de los demás, era buen confidente, etcétera. Pero dudaba que ninguna de esas virtudes le importara realmente a Julia. Daba la impresión de que disfrutaba sobre todo con mi cuerpo, lo cual he de reconocer que me dolía un poco, aun sabiendo que esa era la base de nuestro acuerdo.

¿O... no? Ahí estábamos, cenando y conversando, como si fuera una cita con todas las de la ley.

—¿Qué..., qué hay entre nosotros? —pregunté, incapaz de contenerme—. ¿Qué somos? ¿Amigos con derecho a roce? —Había oído a Matt utilizar esa expresión cuando hablaba de sus rollos esporádicos.

—Sí, es una buena manera de definirlo. Nos gusta acostarnos juntos y pasamos el rato como colegas. —Asintió y sonrió, pero por algún motivo no pude compartir su entusiasmo.

—¿Qué pasa?

—Es que suena tan... impersonal —dije, encogiéndome de hombros.

—Ya estás dándole vueltas otra vez. ¿Te gusta follar conmigo o no?

*Qué directa.*

—Hum... Sí.

—Me lo figuraba, puesto que antes has dicho la palabra «follar». —Sonrió con malicia.

—Creo que ha sido la primera vez en mi vida que he pronunciado esa palabra

—reconocí.

—Apuesto a que consigo que la vuelvas a pronunciar.

—¿Es un reto? —pregunté en un arrebato de valor.

—Más bien una promesa —respondió con aire despreocupado, haciéndome un guiño.

«Sexual Healing» empezó a sonar con estridencia a escasa distancia; salí disparado a la cocina para responder a la llamada y, más que nada, a interrumpir la canción.

—Un momento —dije al auricular, y acto seguido lo tapé con la mano.

—Interesante elección de tono de llamada —comentó Julia entre risas.

—Una gracia de mi hermano —expliqué, poniendo los ojos en blanco—. ¿Te importa?

Julia negó con la cabeza y siguió dando cuenta de la comida.

—¿Dígame? —contesté al fin a la llamada.

—Oh, hola. Soy Lily Lawrence —respondió la mujer—. Mi madre es amiga de la tuya...

*Oh, maldita sea. En el momento más inoportuno.*

—Sí, hum... Hola —dije incómodo, mirando a Julia, que parecía estar disfrutando de lo lindo de la cena, comiendo con su habitual entusiasmo—. Esperaba tu llamada.

Sinceramente, casi no me acordaba de que mi madre pretendía emparejarme. Volví a mirar a Julia y sonreí. Últimamente estaba en las nubes.

*¡Está disfrutando! ¿Qué le cocino la próxima vez?*

—¿Te he pillado en mal momento? —preguntó Lily educadamente.

—Perdona —dije. Estaba siendo un maleducado—. Sí, me temo que no es el mejor momento.

—No pasa nada. ¿Te viene bien que te llame mañana?

—Hum...

*Ay, Dios. ¿Qué hago?*

—Sí, perfecto —respondí, pensando para mis adentros: «Tierra, trágame».

—De acuerdo, hablamos mañana. Que pases buena noche, Stephen.

—Tú también, Lily —respondí automáticamente.

*¿Acabo de decir su nombre delante de Julia? No, no acabo de decir su nombre delante de Julia. Oh, ¿a quién demonios voy a engañar?*

Volví a sentarme, preocupado por la reacción de Julia. No había duda de que había escuchado la conversación. Escudriñé su semblante en busca de emociones negativas, pero fui incapaz de descifrar su expresión. Era insoportable no poder

leerle el pensamiento y necesitaba saber cómo le había sentado esto.

—Era una tal Lily Lawrence. Su madre y la mía son amigas y están intentando concertar una cita a ciegas entre nosotros.

—Vale —dijo, y se rebulló ligeramente en el asiento.

*¿Se habrá sentido incómoda?*

Traté de imaginarme a Julia anunciando que tenía una cita con un hombre. El mero hecho de planteármelo hizo que me diera la sensación de tener el estómago lleno de lava líquida.

—No tengo por qué ir —le aseguré.

Ella meneó la cabeza.

—No pasa nada. Si la cosa fuera en serio con ella, no tienes más que decírmelo y dejaremos esto.

*Pero es que yo no quiero dejar esto.*

—En serio, Stephen, deberías ir —insistió—. Tampoco es para tanto. El hecho de que yo no salga con nadie no significa que tú no puedas hacerlo. Es lo que hace casi todo el mundo. Lo único que pasa es que a mí no me va.

—De acuerdo —dije, a pesar del hecho de que me parecía fatal.

—Oye..., ¿qué haces este verano? —preguntó Julia, cambiando de tema.

—Bah, nada especial. Estoy trabajando en unos artículos que me gustaría terminar cuando acabe el semestre y posiblemente haga una escapada al valle de Napa para degustar vinos.

—Tiene muy buena pinta. Este me gusta, por cierto —comentó, sujetando en alto su copa.

—Sí, lo compré el verano pasado. Voy casi todos los años. ¿Tú qué vas a hacer?

—Nada del otro mundo. Seguramente iré unas cuantas veces a L. A. con las chicas, si hay grupos que merezcan la pena en la ciudad, y prácticamente ahí acaba la cosa.

—¿No te vas de vacaciones? ¿Ni de viaje al extranjero? —pregunté, a sabiendas de que Julia solía viajar mucho gracias a mis pesquisas en Facebook.

*Pesquisas, acoso. Lo mismo da.*

—No, tengo cosas que hacer aquí —respondió, rehuendo mi mirada.

—¿Cosas?

—Cosas mías —dijo sin dar detalles.

*¿Qué cosas?*

Comimos en silencio durante unos minutos, pero yo había perdido el apetito. Julia, en cambio, comía vorazmente, cosa que me alegraba y entristecía al

mismo tiempo. Me alegraba de que disfrutase de algo que yo le había preparado, y me entristecía porque el hecho de que yo tuviera una cita por lo visto le traía sin cuidado, y al parecer había cosas que no deseaba compartir conmigo.

—Estaba exquisito —declaró Julia, y se reclinó en la silla—. No había probado el pollo *alla cacciatora* desde que estuve en Italia.

—¿Has estado en Italia? —pregunté, con la esperanza de parecer sorprendido. *Como si yo no lo supiera ya. Por Dios, menudo acosador estoy hecho.*

—Sí, viajé un montón al terminar el instituto. Tenía ganas de ver más mundo antes de la universidad. ¿Tú has viajado?

—No —reconocí—. Nunca he salido de Estados Unidos. Fui a la universidad directamente desde el instituto y luego directamente a la escuela de posgrado.

—Qué pena —repuso—. Pero ser profesor es un gran logro de por sí. Todavía tienes un montón de tiempo libre para viajar si te apetece.

—Supongo que sí —dije sin convicción—. Hum... ¿Quieres más?

—No, gracias. —Sonrió—. Estaba de rechupete. Eres un estupendo cocinero.

—Gracias —contesté, y le correspondí a la sonrisa—. ¿Ha merecido la pena la espera?

—Desde luego. No obstante, no creo que pueda esperar al postre.

—Oh, lo siento —empecé a decir—. No he...

—Ese no es el tipo de postre al que me refiero, Stephen —señaló, y se puso a jugar con una de sus trenzas.

*¿Eh? Se refiere a... ¡ah!*

—Hum... ¿Qué tenías en mente? —pregunté.

Se levantó despacio y se acercó a mí.

—Algo sencillito. Tú, yo y tu cama —dijo—. Si tienes ganas, claro.

—Sí, pero... que sepas que no te he invitado con la intención de..., ya sabes.

—¿Follar? —Sonrió pícaramente, enarcando una ceja.

—Sí, eso —convine, y noté que una sonrisa asomaba en la comisura de mi boca.

—Ya —dijo sin más, y me tendió la mano.

Se la agarré de buen grado y me condujo al dormitorio.

Hundí la cara en la curva de su cuello y aspiré su aroma mientras mi cuerpo se volvía más pesado encima de ella. Adoraba ese momento. Todavía nos encontrábamos fundidos íntimamente, disfrutando de la inmediata relajación que sucedía a nuestros orgasmos. Siempre me resistía a abandonar ese lugar.

—Ha sido... —Me quedé sin palabras y, por lo visto, Julia también. Se limitó a emitir un murmullo y enterró sus manos en mi pelo. Yo estaba cansado, pero tenía ganas de besarla. Con gran esfuerzo, erguí la cabeza y apreté mis labios contra los suyos.

—Mmm... —gimió—. Sabes a mí.

Eso me espabiló bruscamente.

—Lo siento —farfullé, y de repente me ardió la cara.

—No, me gusta.

Lo demostró besándome de nuevo, acariciando su lengua contra la mía y emitiendo un tenue gemido. Dios, qué sensual.

—¿Habías hecho esto antes? —preguntó, y guio mi cabeza hacia abajo para que descansara sobre su pecho.

—No —susurré, rozándole los pechos con la boca—. ¿Te ha gustado?

—Eso se queda cortísimo —musitó, acariciándome el pelo.

Sonreí y le di un beso en el canalillo antes de volver a relajar la cabeza. Me había puesto nervioso, cómo no, cuando me había empujado suavemente de los hombros, indicándome con ese gesto que me colocara más abajo. Pero a esas alturas conocía a fondo su cuerpo, lo que le gustaba, los sonidos que emitía cuando estaba a punto. Con las amables indicaciones de Julia, no me había resultado nada difícil hacer que se estremeciera y que gritara mi nombre utilizando solamente mis labios y mi lengua. Luego, mientras ella seguía jadeando, me había movido hacia arriba, deslizándome en su interior, llevándola hasta el límite otra vez antes de desplomarme. Resultaba tan cómodo estar con ella de esa manera que ya parecía instintivo. Cerré los ojos y la estreché con fuerza entre mis brazos con el único deseo de dormir.

Julia no tardó en escabullirse, señal de que se nos había acabado el tiempo. Ella no era muy dada a alargar el encuentro íntimo más allá del coito, pero esa noche yo tenía ganas de que siguiera tocándome el pelo y de que me dejara abrazarla. A regañadientes, alcé la cabeza y la besé antes de despegarme de ella y de volver a cerrar los ojos. Acto seguido, noté que salía de la cama e iba en dirección al baño.

*Esta vez ha sido diferente. No sé por qué, pero así es.*

Me quedé tendido allí tratando de dilucidar por qué había experimentado una sensación distinta al acostarme con ella aquella noche. Tal vez fuera porque estábamos en mi casa, o porque habíamos hecho las cosas en el orden inverso y cenado antes del sexo. Pero hasta ese momento no había experimentado esa extraña sensación de desear que al término siguiera entre mis brazos durante el

resto de la noche.

Cuando Julia volvió abrí los ojos y la escruté de arriba abajo. Seguía desnuda, ahora con el pelo suelto y alborotado, como a mí me gustaba. Parecía una diosa de la belleza femenina con sus suaves curvas redondeadas, su sensual boca y unos ojos donde podía perderme.

—Dios, eres magnífica —susurré. Abrió ligeramente los ojos y acto seguido las comisuras de sus labios se elevaron esbozando una hermosa sonrisa.

—Gracias. Dices unas cosas de lo más bonitas —señaló en voz baja—. No me explico cómo ninguna mujer te ha echado el guante —añadió con su sonrisa ladeada.

Me quedé observándola mientras se vestía. No me parecía bien que cubriera su cuerpo perfecto y me pregunté, una vez más, qué haría con alguien como yo.

—¿Por qué yo, Julia?

—¿Por qué tú qué? —inquirió con gesto desconcertado.

—¿Por qué me has elegido a mí? O sea, podrías tener a cualquiera.

Se sentó en la cama.

—La primera vez que te vi en clase pensé que estabas cañón, pero no es que lo planeara ni nada de eso. Encontrarme contigo aquella noche en la puerta del bar fue cuestión de suerte, y el hecho de que resultaras ser una máquina en la cama y encima un tío decente fue pura potra. ¿Y tú por qué quisiste volver a verme después de la primera noche? —preguntó—. Podías ligarte a cualquier otra.

—Ya será menos —dije con burla, mirando al techo.

—¿Por qué dices eso?

Volví a mirarla, tenso ante la perspectiva de revelar algo tan íntimo sobre mí mismo.

—Antes de conocerte llevaba casi cuatro años sin..., hum, hacerlo —farfullé, muerto de vergüenza.

—¿Cuatro años? —dijo con un grito ahogado—. ¿Y eso? Comentaste que no habías tenido muchas experiencias, pero aun así...

—Solo me he acostado con mujeres con las que he tenido citas y nunca de esta manera, como tú y yo —expliqué—. Supongo que en un momento dado empecé a pensar que era un negado. Para las mujeres y para... el sexo.

—Pues te equivocas —repuso, y la creí. Con ella se me daba bien.

—Gracias, siento no tener más experiencia.

Mi mayor temor era que Julia se cansase de mí y de mis tentativas de novato.

—No te disculpes —dijo en el acto—. De verdad que me da igual. Me gusta

enseñarte estas cosas.

—¿Sí?

—Sí, me lo paso genial, ¿tú no?

Asentí con una sonrisa.

—Me alegro —contestó, y se levantó—. No te preocupes, Stephen, te enseñaré todo lo que desees aprender. La próxima mujer con la que te acuestes va a flipar —apostilló con un guiño.

*Es que... yo no quiero acostarme con ninguna otra mujer.*

—¿Quieres que veamos una peli o algo? —preguntó Julia, y cogió el resto de su ropa.

—Hum... Claro —respondí, y salió brincando del dormitorio.

Me quedé sentado en la cama, perplejo. Efectivamente, lo pasaba genial con Julia y era muy de agradecer que me hubiese enseñado tanto sobre el sexo, pero jamás se me habría pasado por la cabeza que ella esperara que yo pusiera en práctica con otras mujeres lo que había aprendido. Si lo analizaba con lógica, me constaba que tenía razón. No teníamos una relación y, si yo aspiraba a algo así, en algún momento tendría que volver a salir con alguien. Pero si la cosa fuera en serio con otra mujer, no tendría más remedio que dejar de ver a Julia.

*Ay, madura de una vez. Ya sabes lo que hay. Disfruta mientras dure y punto.*

Suspiré y me puse a vestirme. Julia apareció en el umbral.

—¿Vienes, amigo con derecho a roce? —preguntó con una dulce sonrisa.

*En mi vida he detestado tanto esa expresión.*

*No puedo creer que esté haciendo esto.*

Estaba sentado en el coche en la puerta de un agradable restaurante del centro de la ciudad, a punto de conocer a Lily en una cena. Estaba nervioso, hecho un flan y sudando con el traje. Así no era como tenía previsto pasar el viernes por la noche.

Julia había estado algo apagada en clase ese día y no había participado en el debate. En todos los momentos en los que la había observado disimuladamente, la había pillado con la mirada perdida y, si no me equivoco, no había tomado ni un apunte, algo impropio de ella. Después de clase, al preguntarle si se encontraba bien, me había dedicado una leve sonrisa y me había dicho que tenía muchas cosas en la cabeza. No había dado más explicaciones y tampoco se las pedí; daba la impresión de que, fuera lo que fuera lo que la tenía distraída, deseaba guardárselo.

Volví a preguntarle si tenía algún inconveniente en que saliera a cenar con Lily. Una sola palabra de Julia habría bastado para que yo cancelase de buen grado mi cita y pasase la noche con ella. Pero no la pronunció. Repitió por segunda vez que no le importaba. Reparé en que caminaba hacia la salida del aula sin su característico brío, pero fui incapaz de dilucidar por qué parecía tan desanimada. Si no le hubiera parecido bien que yo saliese con Lily sin duda habría dicho algo. Julia no era de las que se guardaban su opinión.

Tenía ganas de verla esa noche, de asegurarme de que estuviera bien, pero sabía que sería de muy mal gusto quedar con ella tras pasar las primeras horas de la noche con otra mujer. Haciendo acopio de algo de arrojo, le envié un mensaje proponiéndole un encuentro, cosa que era una primicia para mí.

Julia, siempre y cuando no tengas planes, a lo mejor te apetece pasarte por mi casa mañana por la noche.  
Atentamente, Stephen.

Miré la pantalla y releí el mensaje una y otra vez con la esperanza de que sonase bien. Inspiré hondo y rápidamente pulsé «Enviar» antes de arrepentirme. Automáticamente, sentí un aleteo en el estómago. ¿Y si decía que no? ¿Me encontraría repulsivo por desear verla justo la noche después de haber quedado con otra mujer para cenar?

*Basta. Ya te dijo que únicamente declinaría una invitación si tuviera algún otro compromiso. Y le da igual que quedes con alguien, así te lo aseguró.*

Aun siendo consciente de todo ello, seguía sintiéndome fatal por haber decidido ver a Lily esa noche. Sin embargo, deseaba casarme y formar una familia algún día, y la única manera de materializar ese deseo era saliendo con las mujeres que me convenían. No podía seguir demorándolo si aspiraba a que ese deseo se hiciese realidad. Al fin y al cabo, tenía treinta y tres años y quería tener hijos, y tenía previsto pasar un tiempo casado antes de ser padre. Eso significaba que no tendría más remedio que conocer a alguien en un futuro a corto plazo, mientras aún fuera lo bastante joven como para hacer todas esas cosas. No quería acabar viejo y solo. Me aterrorizaba la idea.

Inspiré profundamente de nuevo y salí del coche con la firme determinación de conocer a Lily. Me encantaba pasar el tiempo en compañía de Julia, pero esa historia no tenía futuro. Ella era demasiado joven y alocada, y no le interesaba lo más mínimo tener una relación en serio. Era preciosa, pero una aventura pasajera. Teniendo eso presente, tenía que darle una oportunidad a Lily, por mucho que me disgustara la idea de ver a dos mujeres al mismo tiempo.

Al entrar al restaurante, vi a una mujer en la barra y deduje que era Lily, pues me había dicho que llevaría puesto un vestido verde. Me tomé unos segundos para examinarla. Era alta, de pelo castaño claro y buen tipo. Su vestido era discreto, pero realzaba sus piernas de una manera sutil y, como yo, llevaba gafas. En conjunto era una mujer atractiva que, sin ser despampanante, atraía alguna que otra mirada de los hombres que había en la barra. Respiré hondo de nuevo para serenarme y fui a su encuentro.

—¿Lily? —pregunté.

Ella asintió, risueña.

—Debes de ser Stephen —dijo, tendiéndome la mano—. Encantada de conocerte. He oído hablar mucho de ti.

—Espero que bien —repliqué, y pensé «Tierra, trágame» por haber hecho ese manido comentario.

—Oh, sí —contestó con una risita—. Por lo visto mi madre lleva años deseando que conociera al hijo de Joanne.

—Eso es muy halagador —señalé—. ¿Te apetece beber algo?

—Cómo no. Tomaré vino blanco con soda.

Pedí las bebidas para los dos con el ceño levemente fruncido por su elección. El motivo por el que alguien echaba a perder una buena copa de vino con agua con gas era algo que nunca lograría entender.

*Apuesto a que a Julia no se le ocurriría pedir eso. Le pirra el vino tanto como a mí.*

Negué con la cabeza. No debía pensar en Julia en presencia de Lily.

—El *maître* me ha dicho que nuestra mesa está lista —dijo Lily cuando nos sirvieron las bebidas.

—De acuerdo: tú primero.

Nos sentamos a la mesa y comenzamos a hablar. Lily me contó que había nacido y se había criado en San Francisco, pero que había vivido en la Costa Este unos años. Tenía ganas de volver a casa para estar cerca de su familia y, cuando surgió una oportunidad profesional, se presentó al puesto y llevaba poco tiempo en su nuevo trabajo. Daba clases de Historia y Política Norteamericana, aunque también era una ávida lectora en su tiempo libre. Yo la puse al corriente de mi trabajo en la universidad y de los diversos artículos en los que estaba trabajando en ese momento. El camarero se acercó a la mesa y pedimos la cena. Yo me decanté por un bistec y Lily pidió lubina. Charlamos un poco más y seguidamente nos sirvieron los platos.

En el transcurso de la cena, se disculpó para ir al baño. Yo me puse de pie y la observé mientras se alejaba.

Cuando la perdí de vista, eché un vistazo con discreción a mi teléfono para ver si Julia había contestado a mi mensaje. Me invadió un súbito nerviosismo al comprobar que había respondido, y lo leí:

Esta noche estoy libre. Me encantaría verte. Verte, sentirte y saborearte.

*¡Joder!*

Mi nerviosismo se transformó automáticamente en deseo. Un deseo puro, genuino. La pantalla del teléfono parpadeó de nuevo y casi temí leer lo que Julia había escrito.

Me estoy masturbando pensando en ti, Stephen. Te deseo dentro de mí.

*¡Me está poniendo a cien! Me va a dar un derrame cerebral en pleno restaurante y cuando me hagan la autopsia determinarán que mi muerte fue*

*debida a la falta de riego sanguíneo en el cerebro.*

Un sinfín de imágenes asaltaron mi mente: Julia tumbada en su cama desnuda, acariciándose su cuerpo perfecto y gritando mi nombre al mismo tiempo.

*Dios, ojalá estuviera allí con ella.*

Me encontré dispuesto a dejar plantada a mi cita y echar a correr hacia el coche, y de pronto mi excitación pugnó con la rabia.

*¿Qué juego se trae entre manos?*

Julia estaba muy al tanto de mis planes con Lily y, a pesar de ello, me estaba enviando insinuantes mensajes. No, insinuantes no. No tenían nada de insinuantes. Me estaba diciendo con todas las de la ley que deseaba hacerlo conmigo ya. ¿Qué esperaba que hiciera? ¿Que dejara tirada a Lily y saliera disparado a su apartamento como si fuera uno de esos adolescentes con las hormonas a flor de piel que dan botes ante la posibilidad de tener sexo? ¿Por qué me pinchaba de esa manera? A sabiendas de que me encontraba en un sitio público, me provocaba, poniéndomela dura con sus comentarios. Noté que mi rabia se acrecentaba. No tenía derecho a tratarme así. No se lo consentiría. Ella podría acudir a mí cuando yo estimase que era el momento oportuno. Escribí:

En mi casa dentro de dos horas o nada.

Pulsé «Enviar» sin la menor vacilación.

*¿De veras he mandado ese mensaje? ¿Qué va a pensar? ¿Y si dice que no? Ay, Dios, ¿y si dice que no?*

La pantalla parpadeó al instante.

Sí, profesor. Siento haberme portado mal otra vez.

Para ella no se trataba más que de otro juego. Me había importunado aposta con sus mensajes durante mi cita y había conseguido enardecer mi deseo.

*Está jugando conmigo. Y no me gusta.*

Lily volvió y guardé el teléfono.

—¿Todo bien? —preguntó educadamente, señalando hacia el bolsillo de mi chaqueta.

—Sí, todo bien —mentí, dedicándole una sonrisa.

Ya me centraría en Julia más tarde. En ese preciso momento tenía que dejar de pensar en ella o me volvería a enfadar. A enfadar y a excitar.

Lily y yo reanudamos la conversación con naturalidad. Compartíamos las mismas aficiones; a ella también le encantaba la música clásica y la ópera, leer a

los clásicos, etcétera.

—¿Sabes? No eres para nada lo que imaginaba —comentó cuando estábamos tomando el postre.

—Oh, ¿y eso? —quise saber, y le di un sorbo al café.

—Bueno, en primer lugar, pareces demasiado joven para tener una plaza fija en la universidad —explicó, apuntando en mi dirección con una mano de uñas perfectas.

—Me figuro que soy algo más joven que mis colegas —reconocí—. Tengo treinta y tres años.

Asintió y me escudriñó con la mirada.

—Es que no tienes pinta de ser el típico académico —señaló—. El pelo, la ropa...

Automáticamente, me pasé la mano por mi indómito pelo y ella sonrió. Bajé la vista. Iba vestido con un traje gris claro y una camisa blanca, pero había optado por no ponerme corbata al acordarme de que Matt me había dicho en una ocasión que cuando lo hacía parecía demasiado envarado, «casi estreñado».

—¿De qué tengo pinta? —pregunté con curiosidad.

—De actor, quizá —respondió—. De alguien del mundo del espectáculo, desde luego.

—¿Qué te hace pensar eso? —quise saber, un tanto perplejo por la impresión que le había causado.

—Tienes mucha seguridad en ti mismo y desprendes carisma. Tienes tablas, lo cual es muy interesante en un hombre. Es obvio que te desenvuelves bien con las mujeres y que no te intimidan las citas a ciegas.

*Creo que debes de haberme confundido con mi hermano. Yo soy Stephen, el mayor, el soso, ¿te acuerdas?*

Su descripción me parecía inconcebible. ¿Que yo tenía seguridad en mi mismo y tablas? ¿Desde cuándo?

Lily siguió tomándose el tiramisú mientras yo permanecía inmóvil frente a ella con —a todas luces— una expresión de asombro en mi semblante. Hice un rápido repaso mental de la noche y casi me da un soponcio: tras saludar a Lily, se me habían disipado todos los nervios. No había tartamudeado ni hablado a trompicones. No me había costado hablar, y la conversación había fluido con naturalidad.

*Lily no me intimida ni una pizca.*

La miré y me pregunté el motivo por el que era tan distinta a las mujeres con las que había salido. No tenía nada que destacase, y no me explicaba por qué no

me sentía nada violento charlando con ella. Levantó la vista y sonrió.

—Bueno, Stephen, ¿te gustaría repetir esto algún día?

*No.*

La respuesta surgió de la nada, pero era la verdad. Me traía sin cuidado que nunca llegara a haber nada entre nosotros. Lily era un verdadero encanto; su personalidad complementaba muy bien la mía y no había tenido ninguna palabra ni gesto que me diese mala espina, por así decirlo. Sencillamente no me interesaba en absoluto. Ni siquiera había una pizca de atracción. Era guapa y vestía bien, pero no despertaba en mí el menor deseo de tocarla. Recordé mi estado de nervios previo a la cita, pero se había desvanecido en el instante en que la había visto junto a la barra. Mi atracción hacia ella era nula.

Observé a la mujer que tenía enfrente de mí. Era tal y como mi madre había pronosticado: perfecta. Era perfecta para mí, y me traía sin cuidado.

Lily tenía la edad adecuada, el trabajo adecuado, el aspecto adecuado. Compartíamos las mismas aficiones y objetivos en la vida. Éramos compatibles. Yo debería haberme sentido eufórico por el hecho de conocer a una mujer como ella y, sin embargo, me daba absolutamente igual no volver a verla en la vida.

*No es la que quiero.*

Ese pensamiento me dejó la moral por los suelos. ¿Cómo había ocurrido esto? ¿Qué me había hecho esa chica odiosa y preciosa? ¿Acaso estaba dispuesto a despreciar a una mujer como Lily, que representaba todas mis aspiraciones, por... quién? ¿Por una chica que ponía a mi disposición su cuerpo, pero que salvo eso era inalcanzable?

—No, lo siento —dije en voz baja, con una tenue sonrisa a modo de disculpa.

Su expresión reflejó cierta decepción. Ni siquiera me sentí culpable por darle calabazas. El mero hecho de plantearme volver a salir con ella lo consideraba como una traición a Julia.

—Eres una mujer encantadora —dije en tono sincero—. Pero... —No supe cómo terminar la frase.

—No pasa nada, Stephen. Te agradezco tu franqueza. A veces simplemente no surge la atracción.

Asentí. Definitivamente, no había atracción.

—¿Amigos? —pregunté con delicadeza.

—Me gustaría —repuso.

Curiosamente, a partir de ahí el ambiente no se enrareció. Charlamos de otras cosas que teníamos en común, terminamos el postre, y la acompañé a su coche.

—Lo he pasado bien —le dije con sinceridad. Había disfrutado conversando

con ella a pesar de que no hubiese ni un resquicio de romanticismo entre nosotros.

—Yo también —contestó con una sonrisa—. Llámame si te apetece ir a la sinfónica o algo así.

—Lo haré —prometí.

Sonrió de nuevo y me quedé mirando mientras el coche se alejaba. Era la primera vez que rechazaba a una mujer y me sentía algo violento. Lily era encantadora y unas semanas antes habría sentido cierta expectación ante la perspectiva de tener una cita con ella, pero en ese momento solamente podía considerarla como una amiga.

Conduje a casa a toda velocidad y abrí una botella de vino. Estaba nervioso y tenso; necesitaba algo para tranquilizarme antes de que llegase Julia. Eché un vistazo al teléfono, pero no me había escrito más mensajes, con lo cual di por sentado que se presentaría en una hora, según lo previsto. Me quité la chaqueta a toda prisa y me remangué mientras meditaba sobre lo que hacer cuando llegase. Me tomé otra copa y seguidamente otra, pero el alcohol no hizo sino acrecentar mi enojo y desazón.

¿Cuál había sido el motivo que me había empujado a rechazar a una mujer como Lily por otra que a todas luces no me convenía? El motivo había sido Julia. Me daba la impresión de que me había hechizado. Rondaba mis sueños y casi todas las mañanas me despertaba dolorido por la excitación, echándola en falta. Pensaba en ella constantemente y fisgaba en su perfil de Facebook sin tregua tratando de averiguar todos los detalles posibles acerca de su vida. Julia guardaba secretos, de eso no cabía duda, cosa que me enfurecía. Yo deseaba saberlo todo de ella. En cierto modo, siempre que estaba en su presencia me veía reducido a una piltrafa temblorosa y obsesiva. Estaba dispuesto a poner en juego mi carrera y mi reputación por tener la oportunidad de estar dentro de ella, y esa idea me sacaba aún más de quicio. Yo no era así. No me reconocía en mis actos. Si me hubiera dejado llevar por mi lado irracional, habría pensado que me tenía bajo el efecto de alguna especie de hechizo.

Me serví otra copa de vino, puse un álbum de Sinatra y busqué la canción «Witchcraft»[\[2\]](#).

Cantando a coro, apuré la botella y me dio por bailar como un idiota en la sala de estar.

—Oh, Frank —dije en tono lastimero arrastrando las palabras—. ¿Tú también tuviste una Julia Wilde? ¿Qué hiciste tú con tu bruja?

La letra me dijo que no había una bruja más encantadora que la suya. Puse los

ojos en blanco.

—Bien, verás, Frank, Julia no es encantadora. Es mala. Me manda mensajes subidos de tono cuando salgo a cenar con otra mujer. Me provoca y me hostiga —farfullé, y fui en busca de otra botella de vino—. Se supone que esto iba a ser algo sin complicaciones —continué—. Se supone que iba a ser buen sexo y nada más. De hecho —reí entre dientes y descorché la botella—, el sexo no es bueno. Es cojonudo.

Me tapé la boca y miré a mi alrededor. A continuación escuché nuevamente mi risa.

—¿Sabes qué, Frank? A tomar por culo. Puedo decir «follar». ¡Follar, follar, follar! —Me serví una generosa copa y la apuré de un trago—. Me encanta follarme a Julia. Pero es una putada y la odio por hacerme esto —rezongué, y acto seguido volví a poner el disco.

Repetí el numerito de baile como un imbécil y fui haciendo esos a la cocina, donde había dejado la botella, farfullando para mis adentros en el trayecto: «Me encanta follarme a Julia. Me encanta f-follarme a Julia. Me encanta f-follarme a Julia».

Cogí la botella y conseguí llegar a mi despacho, donde me puse a trajinar, a cambiar de sitio los libros y a ordenar el escritorio con la esperanza de matar el tiempo mientras esperaba.

Encontré un trabajo de Julia que tenía pendiente de corregir, me dejé caer en el sillón del despacho, botella en mano, y me metí de lleno en las ideas de Julia acerca de la manipulación sexual en *Lolita*. Escribía tan bien y con tanta elocuencia acerca del tema que volvió a desatar mi ira, pero con toda su fuerza.

¡Cómo no iba a saber de buena tinta ella sobre la manipulación sexual! Había sido su táctica desde el mismísimo primer día, vistiéndose como una pícara colegiala en clase, haciendo comentarios sugerentes, enviándome mensajes subidos de tono. Dando tragantadas al vino, empuñé el bolígrafo rojo y me puse a escribir notas en los márgenes con el entrecejo fruncido, ansioso por darle su merecido.

En un momento dado, llamaron al timbre y alcé la vista con cierto sobresalto. Volvió a sonar.

*Julia. Está aquí.*

Eché a correr en dirección a la puerta, casi tropezando con los zapatos que había tirado al suelo sin miramientos, y la abrí bruscamente.

*Ay, Dios mío, mi cabeza!*

Con un gemido, logré entreabrir los ojos bajo el peso de los párpados. La luz del amanecer se filtraba por la ventana de mi dormitorio y un tremendo dolor me acribillaba el cerebro. Volví a cerrar los ojos y me volteé hasta el borde de la cama con dificultad. Necesitaba desesperadamente orinar y tenía que levantarme, a pesar de que todo mi cuerpo protestaba. Fui haciendo esos hasta el baño. Seguidamente, me miré al espejo e hice una mueca de dolor al ver mis ojos inyectados en sangre. Tenía la garganta completamente reseca y, de camino a la cocina, eché un vistazo fugazmente a la sala de estar y paré en seco.

*¿Qué demonios...?*

Parecía una zona siniestrada. Sillas tumbadas, discos desparramados, DVD junto a un estante descolgado, los cojines del sofá desperdigados por todos sitios. Había manchas en el suelo junto a una botella de vino tinto tumbada, junto con mi ropa de la noche anterior. Al bajar la vista comprobé que estaba totalmente desnudo.

*Por el amor de Dios, ¿qué ha pasado?*

Olvidada la sequedad de mi garganta, me dejé caer en el sofá, mareado y desorientado a la vez. Cerré los ojos y respiré hondo para despejar la cabeza. Los recuerdos de la víspera me asaltaron la mente y la habitación comenzó a dar vueltas.

*¿Te gusta cuando te follo con ganas? Dímelo, Julia. ¡Dímelo, joder!*

Mi voz aún resonaba en mi cabeza. ¿Acaso le había dicho eso?

*¡Oh, no, no, no!*

Vagué de un lado a otro durante unos instantes hasta que corrí en dirección al dormitorio. La cama estaba vacía.

*No está aquí.*

¿Dónde estaba? ¿Le habría hecho daño? Cerré los ojos tratando de recordar lo que había ocurrido la noche anterior. Los detalles estaban un pelín más que

confusos.

Tras oír el timbre, había echado a correr hacia la puerta y me había encontrado a Julia en el umbral. En un acto instintivo, la había agarrado para hacerla entrar de un tirón antes de cerrar de un portazo.

—Stephen, ¿qué pasa? —dijo riendo—. ¡Joder! ¿Estás borracho?

—Lo has notado, ¿eh? ¿Quieres saber por qué estoy borracho, Julia? —pregunté, mientras le desabotonaba el abrigo.

Ella asintió.

—Estoy borracho por tu culpa, pequeña bruja —continuó, furioso—. Porque me vuelves jodidamente loco.

—¿En serio? —preguntó con una sonrisa tímida.

—¡No juegues conmigo, niñata! —exclamé fuera de mí—. ¡Sabías perfectamente lo que hacías al mandarme esos mensajes!

Le abrí el abrigo y me quedé boquiabierto. Debajo solo llevaba ropa interior, un conjunto de encaje negro. Le quité el abrigo y lo tiré al suelo. Ella parecía algo nerviosa, cosa que me gustó. No, joder, me encantó. Por una vez era yo quien tenía la sartén por el mango.

—Lo siento, Stephen —dijo, levantando la mirada hacia mí con gesto contrito.

—No te creo. Lo has hecho aposta para jugar conmigo, ¿a que sí? —pregunté, apretujándola contra la pared—. Te gusta ponerme como una moto, ¿a que sí?

Ella asintió.

—¿Notas eso? —pregunté, apretando mi erección contra su vientre—. Pues lo has conseguido. ¿Qué vas a hacer al respecto?

—Lo que quieras —susurró, y levantó la barbilla con gesto desafiante.

La miré fijamente a los ojos, los hermosos ojos azules que ocultaban tantos secretos que yo anhelaba descubrir. Su respiración se había acelerado y comprobé la dureza de sus pezones bajo el encaje de su sujetador. La deseaba como un loco.

—¿Sea lo que sea? —murmuré—. Quiero que digas que lo sientes de verdad.

Los ojos le echaban chispas.

—No.

Le agarré los pechos y la apretujé contra la pared. Mis labios se encontraban a escasos milímetros de los suyos.

—Dilo —ordené.

—No —gimió. Arqueó la espalda y empujó los pechos contra mis manos. Su negativa me excitaba y me enfurecía a la vez. La cogí en volandas sin esfuerzo y enganché sus piernas alrededor de mi cintura.

—Di que lo sientes —le susurré al oído, mientras la aplastaba contra la pared—. Dilo y... te follaré.

Emitió un sonido de lo más erótico, un tenue gimoteo desesperado, y basculó las caderas para aumentar la fricción. Tenía que poseerla. A duras penas me desabroché los pantalones y me bajé los bóxers sin dejar de sujetarla. Agarré el delicado tejido de su ropa interior y volví a mirarla.

—Me deseas, ¿verdad? —pregunté.

Asintió e hizo amago de besarme.

—No, hasta que no lo digas, no —le advertí, y la agarré con más fuerza.

—No puedo.

Tiré hacia abajo bruscamente para romper el encaje y tomé una bocanada de aire al palpar sus pliegues desnudos y lubricados. Ella ardía de deseo igual que yo.

—¡Dilo! Di que sientes haber jugado conmigo, Julia —ordené—. Tú estabas al tanto de que tenía una cita y lo hiciste aposta. ¡Di que lo sientes!

—¡No puedo! —chilló.

—¿Por qué no? —bramé.

—¡Porque no lo siento, joder! ¡Quería que pensaras en mí! —gritó, y me agarró de la cara para pegarla a la suya.

Nunca nos habíamos besado de esa manera, con desesperación y desenfreno. Prácticamente nos devoramos el uno al otro. Tras palpar a ciegas durante unos instantes, la abrí con mis dedos y la penetré, hundiéndome en su calor.

—¡Joder! —gritó, y se aferró a mis hombros cuando embestí.

—¿Acaso crees que no pienso en ti? —resollé—. No hago otra cosa que pensar en ti. —La así con más fuerza de las caderas y me apoderé de su boca con un beso desahogado—. Sueño contigo por las noches, con hacer esto contigo, Julia.

—Stephen —gimió, dejando caer la cabeza hacia atrás.

—¿Qué has hecho conmigo? —dije con el aliento entrecortado, mientras la poseía cada vez con más ímpetu—. Apenas me reconozco.

—¡Oh, joder! —gritó—. ¡Así, así!

Me hundí en ella, completamente cegado de lujuria y también movido por la necesidad de castigarla por enardecer mi deseo hasta ese punto.

—¿Te gusta cuando te follo con ganas?

*Gritó más fuerte y me clavó las uñas en los hombros.*

*—¡Dímelo, Julia! ¡Joder, dímelo! —exigí, y atenué el ritmo.*

*—¡Sí, me gusta!*

*—Grita mi nombre cuando te corras —dije sin resuello, y guie su mano hacia abajo entre nuestros cuerpos fundidos.*

*Atrapé sus labios con los míos, pero apenas podíamos besarnos de lo mucho que jadeábamos. Bastaron unos cuantos envites más para que Julia gritara mi nombre tan fuerte que me zumbaron los oídos. Segundos después me llevó al límite y, al correrme, la apreté contra mí fuertemente. Me fallaron las rodillas y a punto estuve de dejarla caer al suelo. Jadeando sin resuello, y casi sin respiración, nos aferramos el uno al otro.*

*Al cabo de unos segundos, empezó a escurrirse, como siempre, y la dejé en el suelo. Se coló por debajo de mi brazo, cosa que reavivó mi enojo. Ella siempre era la que se apartaba. Esa noche no. Mi deseo no había quedado saciado y quería más. La agarré de la muñeca y tiré de ella para acorralarla entre mis brazos.*

*—¿Dónde crees que vas? —dije, y alargué la mano para desabrocharle el sujetador—. Todavía no he acabado contigo.*

El resto de la noche fue una vorágine absoluta. A medida que las últimas dosis de alcohol que había consumido penetraban en mi torrente sanguíneo, mis recuerdos se volvían aún más borrosos e incoherentes. Miré la mesa de comedor. La había poseído allí. Recordaba vagamente haber tirado el estante al tomarla contra la pared. También la había puesto a gatas sobre el sofá para tomarla por detrás mientras la agarraba del pelo. Los cojines por el suelo... Me vino una visión de Julia arrodillada encima de ellos mientras yo, de pie a su lado, utilizaba su boca para complacerme.

*Por Dios, ¿qué le he hecho?*

Me había comportado como un verdadero animal. Recordaba los gritos, jadeos y gemidos. Puede que la hubiese mordido en un momento dado. No me acordaba de cómo había terminado ni de cómo había conseguido llegar a mi cama. ¿Habría dormido con ella o me había ido dando traspiés a la cama dejándola ahí? Se me revolvió el estómago. La noche anterior había sido brutal. Ella era muy menuda. ¿Le habría hecho daño? Había sido brusco con ella. Salí disparado del sofá en busca del teléfono, presa del pánico ante la posibilidad de que Megan o Sophia respondieran a la llamada y me dijeran que Julia no podía ponerse al

teléfono. Sonó una, dos veces, y el corazón me dio un vuelco cuando respondió.

—Hola, tú —ronroneó desde el otro lado de la línea.

—Julia —resoplé, y acto seguido tomé una bocanada de aire entrecortada—. ¿Estás bien?

—Sí, muy bien. ¿Por?

¿Muy bien? ¿Cómo va a estar muy bien?

—M-me he despertado y la sala de estar está... ¿Estás herida?

—No —respondió despacio—. ¿Qué pasa, Stephen?

—No estabas aquí, y me encuentro tan... No recuerdo todos los detalles de anoche, pero... ¿Seguro que estás bien?

—Cariño, tranquilízate. Estoy genial. ¿Qué ha pasado? Estabas estupendamente cuando te metí en la cama.

—¿Que me metiste en la cama? No me acuerdo de gran cosa después de, hum, después de lo que pasó en el recibidor e incluso eso está... un poco confuso —confesé.

—Mmm... Lástima que no lo recuerdes, porque fue el mejor sexo de mi vida —dijo, riendo entre dientes.

Ah, ¿sí? ¿Cómo es posible?

—Pero... fui tan brusco contigo, Julia... ¡Prácticamente te *forcé!*

—No digas chorradas —replicó en tono sereno—. No te lo tomes a mal, Stephen. Me consta que tienes mucha fuerza, pero estabas bastante pedo y seguro que habría podido contigo si hubieras hecho algo en contra de mi voluntad.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir con que habrías podido conmigo?

—Stephen, practiqué *kickboxing* durante unos años y he dado un montón de clases de defensa personal. Puedo cuidarme. Anoche no me hiciste daño. No es tu estilo. ¿En serio que no recuerdas todos los orgasmos que me provocaste?

—No, la verdad es que no —reconocí—. Lo que mejor recuerdo es haberte tratado como a una muñeca de trapo.

—Eso también lo hiciste —señaló—. Y disfruté cada segundo.

—¿De veras?

—Lo juro. Lo pasé genial. No dejabas de preguntarme si estaba bien, si estaba disfrutando. Puede que tuvieras un colocón del quince, pero daba la impresión de que tu principal objetivo era que me corriera cuantas más veces mejor. ¡Misión cumplida!

—Entonces, lo pasaste realmente bien —concluí, notando que se me relajaban los hombros.

—Y que lo digas —afirmó—. De hecho, igual necesito que tengas más citas si eso es lo que ocurre después.

*Ni pensarlo.*

—No, nada de más citas —repliqué, y solté un suspiro.

—¿En serio?

—Sí, tenías razón. Ver a dos personas a la vez resulta complicado.

—Entonces, ¿no vas a salir con nadie más?

—No, solo contigo.

—Vale —dijo en voz baja.

*Dios, ojalá pudiera ver su expresión. ¿Se alegrará de ello?*

—Hum... ¿Qué haces? —pregunté.

—Nada. Me he despertado hace poco, pero me daba demasiada pereza salir de la cama.

—¿Te apetece compañía? —pregunté de sopetón.

Tenía muchísimas ganas de verla y de comprobar con mis propios ojos que realmente estaba tan bien.

—Claro —gimió, y sonó como si estuviera estirándose—. ¿Y si me paso por tu casa con comida antirresaca? Seguro que te sienta bien.

—Sí —admití avergonzado.

—Genial. ¿Me ducho en un pispás y paso por allí dentro de una hora o así?

—Buena idea —contesté, sonriendo.

—Hasta ahora —dijo, y colgó.

—Me muero de ganas de verte —añadí, a sabiendas de que no me escuchaba.

*Y... y creo que tal vez me he enamorado de ti.*

*No puedo estar enamorado de Julia! Es un disparate. ¡No tiene ningún sentido!*

Tiré el teléfono al sofá y me puse a caminar de un lado a otro de la sala de estar. Debería haberme sentido horrorizado ante el caos reinante, pero de momento me importaba un bledo; tenía cosas más importantes sobre las que reflexionar. No podía estar enamorado de Julia. Nuestro acuerdo no lo contemplaba. Se trataba de sexo y nada más. Ambos habíamos acordado eso cuando empezamos a vernos.

*No puede ser amor. De ninguna de las maneras.*

No tenía ningún marco de referencia en ese asunto en particular. Que yo supiera, nunca había estado enamorado. Me había encaprichado alguna que otra vez, claro, y siempre había sentido afecto por las mujeres con las que había salido, pero no había experimentado nada que pudiera definirse como amor.

No tenía ni idea de lo que significaba estar enamorado y, por lo tanto, no podía saber si eso era lo que sentía por Julia. Debía llegar a alguna conclusión antes de que ella se presentara. ¿Cómo podía averiguarlo?

Preguntar a Matt quedaba descartado. Él nunca había abrigado sentimientos profundos hacia una mujer, de eso no me cabía la menor duda. Además, por nada del mundo se tragaría que le estaba planteando una pregunta inocente y se olería que había gato encerrado. Era preciso abordar el tema con lógica.

*¿Qué haría si se tratase de una pregunta académica?*

Enseguida encontré la respuesta. Investigaría. Encendí el ordenador y, mientras arrancaba, me vestí a toda prisa y cogí una botella de agua de la nevera.

*Investigación. Eso se me da bien. Soy ducho en investigación. Daré con la respuesta.*

Pero no podía utilizar ninguno de mis motores de búsqueda habituales. El concepto del amor en la literatura y la poesía era demasiado vago y había que tener en cuenta un sinfín de variables. Yo necesitaba hechos. Aunque casi nunca

consultaba Google en mis investigaciones académicas, en ese momento vi que no tenía elección y tecleé «Señales de que estás enamorado». Solté un fuerte gruñido y me froté la cara al ver los resultados.

*Trescientos millones de resultados.*

Encontré cierto consuelo ante el hecho de que al parecer no era el único que tenía dificultades en esta faceta concreta de la vida.

—«Señales de que estás enamorado... para tontos» —leí en voz alta. Eso parecía curiosamente apropiado, dado que en lo tocante al amor era un tonto de remate. Pinché en la página web y empecé a leer con el alma en vilo.

Sientes mariposas en el estómago al ver a esa persona.

Eso era cierto. Sí que notaba un aleteo en el estómago cuando Julia me sonreía, pero lo achacaba a una simple indigestión.

Estás dispuesto a ir a algún sitio que odias.

¡Línea! Odiaba en lo más profundo su apartamento, pero iba allí con tal de verla.

Renuncias a los encuentros esporádicos con otras mujeres.

Bueno, yo no había tenido más que una cita, pero había decidido no salir con ninguna otra mujer. De momento coincidían tres de tres. Esto no tenía buena pinta.

Te pasas todo el tiempo fantaseando con esa persona.

¡Bingo! Fantaseaba y soñaba con ella.

Te comportas como un idiota.

Efectivamente. Para ser alguien que en teoría era inteligente, me asombraba mi propia estupidez siempre que estaba en compañía de ella.

Deseas que cada llamada que recibas sea de esa persona.

¡No, eso no era cierto! Menos mal. Nos mandábamos mensajes, no hablábamos por teléfono. Pero sí que deseaba que cada mensaje fuera de ella.

*¡Maldita sea!*

Tragué saliva un par de veces con los ojos clavados en la pantalla. Era imposible negar la evidencia. Todas las respuestas apuntaban en la misma dirección: era un tonto, y por lo visto estaba enamorado.

*Pero... ¿es que no quiero estar enamorado de Julia!*

Esta revelación no auguraba nada bueno. Ella no me convenía para nada: una juerguista alocada cuyas prioridades en la vida eran totalmente diferentes a las mías. Ni siquiera podíamos vernos en público porque seguía siendo alumna mía, y yo seguía siendo su profesor.

*Además, no quiere salir contigo. ¿Acaso se te ha olvidado?*

Julia no salía con nadie ni quería tener pareja. Era partidaria del sexo esporádico y nada más. Pero, entonces, ¿por qué habría sugerido ir a mi casa a pasar el rato ese día? Seguramente el sexo no se encontraba entre sus expectativas, en vista de que yo tenía resaca. Si hubiera tenido ganas de sexo habría esperado a verme cuando me encontrara mejor.

Meneé la cabeza y lo lamenté al instante. Mi dolor de cabeza me atenazó con más fuerza, de modo que fui hacia el sofá despacio y me tendí con los ojos cerrados. Inhalé y exhalé profundamente. Puede que efectivamente estuviera enamorado, pero no podía decírselo. Si le confesase que buscaba algo más ella echaría a correr despavorida; no podía arriesgarme a eso. De lo único que tenía la certeza absoluta era de que deseaba seguir viéndola fueran cuales fueran las circunstancias.

A lo mejor las señales eran lo de menos y yo no estaba enamorado de ella. ¿Acaso no cabía la posibilidad de que el deseo que despertaba en mí sencillamente me sobrepasara? Esa opción no era nada desatinada, pues ciertamente ponía mucho de mi parte a la hora de desearla. Cerré los ojos y me pasé la mano por el pelo. Estaba hecho un mar de dudas. Si alguien me hubiera dicho el mes anterior que me acostaría con una de mis alumnas, me habría echado a reír ante semejante disparate. Pero el hecho era que me estaba acostando con una alumna de manera periódica, y por lo visto había perdido hasta el último resquicio de sentido común y raciocinio.

*¿Qué demonios voy a hacer?*

Sin encontrar respuesta, me incorporé y empecé a recoger los trozos de cristal de la botella de vino. Me puse a trajinar por el apartamento con el piloto automático, arreglando el desastre de la noche anterior. Después de asearme, me miré fijamente en el espejo del baño. ¿De verdad estaba enamorado de mi alumna?

Al sonar el timbre, el corazón me empezó a latir desbocado en el pecho.

*Julia.*

Ignorando mi dolor de cabeza, eché a correr hacia la puerta, la abrí de par en par y repasé a Julia de arriba abajo. Llevaba uno de sus ridículos atuendos y el maquillaje emborronado, pero no me importó. Movidito por un impulso, tiré de ella para abrazarla. Parecía ilesa, pero tenía que cerciorarme. Di un paso atrás, pasé mis manos por sus brazos, su espalda y su cuello, y finalmente tomé su cara entre mis manos.

—Estás bien, estás bien —me oí susurrar antes de que mis labios apresaran los suyos.

Ella dejó escapar un sonido de sorpresa y, al instante, me correspondió al beso. La rodeé con mis brazos y automáticamente el beso cobró intensidad. Oí que dejaba caer algo al suelo al agarrar con fuerza mi camisa para tirar de mí.

Me aparté al notar que me excitaba. Me embargó la constancia de que no pretendía que el beso tuviera una connotación sexual. La había besado aliviado al comprobar que se encontraba sana y salva. La había besado porque me alegraba de verla. La había besado porque..., porque estaba enamorado de ella.

*Estoy enamorado de Julia.*

Era una pesadilla. Estaba enamorado de la preciosa e inalcanzable chica que tenía delante y, si se lo decía, me dejaría. Ella no deseaba mi amor en absoluto. Gemí a voz en cuello y dejé caer la cabeza sobre su hombro.

—Pobrecito —dijo ella en voz queda, frotándose la espalda—. ¿Te encuentras mal?

*Sí. Tengo mal de amores, según parece.*

Asentí y noté que me conducía a la sala de estar, donde me ayudó a tumbarme en el sofá.

—No te preocupes —dijo—. He traído unas cosas que te harán sentir mejor. —La oí caminar en dirección al recibidor para quitarse el abrigo y los zapatos antes de volver a mi encuentro. Abrí los ojos y la miré—. Tienes los ojos muy enrojecidos —añadió con gesto preocupado.

—Sí, no me encuentro muy allá.

—Bébetelo esto. —Me tendió un gran vaso con una pajita. A esas alturas ya sabía que no debía poner en duda nada de lo que Julia me ofreciese y le di un buen trago al mejunje rosa.

—Dios, qué bueno —señalé, y bebí otro sorbo—. ¿Qué es?

Sonrió.

—Es un *smoothie* de fruta: plátanos, frambuesa, un potingue de soja con sabor

a vainilla y un poco de *ginseng*.

—Gracias —dije con una sonrisa.

—De nada. A casi todo el mundo le da por comer guarrerías grasientas para la resaca, pero con eso lo único que consigues es que te dé cagalera.

Eché la cabeza hacia atrás al soltar una carcajada, a pesar de que me dolía.

*¡Cagalera! Qué graciosa eres. Te quiero.*

—Ay —gruñí, sujetándome la cabeza cuando me recompuse.

—Oh, lo siento —dijo—. Recuéstate y relájate.

Seguí sus indicaciones y me quedé mirándola mientras ponía una película y sacaba un sándwich de la bolsa que había dejado tirada en el suelo del vestíbulo. Sonreí al comprobar que era igual que el que me había tomado la primera noche que nos acostamos juntos.

—¿Lo has hecho para mí? —pregunté, aun siendo evidente que así era.

—Sí, me sentía un poco culpable por todos esos mensajes que te envié, por si fueron la causa de que bebieras tanto.

—No pasa nada —dije con franqueza—. Soy yo quien debería disculparme.

—¿Por?

—No fue mi intención en absoluto mostrarme tan, hum, brusco contigo. Espero no haberte asustado.

—Para nada —contestó—. Me gustó.

—¿De verdad? —pregunté, y le di un bocado al sándwich.

*Madre mía, a esta mujer no hay quien la gane a la hora de hacer un sándwich.*

—Sí. A ver, no quiero que me malinterpretes ni mucho menos. No es que me vaya mucho lo de los látigos y las cadenas, pero me puso a cien que tomaras el control.

—¿Látigos y cadenas? —repetí con cierto asombro.

Se encogió de hombros.

—He hecho algunos pinitos.

—Hum... ¿Pinitos en qué exactamente?

—En el *bondage*. Ya sabes, que te aten. Utilizar unos cuantos juguetes. Pero sin látigos; eso me resulta un pelín friki. —Su sonrisa ladeada hizo su aparición.

*¡Bondage!*

A punto estuve de atragantarme con el sándwich; me dio un golpe de tos. Julia me dio palmadas en la espalda y bebí un sorbo del *smoothie*.

—¿Eso te gusta? —pregunté, medio ahogándome, mirándola fijamente.

—Claro —dijo sonriendo.

*Oh, Dios bendito, yo sería totalmente incapaz de hacer eso, ¿o no? Esa no es manera de tratar a una mujer.*

—Pero no tengo intención de hacer algo así contigo —apostilló.

*Menos mal. Pero... ¿por qué exactamente?*

—¿No? —pregunté, y me quedé atónito al apreciar en mi voz una pizca de decepción.

—Podemos probar, si te apetece —propuso—. Creo que sería un puntazo estar a tu merced.

Visualicé a Julia maniatada a mi cama, completamente bajo mi control.

*Eso suena de lo más interesante. Dios, soy un perverso redomado. ¿Qué me ha pasado?*

—Stephen, ¿sigues aquí? —dijo riendo, al tiempo que movía la mano delante de mi cara.

Yo estaba en la inopia.

—Perdona —repuse, y traté de apartar esa imagen de mi cabeza.

—Bueno, ¿es algo que quieras probar? —preguntó con curiosidad.

*¿Pensaré que soy un degenerado si digo que sí?*

—Y-yo, hum... —balbucí como un idiota.

—¿Asumo eso como un «sí»?

Resoplé y respondí con un ligero asentimiento de cabeza al tiempo que me ponía colorado como un colegial al que pillan hojeando una revista porno. O, a decir verdad, como si a un servidor lo pillaran hojeando una revista porno.

—Guay. —Sonrió pícaramente—. ¡Me muero de ganas!

—Hum, Julia, ¿seguro que te sentirías cómoda haciendo eso conmigo?

—Sí, claro. ¿Por qué no iba a estarlo?

Yo no concebía por qué confiaba en mí tan incondicionalmente. La noche anterior podría haberle hecho mucho daño al zarandearla sobre superficies duras y desfogarme con ella. Yo le sacaba como mínimo veinticinco kilos de diferencia y, en comparación conmigo, era muy pequeña.

—¿Y si te hago daño sin querer?

—¿Estás de coña? Eres el amante más considerado que he tenido en mi vida. La mayoría de las veces da la impresión de que te centras más en darme placer que en recibirlo.

*«Amante». Definitivamente, ya es algo con respecto a «amigo con derecho a roce».*

Sentí una oleada de calidez en el pecho. Era el amante de Julia. Su único amante. Stephen Worthington, el friki empollón que no consiguió que ninguna

chica le acompañara al baile de graduación, ahora era el amante de esa preciosa joven.

*¿Que cómo estoy hoy? ¡Fenomenal! ¿Por qué? Porque soy el amante de Julia Wilde. Hasta la veo desnuda y todo. ¡Ah! ¿Te he comentado que quiere que la ate para practicar juegos sexuales con ella? Como lo oyes. Porque soy un amante muy considerado. Y conmigo tiene orgasmos. ¡Un montón!*

—¡Stephen! —dijo riendo, moviendo las manos delante de mi cara de nuevo.

—Perdona, ahora sí que te escucho, lo juro —contesté, y le di otro bocado al sándwich—. Y, por cierto, esto está delicioso —añadí.

—Gracias. ¿En qué estabas pensando justo ahora?

—En nada, es que hoy estoy en las nubes —respondí, dedicándole una sonrisa—. No estoy acostumbrado a beber mucho.

—Ya me lo figuraba. Entonces, ¿en serio tienes lagunas sobre lo que pasó anoche?

—Los detalles se difuminan un poco a partir de lo que ocurrió en el recibidor —reconocí.

—Pues me empotraste contra esa pared —explicó, señalando en dirección al estante roto—. También por detrás, agachada sobre el respaldo del sofá, y luego tumbada boca arriba encima de la mesa del comedor, con las piernas en el aire. Ah, y también hubo una mamada —apostilló con una pícaro sonrisa.

—Oh, Dios mío —gemí, tapándome la cara con las manos—. No sé qué vena me dio.

—Yo sí —dijo—. Te cabreé. No te sientas mal; me gustó muchísimo que tu castigo consistiera en provocarme orgasmos múltiples.

*¡Orgasmos múltiples! ¡Cojonudo!*

Me asomé entre mis dedos y vi que estaba sonriendo.

—Eres tan mono... —añadió, y se echó hacia delante para besarme.

Sus labios eran suaves y cálidos, y el beso fue tierno y lento. Al cabo de unos instantes se apartó, metió la mano en la bolsa y sacó un *smoothie* y un sándwich para ella.

—Vamos a tomárnoslo con calma hoy, ¿vale?

Nos recostamos y nos comimos los sándwiches viendo la película que había traído. Estaba muy a gusto y me encontraba a mis anchas en su compañía. Había mostrado una actitud muy dulce conmigo y estaba claro que no había ido a mi casa con pretensiones de sexo. Eso era, definitivamente, una novedad. Tal vez significara que yo era para ella algo más que un mero tío con el que se acostaba. Eso esperaba, porque para mí ella significaba más que una amante esporádica.

Me fijé en su mano, que descansaba sobre su muslo, y me dieron ganas de agarrarla. Despacio, levanté la mía sin dejar de mirar su expresión de soslayo.

Ella seguía viendo la película, completamente ajena a mi mano oscilante a escasos milímetros sobre la suya. Mi pulso me retumbaba en los oídos y me di cuenta de lo absurdo de la situación. Habíamos tenido sexo desenfrenado la noche anterior; la había poseído prácticamente encima de todas las superficies existentes en la habitación, y en cambio me aterrorizaba cogerla de la mano. Cogerse de la mano estaba totalmente descartado en el acuerdo de amigos con derecho a roce, pues era algo que uno hacía con la novia.

*No lo hagas. Le entrará pánico.*

Yo sabía que era arriesgado, pero lo deseaba, y hacía un rato nos habíamos dado un dulce y tierno beso. Respiré hondo y posé la mano sobre la tuya.

Ella dio un respingo. Puso los ojos como platos y me dio la impresión de que se le aceleraba la respiración.

—¿Pu-puedo...? —susurré, y le acaricié la mano con el pulgar.

Su mirada osciló entre mi cara y nuestras manos unas cuantas veces antes de asentir lentamente.

Suspiré de alivio y seguidamente le apreté con delicadeza la mano antes de volver mi atención hacia la pantalla. Percibía su mirada y noté que seguía totalmente rígida. Procuré mantener la respiración bajo control y volví a acariciarle el dorso de la mano con el pulgar. Tras unos minutos de agonía, noté que se relajaba, lo cual me hizo sonreír. Vimos el resto de la película así, con mi mano descansando encima de la suya. Aunque no tuve valor para ponerle la mano boca arriba y entrelazar nuestros dedos, indudablemente era un paso adelante en la dirección correcta. Ignoraba por qué se mostraba tan reticente en lo tocante al afecto, pero estaba decidido a demostrarle que entre nosotros podía existir algo más que una mera relación física.

La película terminó, pero yo no tenía ganas de cambiar de postura y apartar la mano.

—¿Puedo ir al baño? —preguntó.

No podía negarme a la petición; se levantó y sacó la mano de debajo de la mía. Me dio la sensación de que tardaba mucho y me pregunté en qué estaría pensando. El día no había girado en torno al sexo como las otras veces que habíamos estado juntos, y tenía mis dudas sobre lo que pasaría cuando saliese del baño.

*Espero que no tenga ganas de irse ya.*

Era sábado, yo no tenía ningún plan, y me apetecía que pasase todo el día

conmigo. Para ser exactos, pensé que ojalá pudiésemos dar una vuelta juntos. Hacía un bonito día de primavera y me habría encantado dar un paseo con ella. Evidentemente, no era posible. Ella seguiría siendo alumna mía durante unas cuantas semanas más y el hecho de que alguien nos viera juntos significaría el fin de mi carrera, además de nuestras respectivas reputaciones. Al levantar la vista vi a Julia de pie junto a la puerta, vacilante.

*Por favor, vuelve a sentarte conmigo.*

—Igual debería ir poniéndome en marcha —dijo, aunque sonó como una pregunta más que como una afirmación.

—Oh, ¿tienes planes?

—No.

*Pídele que se quede.*

—Yo tampoco, hum... Vamos, que no tengo planes —dije, con la esperanza de que captara la indirecta.

—Vale.

¿Por qué era esto tan difícil?

—Te... puedes quedar, hum, si te apetece —logré proponerle.

—Vale —repitió.

*¡Sí!*

—¿Qué te gustaría hacer?

—Podríamos jugar a algo —sugirió.

—A un juego de *bondage*, no, ¿vale? —solté sin querer, horrorizado.

*¿Qué me pasa en la boca? Creo que tengo que ir a que me vea un médico o algo.*

Le hizo gracia y meneó la cabeza.

—No, Stephen. Un juego de *bondage*, no. No creo que hoy estés con ánimo para eso. ¿Y tu dolor de cabeza, por cierto?

—Un poco mejor —respondí—. Pero todavía me molesta.

—Deja que te dé un masaje —sugirió.

—¿Un masaje? ¿Sabes darlo?

—Claro. ¿Tienes aceite o loción para masajes?

—Tengo loción —respondí, y ladeé la cabeza para que no viera que me había ruborizado.

*Por lo que más quieras, no preguntes para qué la uso.*

—Estupendo. Ve a por ella y tumbate en la cama —dijo, y enfiló hacia el dormitorio.

*¡Oh, no, esto es de lo más bochornoso! La loción está encima de la mesilla de*

*noche, al lado de una caja de clínex. No hay que ser un genio para sacar conclusiones.*

Cuando entré al dormitorio ella ya se había acomodado en la cama. Me indicó con un gesto que me quitara la camisa. Lo hice y me dejé caer en la cama.

—Hum, la loción está ahí —farfullé, y señalé hacia la mesilla de noche mientras hundía la cara en la almohada. La oí reír por lo bajini y moverse por la cama—. Lo siento —me oí decir entre dientes, aunque no me explicaba por qué me disculpaba por masturbarme.

—No lo sientas —repuso, sentándose a horcajadas sobre mis caderas—. Yo lo hago continuamente.

—¿C-cómo? —¿De veras Julia me acababa de decir a bocajarro que se masturbaba?

—Es algo totalmente natural. Casi todo el mundo lo hace —comentó a la ligera, y empezó a untarme la espalda con la loción. Probablemente fuese cierto, pero jamás había conocido a nadie que lo admitiera aparte de Matt, y mucho menos a una mujer.

—Yo no suelo hacerlo mucho —mentí por alguna razón. Desde el instante en que empecé a ver a Julia, mis deseos carnales se habían multiplicado exponencialmente. A esas alturas me daba tutes a lo Kerou como un adolescente casi todas las noches antes de irme a la cama cuando no estaba con ella.

—¿Piensas en mí cuando lo haces? —preguntó mientras me masajeaba los músculos de los hombros.

Asentí. Ella era la única en la que pensaba durante mis actividades nocturnas en solitario. Bueno, yo también aparecía en las fantasías, claro, la mayor parte del tiempo haciéndole cosas que me ruborizaría pronunciar en voz alta.

—Yo también pienso en ti —dijo, y, al presionar sobre un músculo dolorido, solté un quejido.

*¡¿Piensa en mí cuando se toca?! Es preciso que lo recuerde sin falta para mi próxima..., esto..., sesión.*

No le pedí que entrara en detalles porque no había duda de que eso crearía más visiones en mi cabeza, cosa que a su vez provocaría un patente endurecimiento que probablemente no le pasaría desapercibido al levantarme. Quería cerciorarme de que ese día ella no tuviese el sexo en mente y de que efectivamente le gustaba pasar tiempo conmigo. Tenía muchas más ganas de eso que de sexo, y esa certidumbre me dejó algo perplejo. Deseaba la compañía de Julia más que su cuerpo. Obviamente también deseaba su cuerpo, pero, puestos a elegir en ese momento, me decantaba por su compañía.

*Estoy enamorado hasta las trancas.*

Suspiré y enterré la cabeza en la almohada mientras ella aflojaba todos los nudos y la tensión de mi cuello y mis hombros. Cuando terminó, yo ya estaba adormilado y sin dolor de ningún tipo. Se tumbó a mi lado y noté que me acariciaba el pelo.

—Gracias —dije contra la almohada.

—De nada —respondió con voz queda sin dejar de acariciarme el pelo.

—¿Por qué eres tan amable conmigo? —pregunté, medio dormido, sin pensar lo que decía. Hubo un largo silencio, en el transcurso del cual casi me quedo dormido, hasta que por fin contestó.

—Porque... me gustas y punto —dijo en voz baja, y sonó a disculpa.

—Tú también me gustas.

*En realidad, te quiero. Me gustas, pero también te quiero.*

Noté que se movía para acercarse más a mí y, movido por un impulso, me coloqué de costado y la estreché entre mis brazos. Se puso rígida y tardó unos instantes en relajarse. Le acaricié el pelo tal y como ella había hecho conmigo y, demasiado pronto, me quedé frito.

Al despertarme, ella seguía entre mis brazos. Sonreí y la apreté contra mí. Emitió un tenue sonido y abrí los ojos para mirarla.

*Está despierta.*

Me estaba mirando fijamente y me pregunté cuánto tiempo llevaría observándome mientras dormía.

—Perdona, por lo visto suelo perder el conocimiento en tu presencia —dije con una sonrisa de compromiso, aludiendo a la primera noche que me puso la boca encima. Pero en aquella ocasión dormí solo y esta vez la tenía entre mis brazos. Ahora las cosas habían cambiado entre nosotros. No podía ser fruto de mi imaginación.

Dejó escapar una risita y me acarició el pelo de nuevo.

—¿Te sientes mejor?

Asentí sonriendo. No me había sentido tan bien... en mi vida. En ese momento, me daba igual que fuera demasiado joven y alocada, que su ropa y su manera de maquillarse chocaran con mi idea de lo que favorecía a una chica, o que el resto del mundo nos juzgara con crueldad si se enterara de lo que estábamos haciendo. Pasar un día con ella era maravilloso y yo deseaba que se quedara conmigo para siempre. Acerqué la cara unos milímetros a la suya,

calculando su reacción. No reculó, y apreté mis labios contra los suyos. Besé su labio inferior y seguidamente el superior, mientras con la mano sujetaba con delicadeza su cara. Ella respondió al beso y nuestros labios se movieron con naturalidad, como si llevaran haciéndolo años en vez de semanas. Fui el primero en apartarme otra vez antes de que se volviera demasiado ardiente, y ella no me lo impidió.

*Hoy no tiene ninguna gana de sexo. Debo de ser el único hombre sobre la faz de la tierra que se alegre de ello.*

Su sonrisa se convirtió en carcajada cuando me empezaron a rugir las tripas.

—Con todo el ejercicio que hiciste anoche —dijo con un guiño— no me extraña que tengas hambre.

—¿Es hora de cenar?

—¿Tienes hambre? —preguntó, y enarcó una ceja.

Asentí.

—Entonces es hora de cenar —dijo sin más.

Tenía toda la razón. Me debía dar igual que fuera o no la hora de cenar. Si tenía hambre, debía comer.

—¿Qué te apetece? —le pregunté. Enarcó las cejas con gesto de sorpresa y recordé que en realidad no me había dicho hasta cuándo se quedaría—. Si te quieres quedar, claro —añadí, procurando disimular mi anhelo.

—Me quedo, pero yo invito a la cena —respondió con firmeza.

—De acuerdo —convine, sospechando que el asunto era innegociable.

Se sacó el teléfono del bolsillo trasero y frunció el ceño.

—Mierda, ha palmado. Supongo que no tendrás un cargador que sirva para esto.

—Creo que ya sabes la respuesta. —Esbocé una sonrisa.

—Vale —dijo, y se rio por lo bajini—. ¿Me dejas que use tu ordenador?

—Claro, está en mi despacho. No tiene contraseña ni nada.

Me dio un beso rápido y saltó de la cama con la gracia de una bailarina. Me incorporé, me puse la camisa y acto seguido me estiré. El masaje que me había dado me había dejado los músculos de maravilla y albergué la esperanza de que le apeteciera volver a hacerlo en otra ocasión.

*Yo debería aprender a darle un masaje. A lo mejor hay algún libro que pueda leer.*

Al entrar a la sala de estar, me puse a recoger los vasos y los envoltorios de los sándwiches cuando de pronto oí un grito enfurecido.

—Stephen, ¿qué coño es esto? —chilló Julia.

Sin darme tiempo a responder, salió del despacho como una furia y me puso unas hojas de papel en las manos bruscamente. Tenía los ojos enardecidos de rabia; de hecho, di un paso atrás. Parecía dispuesta a pegarme. Al echar una ojeada a las hojas que tenía en mis manos, comprobé que era el trabajo de fin de curso de Julia. Y estaba totalmente cubierto de tinta roja. Daba la impresión de que sangraba. ¿Acaso había hecho eso yo?

—¡Me has suspendido! —gritó a voz en cuello.

Al revisar los papeles apresuradamente comprobé que tenía razón. En la última página había escrito un enorme «Insuficiente», rodeado por varios círculos.

—¿Cómo has podido hacerme esto? ¡Este trabajo equivale al cincuenta por ciento de mi nota! —exclamó, meneando la cabeza.

—Y-yo...

—¿Cómo has podido? —vociferó—. ¿Por qué? Me he dejado la piel en él, con la esperanza de que tú... ¿Sabes qué? ¡Olvídalo!

Se giró en redondo, echó a correr hacia el recibidor y empezó a ponerse los zapatos a tirones.

—Julia, yo... Por favor —supliqué con desesperación—. Escúchame...

—¡Debería haber intuido que esto me explotaría en la cara! —exclamó, y agarró el tirador de la puerta.

—¡No te vayas, por favor! —le rogué—. Deja que te lo explique.

—¿Explicarme qué, exactamente? —inquirió, fulminándome con la mirada—. ¿Que me has bajado la nota media porque cometí la estupidez de enrollarme contigo? ¿Qué tenías previsto hacer? ¿Echar unos cuantos polvos más conmigo y luego catearme? ¿Cómo has podido? ¡No puedo creer que me haya tragado tu rollo de mierda!

Observé horrorizado cómo abría la puerta de un tirón y cruzaba el umbral.

*¡Oh, no! ¡No, no, no!*

—¡Por favor, no digas eso! ¡No te enfades!

Se dio la vuelta para mirarme a la cara y una chispa de esperanza brotó en mi pecho. A lo mejor se quedaba y me dejaba explicarme.

—No tienes por qué preocuparte —repuso con mucha frialdad—. No voy a contárselo a nadie.

—Julia, no es eso lo... —empecé a decir.

—No diré ni pío —me interrumpió—. A diferencia de ti, no mezclo churras con merinas. Se acabó. Eso es lo que querías, ¿no? ¡Hala, pues ya lo has conseguido, profesor! ¡Me piro!

*¡No! ¡No puede irse!*

La agarré de la muñeca tratando de retenerla. No sé cómo acabé tirado en el suelo, mirando al techo.

—¡Ni se te ocurra volver a tocarme en la vida, mamón! —bufó.

Cuando conseguí ponerme de pie a duras penas vi que se alejaba como una exhalación por la calle y se metía de un brinco en un coche *vintage* de aspecto caro, que imagino sería suyo. Al alejarse el coche, me invadió el pánico ante la constancia de que lo mejor que me había pasado en la vida acababa de llamarme mamón y abandonarme para los restos.

*¡Joder!*

Qué marrón. ¡Menudo... marronazo, joder! Estaba tan descompuesto que no se me ocurría una palabra mejor para describir lo que acababa de pasar. Por un momento, barajé la idea de meterme en el coche de un salto y perseguir a Julia por la calle. Me asaltaron a la cabeza varias imágenes de películas románticas: en todos los casos la relación incipiente casi se fastidia por una metedura de pata, pero, después de un elocuente gesto, la pareja siempre acaba de una u otra manera bajo la lluvia, besándose y reconciliándose mientras se declaran amor eterno mutuamente. Pero esto era la vida real y, en vista de que, para empezar, Julia descartaba la idea de una relación, dudaba que un elocuente y romántico gesto fuese la mejor manera de proceder. Como tampoco había ni una nube en el cielo, estaba totalmente gafado.

Me quedé mirando los papeles que aún llevaba en la mano y me maldije por ser tan necio. ¿Cómo se me ocurrió plantearme que sería buena idea corregir su trabajo estando disgustado con ella?

*Porque estabas borracho.*

—¡Idiota! —me regañé a mí mismo, cerré la puerta y entré al apartamento—. ¡Pedazo de idiota!

Tenía que arreglar las cosas. Todo había sido un malentendido. Bajo ningún concepto le habría puesto un insuficiente a Julia de haber estado sobrio. Por mucho que me sacaran de quicio sus interrupciones durante mis clases, ella siempre aportaba comentarios bien meditados y perspicaces. Estaba claro que le había puesto mucho empeño al trabajo y yo lo había echado por tierra con mis observaciones con tinta roja. Al echar un vistazo a mis anotaciones en los márgenes me avergoncé. Me planteé si Julia se las habría apañado para leerlas todas. Esperaba que no.

Si al menos no lo hubiera descubierto ese día, todo habría salido bien. Yo habría visto el trabajo y lo habría repasado para ponerle la nota que merecía. Julia jamás se habría enterado y todo habría ido bien. Mejor que bien. No

concebía que hubiera pasado eso, justo cuando empezábamos a progresar, y después de compartir con ella un día tan maravilloso. En ese preciso instante probablemente estaríamos en el sofá, esperando la entrega de nuestra comida a domicilio. Tal vez me habría dejado que la besara otra vez con esa ternura sin pretensiones de sexo.

*Dios, ya la echo de menos.*

Tenía que hablar con ella. Con el corazón en un puño, marqué su número, pero saltó el buzón de voz. Era demasiado cobarde como para dejar un mensaje. Me froté con la mano el pecho para aliviar mi pesadumbre y respiré hondo.

*Arregla esto.*

Pero ¿cómo? Los gestos románticos estaban descartados. Ni las rosas, ni los bombones ni los poemas surtirían efecto ante la firmeza y tozudez de Julia, que no parecía estar enamorada. Sería preciso encontrar la manera de que accediese a mantener una relación propiamente dicha conmigo, pero eso tendría que ser más adelante. Primero, necesitaba que me perdonase y, para ello, necesitaba revisar su trabajo. Por suerte, como siempre pedía a mis alumnos que entregaran una copia digital de los trabajos, apenas tardé unos segundos en imprimir una nueva versión impoluta, sin mis garabatos fruto de la borrachera. Ojalá resultara tan fácil volver a empezar con la propia Julia.

Pasé la siguiente hora absorto en sus palabras solo para confirmar lo que ya sabía: el trabajo era excelente y digno de sobresaliente, si no de sobresaliente alto. No obstante, no podía presentarme como si tal cosa en la puerta de Julia, con el trabajo corregido en la mano y la pretensión de que me creyera. Ella pensaría que le había concedido la nota máxima con la mera intención de darnos otro revolcón o, peor aún, a modo de soborno para que guardase en secreto nuestro acuerdo. No, no bastaba simplemente con que le cambiase la nota. Necesitaba la opinión de alguien neutral, alguien con idéntica cualificación académica a la mía. Necesitaba a Brian.

—Stephen, ¿estás bien?

Alcé la vista hacia Brian con una leve sonrisa. Al llamarlo para pedirle ayuda, me había invitado a cenar con su familia, lo cual había sido estupendo y me había servido para evadirme de mis preocupaciones. Pero en ese momento, en el silencio del despacho que Brian tenía en su casa, volvieron.

—No, la verdad es que no.

—¿Qué pasa? —preguntó, y apartó a un lado el tablero de ajedrez que había

entre nosotros.

—Yo... La he cagado. He hecho algo..., algo de lo que no me enorgullezco.

Mi amigo asintió para animarme a que continuara y le dio un trago a su vino.

—Es que... —gemí, y me tiré del pelo. Sabía que debía sincerarme con Brian si pretendía que me ayudase con el trabajo de Julia, pero me daba miedo contarle los sórdidos detalles de nuestro acuerdo. ¿Qué pensaría de mí al enterarse de que me había estado acostando con una alumna? Después de Matt, Brian era mi mejor amigo, y su opinión me importaba. También me preocupaba la posibilidad de que me dijese que debía poner fin a la relación con Julia y, a pesar de que posiblemente no se chivaría, no quería que viera con malos ojos mis decisiones.

—Me he liado con una de mis alumnas.

Brian se rebulló en el asiento.

—Vale —dijo con calma, y me dejó continuar.

—No fue premeditado ni mucho menos. Sucedió por casualidad —expliqué—. Ella..., en fin, más o menos me sedujo, me figuro. Pero yo se lo permití. Deseaba que lo hiciera.

—¿Y ahora quieres poner fin a eso?

—¡No!

*¿Por qué todo el mundo da por sentado eso? Hasta Julia pensó que la había suspendido aposta con tal de librarme de ella.*

—No —repetí—. Brian, me... he enamorado de ella. —Al decirlo en voz alta me sentí bien, liberado; por fin pude relajarme un poco al aligerar la carga que llevaba sobre los hombros.

—En fin, eso es bueno —repuso Brian.

*¡¿Cómo que bueno?!*

Había imaginado que se quedaría pasmado y quizá un poco preocupado, pero no que se alegrara y se quedara tan pancho.

Me reí con desgana.

—No, no tiene nada de bueno.

Brian enarcó las cejas.

—Te voy a contar lo que ocurrió —empecé a decir—. Esta alumna de mi clase de literatura norteamericana me llamó la atención. Al principio no me gustaba ni mucho menos...

Le relaté toda la historia, obviando únicamente los pormenores de nuestra relación física.

—... y luego me insultó, me advirtió que no volviera a tocarla en la vida y se fue —concluí, y apuré mi vino. Dios, estaba hundido. A medida que relataba los

acontecimientos, era consciente de lo mal que había actuado.

—Caramba. —Brian suspiró y se reclinó en su asiento—. Menudas semanitas has tenido.

—Y que lo digas. Quiero hacer las cosas bien, pero no creo que solucione nada corrigiendo yo mismo el examen —señalé a modo de indirecta.

Brian reflexionó durante unos minutos mientras se frotaba la frente.

—Sí, es probable que tengas razón. Ella desconfiará de tus motivaciones, incluso si el trabajo es tan bueno como dices. Lo corregiré yo.

Sentí un tremendo alivio.

—Tenía la esperanza de que dijese eso. Es estupendo, de verdad.

—Da la impresión de que es una chica de armas tomar —comentó Brian con gesto pensativo.

—Es..., es maravillosa. Un poco burda a veces; desde luego jamás imaginé que me enamoraría de alguien así, pero...

—Pero lo has hecho —apostilló.

Asentí.

—Confío en que no pienses mal de mí. En ningún momento quise que esto pasara, pero me alegro de que así fuera.

Brian negó con la cabeza.

—Te conozco desde hace mucho tiempo. No eres muy extrovertido que digamos, Stephen. Si realmente te gusta esa chica, entonces debe de ser alguien especial. —Tomó aliento—. No creo necesariamente que aspirar a tener una relación con ella sea lo más conveniente, sin embargo, teniendo en cuenta que es tu alumna y eso.

—Ya —reconocí—. Pero... en realidad no es que pueda cambiar eso, ¿no?

—Bueno, podría cambiarse a mi clase, aunque no hasta el próximo semestre, claro. Eso sin duda resolvería en parte el problema, ¿no te parece?

No se me había ocurrido.

—Pues sí, pero no sé si ella se lo plantearía. Ni siquiera me va a dirigir la palabra. ¿Cómo la convengo para que lo haga?

Brian levantó las manos en el aire, soltando una risita ahogada.

—No creo que pueda aconsejarte en eso precisamente, colega. A ver, llevo sin estar soltero más de una década.

—Qué suerte —mascullé. Suspiré y me pasé los dedos por el pelo—. ¿Cómo se ha complicado todo hasta este punto? ¡Me he acostado con mi alumna, por el amor de Dios! Eso es prácticamente lo peor que puede hacer un profesor, ¿o no?

—Eh, estoy seguro de que es más habitual de lo que la gente piensa. A pesar

de que va contra el reglamento —comentó Brian, encogiéndose de hombros—. El decano Michaels y su mujer, sin ir más lejos.

—¿En serio? —No tenía noticia de ello. John Michaels era el decano del Departamento de Lenguas Románicas y un miembro muy respetado de la facultad. En una ocasión coincidí con él y con su mujer, bastante más joven, en un encuentro del círculo docente. Parecían muy felices.

—Bueno, la historia oficial es que empezaron la relación cuando ella se licenció, claro —continuó Brian—. Pero... ya sabes, la gente rumorea.

—A mí no me llegó ese rumor.

—Tampoco es que te relaciones demasiado —señaló Brian sin juzgarme.

—Supongo que no. Entonces, ¿no soy un ser depravado por andar detrás de una mujer más joven?

Brian se rio.

—A mí me parece bien con tal de que seas feliz.

—Sí. —Solté una risita ahogada—. Gracias.

—Todo saldrá bien —dijo—. Mándame el trabajo de tu Julia por correo electrónico y le echaré una ojeada.

*Mi Julia. Ojalá.*

—Gracias —contesté, y reprimí un bostezo—. ¿Quieres que terminemos la partida?

Brian miró fijamente el tablero de ajedrez con una sonrisa maliciosa.

—Qué va, no estás concentrado en la partida. Me quedan tres movimientos para el jaque mate.

—Entonces, otra vez será.

—Estás de suerte. —Sonrió—. Te acompaño a la puerta.

En cuanto llegué a casa, envié el trabajo de Julia por correo electrónico a Brian. Intenté llamarla por teléfono de nuevo y esta vez sí sonó, pero no hubo respuesta.

Traté de localizarla durante todo el fin de semana, pero era evidente que hacía caso omiso de mis mensajes y llamadas de teléfono. Consulté su perfil de Facebook, pero no había actualizado nada. Barajé la idea de ir a su apartamento por si la pillaba en casa, pero la descarté, al menos hasta que Brian me devolviese el trabajo.

El domingo fue una agonía. En plena agitación interna, empecé a plantearme si lo mejor hubiera sido no haber empezado nunca la historia con Julia. Si me hubiera limitado a marcharme tras haberla llevado a su apartamento aquella primera noche, no me encontraría en esa coyuntura... y seguramente habría vuelto a quedar con Lily.

*Y a partir de ahí los dos podríamos haber vivido felices y comido perdices por siempre jamás.*

Pero yo ya no aspiraba a ese tipo de vida. No anhelaba lo previsible y seguro. Lo de Lily sería como un roto para un descosido, independientemente de lo apropiada que fuera para mí, y eso no sería justo para ninguno de los dos. Yo deseaba pasión, risas y amor. Deseaba a Julia.

*Tengo que recuperarla.*

Por un momento me planteé si existiría el riesgo de que incumpliera su promesa y diera parte a la universidad, pero deseché la idea en cuanto se me pasó por la cabeza. Por muy enfadada que estuviera Julia, no concebía que pudiera cometer un acto tan vengativo. Sin embargo, estaba claro que no tenía ganas de hablar conmigo. No respondía a mis llamadas e ignoraba la cantidad de mensajes que le había mandado suplicándole que me diera una oportunidad para verla. Yo apenas comía, dormía mal y en términos generales tenía el ánimo por los suelos. Nada que ver con lo divinamente que me había sentido últimamente.

El lunes por la mañana estaba sentado en mi despacho mordisqueándome las uñas, casi sopesando la idea de empezar a fumar con tal de tener las manos ocupadas. A esas alturas era eso, o bien ponerme a hacer punto, y tenía la gran sospecha de que las labores provocarían conjeturas erróneas respecto a un soltero de treinta y tres años que también era amante de la poesía y el vino.

—¿Stephen? —Brian entró y me sacó de mi ensimismamiento. Le hice un gesto para que se sentara y reprimí las ganas de volver a llevarme las manos a la boca.

—Oye, ¿cómo vas? —preguntó, con el ceño fruncido.

Lo fulminé con la mirada.

—Vale, una pregunta estúpida. Estás hecho una piltrafa.

—Imagino. —No me había tomado la molestia de acicalarme y obviamente era patente.

—¿No ha dado señales de vida? —preguntó Brian en voz baja.

—No. De todas formas, voy a pasarme por su casa esta noche. —La idea de presentarme allí sin previo aviso me revolvía el estómago, pero no quedaba otro remedio.

—Bueno, lo he leído —dijo Brian, y cogió su maletín—. Tenías razón. El trabajo es magnífico.

—¿Sí?

Brian me lo entregó.

—Yo diría que es un magnífico punto de partida para una tesis, si es que ella se plantease ir en esa dirección. Le he puesto un sobresaliente y he añadido unos cuantos comentarios para que quede constancia de que son míos y no tuyos.

—Gracias. No sabes cuánto te lo agradezco —dije, y puse el trabajo a buen recaudo en un sobre.

—No hay de qué. ¿Te vas... a casa ahora?

—¿Tan mala pinta tengo?

Brian hizo una mueca.

—Igual deberías echar una cabezada, vamos, si es que tienes previsto ir a su casa esta noche.

—Sí. —Suspiré—. Buen consejo. De todas formas, me figuro que poco servicio voy a hacer si me quedo por aquí.

—Tengo que irme a clase —dijo Brian, poniéndose de pie—. ¿Me tendrás al tanto?

—Cómo no. —El creciente pavor que me atenazaba la boca del estómago hizo que la voz me saliera con un gallo.

*¿Y si no me perdona?*

Mi amigo se quedó vacilante junto a la puerta.

—Stephen, has cometido un error, nada más. Es normal. Créeme, cometerás muchos más. No te comas la cabeza por eso.

Asentí otra vez y esboqué una leve sonrisa mientras se marchaba.

Al llegar a casa, traté de localizar a Julia de nuevo, pero ella seguía sin responder al teléfono. Tras caminar de un lado a otro durante unas cuantas horas, viendo cómo los minutos pasaban lentamente, fui en coche a su apartamento sin la menor esperanza de que me dejase entrar para hablar con ella. La echaba de menos y estaba preocupado por ella. Se me vino el mundo encima cuando llamé a la puerta y no hubo respuesta.

Aquella noche dormí fatal sabiendo que vería a Julia en clase al día siguiente. Había decidido hablar con ella discretamente después de clase. Me asustaba la idea de que me gritase otra vez, pero que me ignorase y que no me dirigiese la palabra me aterrorizaba aún más. Sinceramente, no sabía lo que sería peor: su ira o su rechazo.

Pero no lo averigüé. La clase empezó, terminó, y Julia no dio señales de vida. Me constaba que había faltado por mi causa, y la posibilidad de no volver a verla hizo que me doliera el alma.

Cuando llegué a casa, traté de localizarla de nuevo y pasé las dos horas siguientes caminando de aquí para allá sin soltar el teléfono de la mano. Finalmente, llegué a la conclusión de que tenía que pasar a la acción. Puesto que Julia rehusaba responder a mis llamadas y asistir a clase, no había más remedio que encontrar otra manera de dar con ella. Encendí el ordenador y busqué en el directorio de la universidad la dirección de sus dos amigas, que resultó que compartían piso. Me dirigí allí con el coche, resuelto a darles un mensaje para Julia, en vista de que ella se negaba a hablar conmigo personalmente.

Una vez en la puerta, me armé de valor y llamé. Al cabo de unos segundos, Megan abrió. En un primer momento me miró con gesto impasible, pero acto seguido los ojos le brillaron al reconocirme.

*Uf.*

—¡Usted! —exclamó—. ¿Qué coño quiere?

—Ho-hola, señorita Wilson —dije—. N-no consigo localizar a Julia.

—No me diga —replicó con desprecio—. ¿Y por qué será?

*Asumo que se trata de una pregunta retórica.*

—Sé que la he cagado —dije con voz queda.

—Pues sí. Así es.

—¿Podría darle un mensaje de mi parte? —pregunté.

—No —contestó, y se cruzó de brazos—. ¡Largo de aquí!

—Por favor —insistí—. Necesito hablar con Julia sin falta.

—¿Por qué la llama así? —dijo Megan en tono de enojo—. Jules odia que la llamen por su verdadero nombre.

—No cuando lo hago yo —repuse a la defensiva.

—Lo que usted diga. Lárguese y punto. —Hizo amago de cerrar la puerta y de pronto se detuvo—. ¡Ah, y dígame al imbécil de su hermano que deje de mandarme por e-mail fotos suyas sin camisa!

*Oh, Dios. Matt. ¿No te da vergüenza?*

Tenía suerte de que no le hubiera enviado también fotos en cueros. Seguro que él no vería con malos ojos llegar a ese nivel de depravación. Megan me dio con la puerta en las narices, pero la oí hablar con alguien desde el otro lado. Estaba a punto de marcharme cuando la puerta volvió a abrirse. Esta vez era Sophia.

—Eh —dijo en un tono ligeramente más amable que el de Megan.

—Hola —saludé, arrastrando los pies.

—Jules no está aquí —me informó con el ceño fruncido—. Volverá más tarde. Ha pasado aquí los últimos días.

—Vale —dije con desgana. Me alegraba saber que no había estado sola—. No me devuelve las llamadas.

—Está enfadada con usted. ¿Por qué le hizo eso?

—Estaba borracho. Yo... Cometí un error.

—Y que lo diga —bufó Sophia—. Se dejó la piel en ese trabajo. Apenas la vimos mientras lo hacía. Creo que quería impresionarle.

*Joder. No me extraña que me odie.*

Gruñí y me pasé las manos por el pelo.

—Se puso como una furia conmigo —dije en tono quejumbroso.

—Sí, estaba descompuesta cuando se pasó por aquí después —señaló Sophia—. Hirió sus sentimientos.

—Lo sé —farfullé, sintiendo como si la cavidad torácica me comprimiese los pulmones.

—Creo que fue la primera vez que la vi llorar —continuó Sophia con voz tan queda que me resultó casi inaudible.

*¿Que la hice llorar? ¡Oh, no!*

No conseguía imaginar a Julia llorando. Siempre parecía muy serena y en control de la situación. Salvo cuando vociferaba y me tildaba de mamón, claro.

—Lo siento —dije en un hilo de voz, a sabiendas de que Sophia no era a

quien tenía que pedir perdón.

—Le importa de verdad, ¿no?

Asentí. No podía exponerme demasiado. Si por casualidad Julia descubriese lo mucho que me importaba, mis expectativas de conseguir una segunda oportunidad para ganármela se irían al traste.

—Quiero disculparme y explicarme, pero se niega a verme, y no me parece que sea del tipo de cosas que deban hacerse dejando un mensaje de voz —expliqué con pesar.

Sophia asintió con aire pensativo.

—Vamos a ir a un club el viernes por la noche —dijo—. Igual debería dejarse caer por allí.

—Si me presentase allí casualmente, Julia no se lo tragaría —repuse enseguida.

—¿Y si va con su hermano? —sugirió Sophia al cabo de unos instantes—. Jules dijo que es dueño de ese bar al que fuimos, y que sale mucho.

*De eso no cabe duda alguna.*

—¿Por qué me ayuda? —quise saber.

Sophia me miró con gesto serio.

—No lo hago por usted. Lo hago por Jules.

—Oh —dije, a falta de qué responder.

—Mira, Stephen. ¿Te puedo llamar Stephen?

Asentí.

—Julia ha pasado una mala racha últimamente, una racha de pena, pero siempre estaba risueña durante el tiempo que ha estado contigo. Me gustaría volver a verla sonreír.

*¿Una mala racha por qué?*

—Bueno, pásate por el club y a lo mejor habla contigo —continuó Sophia.

—¿Pero no irá a clase el viernes por la tarde?

Sophia negó con la cabeza.

—Espérate sentado.

—Oh —dije una vez más—. Entonces, supongo que iré al club. ¿Cómo se llama?

—Booty[3] —respondió Sophia con una sonrisita de complicidad.

—Vale —dije, un tanto perplejo por su reacción.

*Debe de tratarse de una taberna de temática de piratas.*

Metí la mano en mi mochila y saqué un sobre grande.

—Oye, Sophia, iba a dejarle esto a Julia en el buzón, pero ¿te parece si se lo

das tú? —Se lo tendí y, tras un segundo de vacilación, lo cogió—. Es su trabajo. Lo ha corregido un compañero mío en vista de que yo..., en fin, ya sabes. Pensé que tal vez le gustaría tenerlo.

Cuando me di la vuelta para marcharme, Sophia me llamó. Esta vez me sonreía.

—Ponte guapo el viernes, ¿vale? —dijo con un guiño, lo cual me recordó a Julia.

Asentí y le dije adiós con la mano.

*¿Que me ponga guapo?*

Necesitaba ayuda con eso, y no la clase de ayuda que mi madre podría prestarme. Y Brian era tan nulo a la hora de vestir como yo. Realmente solo me quedaba una única alternativa. Oh, Dios.

*Tenía que recurrir a Matt.*

En lo tocante a las mujeres, no conocía a nadie con más experiencia que mi hermano. Aunque el hecho de inmiscuirlo en esto probablemente conllevaría un incesante pitorreo y un implacable interrogatorio, en ese momento necesitaba su ayuda y estaba dispuesto a aguantar su mofa con tal de tener la oportunidad de ganarme a Julia. Los momentos desesperados requerían efectivamente medidas desesperadas.

Al día siguiente por la tarde le mandé un mensaje preguntándole si podía pasar por el bar más tarde y prácticamente de inmediato me respondió que ya estaba allí tomando algo. Puse los ojos en blanco y miré la hora. Aún faltaba mucho tiempo para la *happy hour*, pero, dado que tenía el ánimo por los suelos, decidí pasar por alto esa circunstancia.

—¡Hostia, hermanito! ¿Qué te ha pasado? —preguntó Matt cuando llegué al bar media hora después.

—¿Tan obvio es? —pregunté con desgana, dejándome caer pesadamente en el asiento que había al otro lado de su mesa.

—Desde luego que sí. Estás hecho un asco.

Sabía que tenía razón. Llevaba la ropa arrugada y no me había afeitado desde el sábado por la mañana. Dudo que hubiese tenido un aspecto tan descuidado en mi vida. Al pasarme las manos por la cara, me di cuenta de que hasta había olvidado ponerme las gafas. Ni siquiera había reparado en ello, pues la verdad era que no había hecho gran cosa en todo el día.

—¿Quieres... tomar algo? —preguntó.

Asentí y se dirigió a la barra, no sin antes lanzarme otra mirada de preocupación. Me puse a pensar cómo pedirle que me ayudara. No podía ponerme a contarle sin más los profundos sentimientos que albergaba hacia Julia. Era mucho mejor hacerle creer que no se trataba más que de un rollo esporádico que se había ido al garete por mi culpa, puesto que ese era el ámbito que él dominaba. Matt volvió a la mesa y me dio una copa llena de un líquido de

color ámbar. Le di un sorbo y tosí.

—Qué asco —dije, atragantándome.

Matt se rio por lo bajini desde el otro lado de la mesa.

—Es *bourbon*. Pensé que te vendría mejor algo un poco más fuerte que la cerveza.

Aparté la copa y suspiré.

—Bueno, ¿vas a contarme lo que está pasando? —preguntó.

Levanté la cabeza para mirarle.

*Mi vida sería muchísimo más fácil si fuera como Matt. Feliz y tan campante todo el tiempo.*

—Estoy enamorado —dejé escapar.

*Oh, no. A tomar por saco el plan.*

Matt puso los ojos como platos y acto seguido sonrió de oreja a oreja.

—Vaya, ¡enhorabuena, tío! —exclamó a voz en grito.

*¿Se alegra por ello?*

—Así que me figuro que la profesora y tú hicisteis muy buenas migas, ¿no?

*Oh. Cómo no iba a pensar eso.*

—No, no se trata de..., hum..., Lily —dije con voz queda, apartando la mirada.

—¿Cómo que no es Lily? —le oí preguntar. Hubo una larga pausa hasta que ató cabos—. ¡Ni de coña! —exclamó.

Mi secreto era un secreto a voces.

Levanté la vista y él se inclinó hacia delante.

—¿Tu alumna? —cuchicheó con complicidad—. ¿El pibón inaguantable?

Asentí y le di otro sorbo a la espantosa bebida.

—¿Estás enamorado de... cómo se llama? ¿La señorita Wilde?

—Julia —dije en un murmullo.

—Julia —repitió con aire pensativo—. Bueno, ¿cuál es el problema? —Lo miré con gesto incrédulo—. Hombre, aparte de que sea alumna tuya, claro está —apostilló con una sonrisita.

Negué con la cabeza y bajé la mirada de nuevo. Por ese camino no acabaría de contarle la historia.

—Mira, Stephen —le oí decir—. Esto tampoco tiene por qué ser un trago. Solo será alumna tuya durante unas semanas más y entonces podrás pedirle que salga contigo sin más, ¿vale?

—No, no saldrá conmigo —repliqué, obligándome a mirarle a los ojos.

—¿Por qué no? Por todo lo que me has contado y por lo que yo he visto con

mis propios ojos, me da que está por ti.

—Matt, yo...

*¡Cuéntaselo de una vez!*

—Me..., me he acostado con ella —dije por fin en un hilo de voz.

—¡Venga ya! ¿En serio? ¿Cuándo?

—Hum, en las últimas tres semanas —reconocí.

—¡Lo sabía! —exclamó—. ¡Lo sabía, joder!

—Ah, ¿sí?

—Bueno, no, no es que lo supiese realmente, pero me olía que algo te pasaba. Últimamente te has comportado de manera diferente.

No podía negarlo. Estar con Julia me había cambiado.

—¡Hermanito! —exclamó con patente orgullo—. No sabía que te había dado tan fuerte.

—Ya, yo tampoco —dije entre dientes.

A Matt le ardían los ojos de curiosidad.

—¿Cuándo ocurrió? —preguntó—. ¿Cómo ocurrió?

—Yo, eh..., la llevé a su casa a la salida de tu bar y una cosa llevó a la otra... —respondí vagamente. No quería compartir ningún tipo de detalles íntimos con él. Deseaba que quedasen entre ella y yo.

—¿Entonces estáis..., o sea, juntos?

Negué con la cabeza y suspiré.

—La he jodido.

—Y a ella le gustaba.

Lo fulminé con la mirada.

—Perdona —dijo, y levantó las manos con ademán defensivo—. ¿Qué pasó?

—No lo sé —respondí en tono quejumbroso—. En teoría las cosas no tendrían que haber tomado este cariz. En teoría no me gustaba nada. ¡No me explico cómo ha pasado!

—Bueno, no es que puedas controlar realmente de quién te enamoras —señaló, de repente hablando con sensatez—. Pero lo de preguntarte por qué la has jodido iba en serio.

—Yo..., hum, le suspendí el trabajo de fin de curso —confesé, sintiéndome de lo más ruin—. A pesar de que era magnífico.

—Estás de coña. ¿Y eso?

—No lo sé. Estaba disgustado. Estoy hecho un lío, Matt. ¡Es como si hubiera perdido el juicio!

—Puede que solo estés encoñado con ella —dijo con total naturalidad.

—¿Encoñado?

—Stephen, ¿seguro que estás enamorado de ella? Igual es solo porque por fin has conseguido echar un p...

—¡No! —le interrumpí, sin querer escuchar sus burdos razonamientos sobre mis sentimientos hacia Julia—. Es más que eso —insistí—. Me gusta estar con ella no solo cuando..., hum, ya sabes.

—Te la pone dura —sugirió.

Hice una mueca, pero asentí igualmente.

—Así que es la mujer de tu vida, ¿eh?

—Creo que sí. O sea, nunca me he sentido así, y... la echo de menos —dije con pesar.

—¿Siente ella lo mismo?

—No. Es decir... No estoy del todo seguro. Daba la impresión de que a ella le gustaba que fuéramos «amigos con derecho a roce» —expliqué, haciendo un gesto de entrecomillado con las manos.

—Guau —dijo, completamente alucinado—. Parece la mujer perfecta. Joven, guapa y partidaria del sexo esporádico.

—Quizá eso sea perfecto para ti —repliqué—, pero yo aspiro a algo más. Creo que puede que para ella también haya significado algo más.

—¿Sí?

—Sí. Hum, deja que te haga una pregunta. Pongamos que has pasado la noche con una chica que estaba borracha, ¿vale?

—Haré lo posible por imaginarlo —dijo entre risas.

—¿Asumo entonces que ya lo has hecho? —pregunté, a sabiendas de cuál era la respuesta.

Matt asintió sonriendo maliciosamente.

—¡El sexo estando pedo es una pasada! Desaparecen todas las inhibiciones.

*Y que lo digas. Dejé la sala de estar manga por hombro. Yo, quién me ha visto y quién me ve.*

—¿Te presentarías en su casa al día siguiente con comida antirresaca para ver películas, darle un masaje y echar una cabezada juntos?

—No —respondió sin titubear. Enarcó las cejas y añadió—: Oh, ¿hizo eso por ti? Un momento, tío... ¿Que tú estabas pedo?

—Sí, traje *smoothies* y sándwiches y pasamos el día juntos. Fue realmente agradable —dije con un suspiro.

*No, no solo agradable: fue el día más maravilloso que pueda recordar. Estoy totalmente con el agua hasta el cuello.*

—Hum, pero luego vio el trabajo sobre mi escritorio y se puso hecha una furia conmigo.

—¿En serio le pusiste un suspenso?

—Sí.

—¡Uf!

—Estaba borracho. Y enfadado con ella.

—Pero bastará con que cambies la nota y le des explicaciones para que se arreglen las cosas, ¿o no?

—Lo dudo. No me dirige la palabra. Montó en cólera, Matt. No te puedes imaginar su expresión. Hasta..., hasta me llamó mamón y cuando traté de retenerla me hizo una especie de llave de defensa personal.

—Bah, eso no es nada. No te preocupes, a mí me han llamado mamón montones de mujeres y luego volvieron a mi cama y me enseñaron algunas llaves de defensa personal allí mismo, ¡ya sabes a lo que me refiero!

—Sí, sé a lo que te refieres —dije en tono cortante—. Pero no creo que Julia vuelva a aparecer por iniciativa propia después de lo que hice.

—Entonces, ¿qué tienes pensado?

—Ese es el tema. Su amiga Sophia me ha dicho que el viernes van a ir las tres a un club y que debería... dejarme caer por allí como quien no quiere la cosa. Así al menos estaríamos en un mismo sitio y puede que escuche lo que tenga que decirle.

—El plan tiene buena pinta —comentó, y asintió.

—Sí, lo que pasa es que... Julia sabe que no salgo. ¿Vendrías conmigo? Ella sabe que sales de fiesta continuamente y de esa manera parecería menos evidente.

—¿Estás de coña? —dijo con entusiasmo—. ¿Una noche de fiesta con mi hermanito y, encima, otra oportunidad para ver a Megan? ¡Cuenta conmigo!

—Gracias —contesté con un suspiro de alivio—. El club se llama Booty, ¿lo conoces?

Matt se quedó boquiabierto.

—¿Booty? —preguntó despacio—. ¿Seguro que es ese al que van a ir?

—Sí, ¿por qué?

—Hum, es un club de ambiente, tío.

¿Qué?

—¿Un club de ambiente? ¿De veras? —Matt asintió y esbozó una pequeña sonrisa—. Pero... eso no tiene ningún sentido. ¿A santo de qué iban a ir allí? A menos que una de sus amigas sea gay... —comenté.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Matt—. Apuesto a que es Megan. Por eso no ha contestado a ninguno de mis correos.

Puse los ojos en blanco. Solo Matt podía ser lo bastante jactancioso como para creer que la orientación sexual era la única razón por la que una mujer no estaría interesada en él.

—La verdad es que no parece gay —señalé—. A ver, se exhibieron con ese numerito delante de todos los tíos de tu bar. ¿Y si fueran bisexuales?

—¿La señorita Wilde lo es? —preguntó con curiosidad.

—No, no lo creo. Aunque...

—¿Aunque qué? —preguntó, con los ojos como platos—. ¿Te contó alguna experiencia? ¿Con otra chica, quizás?

—Al menos podrías procurar disimular tu entusiasmo —dije secamente.

*Prácticamente se le cae la baba.*

—Perdona. Es que eso me pone cachondísimo, ya me entiendes. Dos chicas guapas juntas y todo eso.

—Me lo figuro. —No me hacía gracia imaginar a Julia con nadie más que conmigo, independientemente del género—. No, no creo que tenga esas inclinaciones, pero es... un espíritu libre, por así decirlo.

Matt abrió la boca para hablar y no me costó imaginar todas las escenas que le vinieron a la cabeza.

—Antes de que preguntes, no, no voy a contarte nada.

*Y mucho menos en lo que respecta a su deseo de que la atase. Al fin y al cabo, soy un caballero. Bueno, salvo cuando bebo, visto lo visto.*

Matt se puso de morros y refunfuñó para sus adentros, obviamente decepcionado por que yo no estuviera dispuesto a airearlo.

—¿Y si hubiera otra razón por la que van a un club de ambiente? —pregunté.

—Puede ser —dijo—. Necesitamos asesoramiento. Shawn tiene amigos gais. Espera un segundo.

Vi que iba a la parte de atrás del bar y salía tirando de Shawn a rastras. Shawn era propietario de la mitad del negocio y un tipo realmente encantador.

—Hola, Stephen —saludó, cogiendo una silla en volandas—. ¿Qué pasa? ¿Matt me ha comentado algo de que es posible que tu novia sea lesbiana?

Le lancé una mirada asesina a mi hermano, pero él se limitó a reírse como un idiota y tomó asiento.

—No, de lesbiana nada —aclaré—. Pero, hum, el viernes va a un club de ambiente. Booty, no sé si te suena.

Shawn sonrió y asintió.

—Ese club es sobre todo para hombres gais, así que en realidad no creo que debas preocuparte por nada.

—Vale, pero, entonces, ¿qué motivo tendría para ir allí? —pregunté con el ceño fruncido.

Se rio entre dientes y meneó la cabeza.

—Probablemente para evitar aguantar a los moscones durante toda la noche —respondió—. Es lo que se suele hacer últimamente, ¿sabes? Las chicas guapas van a locales de ambiente cuando solamente quieren bailar y pasar un buen rato sin aguantar proposiciones de buitres pasados de copas.

*Menos mal. Al menos eso significa que no anda en busca de nadie.*

—¿En serio? —preguntó Matt.

Shawn asintió.

—Hum, Shawn. Espero que no te molestes si lo pregunto —dije con vacilación—, pero ¿cómo sabes tanto sobre esto? ¿Eres...?

—No soy gay —dijo sin ceremonias—. Soy... versátil. Para mí lo único que importa es la persona. Trasciende el género.

Matt se quedó mirando a su amigo con los ojos fuera de las órbitas. Esto era a todas luces una revelación para él.

—¡Siempre te he visto solo con mujeres!

—Eso es porque normalmente estamos aquí —explicó Shawn—. A la mayoría de los tíos que vienen por aquí no les va mucho ese rollo.

—Hasta ahora no habías comentado nada.

—Hasta ahora no había surgido el tema —señaló Shawn, encogiéndose de hombros—. No cambia nada, ¿o sí?

—No, por supuesto que no —dijo Matt—. No te pongo, ¿no?

Shawn echó la cabeza hacia atrás con una carcajada.

—¡No! —respondió con un resuello, y se secó los ojos—. No, no me pones, Matt.

—Bueno, tampoco es para troncharse de risa, ¿no? —señaló Matt, y se cruzó de brazos.

—No, lo siento, tronco —repuso Shawn, y le dio una palmadita en la espalda—. Eres un hombre muy atractivo, pero la verdad es que no eres mi tipo. De hecho, me inclino más por tíos como Stephen —añadió sonriéndome.

*Oh, no. No me vengas con esas, Shawn.*

—Yo..., hum, supongo que te lo agradezco —dije sin convicción, y eché un vistazo al bar buscando la salida de emergencia más próxima.

—De nada, pero no tienes por qué preocuparte —replicó con una sonrisa

traviesa—. No me ponen los tíos heteros.

Asentí y dejé escapar una risa nerviosa mientras Matt explicaba a su amigo que yo estaba tratando de ganarme de nuevo a Julia. Shawn asintió con aire cómplice.

—Entonces, ¿el viernes vais a Booty, chicos? ¿Os importa si me apunto? —preguntó.

—No, por supuesto que no —respondí en el acto.

—Genial —dijo—. Deberíamos ir de compras mañana.

—¿De compras?

—Sí, necesitas comprarte unos trapitos si pretendes impresionar a la chica. Además, probablemente no te dejarán entrar si da la impresión de que vas allí para ligar con mujeres. Tenemos que potenciar tu faceta más gay.

Me quedé lívido. Matt se desternilló de risa. Me dieron ganas de darle un puñetazo.

—Eso también va por ti, tiarrón —señaló Shawn, y le dio una palmada a Matt en la espalda.

—¿Cómo? —dijo, atragantándose.

*Adoro el karma.*

—¡Pero mi ropa no tiene nada de malo! —protestó mi hermano.

—Cierto —convino Shawn—. A lo mejor basta con una depilación integral en tu caso.

*¿Depilación integral?*

Debí de poner un gesto de absoluto desconcierto junto a la expresión horrorizada de Matt.

—Cuando te depilan y te quitan con cera todo el pelo del cuerpo —explicó con paciencia Shawn.

—P-pero yo no me voy a quitar la ropa —balbució Matt.

—Tal vez tengas que hacerlo —bromeó Shawn.

Matt se quedó blanco como la pared y me miró con una expresión de patente desesperación.

—¡Es broma! —rio Shawn—. Aunque la verdad es que deberíamos ponerle remedio a esa uniceja tuya.

Matt se tocó las cejas con el ceño fruncido.

—¿En serio? Supongo que sí.

—¡Toma ya, día de spa y compras! —exclamó Shawn, aplaudiendo de tal manera que me hizo tener serias dudas sobre la afirmación que había hecho antes de que no era gay—. ¿Te apuntas, Stephen? —me preguntó.

—Claro —respondí con un suspiro—. Si consideras que eso me ayudará a recuperarla...

Matt parecía haberse recompuesto y alargó la mano para darme palmaditas en la espalda.

—Tranquilo, hermanito. Te vamos a dejar como un pincel. Caerá rendida a tus pies.

No pude evitar esbozar una leve sonrisa. Me reconfortaba contar con su apoyo y ahora, al menos, tenía un plan. Aunque jamás habría imaginado que incluiría una incursión a un spa y nuevo vestuario afín al colectivo gay. Ni en un millón de años.

*Sin lugar a dudas, mi vida ha dejado de ser monótona.*

—No sé, Matt —dije mientras me miraba al espejo—. ¿De veras voy bien?

Era viernes por la noche y estábamos en mi apartamento, a punto de ir al club.

—Creo que estás impresionante —señaló, examinándome detenidamente.

Volví a mirarme al espejo tratando de verme desde un punto de vista objetivo. Calzaba unos zapatos de un precio disparatado, algo que Shawn se empeñaba en considerar clave a la hora de ir a un club de ambiente, unos vaqueros oscuros, una camiseta blanca ceñida y un blazer negro. Llevaba el pelo alborotado, lo cual me constaba que le gustaba a Julia, y el tratamiento facial que Shawn me había obligado a comprar en el spa había mejorado el aspecto de mi tez considerablemente y eliminado las ligeras líneas de expresión de las comisuras de mis ojos. Parecía más joven. Bueno, al menos mucho más acorde con mi verdadera edad que antes.

—¿Me remango la chaqueta? —pregunté.

—¡No! —gritaron Shawn y Matt al unísono, espantados ante tal sugerencia.

—No a menos que vayas caracterizado de Don Johnson —apostilló Shawn riendo.

*De acuerdo. Corrupción en Miami. Por fin consigo alguna referencia.*

—Entonces, ¿estoy listo? —pregunté, y me di la vuelta para mirarles de frente.

—Casi —dijo Shawn—. Ahora el punto fuerte. —Me roció con la colonia que me había hecho comprar ese día y dio un paso atrás como para contemplar una obra de arte—. ¡Tachán! —exclamó, levantando las manos con gesto teatral.

—Tío, ¿seguro que no eres gay? —preguntó Matt, entrecerrando los ojos—. Aunque si lo fueras, fenomenal, claro.

—¿Y esa manía de catalogar a la gente? —preguntó Shawn, encogiéndose de hombros—. Me gustan las personas y punto.

—Gracias, chicos —dije, y me giré para volver a mirarme al espejo.

—No hay de qué —contestó Matt—. Venga, vamos a recuperar a tu chica.

Eché un último vistazo a mi aspecto y sonreí.

*Ahí va el don nadie.*

Estás bien?

Miré de reojo a Matt antes de aflojar las manos sobre el volante y volver a fijar la atención en la calzada, pero no respondí a su pregunta. Lo cierto era que estaba muerto de miedo. Estaba a punto de hacerme pasar por gay para colarme en un club a fin de tender una emboscada a la chica de la que estaba enamorado y suplicarle que me perdonase. Llevaba de compinche a mi hermano, que era prácticamente el hombre más hetero del mundo, y a su amigo, que era «versátil», fuera lo que fuera eso. Definitivamente podía pasar por gay, pero eso por lo visto era una etiqueta, y a Shawn le desagradaban. El cómo nos las ingeniaríamos para entrar en aquel club escapaba a mi comprensión.

Aún me inquietaba más la idea de volver a ver a Julia por fin. Confiaba en que Sophia le hubiese dado el trabajo corregido por segunda vez que había sido la causa inicial del lío en el que me había metido, y que al ver que me había ocupado de que se le pusiera la nota que merecía tal vez no se sintiera tan inclinada a recibirme a gritos. Pero el hecho de que no hubiera dado señales de vida apuntaba únicamente a que, con respecto a ella, nuestro acuerdo había acabado. Albergaba la esperanza de hacer que reconsiderase la decisión antes de que la noche tocara a su fin. El verdadero problema era que yo no tenía ni puñetera idea de cómo hacerlo. Había sido injusto con ella y le había hecho daño.

—No sé qué hacer cuando la vea —admití finalmente, sin apartar los ojos de la calzada.

—Actúa con una actitud totalmente natural y distante —dijo Matt—. Deja que ella te aborde. Las mujeres odian que los tíos no les hagan caso. Si se tratara de otro club, te aconsejaría que te pusieras a ligar con otra chica delante de sus narices. ¡Es un truco infalible!

Eso era descabellado.

—Pero Julia seguramente sospechará que he ido allí para verla. Al fin y al

cabo, es un local de ambiente.

—Ah, no hay problema. Simplemente dile que hemos ido para acompañar a Shawn porque es una loca de la vida.

—Pero no lo soy —saltó Shawn desde el asiento trasero.

—Vamos, tío. ¿Es que no puedes imitar al tipo ese que está casado con el otro tío de *Modern Family*?

—¿A Cam? —preguntó Shawn—. ¡Menudo estereotipo!

—No se me ocurriría bajo ningún concepto pedirte eso —terció rápidamente.

—Hazlo por Stephen —insistió mi hermano—. Ahora que por fin se dedicaba a follar, se encontraba mucho menos tenso.

Odiaba admitirlo, pero durante el breve periodo en que Julia y yo nos habíamos estado acostando juntos, me había sentido mucho más relajado.

—De acuerdo —accedió Shawn con un suspiro—. Lo haré por ti, Stephen.

—Gracias —contesté—. Te agradezco mucho toda tu ayuda.

—De nada. Tengo debilidad por las historias de amor —dijo con una sonrisa burlona—. Pero, en mi opinión, deberías hacer caso omiso a los consejos de Matt.

*Lo sabía.*

—¿Qué tienen de malo? —preguntó mi hermano.

—Hum... Todo —respondió Shawn—. No puede presentarse allí como si tal cosa e ignorarla. Debería mostrarse atento y echarle flores.

—¡Ni de coña! —exclamó Matt rotundo—. Entonces ella tendrá todo el poder.

*Ya lo tiene.*

—Ya lo tiene —dijo Shawn, como si me hubiera leído el pensamiento—. No puede comportarse como un cabrón cuando ella sigue tan enfadada con él. Pretende recuperarla, ¿recuerdas?

—Ya, pero aun así. No puede portarse como un pringado delante de ella. A las mujeres les gustan los hombres con tablas —adujo Matt.

—Sí, supongo que tienes razón —reconoció Shawn.

La cabeza me daba vueltas. ¡Ahora estaba aún más nervioso! Ignorar a Julia en realidad no parecía buena idea. Pero ¿acaso ella preferiría que yo tuviese más tablas? No era precisamente una virtud de la que andara sobrado, pero daba la impresión de que a ella le traía sin el menor cuidado que yo estuviese tan verde. No obstante, también había comentado que le agradaba que yo asumiese el control, la noche que me emborraché y me desfugué con ella en repetidas ocasiones. De hecho, recordaba haberla oído comentar que había sido el mejor sexo de su vida.

*Como si no fuera a recordar ese comentario el resto de la mía.*

Ahora me debatía en la duda entre postrarme a sus pies suplicándole perdón o hacerme el chulo al verla.

*Por Dios, menudo dilema.*

—Entonces, ¿qué debo hacer?

—La quieres, ¿verdad? —preguntó Shawn—. ¿Es algo más que un rollo?

—Oficialmente es solo un rollo, pero... sí, estoy enamorado de ella.

—¿A qué te refieres con «oficialmente»?

—La cosa empezó como algo pasajero, pero últimamente significa más para mí. Mucho más.

—¿Y ella no lo sabe?

—No. Que yo sepa —respondí en voz queda.

—¿Eh? ¿De modo que vas a intentar convencerla para que siga follando contigo cuando en realidad estás enamorado y pretendes ir en serio con ella? Estás chiflado, amigo.

—Como si no lo supiera —repuse entre risas.

—Ah, pero el lío no queda ahí —dijo Matt con una sonrisa maliciosa—. Ella es alumna suya y, a menos que se vean de extranjis, despedirán a Stephen.

—¿Cómo que de extranjis? —pregunté.

—A escondidas —explicó Shawn—. Cuando mantienes algo en secreto. Es algo que sucede mucho entre la comunidad gay, por cierto. Muchos hombres se acuestan con otros en secreto porque temen salir del armario. Incluso hay tíos casados con mujeres que se ven con hombres al mismo tiempo. Bastante desquiciado todo, por cierto. Estamos en el siglo XXI y vivimos en San Francisco.

—Oh —dije, con la esperanza de que Shawn no se hiciese una peor opinión de mí ahora que estaba al corriente de que Julia era mi alumna—. Qué horror.

—Ella *está* soltera, ¿no? —preguntó, recalcándolo.

—Hum, sí. No está casada ni nada de eso.

Pero no lograba quitarme de la cabeza la casilla en la que Julia definía su relación en el Face... en Facebook. Por un momento barajé la idea de preguntar a mis dos expertos compañeros lo que significaba, pero la descarté. De hacerlo, pondría en evidencia que curioseaba en la página de su perfil.

Cosa que hacía, y mucho.

*Y ahora voy a atosigarla a un club. Soy un acosador con todas las de la ley. ¿Qué será lo siguiente, gafas de visión nocturna?*

—Así que, hum, ¿cómo debo abordarla esta noche? —pregunté, en vista de que en realidad no habíamos resuelto gran cosa.

—Quizá es mejor que te limites a ser tú mismo. A ver, ella precisamente se acostó contigo cuando eras un... pardillo —dijo Shawn.

Mi hermano bufó.

—Sigo pensando que la mejor actitud es pasar de todo. Esta noche estás que te sales y apuesto a que te comerá vivo nada más verte. Hazte el duro.

—Pero yo soy fácil —repuse inmediatamente. Ambos se echaron a reír.

—Di eso en voz alta en el club y entrarás sí o sí —dijo Shawn conteniendo la risa—. Te van a poner la alfombra roja.

Puse los ojos en blanco al caer en la cuenta de lo que insinuaba mi comentario.

—Ja, ja. Es que sencillamente no sé fingir de esa manera —reconocí—. Y sigo sin entender de qué me va a servir que ella crea que no la quiero. Lo siento, Matt, pero no le encuentro ningún sentido a eso.

—Sé de lo que hablo —insistió—. ¿Quién echa más polvos, tú o yo?

—Tú —mascullé.

—Sí, pero ¿cuándo fue la última vez que te echaste novia? —preguntó Shawn a Matt—. Stephen no ha salido esta noche con el fin de echar un polvo. Está en una misión de amor y me parece romántico. Va a luchar por recuperar a la mujer que ama.

Miré fijamente a Shawn por el espejo retrovisor y vi que sonreía con gesto soñador.

—Tío, necesitas desesperadamente echarte novia —dijo Matt a Shawn—. O novio. Oye, ¿cómo demonios te aclaras?

—Ya te lo he dicho —respondió Shawn—. Depende de la persona. Si conozco a alguien interesante que me atraiga lo mismo me da si es un tío o una tía. Eh, métete en el aparcamiento.

Durante el corto trayecto hacia el club, noté que los nervios se apoderaban de mí.

*Es probable que esta sea mi única oportunidad para recuperarla. No puedo fastidiarla.*

Paré en seco en la puerta, embargado por las náuseas.

—Ay, Dios —gemí, y me agaché apoyando las manos en las rodillas—. No sé si soy capaz de hacer esto.

Los chicos se detuvieron a mi lado y noté que uno me daba palmaditas en la espalda.

—¿Algún problema? —preguntó alguien con voz ronca.

Al levantar la vista me topé con el portero mirándome fijamente.

—Acaba de salir del armario —dijo Shawn con entusiasmo—. Es la primera vez que viene a un club de ambiente. —Se puso a aplaudir, imitando de manera bastante convincente a un hombre muy, muy gay.

—¡Ooh, un virgen! —El gorila sonrió con picardía. No me quedó más remedio que asentir con la cabeza y dedicarle al tipo una sonrisa lastimera.

—Todo va a ir genial, cariño. Respira hondo y pasa —dijo. No pude evitar fijarme en la sinceridad que reflejaban sus ojos.

Y sin más, salvamos el primer obstáculo.

Shawn nos condujo al interior y rastree el local de un lado a otro con la mirada tratando de localizar a las mujeres que había allí. Por lo visto Matt hizo lo mismo.

—¡Mira qué buenorros! —exclamó con entusiasmo al término de una canción.  
*¡Oh, no! ¡Nos han pillado!*

—¡Yuju! —Un grupo de hombres que estaban sentados cerca levantaron sus copas a nuestra salud.

—Matt, por lo que más quieras, haz el favor de controlarte —dijo Shawn por lo bajini.

—Perdón —farfulló Matt, si bien eso no impidió que se comiera con los ojos a las mujeres que había en la barra.

—Oye, si te pillan mirando, cosa que seguramente harán —le advirtió Shawn —, diles simplemente que su estilo es una pasada o algo así.

Matt asintió y continuó absorto su rastreo. Esto iba a ser un completo fiasco.

De alguna manera, nos abrimos paso hasta la barra sin incidentes, aunque sí que vi a más de unos cuantos hombres lanzándome miradas de admiración. De repente me sentí muy expuesto y violento.

*¿Es así como se sienten las mujeres en clubes normales? ¿Como pedazos de carne?*

—¿Qué te pongo, cariño? —me preguntó el camarero mirándome de arriba abajo.

*Ay, Dios, ¿qué pido? ¿Una cerveza? No, demasiado heterosexual, ¿no? ¿Una bebida fuerte? En realidad no sé de ninguna bebida fuerte. ¿Vino, tal vez? ¡Maldita sea! Debería haberme documentado antes de venir.*

El camarero seguía sonriendo mientras yo me debatía en mi fuero interno.

—No..., no bebo mucho. ¿Qué hay que sepa bien? —conseguí preguntar finalmente. Él se relamió los labios con gesto insinuante; yo pensé para mis adentros: «Tierra, trágame». No tenía absolutamente nada en contra de la gente

gay, pero lo único que se me pasaba por la cabeza era lo que él estaría cavilando ante mi necia pregunta.

—Echaré un polvete contigo, no te preocupes —repuso, y se puso a verter licores en una coctelera. Tras mezclar y añadir un montón de cosas, me tendió una copa llena de paragüitas de papel y pedazos de fruta. Hice amago de sacar la cartera y él hizo un ademán con las manos para detenerme.

—Te invito —anunció.

—Oh... Hum, gracias.

—De nada —dijo, y acto seguido se apoyó sobre la barra—. Acabo a las dos y podría acabar contigo media hora después.

*¿Eh? Quiere... ¡Oh, madre mía!*

Noté que la cara me ardía y por poco derramo la copa. Me hizo un guiño y se volvió hacia Shawn y Matt, que pidieron sus copas. Bajé la vista hacia los zapatos —que me habían costado un ojo de la cara— y me mantuve así un rato, tratando de ubicarme.

—¡Tío, es injusto! —lloriqueó Matt a mi lado.

—¿Eh? —pregunté.

Oí a Shawn reír por lo bajini y volví a centrarme. Yo seguía empuñando la copa con fuerza, me había quedado de piedra en el sitio. Eché un vistazo a la barra y reparé en varias bebidas colocadas en fila que no había pedido.

—¿Y esto? —pregunté.

—Tienes bastantes admiradores —dijo Shawn con una sonrisa burlona, mientras me hacía una seña hacia la zona de la barra. Al alzar la vista vi a varios hombres levantar sus copas hacia mí.

—¿Me... han invitado a todo esto? —pregunté sin dar crédito.

—Pues sí. Si la cosa no sale bien con Julia, deberías plantearte seriamente jugar a dos bandas. A los tíos del local les molas un montón, amigo mío.

Me quedé en blanco. Yo no tenía interés en nadie —fuera hombre o mujer— salvo Julia. No obstante, tenía que reconocer que la atención que suscitaba me resultaba en cierto sentido halagadora. Matt estaba haciendo mohínes de pucheros y rabetas al lado de Shawn.

—¿Qué mosca te ha picado? —pregunté, ansioso por desviar la atención de mí y de mi aparente gancho con los gais.

—No me han invitado a nada —masculló.

—¿En serio?

—Fíjate, pensaba que esta noche estaba que me salía.

—¡Si tú no eres gay! —le cuchicheé.

—Ya. Pero no quiero que piensen que no lo soy —adujo—. ¡Si hasta me han hecho la cera en las cejas, por el amor de Dios! No sabes el martirio que he sufrido.

—A lo mejor lo único que pasa es que estás un pelín celoso de que tu hermano sea el centro de atención para variar —bromeó Shawn.

—Sí, hombre —dijo él en tono burlón y nada convincente.

*Matt está celoso... de mí.*

La idea, sumada a mi estado de nervios, me resultó completamente disparatada. La situación era de lo más surrealista. Me dio por reír descontroladamente y Shawn se contagió. Matt resopló, pero solo consiguió que me riera con más ganas. Volví la cabeza para secarme los ojos y mi risa se convirtió en un graznido.

*Está aquí.*

Julia estaba de pie al borde de la pista de baile, observándome fijamente. Sus ojos me escrutaron de la cabeza a los pies y su boca se abrió como si fuese a decir algo. Sophia y Megan, que estaban bailando a su lado, dejaron de hacerlo al darse cuenta de que permanecía inmóvil. Sophia inclinó la cabeza para decirle algo y Julia le respondió sin apartar los ojos de mí. Antes de que me diera tiempo a acercarme a ella, se giró en redondo y se esfumó. Estuve a punto de echar a correr tras ella, pero Sophia me hizo un gesto para que me detuviera. Megan y ella vinieron a nuestro encuentro a la barra.

—¿Se ha ido? —pregunté en cuanto se encontraron al alcance del oído, consciente del pánico que reflejaba mi voz.

—No, solo ha ido al baño —me aseguró Sophia.

Me relajé un poco sin apartar la vista del sitio donde Julia había estado tan solo unos segundos antes.

—Guau. ¿Tienes sed, Stephen? —preguntó con una sonrisa burlona, señalando en dirección a las copas que había sobre la barra.

—No las he pedido yo —dije—. Sírvete.

—¿Quién si no? —preguntó Megan.

Me sorprendía que se dignara a dirigirme la palabra, teniendo en cuenta lo enfadada que estaba cuando recurrí a ella y a Sophia en busca de ayuda escasos días antes.

—Unos tíos —contesté sin entrar en detalles—. No puedo bebérmelas. Tengo que conducir.

Cuando las chicas cogieron sendas copas, Matt por fin se dio cuenta de que tenía compañía. Se acercó a nosotros en un tris.

—Ho-hola, Megan —balbució—. Guau, qué guapa estás esta noche, estás despampanante. ¿Quieres tomar algo?

*Conque natural y distante, ¿eh, Matt?*

Ella sostuvo en alto la copa que yo le había ofrecido; no se me pasó por alto la sonrisita que le dedicó a mi hermano.

—Gracias —dijo—. No esperaba verte aquí.

—Solo he venido por mi hermano —explicó él, dándome una palmadita en la espalda. La sonrisa de Megan se hizo más palpable.

—Es un buen gesto por tu parte —comentó ella, lo cual provocó que él sonriera como un idiota.

Caí en la cuenta de que no les había presentado a Shawn, pero al darme la vuelta hacia él vi que se había quedado totalmente extasiado con algo que había detrás de mí. Al girarme de nuevo, me fijé en que Sophia también le observaba fijamente, igual de absorta. Ninguno de los dos dijo nada. Se limitaron a mirarse embelesados el uno al otro, como si estuvieran manteniendo una silenciosa conversación con los ojos.

*Qué raro. A lo mejor están compitiendo para ver quién sostiene más tiempo la mirada. ¿Estará de moda últimamente?*

Miré hacia la pista de baile y me dio un vuelco el corazón al ver a Julia en el mismo sitio que antes. Ella me miró con una expresión indescriptible. Parecía vacilante, como si estuviese barajando la idea de si acercarse o no a mí y al resto del grupo. Me di cuenta de que jamás podría hacerme el duro para conseguirla. Sería suyo si ella así lo quería. Lentamente, di un paso al frente para ver si salía huyendo, pero permaneció inmóvil y su mirada impertérrita adquirió una expresión maliciosa.

*Por favor, no huyas.*

Tuve la fuerte corazonada de que los siguientes instantes se contarían entre los más importantes de mi vida. Tenía que convencerla como fuera de que yo no era el mamón que ella pensaba. Era una piltrafa ciega de amor y confundida que carecía de experiencia en esas lides, pero si me daba otra oportunidad estaba dispuesto a hacer lo que fuera por hacerla sonreír y reír cada día.

Haciendo caso omiso a los comentarios que unos hombres hicieron a mi paso, caminé despacio en dirección a ella sin dejar de mirarla fijamente. Aparté la mirada de sus ojos un segundo y entonces me di cuenta de lo increíble que estaba esa noche. Llevaba el pelo totalmente lacio y recogido en una cola de caballo alta. Tenía un aspecto sedoso y suave y me dieron ganas de acariciarlo con los dedos. Se había maquillado los ojos con el mismo potingue emborronado

de siempre, y resulta que esta vez me gustó, porque era muy propio de ella. Llevaba puesto un top sin mangas rojo y los pantalones más ceñidos que jamás había visto. Eran negros y brillantes, y me recordaron a los que Olivia Newton-John llevaba en *Grease*.

*Estoy mirando a una mujer preciosa y pensando en un musical. Shawn me daría el visto bueno, estoy seguro.*

Estaba preciosa y la deseaba desesperadamente. La había echado muchísimo de menos y lo único que quería era agarrarla, besarla y no volver a soltarla jamás. Pero, a juzgar por su cara de pocos amigos, estaba bastante claro que esa opción quedaba descartada. Seguía enfadada conmigo y no me quedaba más remedio que arreglarlo enseguida.

—Julia —dije con un suspiro, deteniéndome delante de ella.

*Te quiero y te he echado muchísimo de menos.*

—¿Qué demonios estás haciendo aquí? —cuchicheó en tono acre—. Sabes que esto es un local de ambiente, ¿o no? La última vez que lo comprobé, te gustaban las tetas.

Como si me hubiera dado el pie, bajé la vista fugazmente para contemplar sus pechos embutidos en el top. Me gustaban los suyos, eso seguro, e incluso la palabra malsonante con la que los denominaba. Me acordé de las cosas que decía cuando estábamos juntos en la cama. Cuando volví a levantar la vista, sonreía con cierta arrogancia.

—Julia, yo...

—¿Es que me has seguido hasta aquí? —preguntó, entrecerrando los ojos.

—No, he venido..., o sea, hemos venido por Shawn. Es muy gay. Vamos, supergay —balbucí nerviosamente.

Julia se asomó por detrás de mí y sonrió aún con más arrogancia.

—¿Es el tío que está metiéndole la lengua a Sophia hasta la garganta justo ahora? —preguntó con un dejo jocosos.

*¿Qué?*

Giré rápidamente la cabeza y, efectivamente, Shawn estaba en pleno beso de tornillo con Sophia.

*Maldito seas, Shawn. ¿Te traemos a un local de ambiente y esta noche te da por las mujeres?*

—N-no sé qué decir —admití—. Lo siento muchísimo, Julia.

—¿El qué, exactamente? —preguntó, y se cruzó de brazos.

—Siento haberte mentado —empecé a decir—. Sabía que tenías previsto venir aquí esta noche. Necesitaba verte para pedirte perdón y no respondías a mis

llamadas. —Tomé aliento—. Y siento haber hecho esas horribles anotaciones en tu trabajo y haberte suspendido. Nunca fue mi intención que lo vieras y yo, en fin...

—Mira, ya no importa —terció—. Disculpas aceptadas, ¿vale? Ahora cada cual puede seguir con su vida. Sin rencores, Stephen.

—Pero...

Pasó por delante de mí sin mirarme a la cara y me dejó al borde de la pista de baile, sintiendo como si me hubiesen arrancado el corazón de cuajo. Al darme la vuelta vi que decía algo a sus amigas y que las tres caminaban hacia la puerta. Sophia me hizo una seña con los ojos y articuló con los labios un «lo siento» antes de salir.

*¿Eso es todo? ¿Jamás la volveré a ver?*

Me acerqué dando traspiés a Shawn y Matt y abrí la boca, pero me quedé sin palabras.

—Solo han salido a fumar un pitillo —dijo Matt, y me dio un apretón en el hombro—. Volverá.

Si bien me consoló saber que iba a volver a verla, dudaba que eso cambiase en algo la situación.

—Pero... ya no me desea —dije prácticamente en un hilo de voz.

—Cómo no va a desearte —repuso Shawn, intentando consolarme—. He visto cómo te mira.

—No —rezongué—. Ha aceptado mis disculpas y ha dicho que a partir de ahora cada cual puede seguir con su vida.

—Seguro que no lo ha dicho de corazón —intervino Matt, pero no parecía muy convencido.

—¿Por qué no sales a la puerta a hablar con ella? —sugirió Shawn—. Puedes llevarle su chaqueta. —Me la dio y me sonrió—. No pierdes nada, ¿no?

—Vale —acepté, y respiré hondo. Pertrechado con la chaqueta de Julia, salí a la calle y me fijé en las chicas que doblaban la esquina. Las seguí y, cuando estaba a punto de hacerme ver, oí la voz de Sophia.

—Venga, Julia. ¡Dale otra oportunidad al chico!

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Porque ha venido a un club de ambiente con tal de hablar contigo —dijo Megan—. Puede que se haya comportado como un imbécil, pero tiene huevos.

—Pues sí —convino Sophia—. Hasta se ha comprado ropa nueva y todo. No me digas que no te gusta lo guapo que está esta noche.

Hubo una pausa. Yo sabía que estaba mal escuchar a escondidas, pero no tenía

agallas para doblar la esquina todavía. Julia era como un libro cerrado y lo único que yo quería era conocerla mejor.

—Siempre está guapo —dijo ella en voz baja—. Pero eso es lo de menos. Se acabó.

*Oh, Dios, no.*

—¿Por qué? —preguntó Sophia—. Ha pedido perdón y ha procurado que te pusieran un sobresaliente.

—No lo entendéis —replicó Julia—. Solo aspiro a un sobresaliente siempre y cuando Stephen considere que lo merezco. Es el mejor profesor que he tenido hasta ahora y respeto su opinión, ¿vale? Me esforcé mucho en ese trabajo y, en mi opinión, lo bordé.

—Claro que lo bordaste —intervino Megan—. Yo lo leí, ¿recuerdas?

—Sí, pero Stephen no opinó lo mismo, y eso hizo que yo cuestionara mi capacidad. No puedo permitir que un tío ejerza esa clase de poder sobre mí.

—Pero se lo dio a otro profesor para corregirlo —adujo Sophia.

—Eso no viene al caso. Es decir, si únicamente lo hizo porque yo me cabreé y le llamé gilipollas o no sé qué, no quiero la nueva nota.

—Creo que deberías dejar que se explique —objetó Megan. Me extrañó escuchar que estaba de mi parte.

—No, es mejor así —insistió Julia—. Cortar por lo sano, antes de que alguien salga mal parado.

—Creo que alguien ya ha salido mal parado —dijo Sophia en voz baja—. ¿Has visto la cara que ha puesto Stephen cuando hemos salido?

Hubo otra pausa y me pregunté si cuando Julia me había dejado plantado dentro mi aspecto reflejaba realmente el abatimiento que sentía.

—Le gustas, Jules —comentó Sophia en tono amable.

—Ya —dijo ella en voz baja.

—Y a ti te gusta él, ¿no es así? O sea, incluso a pesar del palo de la nota.

—Claro que sí. A ver, ¿cómo no va a gustarme? Está buenísimo y es dulce al mismo tiempo. Es un cocinero estupendo, una máquina en la cama y me sacó la maldita silla para que me sentara como si estuviéramos en una película en blanco y negro. Debería echarse novia y no un rollo para follar. Debería salir con aquella mujer con la que quedó.

*No la quiero. Te quiero a ti.*

—¿No comentaste que no quería volver a verla? —preguntó Megan.

—No, dijo que no quería estar con dos personas a la vez —corrigió Julia—. Ahora puede estar con ella en exclusiva y yo retomar la rutina.

—No creo que hubiera venido a un bar de ambiente si no le importara con cuál de las dos quiere estar —se aventuró a decir Sophia—. Creo que deberías darle una oportunidad. No todos los tíos son unos cabrones. Tienes que dejar correr aquello, Jules. Stephen te trata bien y le gustas *de verdad*.

*¡Por favor, no digas más! Saldrá corriendo en la dirección opuesta si se entera de hasta qué punto.*

No pude esperar más y arriesgarme a que Sophia mencionara la palabra «amor».

—Julia —La llamé simulando que acababa de salir a la calle. Doblé la esquina y las tres chicas se quedaron mirándome—. Te..., hum, te he traído la chaqueta. Esta noche ha refrescado un poco —dije, y se la di.

—Sí, deberíamos volver con los chicos —comentó Sophia, y se marchó prácticamente llevándose a Megan a rastras para dejarme a solas con Julia.

—Bueno, hum... ¿Cómo te va? —pregunté con torpeza, y hundí las manos en mis bolsillos.

—De puta pena —respondió, y le dio una calada al cigarrillo.

—Lo siento. Oye, Julia. Lo de la nota...

—Ya te lo dije: no importa —me interrumpió rápidamente—. Olvídalo y punto.

—Sí que importa —insistí—. Hice algo totalmente reprobable. Revisé tu trabajo mientras bebía. Y mucho. Estaba disgustado por aquellos mensajes que me mandaste y, en fin, recordarás cómo me sentía cuando fuiste a mi casa: enfadado e impotente. Pero eso no lo justifica. Tenías toda la razón. Fui un gilipollas y no logré ser objetivo.

—Stephen...

—Y te mereces el sobresaliente que te han puesto por el trabajo. Brian, o sea, el profesor Barrie, llegó a comentar que sería un estupendo punto de partida para una tesis y que aportabas ideas novedosas e interesantes. Tu trabajo es excelente y yo un imbécil. Solo quería que lo supieras.

—Creo que ya lo sabía —dijo.

—¿El qué? ¿Que eres una alumna estupenda o que soy un imbécil?

—Las dos cosas —respondió, y esbozó una leve sonrisa. Yo dejé escapar una risotada nerviosa.

—¿Quieres que volvamos adentro? —pregunté, mientras ella apagaba la colilla contra el suelo.

—Creo que me voy a casa —dijo—. Ni siquiera estaba de buen ánimo para salir de fiesta; solo he venido porque Megan y Sophia se han empeñado.

—Deja que te lleve a casa en el coche —me ofrecí sin pensármelo dos veces. Todavía no la había convencido para retomar lo nuestro y quería hablar con ella sin el estruendo del club.

—No hace falta, puedo ir caminando —contestó.

—¡Joder, no! —bramé súbitamente.

Julia se rio por lo bajini.

—Guau, quién te ha visto y quién te ve.

—He tenido la mejor maestra —dije con una sonrisa irónica—. Hum, sabes de quién hablo, ¿no?

Soltó una carcajada y me pareció el sonido más hermoso que había oído en la vida.

—Casi me había olvidado de lo gracioso que eres.

—Entonces, ¿puedo llevarte a casa? —pregunté cuando dejó de reír.

—¿No tienes ganas de quedarte?

—No, solo he venido por ti —confesé—. Y la verdad es que no me agrada la atención que estoy despertando ahí dentro.

—Lógico —comentó—. Voy a avisar a las chicas.

La seguí al interior y no pude evitar sonreír hasta tal punto que casi me dolían las mejillas. Había hecho reír a Julia y ella había accedido a que la llevase a casa en el coche. Podía darme con un canto en los dientes.

Junto a la barra, daba la impresión de que Sophia y Shawn estaban comiéndose la cara mutuamente de nuevo mientras Megan y Matt, a su lado, parecían muy incómodos. Unos cuantos gais que había cerca estaban simulando arcadas y murmurando por el hecho de haber dejado de contar con un templo exclusivo para ellos.

—Me voy ya —anunció Julia, y cogió una de las copas—. ¿Es tuya? —preguntó.

—Me figuro que sí —reconocí—. Me ha invitado uno de esos tíos.

Sonrió con sarcasmo y le dio un buen trago.

—Sophia —dijo, tirándole de la manga.

—No te molestes —señaló Megan, y puso los ojos en blanco—. Ya lo he intentado yo. ¿En serio os vais, chicos? Hum..., quiero decir, ¿juntos? —Me miró extrañada y acto seguido a Julia; a juzgar por la conversación que había oído por casualidad fuera, era natural que se sorprendiera.

—Stephen me va a llevar en coche a casa —explicó Julia—. ¿Tú también te vas?

Para mi sorpresa, Megan se dio la vuelta para mirar a mi hermano.

—¿Te vas?

—Ni de coña. ¡Me gusta esto! —exclamó, y señaló hacia la barra—. ¡Mira, tengo copas!

No pude contener la risa; Megan le sonrió.

—Supongo que nos quedamos —le dijo a Julia.

—La dejarás en casa sana y salva, ¿verdad? —preguntó Julia a Matt con un ligero tono de advertencia—. Y asegúrate de que tu amigo haga lo mismo con Sophia.

—Por supuesto, Julia.

—Jules —corrigió ella, y sonrió.

*¿Por qué no me ha pedido que la llame «Jules» si es lo que prefiere?*

—¿Estás listo? —preguntó, volviéndose hacia mí. Yo asentí. Matt me hizo un gesto con el pulgar hacia arriba por detrás de Julia y, acto seguido, unos ordinarios movimientos de pelvis que hicieron que Megan se tronchara de risa e incluso le diera un golpe en el brazo con aire juguetón.

*Por lo visto estos dos han congeniado. ¿Quién lo iba a decir?*

Caminé a la zaga de Julia haciendo lo posible por no mirarle el trasero, que tenía una pinta de lo más insinuante con los pantalones ceñidos. Al pasar junto a una mesa oí que uno de los hombres refunfuñaba porque me marchaba. Julia se detuvo y les sonrió.

—Tranquilos, chicos —dijo—. Mejor que se marche con una arpía que con otro tío, ¿no? Ya vendremos otra noche.

*¿Una arpía? Eso no suena muy halagador.*

Procuré disimular en la medida de lo posible mi asombro, aunque dudo que resultara muy convincente. Al parecer, los hombres seguían decepcionados.

—Ya, ya —añadió Julia, y suspiró—. Es un pedazo de caramelo. No sabéis la cantidad de veces que le he enseñado las tetas con la esperanza de ponerle a tono. Por desgracia, no le gustan las chicas.

*¿Cómo se le ocurre decir eso?*

—Stephen, cariño —dijo insinuante y me tiró hacia arriba del bajo de la camiseta—. ¿Por qué no dejas que los chicos echen una ojeadita como premio de consolación en vista de que te estoy secuestrando?

Aunque me sonrió, percibí un brillo malicioso en sus ojos.

*¡Lo está haciendo para castigarme!*

Dejé que me subiera la camiseta para dejar al descubierto mi abdomen durante unos segundos, pero cuando uno de los hombres extendió el brazo para tocarme se me agotó la paciencia. Agarré a Julia de la mano y salí como un energúmeno

del local. Noté que la ira se apoderaba de mí conforme tiraba de ella al cruzar el aparcamiento desierto.

—¿Qué narices estabas haciendo ahí dentro? —exigí que me explicase al llegar al coche.

—Tranquilo. No era más que un juego.

—¡Esto no es un juego! —exclamé, echando humo—. No puedes hacer algo así.

—Sí que puedo —repuso, y levantó la barbilla—. Puedo hacer lo que me dé la gana. —Me hincó el dedo índice en el pecho con desdén—. Y tú no eres quién para decirme lo que tengo que hacer —apostilló con un último empujoncito.

—Por Dios, ¿cómo eres tan...? —Estuve en un tris de decir un término peyorativo, pero hice un sumo esfuerzo para contenerme. Los ojos le echaban chispas. Estaba claro que intuía lo que yo me había quedado con ganas de decir.

—¿Qué esperabas? —preguntó—. Para empezar, ¿por qué te has molestado en venir aquí esta noche? ¡Hemos cortado, Stephen!

—¡No..., no digas eso!

—¿Por qué no? Al fin y al cabo, es la verdad. Era solo sexo y se acabó. Puedes buscarte una novia en condiciones para ser felices y comer perdices. ¿Acaso no es eso lo que deseas?

—¡No! —contesté automáticamente—. ¡Te deseo a ti!

Di dos pasos al frente y la obligué a sentarse sobre el capó de mi coche. Me coloqué entre sus piernas y la empujé para que se apoyara en los codos.

—¿Qué haces? —preguntó.

—Te deseo a *ti* —repetí, y posé las manos sobre el capó para inclinarme sobre ella. No me explicaba de dónde había sacado semejante arrojo. Solo había dado unos sorbos a la copa que me había servido el camarero, de modo que definitivamente no se trataba de un arrebató provocado por el alcohol como la última vez. Estaba enfadado con ella porque intentaba reducir lo que había entre nosotros a sexo y nada más. Acababa de decirle a sus amigas unos minutos antes que yo le gustaba, pero ahora daba la impresión de que me rechazaba.

*De ninguna de las maneras.*

La obligué a tumbarse del todo y escudriñé sus preciosos ojos. Se le había acelerado la respiración y tenía la carne de gallina. La observé mientras deslizaba mi dedo índice por su cuello en sentido descendente hasta sus pechos, a la espera de que protestase. Como no lo hizo, me incliné del todo sobre ella y me detuve cuando mis labios estaban a unos milímetros de los suyos. Sentí el movimiento ascendente de sus manos hasta mis hombros y temí que se zafara de

mí de un empujón. Sin embargo, me cogió del blazer y tiró de mí, fundiendo nuestros labios en un beso ardiente y desenfrenado. Gimoteó en mi boca cuando froté mi lengua contra la suya con ahínco y apreté mi erección contra su entrepierna. Me constaba que ella también lo notaba. La tomé de las manos y se las sujeté por encima de la cabeza, cosa impropia de mí. Mi gesto de dominación la hizo resollar, y se interrumpió el beso. Por un instante me inquietó que le desagradara que la sujetase por la fuerza, hasta que noté que me enganchaba las piernas alrededor de la cintura.

—Te he echado mucho de menos —gemí antes de besarle la barbilla—. ¡Dios, cuánto te he echado de menos, Julia!

Aunque no dijo nada, me constaba que sentía el mismo deseo que yo. Basculaba las caderas al ritmo de las mías, y gimoteaba cuando le chupaba la suave piel del costado del cuello.

—Stephen —musitó. Finalmente erguí la cabeza para mirarla.

—Por favor, di que me perdonas —resollé—. Por favor, Julia.

—Te perdono —susurró.

*Gracias, Dios mío.*

La besé de nuevo, pero esta vez más despacio y con delicadeza, y la solté de las manos, las cuales enredó en mi pelo. Pasé un brazo por debajo de ella y con la mano libre le sostuve la cabeza para que pudiera estar más cómoda, y la estreché con fuerza contra mí mientras seguíamos besándonos. Yo estaba en la gloria. La sensación de tenerla entre mis brazos era perfecta, a pesar del hecho de que estábamos encima del capó de mi coche en medio del aparcamiento. Deseé que esa sensación fuera eterna.

*La quiero.*

En el aturdimiento de mi arrebató de amor y deseo alcancé a oír voces cercanas y despegué la boca de la suya de mala gana.

—Viene alguien —susurré.

—Unos minutos más y nos pillan in fraganti.

Dejé caer la cabeza hacia abajo y sofoqué la risa contra su piel antes de ayudarla a bajar del capó. En el trayecto en coche estuvimos en silencio, escuchando la radio; ojalá me hubiese quedado algo de la valentía de la que había hecho gala en el aparcamiento para atreverme a alargarse la mano y posarla en la suya. Paré el coche en la puerta de su apartamento, vacilante. ¿Me invitaría a subir? ¿Me daría un beso de buenas noches para despacharme? ¿Se limitaría a darme las gracias por haberla llevado a casa y se marcharía sin dignarse a mirar atrás? Se desabrochó el cinturón de seguridad y se acercó para darme un rápido

beso.

—Gracias por traerme a casa —susurró, y se giró para abrir la puerta.

*No puedo permitir que se vaya de esta manera.*

—Julia —dije, y le agarré la mano con delicadeza.

—Estoy cansada —repuso con un suspiro, volviendo la vista hacia mí—. Lo siento, no puedo invitarte a que subas. No he dormido muy bien últimamente.

Estaba claro que no mentía. Al observarla detenidamente, distinguí las oscuras ojeras que tenía, a pesar de que había tratado de ocultarlas bajo el maquillaje. Le pasé la yema del dedo con delicadeza bajo los ojos.

—Lo siento —murmuré.

—Gracias. Es que... tengo muchas cosas en la cabeza.

Me dieron ganas de decirle que podíamos simplemente dormir juntos si me invitaba a subir. En ese momento me daba igual el sexo. De buena gana habría pasado toda la noche estrechándola entre mis brazos y acariciándole el pelo mientras dormía, pero proponérselo tal vez era ir demasiado lejos. No cabía duda de que era del tipo de cosas que un chico haría por su novia, y algo me decía que Julia no estaba preparada para eso.

—¿Quieres hablar de ello? —sugerí, pero, tal y como presentía, se limitó a negar con la cabeza y a sonreírme con tristeza.

—¿Nos veremos de nuevo? —conseguí preguntarle.

—Nos veremos en clase el martes.

—Fuera de clase —insistí—. Quiero...

*Aliviar la pesadumbre que reflejan tus ojos, besarte, abrazarte, charlar y reír contigo, hacerte el amor, cocinar para ti. Quiero observarte mientras duermes y cepillarte el pelo y darte de comer fresas. Quiero todo eso, Julia.*

—... quiero verte en la intimidad —dije, ocultando mis verdaderos sentimientos como un cobarde, pero al mismo tiempo a modo de supervivencia. De enterarse, Julia saldría corriendo, lo cual no auguraría nada bueno para mí.

—Tal vez podamos hablar después de clase —sugirió.

—Entonces, ¿no estás diciendo que no?

Negó con la cabeza.

—Es que... estoy muy liada —respondió en voz baja—. Pero podemos hablar el martes, ¿vale?

Asentí. Pese a que no había accedido a retomar nuestro acuerdo, tampoco había descartado la idea. Cuando se acercó de nuevo para besarme, tomé su cara entre mis manos.

—Buenas noches —susurré contra sus labios antes de que se apartara.

—Buenas noches, Stephen —dijo en voz baja, saliendo del coche.

Al llegar a su puerta, se dio la vuelta y me sonrió antes de entrar. Me provocó un hormigueo en el estómago. Aguardé hasta ver que se encendían las luces de su apartamento para cerciorarme de que se encontraba sana y salva en casa.

—Que tengas dulces sueños —susurré.

Era consciente de que a esas alturas ella era la protagonista de todos mis sueños, estuviese despierto o dormido, y también de que eso no iba a cambiar. Esa certidumbre me resultaba tan aterradora como emocionante, pero no deseaba que fuese de otra manera. Era absolutamente imposible reanudar la rutina y lo previsible después de haber conocido a Julia. Matt tenía razón. Ella me había resucitado, había hecho que me sintiera vivo y, por encima de todo, me había hecho experimentar lo que significaba estar enamorado. Ahora lo único que anhelaba era ser capaz de hacer lo mismo por ella.

El tono de «Sexual Healing» me despertó a la mañana siguiente.

*¡Ahora no!*

Estaba disfrutando de un sueño absolutamente maravilloso con Julia. Nos encontrábamos en el campo, en alguna pradera, haciendo el amor. No estábamos acostándonos juntos, ni echando un polvo, ni ninguna de las otras denominaciones. No, estábamos haciendo el amor, y era hermoso. Yo le había dicho lo mucho que la amaba y ella me había acariciado la cara con gesto risueño antes de decir que también me amaba.

El teléfono volvió a sonar y salí de la cama trastabillando en dirección a la sala de estar para responder. El motivo por el que nunca lo dejaba encima de la mesilla de noche era algo que escapaba a mi comprensión.

—Hola, hermanito —dijo Matt alegremente cuando respondí—. Vente conmigo y con Shawn a tomar el *brunch*. —Mi estómago rugió en el instante en que mencionó la comida.

—¿Al sitio de siempre?

—Sí. Puedes traer a Julia si te apetece —sugirió.

Noté que mis labios hacían un mohín de puchero al acordarme de que Julia y yo no habíamos pasado la noche juntos.

—No está aquí —dije escuetamente, sin querer entrar en detalles por teléfono.

—Vale —contestó mi hermano—. Lo siento, Stephen.

—Gracias. ¿Cuándo nos vemos?

—¿Te viene bien dentro de media hora?

—Muy bien. Nos vemos allí. —Volví a la cama de un brinco y hundí la cara en la almohada.

*Ojalá estuviera aquí.*

Dejé que mi mente rememorara los besos que habíamos compartido sobre el capó del coche la noche anterior. El primero había sido de lo más salvaje y desenfrenado. Bueno, Julia se encontraba bastante frenada por mis manos, pero

eso era harina de otro costal. Me encantaban su pasión y su lujuria cuando gemía y se restregaba contra mí.

Aunque el siguiente beso había sido distinto, la sensación fue igual de buena, si no mejor. Había sido suave y tierno, pero igualmente apasionado, y yo la había estrechado entre mis brazos de principio a fin. Pese a que Julia no había accedido a retomar nuestros encuentros, yo seguía considerando un éxito mi salida del armario de la noche previa. Ella me había perdonado, me había besado y habíamos quedado en vernos el martes después de clase.

Me duché en un santiamén, me vestí y me dirigí al café del centro donde Matt y yo siempre quedábamos para comer. Shawn y él estaban sentados a una mesa en la terraza cuando llegué y me extrañó verlos solos. Imaginaba que igual les acompañarían Sophia y Megan, pues sospechaba que habían pasado la noche con ellas después de marcharse del club. Ese era sin lugar a dudas el *modus operandi* de mi hermano y, a juzgar por el lote que se habían dado Sophia y Shawn, estaba convencido de que habrían pasado la noche juntos. Claro que eso no implicaba necesariamente que también pasaran la mañana juntos, pues lo sabía de buena tinta a raíz de mis visitas al apartamento de Julia. Siempre me marchaba antes del amanecer.

—¿Qué pasó anoche? —preguntó a voz en grito Shawn en cuanto estuve al alcance del oído—. Matt me dijo que te habías ido con Julia.

—¿No te diste cuenta? —pregunté en tono cortante, si bien no pude por menos que esbozar una leve sonrisa.

—Es que, hum... Supongo que estaba un poco distraído —respondió Shawn con una sonrisita.

—¡No me digas! —bramó Matt, y le agarró del hombro—. Deberías haberlo visto con la chavala, Stephen. ¡Pensé que iban a echar un polvo encima de la barra!

—Se llama Sophia —apuntó Shawn en tono serio—. Y no es una chavala. Es... alucinante.

—¿Qué me dices de Megan y de ti? —pregunté—. Por lo visto congeniasteis.

—Se fueron a casa juntos —comentó Shawn.

*Típico.*

—No fue así —masculló Matt—. A ella no le apetecía quedarse en su casa mientras Shawn y Sophia se lo hacían allí.

—Claro, qué cosas tengo —dijo Shawn—. Apuesto a que te comportaste como un perfecto caballero. —Mi hermano bajó la vista y se rebulló en el asiento.

—¿Qué pasó? —le pregunté.

—Yo, hum... Prefiero no hablar de ello.

*¡Pues menuda primicia! Por lo general le encanta fanfarronear de sus conquistas. A menos que... ¿no hubiera tal conquista?*

—Entonces vosotros dos no... —Se me apagó la voz.

—Solo nos... hicimos arrumacos —balbució.

—¿Cómo? —farfullé—. *¿Arrumacos?* —Jamás pensé que escucharía esa palabra en boca de mi hermano.

—Fue agradable —replicó a la defensiva.

Shawn se había quedado boquiabierto mirando fijamente a Matt.

—Guau —dijo finalmente, y negó con la cabeza—. Matt haciendo arrumacos. ¿Quién lo iba a imaginar? Bueno, ¿qué es lo que pasó con Julia?

Me miró con gesto expectante, pero el camarero apareció antes de que pudiera responder. Hicimos nuestras comandas y, en el instante en que se alejó de la mesa, Shawn repitió la pregunta.

—La llevé a casa y nada más.

—¿Eso es todo? —preguntó mi hermano con un gesto de patente decepción—. ¿Después de toda la movida de la ropa y el spa, al final no pasó nada?

—Bueno, nos besamos.

—Aah, buena señal, ¿no? —preguntó Shawn. Yo asentí.

—Cuando le dije que quería volver a verla contestó que hablaríamos el martes después de clase.

Matt hizo una mueca de dolor.

—¿Que quiere hablar? Lo siento, tronco.

—¿Y eso qué tiene de malo? —pregunté. A mí me parecía estupendo que Julia y yo charlásemos sin haber sexo de por medio.

—La verdad es que cuando una mujer tiene ganas de hablar nunca es buena señal. Casi siempre es por algo malo.

*Eso no puede ser verdad. ¿O sí?*

—Pero tampoco lo descartó —objeté—. Y me besó. ¿Cómo va a ser malo que quiera hablar conmigo?

—¿Qué dijo exactamente? —preguntó Shawn. Reflexioné durante unos instantes antes de contestar.

—Dijo que estaba muy liada y que últimamente no dormía bien. Parecía agotada... y un pelín triste. Mejor dicho, abatida.

Recordé las oscuras ojeras que el maquillaje no había podido camuflar del todo y la expresión de sus ojos. Estaba atravesando un bache y yo no tenía ni la

menor idea del motivo. Hablar sería positivo si significaba conocerla mejor para poder ayudarla con lo que fuera que le estuviera provocando esa desazón. Me dolía el pecho con solo pensar en que sufriera. Me froté el torso a la altura del corazón y suspiré.

—¿Qué problema crees que tiene? —preguntó Matt con tacto; me sorprendió ver la inquietud que reflejaban sus ojos.

—No tengo ni idea —reconocí—. Apenas la conozco, pero quiero saber más sobre ella. Por eso tengo que creer que hablar con ella el martes será positivo. —Hice una breve pausa—. Yo... aspiro a que me quiera.

Shawn me miró con gesto cómplice.

—Hum... ¿Cómo lo consigo? —pregunté, y los miré a los dos.

—Stephen, no puedes hacer que se enamore de ti —comentó Shawn—. Estas cosas simplemente ocurren.

*Maldita sea. No es la respuesta que esperaba.*

—Eso es una gilipollez —terció mi hermano—. ¡Claro que puedes hacer que se enamore de ti!

—¿De veras? ¿Cómo?

—Está chupado. —Matt sonrió maliciosamente—. Lo único que necesitas es echar un polvo detrás de otro con ella.

*Oh, me gusta ese plan. ¡Mi hermano es un genio! Un momento, ¿qué he dicho? ¿Matt? ¿Un genio? Lo dudo.*

Mi hermano asintió para recalcarlo, aparentemente satisfecho de sí mismo. Shawn, por su parte, parecía desconcertado.

—¿Qué quieres decir? —pregunté, rascándome el cuello—. ¿Cómo va a enamorarse de mí así?

—Follando se libera no sé qué hormona —explicó con total naturalidad—. Hace que te enamores.

—¿Cómo dices? —pregunté—. ¿Una hormona del amor? ¿Es a eso a lo que te refieres?

—¡Exacto! —dijo, haciendo un gesto de complicidad—. Por lo visto evita que la mujer ponga los cuernos y anima al hombre a procrear.

—¿Dónde has oído eso? —pregunté, entrecerrando los ojos—. ¿En la tele?

*Lo único que Matt lee son etiquetas de licores y artículos en Playboy.*

—Ajá —confirmó—. En Discovery Channel.

—¿Y te crees eso realmente? —pregunté.

—¿Por qué crees si no que solamente echo unos cuantos polvos con una mujer y luego paso a otra? —preguntó.

—Porque eres un pendón —contestó Shawn en tono seco. No pude evitar reírme.

—De eso nada. Solo me aseguro de no liarme con mujeres pegajosas y enamoradizas.

—Pues sigue engañándote a ti mismo —rio entre dientes Shawn, y volvió a centrar su atención en mí—. El amor no es solo cuestión de hormonas, Stephen. Es sobre compañeros del alma y destino. Cuando conoces a la persona adecuada, lo sabes y punto. Como si estuvierais predestinados desde el principio. La media naranja concebida expresamente para ti.

Se quedó mirando al vacío con gesto soñador y Matt puso los ojos en blanco. Al observar a mis dos colegas me pregunté cómo demonios eran amigos siendo tan radicalmente distintos. Me costaba creer la teoría de Matt, aunque efectivamente resultaba bastante lógica desde un punto de vista biológico. No obstante, no concebía que el amor fuese únicamente una cuestión hormonal. No tenía más remedio que trascender eso.

Pero la visión de las cosas de Shawn era un pelín ingenua y optimista para mi mente lógica, y tampoco pude adherirme por completo a esa teoría. No me enamoré de Julia la primera vez que la vi. La encontré de lo más irritante y problemática; hasta que no intimé con ella, literalmente y en todos los sentidos, no fui consciente de que la amaba.

Por lo visto ese asunto debía abordarlo solo. Simplemente tenía que guiarme por mi instinto y actuar de la mejor manera posible.

—Voy a mandarle flores —anuncié—. Quiero que sea feliz y que sepa que pienso en ella. A las chicas les gustan las flores, ¿no? —Ambos asintieron con la cabeza y suspiré de alivio. Quizá fuera capaz de dilucidar realmente cómo solucionarlo.

—Deberías comprar rosas rojas —sugirió Matt—. Es un clásico que no falla.

—No —objetó Shawn—. Deberías averiguar cuál es su signo del zodiaco y regalarle las flores que le vayan bien.

La cabeza me daba vueltas. Una vez más, mis amigos discrepaban.

*Guíate por tu instinto y punto.*

—No —dije—. Le mandaré algo que crea que le guste. Algo que me recuerde a ella.

—Oh, mejor aún. Caerá en tus redes, Stephen —afirmó Shawn con rotundidad, y me sonrió—. ¿Cómo no iba a hacerlo?

Le devolví la sonrisa y recé para que estuviera en lo cierto.

Después del *brunch* paré en una floristería y eché un vistazo a la selección.

—¿Puedo ayudarle a encontrar algo? —me preguntó la señora que había detrás del mostrador.

—Si elijo unas flores, ¿me preparará un ramo? —Asintió y sonrió. No era la primera vez que había comprado flores a una mujer, pero por lo general optaba por cualquier buqué que ya estuviera preparado. Nunca había elegido las flores sueltas para hacerlo a mi gusto. Me puse a coger todas las que pensaba que podrían gustar a Julia: unas bonitas flores rosas que me recordaban el color de sus labios; unas púrpura que olían de maravilla, al igual que ella en todo momento; y unas blancas de delicados pétalos sedosos, como su piel. Cuando encontraba una que me recordaba a ella, la cogía, y finalmente le entregué todas a la florista, que las miró con recelo.

—¿Está seguro de que son estas las que quiere? —preguntó con tacto.

A juzgar por su expresión, sospeché que probablemente había cometido lo que en el mundo de los arreglos florales se consideraría un desatino, pero me traía sin cuidado.

—Estoy seguro —dije categóricamente, y me quedé observando mientras preparaba el ramo.

Cuando lo sostuvo en alto para mostrármelo, sonreí. Era Julia materializada en un ramo. Colores y formas aparentemente dispares que adquirirían belleza cuando se integraban en el conjunto. Julia era la antítesis de lo corriente, de los colores a juego y de lo seguro. Era indómita, apasionada y rebosante de vida, precisamente como el ramo. Era perfecto para ella, y ella era perfecta para mí. Al pagar ni siquiera me preocupó el precio, desorbitado. Únicamente confiaba en que le arrancara una sonrisa. Le di a la mujer la dirección de Julia y adjunté una tarjeta al ramo.

Querida Julia, gracias por perdonarme. Te echo de menos y estoy deseando verte el martes. Con afecto, Stephen.

Me dieron ganas de escribir «Con amor, Stephen», pero me constaba que no podía hacerlo. Salí de la tienda con mucho mejor ánimo y con la esperanza de que Julia me llamase por teléfono o me mandase un mensaje al recibir las flores al día siguiente.

Pero no lo hizo. El fin de semana pasó sin una sola palabra y tampoco actualizó el perfil en su página de Facebook. Decir que me sentía abatido sería quedarme muy corto. No entendía lo que estaría pensando o haciendo.

¿Disfrutaría torturándome? ¿Por qué me besaba apasionadamente una noche y luego me ignoraba? No le encontraba explicación alguna.

El martes estaba emocionado y ansioso por verla por fin, pero faltó a clase. Intenté llamarla al llegar a casa, pero automáticamente saltó el buzón de voz. Me dejé caer en el sofá, impotente, enfadado y, por encima de todo, dolido. Por primera vez en años noté que una sustancia acuosa empezaba a acumularse en las comisuras de los ojos y me los sequé con las manos con rabia.

*Eres un hombre hecho y derecho, por el amor de Dios.*

Cerré los ojos y procuré ignorar el dolor que sentía en el pecho, hasta que finalmente me acurruqué en un ovillo y me quedé dormido.

Me desperté al oír que llamaban al timbre. Al incorporarme y frotarme los ojos, me sorprendió comprobar que casi había oscurecido. Había dormido varias horas. Fui hacia la puerta y, nada más abrirla, se abalanzaron sobre mí. Unos labios cálidos y suaves amordazaron los míos, besándome con ansia, y unas manos pequeñas y ávidas manosearon todo mi cuerpo. Tardé un instante en darme cuenta de que Julia prácticamente se había lanzado sobre mí en el recibidor.

*¿Qué hace?*

—¡Julia! ¡Julia! —exclamé con voz ahogada entre frenéticos besos.

Al apartarse de mí un segundo alcancé a ver fugazmente sus ojos. Los tenía enrojecidos y llorosos. Se abalanzó sobre mí de nuevo, toqueteándome por todas partes. *Por todas partes.*

*Oh, Dios, tengo que parar esto. Es un gustazo, pero algo va mal.*

No sé cómo hice acopio de fuerzas para apartarla con cuidado. Ella refunfuñó, frustrada, y se giró en redondo para entrar como una exhalación en el apartamento. Me quedé anonadado y tardé un minuto en recomponerme y seguirla hasta la sala de estar, donde dudé si acercarme o no a ella. Estaba de espaldas a mí, fumando un cigarrillo. No dije nada al respecto; francamente, en ese momento me importaba un comino. Estaba claro que algo le pasaba. Me fijé en el vestido negro que llevaba puesto, mucho más clásico que su estilo habitual, y se había recogido el pelo en una coleta despeinada. Tenía un aspecto diferente al de siempre.

—¿Qué pasa? —pregunté por fin, armándome de valor.

—¿Qué te hace pensar que pasa algo? —replicó rabiosa, y le dio otra calada furiosa al cigarrillo.

—Estás fumando. Solo fumas cuando sales de fiesta o si estás disgustada por algo.

—¿Acaso crees que me conoces por el mero hecho de que he accedido a que me echas unos cuantos polvos?

Tomé una súbita bocanada de aire. ¿Cómo podía tratarme con esa crueldad? Seguidamente, se le hundieron los hombros y noté que le temblaban las manos.

—Lo siento —dijo en un hilo de voz—. No sé por qué he dicho eso. Será mejor que me vaya.

Se dio la vuelta para pasar por delante de mí, pero la sujeté por los hombros para que me mirara. Tenía los ojos anegados en lágrimas y pinta de no haber dormido desde la última vez que nos habíamos visto.

—¿Qué ha pasado? —susurré.

—Nada. —Negó con la cabeza—. Es que...

Pasó rozándome en dirección a la cocina, donde apagó el cigarrillo bajo el chorro del grifo antes de tirarlo a la basura.

—Oye, ¿vas a follar conmigo o no? —preguntó.

*¿Cómo? No puedo, así no.*

—Julia.

—¿Sí o no? —insistió con impaciencia.

—No, pero...

—¡Entonces es absurdo que me quede! —exclamó, y enfiló hacia el recibidor.

*No, no voy a permitir que se vaya de esta manera.*

La cogí de la mano, preparándome mentalmente para que me tirara al suelo como la última vez, pero ella simplemente se detuvo y dejó caer la cabeza hacia abajo. Sostuve su mano con delicadeza y noté que temblaba, mientras seguía dándome la espalda.

—Por favor —musité.

No estaba del todo seguro de lo que le estaba suplicando. ¿Que se quedase? ¿Que me abriese su corazón? ¿Que me dejase amarla? ¿Todo lo anterior?

—Por favor —repetí, esta vez un poco más alto, y le di un apretoncito en la mano.

Me di cuenta de que estaba llorando cuando le temblaron los hombros. Me partía el corazón que estuviese llorando. Sin pensármelo dos veces tiré de ella y la rodeé con mis brazos. Su cuerpo pegado al mío se estremeció con fuertes sollozos entrecortados.

*Ay, Dios, ¿qué hago? ¿Qué digo?*

Hasta la fecha nunca había consolado a ninguna mujer y no quería meter la

pata. No tenía la menor idea de lo que le había pasado. Aparentemente no parecía tener daños físicos, al menos. Le acaricié el pelo con ternura y la besé en la coronilla.

—Estoy aquí, estoy aquí —susurré. No sabía si esas palabras le servirían de mucho consuelo, pero albergaba la esperanza de que entendiera que estaba a su lado. Al apartarse de mí temí que se marchara.

—¿Quieres tomar algo? —sugerí.

*Por favor, di que sí, por favor, di que sí.*

Ella asintió y yo enfilé hacia la cocina. No estaba seguro de qué servirle. El alcohol no se me antojaba una buena idea.

*Piensa. Está deprimida y necesita algo reconfortante.*

En un arrebato de inspiración, empecé a sacar cosas de la nevera y del congelador de prisa. Fui a su encuentro a la sala de estar y le tendí el vaso de tubo; ella lo observó torciendo el gesto.

—¿Qué es esto? —preguntó, y lo hizo girar en su mano para examinarlo.

—Hum... Es un..., eh..., *Black Cow*.

—¿Un qué?

—Es un batido de tubérculos. Ya sabes..., con helado —expliqué.

Se lo quedó mirando un buen rato antes de darle un sorbo a la pajita.

*Oh, Dios, espero que le guste.*

—Qué rico —dijo, y se sorbió ligeramente la nariz—. ¿Por qué me has preparado esto?

—Mi madre solía hacerlo cuando estaba disgustado —confesé—. Ya sabes, de pequeño.

Los ojos se le volvieron a poner acuosos y automáticamente me arrepentí de habérselo contado, aunque ignoraba el motivo de su llanto. Le quité el vaso de las manos y lo dejé sobre la mesa de centro, como si con ese gesto de alguna manera mitigase su tristeza. Ella permaneció inmóvil, de pie enfrente de mí, como si estuviese en un tris de volver a abalanzarse sobre mí o de salir disparada hacia la puerta. Como no me agradaba ninguna de las dos alternativas, por una vez tomé la iniciativa y la conduje hasta el sofá, donde nos sentamos el uno junto al otro.

—¿Por qué has faltado a clase hoy? —pregunté con cautela.

—Tenía que ir a un sitio —respondió—. Siento habérmela perdido... y nuestra conversación a la salida.

—No pasa nada. ¿Estás bien?

—¿Por qué te preocupas? —preguntó.

*Porque te quiero.*

—Porque... sí.

Volvió la cabeza hacia mí fugazmente y se enjugó una lágrima.

—Sí, estoy bien —respondió con un suspiro.

Bajé la vista hacia sus manos, que descansaban en su regazo, y vi que se había hecho una escabechina en las uñas. ¿Qué le había ocurrido? Fui consciente de que si pretendía enterarme no tendría más remedio que sacarle cada palabra con sacacorchos.

—¿Dónde has ido hoy?

Volvió a sorberse la nariz y parpadeó unas cuantas veces.

—A un funeral —susurró.

*Oh, no.*

Estiré el brazo para estrechar su mano con ternura.

*Estoy aquí, Julia. Estaré a tu lado.*

Barajé la idea de preguntarle quién era el difunto. ¿Sería un atrevimiento por mi parte o una falta de educación si no pedía que entrase en detalles?

—De mi abuelo —añadió, sin darme ocasión a preguntar.

—Oh, Julia, cuánto lo siento —dije en voz baja, y le apreté la mano con un poco más de firmeza.

Bajó lentamente la vista hacia nuestras manos agarradas y sin previo aviso se zafó de mí y saltó del sofá. Incluso de espaldas a mí yo percibía su tristeza. Se le había acelerado la respiración y tenía los puños apretados a los lados del cuerpo.

—¡No me explico por qué estoy tan hecha polvo, joder! —exclamó de pronto a voz en grito.

Me levanté y puse las manos sobre sus hombros con cautela. Ella dio un respingo al notar mi roce, pero al menos no se apartó.

—O sea, no es que haya perdido gran cosa realmente —masculló, prácticamente para sus adentros.

—¿Estaba... enfermo? —pregunté.

Soltó una risotada amarga.

—Probablemente se encontraba en mejor forma que yo. Pero su mente... —Tomó aliento entrecortadamente y noté que volvía a estremecerse—. Él... ni siquiera... Yo era su... y él ni siquiera... —dijo entre sollozos.

No logré descifrar el significado de sus palabras. Se echó a llorar de nuevo. Intenté que se diera la vuelta, pero permaneció inmóvil. En vez de eso, cogió el libro que yo había estado leyendo un rato antes y lo lanzó al otro lado de la sala con un grito enfurecido.

—¡Ni siquiera me reconocía, Stephen! —chilló, y se giró en redondo para abrazarme. La cogí en brazos y me senté en el sofá para acurrucarla en mi regazo. Su cuerpo se estremecía en sollozos y se quedó callada un buen rato. Me dio la impresión de que se calmaba un poco mientras la estrechaba con fuerza entre mis brazos y le acariciaba el pelo. Parecía muy pequeña y frágil en mis brazos, casi como un niño. Aunque me moría de ganas de que se quedara a pasar la noche para cuidar de ella cuando me necesitase, estaba seguro de que había gente que la esperaba.

—Julia —musité suavemente—. ¿Quieres que te lleve con tu familia? ¿Con tus padres?

—Están muertos —contestó en tono monótono.

—Oh, Dios —susurré—. Julia, lo siento mucho... No tenía ni idea.

—No pasa nada. Cómo ibas a saberlo —dijo, y apoyó la cabeza en mi hombro.

—¿Tienes hermanos? —pregunté, casi temiendo oír la respuesta.

—No, mi abuelo era mi única familia.

*¿No tiene a nadie?*

—Ahora supongo que solo quedo yo —añadió en un hilo de voz—. Si quieres que me vaya, puedo irme a casa de Megan y Sophia.

—¡No! —respondí enseguida, y la abracé con más fuerza—. Por favor, quédate. No quiero que te vayas. Es que pensé que a lo mejor te apetecería estar con..., bueno...

*No digas «familia».*

Suspiró.

—Sé que normalmente no hacemos esto, pero...

—¿Pero qué? —pregunté.

—¿Puedo quedarme a dormir esta noche? —me pidió en un tono prácticamente inaudible.

—Claro que sí —contesté, y le acaricié la espalda—. Puedes quedarte el tiempo que quieras.

*Puedes quedarte para siempre.*

—Gracias —dijo en un susurro.

—¿Necesitas algo? —pregunté—. ¿Puedo hacer algo por ti?

Me sentía muy impotente y no sabía qué hacer para reconfortarla.

—Me gustaría quitarme este vestido de mierda —masculló—. Lo odio.

—Hum... ¿Te apetece darte un baño? —pregunté—. Te puedes poner algo mío después.

Asintió y se apartó gateando de mi regazo. La acompañé al baño y le enseñé dónde guardaba las toallas; seguidamente fui a mi dormitorio a buscar un pijama. Al cabo de unos minutos llamé a la puerta antes de entrar y la encontré sentada en la bañera abrazándose las piernas, puesta en remojo. Era tan menuda y mi corazón suspiraba por ella...

—¿Tienes hambre? —pregunté—. ¿Has cenado?

Negó con la cabeza.

—¿Has almorzado?

—No.

—Julia, ¿cuándo fue la última vez que probaste bocado?

—Ayer... quizá. No tengo apetito.

—Voy a prepararte algo —dije con firmeza.

—Vale —convino, con un asentimiento de cabeza. Menos mal que no discutí conmigo.

—Sal cuando estés lista, ¿vale? —Asintió de nuevo y me di la vuelta para salir del baño.

—Gracias, Stephen —dijo en voz baja.

Le sonreí y seguidamente salí para que tuviese un poco de intimidad. En la cocina, decidí preparar un plato de pasta sencillo. Era rápido y sabía que le gustaba la comida italiana. Estaba más contento que unas castañuelas por que hubiera decidido acudir a mi encuentro cuando se encontraba en apuros y brindarme la posibilidad de cuidar de ella. Hice unos cálculos mentalmente mientras cocinaba y llegué a la conclusión de que su abuelo posiblemente había fallecido a lo largo del sábado, dado que la había visto el viernes en el club. Ojalá me hubiese llamado por teléfono al enterarse de la noticia; esperaba que por lo menos hubiera pasado los últimos días en casa de Megan y Sophia. Detestaba el hecho de pensar que hubiese pasado por ese trance sola.

La cena estaba recién hecha cuando salió del baño con aire desvalido y como si estuviese fuera de lugar, con un pijama mío que le quedaba tan grande que había tenido que remangarse las perneras varias veces para no tropezar.

—Gracias por prestármelo —dijo, cargando su peso de un pie a otro.

Le sonreí con la esperanza de tranquilizarla. No deseaba que se sintiera incómoda estando conmigo, a pesar de que en ese momento la coyuntura era muy diferente a lo que estaba acostumbrada.

—¿Lista para comer? —pregunté.

Asintió y me ayudó a llevar la comida a la mesa; prácticamente no probó bocado y daba la impresión de que tenía la mente a un millón de kilómetros de

allí. Alargué el brazo y posé la mano sobre la suya.

—¿Estás bien?

Levantó la vista hacia mí y sonrió.

—Supongo que sí. Tampoco es que me haya cogido por sorpresa. Llevaba tiempo enfermo. De alzhéimer.

—¿Estaba... muy mal? —pregunté con tacto. Los ojos se le volvieron a poner acuosos y me dieron ganas de darme una patada en la espinilla por hacer preguntas necias que no hacían más que hurgar en la herida—. Perdona, no hace falta que entres en detalles —añadí apresuradamente.

—No, no pasa nada. Pues sí, al final se encontraba mal. No me reconocía.

—Qué horror —susurré.

—Me tomaba por una de las agradables enfermeras —dijo con amargura—. Cómo no iban a ser agradables, con lo que me costaban.

—¿Las pagabas tú?

—Yo era lo que viene a ser su tutora —explicó con un suspiro—. No había nadie más y no es que él pudiera ocuparse de sus propios asuntos. Qué paradoja, ¿verdad?

—¿El qué?

Le tembló el labio superior y tomó una bocanada de aire entrecortada.

—Él se hizo cargo de mí después de... lo de mis padres. Y luego yo me hice cargo de él.

Cogió el vaso y bebió un sorbo de agua.

—Por eso nos mudamos aquí, ¿sabes? —continuó—. Para que viviese en esa residencia de ancianos. Cuidan muy bien de los enfermos de alzhéimer. Yo intentaba ir de visita siempre que podía. Cenábamos juntos varias noches a la semana. Pero vamos, de poco sirvió en su caso, porque... me olvidó.

Se le quebró la voz en la última palabra y enterró la cara entre las manos. Era la primera vez que la veía así, tan vulnerable y desamparada. Normalmente ejercía un control absoluto sobre su persona, y me apenaba verla tan desconsolada y frágil. Me puse de rodillas junto a su silla. Posé la mano en su rodilla y ella bajó las manos. Hizo amago de decir algo, pero en vez de eso se lanzó a mis brazos.

Me quedé un rato sentado en el suelo acurrucándola en mi regazo. Se sorbió la nariz, se enjugó las lágrimas con la manga del pijama y soltó un fuerte suspiro.

—¿Qué pasa? —pregunté con delicadeza.

—Estoy hecha polvo —susurró—. Apenas he dormido. Las gestiones del funeral han llevado mucho tiempo.

—¿Lo has gestionado tú sola? —pregunté sin dar crédito.

—Era la única que podía hacerlo —respondió, y se encogió de hombros—. Tengo sueño. —Se incorporó e hizo amago de retirar su plato, pero le dije que se fuera a dormir y que yo me encargaría de recoger todo. Me sonrió con gesto agradecido y se dirigió en silencio al baño mientras yo me apuraba en quitar la mesa.

—¿Stephen? —dijo en voz alta—. ¿Tienes un cepillo de dientes de sobra?

*Maldita sea.*

—No, lo siento.

—Usaré el tuyo, ¿vale?

Por lo general, la idea de que alguien utilizara mi cepillo de dientes me molestaba, pero en el caso de Julia me arrancó una sonrisa. Tal vez fuera una estupidez, pero en cierto modo hacía que todo fuese más real. Por fin iba a pasar la noche conmigo.

—Vale —respondí en voz alta.

Usé el baño después de ella y me puse el pijama. Julia ya estaba metida en la cama y yo no supe qué hacer a continuación.

—Puedo, eh... —dije, y señalé hacia la sala de estar.

—Anda, ven a la cama, Stephen —dijo entre dientes. Estaba recostada de lado, mirándome, y me tumbé boca arriba. No sabía si debía abrazarla o no. No quería dar un paso en falso y arriesgarme a que optara por dormir en el sofá. No obstante, tenía muchísimas ganas de estrecharla entre mis brazos. Cuando se rebulló para colocarse un poco más cerca, decidí ir a por todas. Lentamente, alargué el brazo para acurrucarla contra mi pecho y, para mi gran satisfacción, se fundió en mi abrazo, rodeándome con el suyo.

—Gracias por dejar que me quede a pasar la noche —susurró.

Le besé la frente y le acaricié el pelo.

—No me lo agradezcas —musité—. Lo que te he dicho antes lo decía de corazón. Puedes quedarte el tiempo que te plazca.

—Y gracias por las flores —dijo, y apretó los labios contra el costado de mi cuello—. Son preciosas.

—¿De veras te gustan?

—Me encantan —contestó en voz baja—. Las he visto hoy cuando he ido a mi casa. He estado en casa de las chicas. Mi vecino las había puesto en agua para guárdamelas.

—Ah. Eh... Pensaba que igual no te habían gustado o que... No tuve noticias tuyas.

—Pues aquí me tienes.

La besé en la coronilla y le acaricié el pelo otra vez. Gimió levemente y su respiración no tardó en hacerse más profunda y acompasada. Era la primera vez que pasaba la noche con una mujer, cosa que me alegraba. Hasta la fecha solo había tenido ganas de dormir con Julia. Por fin podía abrazarla más de unos escasos minutos y era maravilloso saber que se quedaría toda la noche y que la vería al despertar.

Me sentía fatal por su pérdida y abrigaba la esperanza de que se quedara al menos unos días para poder cuidar de ella y estar a su lado cuando me necesitase. Me había consternado saber que estaba totalmente sola en el mundo. Lo suyo era que pasara ese bache en compañía de personas que la quisieran. Bueno, en teoría ya estaba en compañía de una persona que la quería, solo que ella no era consciente de ello.

La apretujé contra mí y suspiré. La quería, pero seguía sin tener la menor idea de lo que el futuro nos depararía, si es que acaso teníamos futuro. ¿Qué pasaría al día siguiente? ¿Se marcharía sin contemplaciones y ahí acabaría la cosa? No se había resuelto nada. Ella había ido a mi casa en busca de sexo y yo me había negado; en lugar de eso le había ofrecido comida y consuelo, cosa que ella había aceptado. ¿Acaso significaba algo? ¿Seguiría considerándome exclusivamente como un «buen polvo» —según la expresión que ella usaba— o existía alguna manera de convencerla para que me diera una oportunidad de verdad? Ella había comentado que no era partidaria de las relaciones de pareja, y estaba convencido de que se debía a algún motivo. ¿Le habría hecho daño alguien en alguna ocasión? ¿Era esa la razón por la que rechazaba la idea del romanticismo y del amor?

Yo todavía no sabía mucho de las mujeres en términos generales, pero sí de ella. Me había enseñado muchísimo acerca del sexo y el placer físico. A lo mejor había llegado la hora de ponerla al día sobre el romanticismo y el arte del cortejo. Era capaz de hacerlo. Estaba decidido a hacerlo.

Carecía de un plan definido, pero ese sería mi objetivo en adelante. Haría que fuera mi amante en todas las acepciones del término.

Escuché su respiración para cerciorarme de que dormía profundamente antes de susurrar: «Te quiero».

## Notas de la traducción

[1] En inglés, *wild* significa «salvaje».

[2] En inglés, *witchcraft* significa «hechizo».

[3] En inglés, *booty* significa «botín» y, en lenguaje coloquial, «culo».

**Ella es su alumna. Él tiene mucho que aprender.**

**Una historia de amor diferente, sexy y divertida con más de 2.000.000 de lectores *online*.**



La vida del profesor Stephen Worthington está perfectamente planificada. Da sus clases martes y viernes, cena con sus padres los fines de semana y cada noche se va a dormir a una hora razonable. Solo.

Una única cosa perturba su perfecta existencia: Julia Wilde. Nunca ha tenido que tratar con una estudiante tan rebelde. Es provocadora e insolente, y se viste de manera totalmente inapropiada. Stephen solo quiere que finalice el curso para perderla de vista. Hasta el día en que por casualidad acaba en su casa y es él quien termina recibiendo una clase muy necesaria entre las sábanas.

Stephen pensaba que su vida iba perfectamente pero..., ¿y si fuera Julia lo que necesitaba para empezar a vivir de verdad?

### **La crítica ha dicho:**

«Una novela romántica de lo más original... Tórrida y apasionada.»

*Romantic Times*

«Una historia terriblemente entretenida. Ver cómo Julia Wilde sacude los cimientos de la vida de Stephen es tan divertido ¡y todo resulta además superexcitante!»

Amber L. Johnson, autora de *Puddle Jumping*

«S.J. Hooks da una vuelta de tuerca a la relación entre estudiante y profesor en esta historia de despertar sexual. ¡Un debut prometedor!»

Helena Hunting, autora del best seller *Pucked*

«Una divertidísima y entretenida serie sobre una universitaria y su inexperto profesor. Ella le va a enseñar un montón de cosas ¡pero solo si él sabe guardar el secreto!»

Shay Savage, autora del *best seller Transcendence*

«En su debut, S.J. Hooks nos ofrece un romance sexy, humor y sincera emoción. Sentí tantas sensaciones mientras lo leía, ¿no es eso lo que todos queremos?»

*We So Nerdy*

## **Sobre la autora**

**S.J. Hooks** vive en Dinamarca. Estudió Literatura Inglesa y tiene un master en Estudios Americanos. Es profesora y madre y, por la noche, cuando no cae rendida en el sofá, se sienta frente al ordenador para escribir historias con mucho amor, humor y pasión, lo mejor de la vida.

Título original: *Absolute Beginners*

© S. J. Hooks & Rosinante & Co., Copenhagen 2016

Publicado gracias a un acuerdo con Gyldendal Group Agency

© 2017, María de Mar López Gil, por la traducción

© 2017, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-9129-162-6

Adaptación del diseño De Jada D'lee: Penguin Random House Grupo Editorial / Gemma Martínez

Conversión ebook: Arca Edinet S. L.

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

# Índice

[Tú y yo. Nivel: principiante](#)

[Dedicatoria](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Notas de la traducción](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre el autor](#)

[Créditos](#)